



Quarteto de la desolación / III

El Enclave I
El temor del mensajero

José Manuel Cruz

Cuarteto de la desolación / 3

El Enclave I.

El temor del mensajero

de

José Manuel Cruz

José Manuel Cruz
El Enclave I. El temor del mensajero
Cuarteto de la desolación / 3

© José Manuel Cruz

Todos los derechos reservados

© Página web del autor: www.josemanuelcruz.es
© Diseño y fotografía de portada: Irene Cruz (www.irenecruz.com)
© Maquetación: Fabián Vázquez (www.fabianvazquez.net)

2ª Edición, 2019

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para Lola.

Porque esta novela no sería igual sin ella.

Porque la distancia no es el olvido: es el recuerdo.

Porque me ha hecho ser mejor de lo que era.

“E desde que las raíces del árbol de la Mentira fueron todas tajadas, e estando la Mentira a la sombra del su árbol con todas las gentes que aprendían de su arte vino un viento e dio en el árbol, e porque las sus raíces eran todas tajadas, fue muy ligero de derribar e cayó sobre la Mentira e quebrántola de muy mala manera; e todos los que estaban aprendiendo de su arte fueron todos muertos e muy mal feridos, e fincaron muy mal andantes.

E por el lugar do estaba el tronco del árbol salió la Verdad que estaba escondida, e cuando fue sobre la tierra, falló que la Mentira e todos los que a ella se allegaron eran muy mal andantes e se fallaron muy mal de cuanto aprendieron e usaron del arte que aprendieron de la mentira.”

DON JUAN MANUEL, *El Conde Lucanor*

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que sois como sepulcros blanqueados, que por fuera aparecen hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia!
Así también vosotros, por fuera parecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad”

EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO, 23, 27-28

SINOPSIS PREVIA

El enclave I continúa la trama de *El día en que paró la música*, la cual comienza el 15 de septiembre de 2008, día en que se produjo la quiebra del banco de inversión estadounidense Lehman Brothers, acontecimiento que dará origen a una de las más graves crisis económicas de toda la Historia.

En *El día en que paró la música*, la agente Carla Robles llega a una nueva ciudad con la intención de romper con su pasado. Allí, se pone a las órdenes del inspector Tomás Silva y conoce a sus compañeros, los agentes Alejandro Gómez y Javier Osorio, y al superior de todos ellos, el comisario Torres. Silva y sus agentes forman un grupo dentro de la policía especializado en investigar delitos económicos y financieros.

En esos momentos, el caso en el que se hallan inmersos es la desaparición del promotor inmobiliario Mario Villar. Poco a poco, los policías irán descubriendo que dicha desaparición ha tenido lugar en un contexto en el que han influido tres circunstancias diferentes. Por un lado, el inicio de la crisis económica ha provocado que a la promotora se le acumulen las viviendas sin vender y no consiga financiación para concluir las que tiene pendientes de entregar, por lo que su situación es desesperada. Por otro, Mario Villar no es el verdadero propietario de su empresa sino que es un mero testaferro de políticos poderosos que han usado la promotora como instrumento para conseguir lucrarse de las decisiones urbanísticas que adoptan. Finalmente, un grupo mafioso había reservado viviendas a la promotora con la intención de blanquear el dinero obtenido en actividades ilícitas. Dicho grupo mafioso utiliza como emisario a David Berenger, un venerable anciano que se halla protegido frente a la acción de la policía y de la justicia por ser diplomático de un pequeño país del Pacífico (las islas Greyson).

Ante el callejón sin salida en que se encontraba Mario Villar, este decidió abandonar su empresa, su familia y el país y huir en compañía de su amante, una modelo llamada Eva Soto. Pero tanto la policía (con el fin de esclarecer los delitos que se hubieran podido cometer) como los grupos perjudicados por su huida (con el objeto de tomar cumplida venganza) se lanzan en su persecución.

En la investigación, el inspector Silva y su equipo descubren que tanto los verdaderos propietarios de la promotora de Mario Villar como los grupos mafiosos tienen a confidentes pagados dentro de la policía, lo cual dificulta enormemente sus pesquisas. Asimismo, la agente Robles sufre un secuestro por parte de uno de los colaboradores de Mario Villar en su huida, secuestro del que sólo logra escapar milagrosamente.

Finalmente, Silva y sus agentes sólo pueden hallar a Mario Villar pero no pueden impedir su asesinato. De este modo, únicamente pueden detener a dos de sus socios: Francisco Poveda (quien, además, es su cuñado) y José Carrasco. Pero dos hechos siguen permaneciendo misteriosamente envueltos en la más absoluta de las sombras. El primero, la identidad de los confidentes corruptos infiltrados dentro la policía. El segundo, un inquietante descubrimiento para el que no logran encontrar explicación: el personaje conocido como Mario Villar es, en realidad, Manuel Vega, quien conocía al verdadero Mario Villar al haber sido compañero de

estudios en la Universidad, lo asesinó veinte años antes y suplantó su personalidad. ¿Qué relevancia puede tener dentro del caso tan extraña circunstancia? ¿Era algo que desconocían los políticos que diseñaron la compleja trama urbanística e inmobiliaria? ¿O fue algo expresamente preparado por ellos?

PRÓLOGO

Era la sexta vez aquella tarde en la que Mark Cortés iba al servicio a limpiar el sudor de su frente y a echarse agua sobre su rostro tenso y agitado. Pero esta vez era diferente. Eran las siete menos cuarto de la tarde y se acercaba el momento que había estado esperando y temiendo durante las dos últimas semanas: ese breve intervalo de quince minutos en el que todos los resquicios de los sistemas de seguridad parecían haberse conjurado para coincidir de manera fatídica. Permaneció mirándose en el espejo, dilucidando si iba a dar el paso definitivo o no. Era joven: no llegaba a los treinta años. Pero su pelo pelirrojo, las pecas que, relacionadas con ello, poblaban sus mejillas y su corbata coloreada le hacían parecer más joven aún. Si esa circunstancia siempre podía ser (de momento) un obstáculo en su vida profesional, ahora le iba ayudar a que nadie desconfiara ni de él ni de sus movimientos. Todo prometía ser fácil. Al menos, en ese instante. Pero, después, sólo había oscuridad e incertidumbre...

Mark salió del servicio y volvió a su mesa de trabajo. Eran las siete menos cinco. Notaba que su corazón palpitaba con una fuerza desconocida, casi desbocado en su propia ansiedad. La única compañera de trabajo que aún permanecía allí estaba ya preparándose para salir.

–Bueno, Mark, ya sabes dónde están las llaves de emergencia... Aquí, en este cajón... Si las necesitan, pues las coges y ya está... Me cubres con la media hora que falta para salir, ¿no?

–Sí, Kathryn, no te preocupes...

Kathryn se marchó y el camino hacia la primera clave de su plan estaba expedito. Mark se dirigió a la mesa de trabajo de su compañera, abrió el cajón y tomó el llavero con determinación. Aunque había tantas llaves que podía pensarse que era una labor imposible dar con la correcta, Mark llevaba varios meses construyendo en su mente qué pasos tenía que dar. Y tenía absolutamente claro cuál era la forma metálica que tenía que utilizar para cumplir su objetivo.

» –No lo tengo claro...

» –Créeme, Mark, es una oportunidad que no se presenta dos veces en la vida. Es el momento... Simplemente, el momento... Si dejamos escapar esto, el tren habrá pasado para siempre...

» –Pero quien me la juego soy yo...

» –Te la juegas porque estás en el lugar exacto en el que debes estar... No pienses en lo que arriesgas sino en lo que puedes ganar... Que es mucho.

Mark se dirigió a la cuarta planta del edificio. Allí, estaba su amigo Paul, pendiente de la revisión del sistema de cámaras del banco. Cuatro días antes, aquel le había revelado la última pieza que necesitaba para completar sus planes, una pieza que se le había resistido y que, por azar, había caído en sus manos cuando estaba a punto de rendirse.

» –El viernes no voy a poder salir hasta las ocho...

» –¿Hasta las ocho? Vamos a llegar tarde a la bolera...

» –Es que hay cambios en las cámaras de vigilancia... Las grabaciones, a partir de ahora, van a ir directamente al centro de proceso de datos de la entidad... Ya no se van a utilizar cintas de vídeo... MI jefe y yo tenemos que estar pendientes de las modificaciones...

» –¿En qué notaremos el cambio?

» –Vosotros, en nada... Y nosotros, en realidad, tampoco... Lo único que sucederá es que durante quince minutos las cámaras estarán desconectadas...

» –¿Desconectadas?

» –Sí... De siete a siete y cuarto... Pero no lo vayas diciendo por ahí...

» –No, no... Ni se me ocurre...

» –Sólo lo sabe un reducido número de personas... No va a suceder nada... Pero ya sabes... Las normas en el departamento son muy estrictas...

» –Sí, sí... Lo comprendo...

» –En quince minutos, ¿qué puede pasar? ¡Nada! Pero nadie debe tener noticia de esto...

» –No te preocupes... Por mí, nadie se va a enterar... ¿Sabes? Voy a intentar retrasar nuestra partida... Conozco a uno de los jugadores del turno posterior al nuestro y le voy a proponer un cambio de horario... Que ellos empiecen antes...

» –Me parece bien...

Cuando se abrió la puerta del ascensor, Paul estaba caminando entre las mesas ahora vacías del departamento.

–Hola, Mark, ¿qué te cuentas?

–He podido cambiar nuestro turno... Jugamos a las nueve...

–Perfecto. Entonces, no habrá problema...

–Bueno, yo ya me marchó... Allí te espero...

–OK.

Mark volvió a entrar en el ascensor y pulsó el botón que lo haría descender a la planta baja. Una vez allí, accedió a la escalera de emergencia y se dirigió al primer sótano.

» –Pero ¿qué me dices? Eso que me estás contado resuelve el único elemento que no habíamos sabido superar... No van a poder ver que has accedido a la sala donde está el ordenador central... Vas a tener entrada libre... ¡Ja, ja, ja...! Los astros se conjuran a nuestro favor, Mark... Tenemos que hacerlo, tenemos que hacerlo...

» –No sé, Julio, no sé... Aún tengo dudas...

» –Pero, ¿qué dudas puedes tener? Lo hemos hablado un montón de veces... Vamos a hacer lo que debemos y vamos a ganar un buen montón de pasta por ello... ¿Qué más queremos?

El que las cámaras de vigilancia estuvieran desconectadas durante quince minutos no debía constituir un problema para el sistema de seguridad del Investment International Bank. Siempre tenía que haber un vigilante en los puntos críticos del edificio de su sede principal. En particular, siempre debía haber uno ante la puerta del centro de proceso de datos. Pero durante los últimos viernes por la tarde, siempre solía ausentarse durante una media hora a partir de las siete. El motivo era completamente banal pero ello no importaba: era la última fisura necesaria hasta alcanzar su meta.

Mark caminó muy despacio hasta el pasillo donde estaba la puerta del ordenador central del banco. Efectivamente, Joe no estaba allí. Antes de entrar en la sala donde estaba la computadora que era el centro de sus propósitos, se acercó con cuidado a la sala de archivos. Pudo oír claramente, en medio del silencio del recinto, la conversación que el vigilante mantenía con el compañero que custodiaba la documentación de la entidad.

–¿Que vas a poner a Neil de delantero centro? Pero si es un completo paquete...

–Sí, es un paquete pero para eso lo quiero... Se trata de que estorbe a la pareja de centrales y que Bob y Tommy tengan espacios para entrar en...

–Que no, que no... Pon a Steve y que Bob y Tommy corran por la banda y le bombeen balones... Steve va bien de cabeza...

–Pero, ¿cómo quieres que juguemos? Eso es volver a la Prehistoria...

–Tío, que vamos los penúltimos... Y mañana jugamos con los de Atlantic Insurance... Van los terceros... Entérate: tenemos un equipo de mierda... Y si jugamos con un equipo mejor, no hay más remedio que amarrar atrás e intentar pillar un balón arriba para decidir el partido...

–No, no, no... Lo que pasa es que aún no estamos bien compenetrados... Pero en el momento en que...

–Que no, que no... Que no vamos a ningún lado. Y quita de una puñetera vez a Gary de la media, que no corta un balón...

–Pero si es el único que da un pase medio a derechas...

Conforme se desarrollaba este diálogo, Mark se fue aproximando al centro de proceso de datos y entró en la habitación donde estaba el mismo. Sacó de su chaqueta un disco duro y un cable de conexión USB y lo conectó a uno de los servidores que hacían funcionar el ordenador central. Extrajo del bolsillo de su camisa la hoja de papel con el largo comando a ejecutar y empezó a escribirlo en el teclado con una mezcla de cuidado y nerviosismo. Tras pulsar la tecla *Enter*, la pantalla le devolvió un mensaje que le desconcertó: *Invalid Format – Retry, Ignore o Cancel?*

Mark pulsó la tecla *R* pero al cabo de pocos segundos el mensaje se repitió, gélido e indiferente. Comparó el texto de la hoja de papel con el que había aparecido en la pantalla y se dio cuenta de que había cometido dos errores en la escritura. Empezó de nuevo, esta vez poniendo mayor atención en lo que escribía. Pero el mismo mensaje frustrante volvió a aparecer. Otra revisión y otro error. Mark miró su reloj con preocupación. Intentó, por tercera vez, volver a escribir la orden.

“... si vuelvo a fallar, lo dejo... Esto es muy peligroso...”

Pero, esta vez, la pantalla no reaccionó del mismo modo. Una retahíla de números y letras apareció como un torrente sin freno mientras la luz del disco duro parpadeaba con hipnótica intensidad. Mark no dejaba de mirar el reloj. Eran las siete y diez de la tarde y el tiempo se le acababa. No sabía si iba a poder capturar todos los datos antes de que las cámaras volvieran a conectarse. A las siete y trece, estuvo a punto de desconectar el disco duro del servidor y salir corriendo de allí. Pero, de repente, la pantalla volvió a la quietud absoluta. Supo que ya tenía lo que había entrado a buscar. Extrajo el cable de la ranura, se guardó el disco duro en la chaqueta y salió al pasillo, de forma cauta e intentando no hacer ruido. En ese instante, Joe volvía a su puesto y se sorprendió al encontrarse con que Mark estaba allí.

—Hola, Joe, ¿qué tal? Supuse que estabas en la sala del ordenador...

—No... Estaba con Peter... Hablando del partido de mañana...

Joe guardó silencio. Eso extrañó a Mark. El vigilante siempre era muy hablador y, normalmente, se explayaba con él sobre las decisiones equivocadas de quien ejercía de entrenador del equipo de fútbol de la plantilla de la entidad. Pero, esta vez, su mirada fija le empezaba a preocupar.

—Bueno, Joe, venía solo a saludarte... Mañana nos veremos en el campo... A ver si ganamos de una vez, ¿no?

—Sí, a ver si tenemos suerte... Hasta mañana...

Mark pensó en volver a su mesa de trabajo para recoger su maletín. Pero, en el ascensor, dudó. Llevaba encima el pasaporte. Podía llegar al paso fronterizo en menos de diez minutos. Si subía a la segunda planta, a Joe le podía dar tiempo de dar un aviso y era posible que lo retuvieran para averiguar qué había hecho. Si iba directamente a la calle, estaba seguro de que podría escapar. Al final, decidió pulsar el botón que lo llevaba a la planta baja. Una vez allí, con tranquilidad pero con la mirada fija en las puertas de salida, encaminó sus pasos fuera de la sede del Investment International Bank. Ahora, sólo le quedaba subir la Independence Avenue, la arteria principal del Enclave. El sudor volvió a inundarle la frente. Y, poco después, notaba que toda su camisa estaba empapada de su angustia. La acera que ahora estaba recorriendo, y que había recorrido decenas de veces en su vida para ir al otro lado de la frontera, le parecía ahora un camino que parecía no acabar nunca. En su mente, se dibujaba una especie de presagio o adivinación de lo que estaba sucediendo en el edificio que acababa de abandonar. Joe pasaría el aviso de que él había entrado en el centro de proceso de datos. En el Departamento de Seguridad, se preocuparían de que ello hubiera ocurrido mientras las cámaras estaban desconectadas. Paul, cabizbajo e inquieto, confesaría que había revelado a su

amigo que esa desconexión se iba a producir. Revisarían los movimientos de los servidores... Mark empezó a aligerar su paso sin llegar a correr pero intentando acortar el tiempo que le quedaba hasta llegar al final de la avenida.

Por fin, atisbó el puesto de policía y la bandera ondeando en el orgulloso mástil que marcaba el límite de ese pequeño territorio. Respiró hondo y, una vez en la cola de quienes iban a cruzar la frontera, se volvió a secar la frente con un pañuelo blanco que sacó del bolsillo de su pantalón. La cola iba igual de rápida o igual de lenta que en otras ocasiones pero a Mark le parecía que su velocidad se había ralentizado hasta la parálisis. Poco a poco, se iba acercando a la caseta de la policía. Allí, estaba Albert, un agente al que conocía desde los tiempos del colegio. No era infrecuente encontrarse con Albert allí por lo que este no se extrañaría de que, un viernes por la noche, su amigo quisiera pasar al otro lado.

–Hola, Mark, ¿cómo estás? Hace tiempo que no te veía...

–Hola, Al. Es verdad que hacía varios meses que no cruzaba la valla... Tengo ganas de saber qué se mueve por allí...

–Me parece bien. Espera que tengo que tomar tus datos en el ordenador... Esto es nuevo. Y va todavía lento...

–Está bien. No tengo prisa...

En realidad, Mark estaba aterrado. Imaginaba que un grupo de personas había salido corriendo desde la sede del banco donde había trabajado hasta diez minutos antes y había seguido su mismo camino para impedirle salir. Si alguien del Investment International Bank le decía a la policía que un individuo no podía salir del Enclave, la policía le obedecería sin rechistar. Los bancos del territorio eran el corazón y los pulmones de un lugar que, si no fuera por ellos, sólo sería un punto turístico de atractivo relativo. Por ello, su palabra era, poco menos, que la ley. Mark contemplaba la parsimonia con que su amigo tomaba los datos de su pasaporte y los transcribía en la aplicación informática. En su cabeza, surgían sin orden ni concierto imágenes de personas avanzando de forma salvaje hacia el lugar donde él estaba, dispuestas a hacer cualquier cosa contra él...

–Aquí tienes tu pasaporte, Mark. Que te diviertas...

Mark no llegó ni a responder. Avanzó lentamente, incrédulo, por la tierra de nadie. Sin que fuera consciente de ello, se situó frente al puesto policial del otro país. Pero él seguía intuyendo cómo la jauría ya había avisado, atropelladamente y con torpeza, a los agentes del Enclave apostados en la frontera, cómo estos no sabrían muy bien qué hacer, cómo serían presionados para que le impidieran salir...

–¿Qué está pasando allí? –preguntó el compañero del policía que estaba revisando el pasaporte de Mark.

–Vete tú a saber... Cualquier historia de esa gente...

A lo mejor, sería Albert quien correría hasta allí e intentaría convencerle de que no cruzara el paso fronterizo, que se quedara en ese pequeño territorio y que no hiciera ninguna locura que pudiera acabar con la prosperidad de sus habitantes.

–Tome. Bienvenido y que tenga una estancia agradable en el país.

–Gracias, agente.

–Pero, ¿por qué se acerca ese policía hasta aquí?

Mark no lo dudó. Empezó a correr y vio cómo, de repente, el coche que le estaba esperando surgió de la nada y se paró a su altura. Abrió la puerta de atrás y saltó al asiento. El automóvil arrancó y, sólo entonces, él acabó de cerrar la puerta que se había dejado abierta.

–¿Lo has conseguido? –preguntó el conductor del vehículo.

–Sí, lo tengo.

–¡Estupendo!

–¿Dónde está Julio?

–Nos está esperando, no te preocupes...

–Quiero verle y acabar con esto de una vez por todas.

–En eso, te equivocas. Esto no ha hecho más que comenzar.

Capítulo primero

1

(Décima planta de la sede del Banco General de Pagos. Elegante mesa de caoba y, sobre ella, vases de cuero brillante, botellas de agua mineral y vasos de cristal esmeradamente pulido. Seis asistentes a una reunión, mientras esperan la llegada del consejero delegado, contemplan las vistas desde los amplios ventanales ubicados en un lateral de la sala. La capital parece ofrecerse, desvalida y dócil, y, quienes ven la ciudad desde las alturas, se ven invadidos por la falsa sensación de que pueden apoderarse de ella sin resistencia ni obstáculos. De repente, se abre la puerta y entra el consejero delegado acompañado del director general de la entidad. El primero, es un hombre de unos cincuenta años, fornido y de porte atlético, que entra casi sin mirar a nadie y que se dirige directamente al asiento que preside la mesa. El segundo, es un hombre que ha superado los sesenta años, de pelo canoso y que saluda sonriendo a todos los asistentes antes de sentarse a la derecha de su superior. Al cabo de unos minutos, y después de que el consejero delegado haya leído en silencio un informe que le ha entregado uno de los directivos presentes, empieza a hablar, con gesto adusto y serio.)

RICARDO URRUTIA (*consejero delegado*): Todos conocéis el auténtico motivo de esta reunión del Comité de Crisis de la entidad... Sabéis perfectamente que dicho motivo no es la revisión de nuestros protocolos de seguridad (como falsamente hemos comunicado) sino la fuga de información que se ha producido en nuestro filial en el Enclave, el Investment International Bank, el IIB... Lo que sabemos a día de hoy es que un empleado del banco, Mark Cortés, accedió al Centro de Proceso de Datos y copió información de unos dos mil clientes... Números de cuenta, saldos, movimientos, cuentas vinculadas, personas autorizadas en cuentas a nombre de sociedades pantalla... Con dicha información, cualquiera podría reconstruir fácilmente el entramado creado por dichos clientes para ocultar sus ingresos y su patrimonio... Y pueden imaginar el perfil de los clientes cuya información ha pasado a manos de ese sujeto: empresarios, constructores, políticos...

JAIME SUÁREZ (*director general*): Sobra decir que, con carácter inmediato, cinco empleados han sido despedidos, al haberse detectado que sus comportamientos negligentes hicieron posible dicho incidente. (*Jaime Suárez se pone las gafas y empieza a leer los nombres que tiene escrito en una cuartilla.*). Steve Simpson, jefe del departamento de seguridad, Paul Moura, empleado de dicho departamento, Kathryn Carreras, compañera de Mark Cortés en el Departamento de Contabilidad, y Joe Velasco y Peter Trinidad, vigilantes... Por supuesto, estas no van a ser las únicas salidas... Estamos evaluando lo sucedido y puedo confirmar que va a haber más despidos... Las vulnerabilidades que ha demostrado el IIB no pueden quedar exentas de responsabilidades...

PEDRO MARTÍN (*Director de Seguridad*): Lo que sí puedo garantizar es que se han reforzado los sistemas para impedir que esto pueda volver a ocurrir... Si ahora Mark Cortés, o quien fuera, quisiera repetir su acción, le sería imposible...

(Uno de los asistentes rompe, de repente, brusca y arrogantemente, el hilo de la discusión.)

SALVADOR PÉREZ (*subdirector general*): Ricardo, creo que podemos aprovechar esta historia para hacer limpieza definitiva de los directivos que aún quedan de la etapa anterior a nuestra compra... A partir de ahora, la cúpula del banco tiene que estar formada, en exclusiva, por personal de nuestra absoluta confianza...

RICARDO URRUTIA: Ya he pensado en eso, Salvador... No hacía falta que me lo dijeras... Pero, en este momento, nuestra preocupación debe ser otra... Nuestra reputación puede quedar seriamente dañada después de este suceso... Creo que no os tengo que recordar que hemos sido nosotros los que hemos dirigido a determinados clientes al IIB... Y, ahora, tenemos que enfrentarnos al hecho de que sus datos están circulando por ahí sin saber dónde pueden acabar...

JAVIER ÍÑIGUEZ (*director de comunicación*): ¿Sabemos si Mark Cortés ha actuado *motu proprio* o hay alguien detrás de su acción?

JAIME SUÁREZ: Hasta la fecha, no podemos dar una respuesta taxativa a esa pregunta... Todos los datos apuntan a que el empleado actuó por iniciativa propia buscando lucrarse con la venta de la información obtenida...

RICARDO URRUTIA: Eso es una mera hipótesis, Jaime... Tenemos que estar preparados para cualquier contingencia...

JAIME SUÁREZ: Ricardo, los detectives privados que hemos contratado no han hallado conexiones de Mark Cortés que hagan pensar que detrás de él haya algún tipo de trama...

RICARDO URRUTIA: Que no se haya encontrado nada, no significa que no exista... Y si existe, no se va a mostrar de forma clara e inequívoca... Parece mentira que no tengas eso claro, Jaime... *(Ricardo Urrutia mira a su director general con un evidente gesto de desprecio marcado en su cara.)*

JAIME SUÁREZ (*visiblemente nervioso*): Yo me limito a comunicar lo que han averiguado los profesionales que hemos contratado... Profesionales de solvencia probada... Si desconfiamos de ellos, pues contratamos a otros... Lo que no tiene sentido es pedirles unos informes y, a continuación, no dar crédito a los mismos. Es contradictorio...

RICARDO URRUTIA (*con el dedo índice de su mano derecha levantado y apuntando hacia Jaime Suárez*): No es contradictorio: es, simplemente, prudente... Pero seguimos desviándonos del tema principal... Así, no vamos a ningún sitio. Se ha producido una gravísima fuga de información. Eso va a suponer un grave daño a nuestra reputación. ¿Qué podemos hacer para evitarlo?

MANUEL RODRÍGUEZ (*Director Comercial*): Yo creo que está claro. Debemos contactar con todos los clientes afectados, uno por uno, informarles de la situación y colaborar con ellos para tomar las medidas oportunas...

JAIME SUÁREZ: Yo estoy completamente de acuerdo con esa postura... Debemos tener en cuenta una cosa: hemos sido nosotros mismos quienes hemos desviado a la inmensa mayoría

de esos clientes al IIB... Queríamos fidelizarlos y consideramos que la mejor forma era ofrecerle los servicios de nuestra entidad filial en el Enclave... Unos servicios tan especiales como los que ofrecemos allí, debían, por fuerza, estrechar el vínculo de esos clientes con nuestro banco. Ahora, debemos estar a la altura de las circunstancias.

RICARDO URRUTIA: Dos mil clientes... Eso va a suponer un enorme esfuerzo...

MANUEL RODRÍGUEZ: Cada uno de los clientes está vinculado a alguna de las sucursales de la entidad... Que sean los directores de esas sucursales los que contacten con ellos, concierten una cita y les expongan la situación...

JAIME SUÁREZ: Yo veo esta propuesta absolutamente razonable...

SALVADOR PÉREZ: Yo le veo un problema: eso supone que buena parte de la plantilla acabará enterándose de la noticia... ¿Creen que van a seguir desviando clientes al IIB en el futuro? Eso debería preocuparnos...

RICARDO URRUTIA (*pensativo*): Salvador tiene razón... Debemos reducir a un círculo muy reducido los empleados que sepan lo que ha sucedido... Esto excluye que impliquemos a un número alto de sucursales en la operación...

SALVADOR PÉREZ: Escojamos a un equipo selecto de empleados que hablen personalmente con los afectados, que les informen de que la entidad va a colaborar con ellos y que vamos a hacer todo lo posible para paliar las consecuencias negativas de lo sucedido...

JAVIER IÑÍGUEZ: Sigo pensando que esa solución es excesivamente, vamos a decir, llamativa... Sí, reducimos el número de personas que conocen el problema pero, por desgracia, transmitimos la sensación de que se trata de algo excepcional y, por tanto, van a surgir las especulaciones y vamos a despertar la curiosidad de la plantilla...

(Uno de los asistentes que aún no ha hablado, que tiene unos cuarenta años, levanta discretamente la mano.)

RICARDO URRUTIA: Sí, Francisco, di lo que pienses... Sin problema...

FRANCISCO SÁENZ (*Director de Organización*): Me parece que estamos enfocando muy mal este asunto...

JAIME SUÁREZ: No comprendo...

FRANCISCO SÁENZ: Supongo que hemos puesto la denuncia pertinente ante las autoridades del Enclave, ¿no?

JAIME SUÁREZ: Sí, por supuesto... Y dichas autoridades son las primeras interesadas en que el autor de la filtración sea detenido y enjuiciado allí...

FRANCISCO SÁENZ: Muy bien. Pues entonces hemos hecho lo que teníamos que hacer... Si algún cliente está preocupado por la cuestión, pues lo remitimos al IIB y que allí les informen...

JAIME SUÁREZ: ¿Qué estás queriendo decir?

FRANCISCO SÁENZ: Déjeme terminar el argumento, don Jaime. A ver, por lo que llevo escuchando hasta ahora, hemos hecho todo lo que debíamos hacer. Hemos denunciado el hecho, hemos despedido a los trabajadores que han actuado negligentemente y hemos corregido los fallos en los sistemas de seguridad... Hemos cumplido con lo que procedía. Ahora, tenemos que atender al aspecto comercial de la cuestión. ¿Qué nos pueden reprochar los posibles clientes afectados? Básicamente, que puede salir a la luz información que ellos debían haber comunicado a las autoridades y que han querido ocultar. A lo mejor, porque el origen de sus fondos no era muy legal... ¿Qué culpa tenemos nosotros de que ellos hayan utilizado a nuestra entidad como medio para eludir sus obligaciones legales? Ninguna. Ahora bien....

JAIME SUÁREZ (*sin dar crédito a lo que está oyendo*): Pero, ¿qué estás diciendo, Francisco? No me puedo creer...

RICARDO URRUTIA (*tajante*): Jaime, déjale que termine, por favor...

FRANCISCO SÁENZ: Como decía, debemos tener en cuenta algo muy importante. Algo, además, que es básico y que, a la hora de hacer negocios, nos enseñan desde el primer momento: el principio de Pareto. El veinte por ciento de los clientes genera el ochenta por ciento de los beneficios... Yo diría que, por el tipo de negocio del IIB, esta proporción es del diez-noventa. De este modo, si el diez por ciento de los clientes nos proporcionan el noventa por ciento de lo que ganamos, centrémonos en ellos. Es decir, en doscientos clientes... Esta cifra es mucho más manejable, ¿no es verdad? Podemos adoptar cualquier estrategia y no llamará demasiado la atención... Atendámosles con mimo, prodiguemos los cuidados hacia ellos y ayudémosles a demostrar que la información filtrada está manipulada... Digo más: manipulemos nosotros mismos nuestros ficheros para que podamos demostrar, si se da el caso, que la información sacada a la luz está tergiversada con malas artes. Con doscientos clientes, ello es mínimamente posible... Con dos mil, es implantable... Si todo sale bien, el noventa por ciento de nuestros beneficios en el IIB pueden quedar a salvo...

JAIME SUÁREZ: Y con el resto de clientes, ¿qué vamos a hacer?

FRANCISCO SÁENZ: Nada... Porque está claro que han jugado a un juego que les venía grande... Para jugar en el terreno en el que han querido jugar, necesitaban mover más dinero del que movían... Nosotros no nos hemos comprometido en ningún momento a protegerles de las consecuencias de unos actos que estaban fuera de la ley... Y, por supuesto, no podemos hacerlo. Sólo lo haremos con aquellos que verdaderamente nos interesen. Esa es mi opinión.

(En la sala de reuniones, se hace un profundo silencio. Por fin, habla quien tiene autoridad para hacerlo.)

RICARDO URRUTIA: No sé qué piensan ustedes... Pero creo que es lo más sensato que he oído desde que empezó este problema... Preparen un listado con los clientes en los que tenemos que centrarnos y pongámonos a trabajar. No hay tiempo que perder.

2

El inspector Silva estaba de pie junto al comisario Torres esperando a que los agentes armados entraran en el chalet. No era previsible que se produjera un tiroteo pero nunca se podía saber cuál era el grado de desesperación de alguien que sabe que su detención va a ser inminente. El comisario fumaba. Silva estaba apoyado en la pared, con la cabeza gacha, mirando hacia el suelo, intentando ocultar su inquietud. Osorio estaba al lado de ambos, aguardando la señal para avisar a los compañeros que iban a acceder a la casa. Al cabo de unos segundos, Torres tiró el cigarrillo al suelo, pisó con fuerza la colilla e hizo un leve movimiento con la cabeza. Osorio habló a través del *walkie-talkie*.

–¡Ahora! Cambio.

Los tres policías sólo acertaron a escuchar el sordo golpe que reventó la cerradura y los pasos acelerados para consumir el efecto sorpresa. Siguieron guardando silencio, cabizbajos, cautos y conscientes de que el éxito que les esperaba era, en última instancia, un enorme fracaso. El sonido del aparato que Osorio aún tenía en su mano cortó sus cavilaciones.

–¡Atención! ¡Llamen a una ambulancia! ¡Llamen a una ambulancia! El inspector Martínez ha ingerido una alta dosis de barbitúricos... Cambio.

–¡Maldita sea! –dijo el comisario–. Ese cabrón ha sido incapaz de soportar la situación...

Silva empezó a notar que le faltaba el aire. Se aflojó el nudo de la corbata y, dando grandes zancadas, fue caminando hasta la casa, atravesó el umbral de la entrada y, preguntando a los agentes con la mirada, llegó hasta la habitación donde estaban intentando reanimar al suicida. Un gesto negativo con la cabeza le convenció de que no había nada que hacer por su vida. Se dio la vuelta, con el rostro desencajado, y se encontró con el comisario que, entre sorprendido e indeciso, decidió romper el enrarecido clima que se había creado dando la orden obvia que todos esperaban:

–Póngase en contacto con Gómez y averigüe si han podido detener al inspector Gálvez sin problemas.

Silva salió a la calle, buscando desesperadamente espacio para poder respirar, y llamó a su subordinado.

–Gómez, dígame... ¿Sin contratiempos entonces...? ¿Van Robles y usted de camino a la comisaría con Gálvez...? ¡Perfecto! Para allá vamos...

–¿Todo bien? –preguntó el comisario Torres, que se había colocado a la altura del inspector.

–Todo bien, jefe. Ahora mismo, están llevando a Gálvez a la comisaría...

–Pues vamos para allá... No tenemos tiempo que perder.

Osorio conducía el vehículo policial. A su lado, estaba el inspector y, ocupando uno de los asientos traseros, el comisario Torres. Todo el trayecto estuvo dominado por un oscuro silencio. Podían dar casi por desarticulada la trama de agentes infiltrados que se había revelado con ocasión del caso de la desaparición de Mario Villar. Los inspectores Martínez y Gálvez habían sido las dos últimas piezas en caer. Pero la investigación no se podía dar por concluida. Y (lo que era aún más delicado) todavía quedaba mucho tiempo para que las heridas abiertas en el cuerpo policial quedaran definitivamente cerradas.

–Silva, ¿cree que Galvez hablará? –preguntó el comisario.

–No lo sé, jefe. No lo sé... Hasta ahora, todos los detenidos han estado absolutamente herméticos. Nada me hace confiar en que, con Gálvez, todo va a ser distinto...

–Las pruebas son inapelables... Hay que presionarle, Silva, hay que presionarle... Hasta que ceda...

–Presionaremos. Pero supongo que el miedo les atenaza. Temen a quienes están detrás, a quienes mueven los hilos entre bambalinas... Y me parece que, por mucha protección que les demos, esa gente sería capaz de saltarse esa protección del mismo modo que un tanque se llevaría por delante una valla de madera... Así que habrá que emplearse a fondo y utilizar bastante la imaginación y la psicología... Esto no va a ser fácil.

Cuando llegaron a la comisaría, los tres fueron directamente a la sala de interrogatorios. Allí, estaban Gómez y Robles, a ambos lados de un aparentemente sereno Manuel Gálvez, que, sentado en el centro de la mesa, jugaba con las hojas arrancadas de un bloc de notas confeccionando pajaritas de papel. Torres evitó cualquier preámbulo recomendado por el protocolo o por las más elementales normas de cortesía. Apoyando sus dos manos sobre la mesa, se colocó frente al interrogado y, mirándole fijamente desde su posición más elevada, comenzó a acosarle con las preguntas clave de las que esperaba oír respuestas claras y rápidas.

–A ver, Gálvez... No crea que se va a librar de esto... Sabemos que la noche de la operación en la Urbanización Villas Altas usted llamó al principal responsable de uno de los dos grupos detenidos para avisarle de que Mario Villar podía estar allí... Hemos rastreado sus llamadas de los últimos meses y hemos detectado que mantiene contactos con grupos del crimen organizado... Su tren de vida es inasumible con lo que usted gana en esta comisaría...

Manuel Gálvez cortó en seco el que pretendía ser arrollador comienzo del interrogatorio e, imperturbable, empezó a hablar lentamente y masticando las frases que empezó a escupir a su superior.

–Comisario: seamos serios. Todo lo que me está diciendo, no prueba nada. Las llamadas que me comenta, se pueden referir a conversaciones con confidentes. Por desgracia, esos confidentes no fueron capaces de salir de su actividad delictiva y utilizaron sus contactos conmigo como una simple vía para eludir la acción de la justicia en caso de que las cosas se torcieran... Lamentablemente, no me di cuenta de ello. En relación a mi tren de vida, mi mujer es muy ahorradora y...

El comisario dio un golpe sobre la mesa con su puño cerrado.

–¡Por Dios, Manuel! ¡Tenemos la misma edad! ¡Empezamos juntos en esto! ¿Crees que me vas a convencer con esas gilipolleces que estás diciendo...?

–Yo no tengo que convencerte a ti. Serás tú quien tendrá que convencer a un tribunal... Quien tendrá que aportar pruebas sólidas y no meras conjeturas...

Torres empezó a dar vueltas por la habitación, visiblemente agitado y enfadado. Silva, entonces, acercó una silla a la mesa y se sentó frente a Gálvez.

–Gálvez, te voy a hacer un resumen de la situación para que tengas claro el terreno que pisas. Sé que ya conoces la historia pero, a lo mejor, nadie te la ha contado del modo correcto. Hace, más o menos, un año, tuve que empezar a investigar con mi equipo el caso de la desaparición del promotor inmobiliario Mario Villar. Al final, resultó que no era el verdadero Mario Villar. Un amigo de este, Manuel Vega, lo había asesinado hacía veinte años y había suplantado su personalidad. El reconvertido Manuel Vega no era, en realidad, el verdadero propietario de su promotora. Era un mero testaferro de gente poderosa que quería ocultar su identidad. Sospechamos que políticos corruptos entraron en el capital de la empresa con el fin de tomar decisiones que la beneficiaran y poder, así, lucrarse con los negocios que esas decisiones hicieran posible. A su vez, el empresario desaparecido tuvo la mala suerte de que grupos mafiosos blanquearan dinero a través de la compra de inmuebles de lujo puestos a la venta por la promotora. Cuando, con la llegada de la crisis inmobiliaria, Manuel Vega o Mario Villar, como quieras llamarle, quiso poner tierra de por medio, ambos grupos (los mafiosos y los auténticos propietarios de la empresa) contrataron a grupos de pistoleros para darle caza. Ya sabes lo que sucedió después: Gómez, Osorio y yo estuvimos a punto de morir tiroteados, Robles fue secuestrada y también estuvo cerca de ser asesinada, ardieron las instalaciones de Tecninova, mataron a quienes eran el director general de la empresa, Joaquín Saavedra, y el director comercial, Vicente Ramos, mataron al periodista Antonio Mesa y a siete policías, a siete de nuestros compañeros... A siete de tus compañeros, Manuel. Con la ola de muertes que hubo, sólo podemos juzgar a Francisco Poveda, cuñado y socio del promotor desaparecido, y José Carrasco, propietario de Puerto Sol y también socio suyo. Y estos dos tipos son simples peones, claramente insuficientes como para depurar todas las responsabilidades... Por si todo esto fuera poco, a lo largo de la investigación vimos que toda esa gentuza que estaba provocando una ola de violencia por pura ambición económica tenía a miembros infiltrados dentro de la policía. Esos infiltrados iban revelando lo que íbamos descubriendo y hacían que siempre fuéramos a remolque de los acontecimientos. La existencia de estos infiltrados no deja lugar a la duda. Sabemos que existen y tenemos pruebas que lo demuestran. Ya sabes lo que está sucediendo: la crisis que estamos padeciendo está provocando ira y rabia entre la gente. La gente no quiere ni olvidar ni perdonar. Quiere contemplar la caída de los corruptos. Y que haya servidores públicos que, en realidad, están sirviendo a intereses ilegítimos no es algo que se pueda pasar por alto fácilmente. Durante el último año, hemos estado reuniendo evidencias de los contactos telefónicos y de los movimientos de dinero que nos permiten reconstruir toda la trama de infiltrados...

–Silva, tanta perorata me empieza a aburrir...

–Gálvez, no tienes vías de escape. Lo único que puedes hacer es ayudarnos. Y más vale que te convenzas pronto de eso porque, si no, lo único que harás es alargar tu agonía inútilmente... Y si pretendes negar lo que resulta evidente para cualquiera, sólo conseguirás perjudicarte...

–¿Evidente? Hasta ahora, sólo me habéis mostrado nubes de humo...

–¿Nubes de humo? Desde que Martínez ha confesado, las nubes de humo se han convertido en auténticos muros de hormigón armado...

El gesto de Gálvez se demudó repentinamente.

–¿Cómo que Martínez ha confesado? No me lo creo...

–No. No es que no te lo creas. Es que no te lo quieres creer. Que es muy distinto.

–No, no, no... Eso no puede ser...

–Martínez ha hablado de cómo entablasteis contacto con esos grupos, cómo os pagaban, qué sistemas establecisteis para comunicaros y filtrar el contenido de nuestras investigaciones... Prácticamente todo...

–¡Ese maldito pusilánime...!

–Pero hay una cosa que no nos ha dicho.

Gálvez se quedó mirando fijamente a su compañero, esperando que le proporcionara una salida que le permitiera escapar relativamente airoso de lo que se había convertido en un trance altamente comprometedor. Pero Silva no habló. Se levantó y se dispuso a salir de la sala de interrogatorios.

–¿Qué es lo que no os ha dicho Martínez? –preguntó, finalmente, Gálvez.

Silva se giró y volvió a acercarse a la mesa. Se sentó y se echó hacia delante, aproximando su rostro al del interrogado.

–No nos ha dicho quién es Alexander.

Gálvez se echó hacia atrás y se apoyó en el espaldar de su silla con gesto hierático.

–¿Puedo fumar? –dijo con sequedad.

Gómez le acercó un paquete de tabaco y un mechero. Gálvez cogió un cigarrillo y lo encendió con parsimonia.

–Es decir, Martínez se ha reservado el premio gordo de la función... Y queréis que yo tenga el honor de sacar la bolita... De eso se trata, ¿no?

–Sí, de eso se trata –dijo Silva–. Y es la última bolita que queda. O sacas esa o te vas de vacío. Es lo que hay. Tú verás.

Gálvez se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por la sala mirando hacia el suelo e inmerso en extrañas cavilaciones. Finalmente, apagó el cigarrillo contra la mesa y volvió a sentarse con las piernas cruzadas y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

–Tú siempre ves las cosas muy fáciles, Silva. Demasiado fáciles... Y nada lo es. Te plantas ahí enfrente, tan tranquilo, y me dices que te diga quién es Alexander. Lo que yo te diría es que eres un perfecto inconsciente. Porque no te preocupa las implicaciones de todo ello. No sabes quién es Alexander, desconoces todo el poder que puede llegar a tener pero me pides que te releve su auténtica identidad... Y sé que no lo haces por ambición. Lo haces por pura honestidad. Y eso te convierte en un auténtico peligro. Para ti mismo y para los demás.

–Yo creo que el verdadero peligro sois vosotros y los tipos a los que estáis ayudando mientras traicionáis los principios que jurasteis defender... Pero me parece que te equivocas con tu actitud, Gálvez. Ahora mismo, no es el momento para los grandes discursos. Es la única ocasión que se te va a presentar para salvar mínimamente tu culo... Después de esto, olvídate de poder escapar de esto relativamente indemne... Pero aún tienes una oportunidad de colaborar con nosotros, reducir la pena que te espera y, de paso, poder decir que, en el último momento, tu condición de policía pesó más que el error de haberte convertido en un simple mercenario.

Gálvez sonrió, escondió su rostro entre sus manos sudorosas y permaneció callado durante unos segundos.

–No sé quién es Alexander...

–¡Vamos, Gálvez! ¡No me jodas...! –dijo Silva, dando un golpe con su palma de la mano sobre la mesa.

–Es cierto, no sé quién es... Yo nunca he hablado directamente con Alexander. Si tenía que comunicarle algo, lo hacía por medio de Martínez.

–¿Y qué decía Martínez sobre él? Por fuerza, tuvo que darte alguna pista que sirviera para saber quién era o, al menos, a qué nivel se movía...

–Nada de nada... Lo juro. Martínez siempre ha sido muy precavido sobre ese asunto. Y ha sido precavido porque Alexander le marcaba instrucciones muy claras y precisas. Sólo él debía saber la verdadera identidad del jefe supremo de la red... Era una norma de seguridad básica... Y Martínez la ha respetado a rajatabla, como habéis comprobado.

Silva se giró y cruzó su mirada con la del comisario Torres. Este, se fue de la sala, cabizbajo y con señales claras de decepción en su rostro. El inspector se volvió nuevamente hacia su compañero detenido y sopesó qué debía decir.

–Gálvez, te vas a caer con todo el equipo. A Martínez, a estas horas, ya le estarán haciendo la autopsia y tú eres la única cabeza de turco que tenemos a mano. No te arriendo las ganancias.

3

Pablo Bernal encendió el televisor y, casi inmediatamente, redujo el volumen para poder hablar sin problema a las quince personas que esperaban que les dictara las líneas de trabajo a seguir.

–Dentro de cinco minutos, va a empezar el telediario matinal. Quiero que estén atentos a las tres primeras noticias que van a dar... Porque esas tres noticias van a marcar los contenidos de nuestro discurso durante esta semana.

En la parte delantera de la mesa, la más cercana al televisor, estaban sentados María Benavides y Esteban Miranda. En cuanto María terminó de escuchar las palabras de Pablo Bernal, no pudo evitar dibujar un gesto de sorpresa, de modo que se acercó a Esteban y le habló al oído.

–¿Cómo puede este hombre saber las tres primeras noticias del telediario?

Esteban, sin extrañarse de la pregunta, se acercó a María y también le habló en voz baja.

–Ya verás que este hombre siempre lo sabe casi todo.

El volumen volvió a colocarse en un nivel audible y, en ese momento, se pudo oír el comienzo de la sintonía del informativo. La locutora empezó a desgranar los principales sucesos de la jornada.

–Buenos días. Hoy, la capital quedará colapsada por la manifestación de afectados por la quiebra del Banco Nacional de Ahorros... La manifestación acabará delante de la sede del Ministerio de Economía donde se leerá un manifiesto en el que se acusará de negligencia a las autoridades por no haber actuado con prontitud ante las primeras señales de alarma que advirtieron de la precaria salud financiera de la entidad. Pero otros acontecimientos marcarán también el día de hoy. Titulares.

En la pantalla, un círculo amarillo empezó a dar vueltas sobre un fondo azul y dio paso a las noticias más destacadas del día.

–Manifestación de protesta de los afectados por la quiebra del Banco Nacional de Ahorros... Se esperan fuertes críticas a la autoridad supervisora... Expectación ante la reunión de los sindicatos con la Primera Ministra... Las organizaciones sindicales exigirán a Pilar Muro medidas contundentes ante el fuerte aumento del desempleo durante los últimos doce meses... Continúan las elecciones primarias en el Partido Moderado y en el Partido del Progreso... La campaña se traslada a las provincias del sur donde se podría confirmar el triunfo de los candidatos oficiales para las elecciones legislativas de junio del año que viene...

Pablo Bernal apagó el televisor y sacó de su maletín un puñado de folios, garabateados con una letra sinuosa e ilegible.

–Obviamente, vamos a empezar por la última noticia. Una vulgar manipulación que viene, como es fácil de deducir, de la televisión pública, controlada por un perrito faldero de Pilar Muro... Una táctica burda pero que puede llegar a ser eficaz. Dar por sentado que Pilar va a ganar aquí en el sur para dar a entender que no va a tener obstáculos para ser candidata del partido a Primera Ministra dentro de seis meses... Sabemos que es al revés. Que aquí tenemos todo a nuestro favor... Pero si se logra hacer creer lo contrario, igual mucha gente sigue la corriente... Eso es lo que tenemos que impedir.

–No es sólo la televisión pública... Los dos principales canales privados también dijeron lo mismo en los noticieros de las doce y media de la noche... –dijo María Benavides–.

–Lo sé – respondió Pablo Bernal–. Pero el seguimiento que van a hacer los canales privados de las primarias va a ser limitado. En cambio, la televisión pública le va a dedicar amplios espacios. Hoy, dentro de una hora, tengo una reunión con una periodista que espero que sirva para desplazar a un segundo plano la manipulación que intentan... Mañana, lo que yo diga en esa reunión va a tener amplia repercusión... Debemos aprovecharlo para machacar con nuestro discurso: en las encuestas internas que manejamos para las primarias en el sur, sacamos una ventaja de quince puntos a Pilar Muro...

–No me han llegado esas encuestas –dijo uno de los miembros más jóvenes del equipo de campaña–.

–Tales encuestas no existen –dijo Pablo Bernal sin inmutarse–.

Esteban Miranda sonrió a María Benavides, a la vez que intentaba dibujar una mirada irónica en sus ojos.

–Segunda cuestión: la quiebra del Banco Nacional de Ahorros. Aquí, vamos a repartir material en el que argumentaremos que, mientras estaba en el Gobierno, Claudio Montellano advirtió de la necesidad de hacer frente a la crisis financiera que se avecinaba... Nos remitiremos a una entrevista que le hicieron en *El Debate* mientras era Ministro de Asuntos Sociales. Aquí, tenemos que mostrar cómo Claudio se preocupaba de los problemas reales del país mientras el resto de compañeros del partido estaban pensando únicamente en las querellas internas contra el anterior Primer Ministro... Es muy importante esa visualización de cara a las primarias de las próximas semanas y, a corto plazo, para ganarse aquí el apoyo de los indecisos. La manifestación de hoy debemos aprovecharla en ese sentido... La quiebra del banco se produjo cuando Claudio ya no estaba en el Gobierno... Ese es otro punto en el que tenemos que incidir especialmente...

Pablo Bernal rondaba los cincuenta años aunque aparentaba, más bien, casi sesenta. Gordo, alto y desgarbado, sólo su pelo canoso daba un aire de distinción a su estrafalaria figura. A pesar de ello, desprendía un carisma y magnetismo que hipnotizaba por igual a ciudadanos de a pie como a empresarios poderosos como a intelectuales sesudos y sofisticados. Nadie sabía qué estudios tenía ni qué profesión había ejercido antes de dedicarse a la política. Desde siempre, se le recordaba como la mano derecha de Claudio Montellano y, aunque en multitud de ocasiones se había rumoreado que iba a independizarse de su mentor, aún seguía

ocupando su lugar a la sombra del político que se presentaba a sí mismo como la gran (y única) salvación del país.

–Finalmente, tenemos la reunión de Pilar Muro con los sindicatos. Esa reunión va a acabar en fracaso.

Una reacción de sorpresa cundió entre algunos de los asistentes a la reunión. El que parecía más decidido acabó por intervenir.

–El Ministro de Economía lleva tres semanas vendiéndonos que el acuerdo entre las organizaciones empresariales y sindicales es una pieza fundamental para la salida de la crisis... ¿Cómo va a explicar ahora el Gobierno que dicho acuerdo no va a tener lugar?

Pablo Bernal se sentó en uno de los laterales de la mesa y escondió el rostro entre sus manos. No se podía afirmar con rotundidad si estaba reflexionando, si estaba intentando medir sus palabras o si estaba buscando una explicación clara y sencilla. Finalmente, apoyó sus manos sobre la mesa y disparó una pregunta breve pero contundente.

–¿Me podéis decir a quién le interesa ese acuerdo?

Quien había hablado con anterioridad, se sorprendió con la pregunta.

–¿Cómo que a quién le interesa? Si se materializa, todos podrán venderlo como algo positivo...

–Yo creo que no. Los sindicatos quieren dar una imagen de firmeza y las dos centrales principales están jugando a ver cuál es la más intransigente frente a las posturas del Gobierno... Al término de la reunión, dirán que ellos están defendiendo los derechos de los trabajadores y que la Primera Ministra quería imponerles unas medidas claramente antisociales... Al Gobierno, tampoco. Este acuerdo no iba a servir para relanzar la economía. El principal problema de esta crisis radica en el sistema financiero y el sector inmobiliario. Mientras que no se arregle el problema de las numerosas entidades que están en una quiebra de hecho pero no declarada no vamos a salir de esta situación. Con la falta de acuerdo, el Gobierno siempre podrá decir que ha hecho lo que ha podido pero que los agentes sociales no han estado a la altura... Además, eso le puede servir para retener una parte importante del voto más a la derecha... Precisamente, el que es más reticente a Claudio.

–¿Cómo podemos aprovechar ese fracaso a nuestro favor? –preguntó Esteban Miranda–.

Pablo Bernal sonrió de modo cómplice a Esteban.

–Esa es la cuestión. Debemos decir que el acuerdo era absolutamente necesario pero que la Primera Ministra ha demostrado una preocupante falta de liderazgo... Claudio Montellano llegó a muchos acuerdos en su etapa como ministro porque siempre tomaba la iniciativa y dejaba claros los aspectos en los que no iba a ceder, los principios fundamentales del Partido Moderado en los que nunca transigiría... Aunque eso puede parecer una dificultad para una negociación, en realidad te da autoridad, credibilidad y, sobre todo, te da una imagen de transparencia que ayuda en las conversaciones posteriores. Pilar Muro ni ha tomado la iniciativa en este asunto, siempre ha estado a remolque y, además, no ha marcado con claridad las líneas que no podían traspasarse. Por un lado, ponemos una vela al electorado

proclive a posturas más dialogantes y, por otro, la ponemos también a los partidarios de gestos más contundentes. Claudio Montellano representa el liderazgo con guante de seda. Marcaos con fuego esta frase en el cerebro. Vamos, repetid conmigo: Claudio Montellano representa el liderazgo con guante de seda...

Todos, a la vez, repitieron estas palabras igual que si fuera una plegaria al Altísimo.

4

Silva acompañó al comisario Torres a su despacho. Una vez allí, su jefe dio rienda suelta a su decepción y su enfado.

–Se nos va a escapar el pez gordo... Se nos va a escapar... Y eso me jode una barbaridad... Hace un año, siete hombres de esta comisaría fueron asesinados... Ese hijo de puta es el máximo responsable de que ello sucediera... De eso y de que esos mafiosos cabrones se rieran de nosotros una y otra vez... Es un traidor. Y tiene que pagar por ello...

–Jefe, es lógico que el tal Alexander haya tomado todas las precauciones para no ser atrapado... Sin embargo, hemos de darnos cuenta de todo lo que hemos avanzado. Hemos logrado desarticularle toda su trama de chivatos y soplones en nuestra comisaría y en toda la ciudad... Sabemos de sus métodos mucho más de lo que sabíamos al principio... Hay muchos detenidos. Ahora, toca interrogarlos a fondo y que nos digan todo lo que saben. Los tenemos pillados por los cojones. Si quieren que la pena que reciban sea la menor posible, no tienen otra salida que colaborar con nosotros...

–Pero parece ser que Martínez era el único que contactaba con Alexander... Y, ahora, Martínez está muerto. ¿Cómo podemos avanzar?

–Como siempre hemos avanzado: paso a paso. Sin prisa pero sin pausa. Yendo pista a pista, detalle a detalle... Es lo que sabemos hacer y es lo único que podemos hacer...

El comisario empezó a dar vueltas por su despacho, con las manos cruzadas a la espalda y mirando hacia el suelo con gesto serio.

–Desde hace cosa de dos semanas, me están dando toques desde la capital para que asocie a la investigación a la Brigada de Delincuencia Económica.

–No lo entiendo... –dijo Silva, dividido su ánimo entre la sensación de relativa sorpresa y el afán de satisfacer su curiosidad–.

–¿Qué es lo que no entiende? –respondió, evasivo, el comisario–.

–Que, a estas alturas, le den toques sobre eso que me dice... ¿Por qué no han dicho nada hasta ahora? ¿Por qué no asumen directamente la investigación y ya está?

Torres permaneció pensativo durante unos instantes y, finalmente, decidió sincerarse, aunque no sin tomar precauciones.

–Silva, salgamos fuera... A dar un paseo por la calle... Allí, hablaremos más tranquilos.

El comisario no habló hasta que se hubieron alejado unos cien metros de las dependencias policiales.

–Ha hecho usted las dos preguntas clave sobre el tema que nos ocupa. Aunque todo se puede reducir a una única pregunta o duda, en realidad. ¿Por qué no nos han dicho nunca nada y por qué, ahora, no dan una orden taxativa en vez de hacer una sugerencia sutil y sibilina? ¿Usted qué cree?

–No lo sé. Dígame usted.

–No se haga el tonto, Silva. Si yo, desde el primer momento, supe de qué iba la cosa, usted, que me da mil vueltas, seguro que ya se ha hecho una idea.

Torres dejó de caminar y no dejó de mirar fijamente al inspector hasta que este respondió.

–Hay un único motivo por el que no han querido que la Brigada participe y por el que, ahora, no le dan la orden directa de que la misma asuma las investigaciones: porque no están seguros de que Alexander no trabaje dentro de ella. Si la iniciativa parte de ellos, de ellos será la responsabilidad si el cabecilla de la red se pone al tanto de todas las averiguaciones. Si la iniciativa parte de nosotros, ellos estarán libres de toda culpa. Y hay una derivada que no se nos debe escapar. ¿Y si las instrucciones de implicar a la Brigada vienen de más arriba y tienen como fin, precisamente, que Alexander se ponga al día de todo lo que sabemos?

El comisario asintió con la cabeza.

–Exactamente, Silva. Y ahí está mi dilema. Es una maniobra muy hábil. Con múltiples implicaciones... Y todas ellas, con la misma línea directriz: si algo sale mal, nosotros cargaremos con las consecuencias. Si todo sale bien, ellos se llevarán las medallas... Y no me gusta. Puede ser una trampa... Y ni tan siquiera sabemos de qué dirección vendría la misma.

Torres y Silva continuaban caminando por los alrededores de la comisaría, pensativos y, en realidad, extenuados y agotados mentalmente por los sucesos de los últimos meses y las detenciones de las últimas veinticuatro horas, detenciones de compañeros del cuerpo (incluso, de amigos) que iban a minar la moral de agentes y oficiales. Y todo para que, al final, quedara pendiente de aclarar quién era el líder de toda la trama, el individuo que hacía de enlace entre los infiltrados en la policía y los grupos mafiosos que pagaban su traición. Y lo peor era que aún no había terminado la tortura. Se enfrentaban a un nuevo dilema para el que no veían una solución clara.

–¿Y qué sucedería si seguimos nosotros solos con la investigación? –preguntó Silva-

–Creo que nos iremos encontrando con mil obstáculos que harán imposible que la misma avance. No habrá instrucciones, no habrá órdenes taxativas, no habrá nada... Sólo un camino que acabará en una muralla que no podremos derribar.

–Bien. Pues pidamos ayuda.

Torres se sorprendió de la seguridad con que Silva había dicho sus últimas palabras.

–¿Por qué cree que debemos hacer eso?

–Si pedimos ayuda, podremos conseguir que la investigación avance. Mientras tanto, estaremos pendientes de los movimientos de los miembros de la Brigada... Si alguno de ellos es Alexander, será más fácil detenerlo. Créame, jefe: es nuestra única posibilidad... Y si ese hijo de puta está allí dentro, nos daremos el gusto de ponerle las esposas y meterlo, a buen recaudo, en el calabozo más profundo que encontremos.

5

Mark Cortes no sabía qué hacer ya en esa casa que si, al principio, le había parecido amplia y acogedora, ahora veía casi como un zulo cuyas dimensiones se iban reduciendo poco a poco y que amenazaba con dejarlo aprisionado sin remedio. Estaba harto de ver la televisión, de leer revistas, de escuchar la radio... Quería que todo ese infierno acabara de una vez. Pero lo que prometía ser un proceso rápido se estaba convirtiendo en un trayecto interminable. Habían pasado tres meses desde que huyó del Enclave y nada hacía pensar que la espera fuese a acabar pronto. Por eso, cuando oyó la cerradura de la puerta, no se hizo excesivas ilusiones de que las noticias que podría traer Jacobo iban a ser agradables.

–Hola, Mark, ¿cómo estás?

–¿Cómo quieres que esté...? Hecho polvo. Así estoy.

–No te preocupes. Ya queda menos para...

–¡Y una mierda! ¡Y una puta mierda! ¿Cuánto tiempo llevamos así? Y no veo que el tema avance. Hace ya dos semanas que Julio no se pasa por aquí...

–Julio está ocupado... Compréndelo. Está negociando a varias bandas. Y ha de tener cuidado a la hora de venir aquí.

–Todo eso está muy bien. Pero esto se tiene que acabar... Dile a Julio que si no viene aquí en tres días, me largo.

Jacobo pareció no reaccionar. Permaneció pensativo, mirando fijamente a Mark y (sin duda alguna) intentando esbozar una respuesta. Sin embargo, lo que finalmente dijo causó una profunda decepción al fugitivo.

–Vale. Así se lo diré... No puedo hacer más.

Mark no sabía qué hacer. Esperaba que su amenaza surtiera algún tipo de efecto en su interlocutor pero este se mantuvo frío e indiferente.

–Pero, ¿de qué va esto, tío?¿Qué queréis?¿Qué pretendéis?

Jacobo seguía sin manifestar ningún tipo de reacción ante la amenaza de Mark. Este seguía desconcertado, sin acertar a encontrar el camino para influir en el ánimo del recién llegado.

–Ya sabes lo que pretendemos, Mark. Sacar el máximo beneficio de lo que lograste sacar del Enclave. Y eso no es fácil. Julio necesita estar concentrado en lo que está haciendo. Y no pienso distraerlo con tus tonterías. No estamos para que nos hagas perder el tiempo. Si te quieres ir, vete. Ya encontraremos otro modo de ganar dinero. ¿Qué te piensas?¿Que dependemos de ti para hacer un buen negocio? Pues no es así.

Jacobo se acercó a Mark con evidentes señales de crispación en sus gestos.

–Tú estarás harto de llevar aquí tres meses. Pero yo también estoy harto de estar aguantando durante esos tres meses tus gilipolleces y cosas de niño inmaduro.

Jacobo no era mucho mayor que Mark pero en los surcos que atravesaban su rostro y en su voz ronca se vislumbraban indicios de experiencias duras, amargas y embrutecedoras que pesaban más que los años y las fechas del calendario.

–Mira, Jacobo, compréndeme... Yo no contaba con que esto se fuera a alargar tanto. Julio me dijo que en dos semanas iba a quedar todo arreglado... Que ya había compradores para la información que yo me iba a llevar...

–Había compradores. Pero han surgido oportunidades que no nos esperábamos. Lo que toca ahora es que todos tengamos un poco de paciencia.

Mark pareció sumirse en una tranquilidad resignada por lo que Jacobo aprovechó para cumplir con los propósitos de su visita.

–Te he traído comida y unos cuantos libros y revistas y las películas que me pediste. En tres días, volveré a pasarme por aquí...

Jacobo no quiso dar mayor importancia a la conversación que habían tenido y se fue de la casa dando un portazo. Salió a la calle estrecha a la que daba la puerta principal de la vivienda individual donde habían escondido a Mark Cortés. La urbanización era un revoltijo laberíntico de edificaciones levantadas sin un criterio homogéneo que se repartían entre un damero de calles en las que las líneas rectas habían sido castigadas con el exilio. Tanto él como Julio decidieron que era el lugar perfecto para esconder a un fugitivo que no tenía clara consciencia de serlo y que pensaba que el asunto que se traían entre manos iba a quedar dilucidado en poco tiempo. Porque tan difícil iba a ser que lo encontraran como que él se pudiera sentir lo suficientemente confiado para huir de allí y seguir su propio camino cuando se encontrara en esa maraña de cruces y recovecos que no parecían conducir a ningún sitio. Jacobo se subió al coche y, tras alejarse de allí, volvió a aparcar al cabo de unos cinco minutos para llamar por el móvil.

–Todo está saliendo como esperábamos... Mark ya está harto... Lo tenemos cocinando en su propia salsa. Sí, creo que podremos llevarlo a nuestro terreno y dejar a Julio con dos palmos de narices...

6

Carla Robles no estaba cómoda atendiendo a lo que consideraba el cumplimiento de un mero trámite administrativo. Pero sus superiores la habían obligado a ello y no tenía más remedio que cumplir la orden de forma taxativa e inequívoca.

–Carla, ¿has vuelto a tener pesadillas?

La psicóloga se dejó de rodeos para ir directamente al asunto que había llevado a la agente a esa consulta.

–Dado el trabajo que tengo, es normal que tenga pesadillas... Desde mi primera semana como policía, siempre las he tenido...

–Y las últimas que has tenido, ¿en qué consisten?

Carla se empezó a agitar nerviosamente en la silla. Se movió para intentar encontrar una postura confortable pero la mirada que, frente a ella, se clavaba en sus reacciones y comportamientos le impedían actuar con espontaneidad.

–Francamente, no sabría decirle qué ocurre en ellas... Todo es confuso...

–Hagamos un esfuerzo. Es importante saber qué es lo que le preocupa y no logra exteriorizar...

–¡Yo no voy a hacer ningún esfuerzo! Porque no necesito hacerlo. ¡No me pasa nada! De acuerdo con que tenga que venir aquí porque mi comisario no me ha dado más opción. Pero no voy a colaborar en encontrarme problemas que no existen.

Al otro lado de la mesa, la psicóloga jugaba con el bolígrafo sin retirar sus ojos de la explosión de ira y desasosiego que había sacudido a la agente.

–¿Por qué se ha enfadado?

Carla Robles suspiró y comprendió que se había excedido en su reacción, así que decidió mostrarse más condescendiente.

–Mire, yo entiendo que usted actúa con la mejor voluntad del mundo... Lo sé y, de verdad, aprecio mucho lo que hace. Pero mi caso se limita a que mis superiores se han asustado después de lo que me pasó al principio de estar en esta comisaría y quieren estar seguros de que no me haya convertido en una trastornada... Les entiendo a ellos, le entiendo a usted pero, créame, no puedo hacer nada porque no hay ningún problema que resolver.

La psicóloga apoyó sus brazos en la mesa y se acercó a su paciente.

–Carla, yo creo que se equivoca. Puede ser que no le pase nada grave. No lo niego. Pero hay una cosa que está clara: usted no ha acabado de superar esa terrible experiencia... Y no quiere admitirlo.

* * *

—¿Dónde está Robles? —preguntó el inspector Silva—.

—Ha ido a ver a la psicóloga, jefe —respondió Gómez—.

—¡Ah!, es verdad... La habitual sesión semanal, ¿no? Bien... Miren, he querido hablar con ustedes al final de la jornada porque hay algo que me gustaría consultarles... Hubiera preferido que Robles también estuviera aquí pero no hay tiempo para dilatar más lo que el comisario y yo tenemos que decidir.

Silva bebió café del vaso de plástico que estaba sobre su escritorio. Gómez y Osorio estaban expectantes porque nunca, con anterioridad, su jefe les había consultado sobre una decisión que debía tomar junto al comisario.

—Hace un año que estamos metidos en la investigación sobre la red de infiltrados en el cuerpo, sobre sus contactos y sobre quiénes eran los verdaderos propietarios de Inmobiliaria y Promotora Villar. Nos hemos dejado la piel en nuestras indagaciones... Hemos llegado a un punto en que hemos logrado desarticular la red. Pero nos hemos encontrado con un obstáculo aparentemente insalvable: desconocemos quién puede ser el líder de la trama, un líder conocido con el sobrenombre de Alexander. Y sin saber quién es Alexander, no podemos saber para quiénes trabajaba y, por tanto, quiénes utilizaron a Mario Villar como simple hombre de paja. Es decir, hemos llegado a un callejón sin salida.

—¿Puedo decir algo? —preguntó Osorio—.

—Sí, hable.

—Creo que estamos ante un callejón sin salida sólo aparente. Tenemos que acabar de sacar información a todos los detenidos, tenemos que revisar toda la documentación recopilada, tenemos que ver qué esconden los ordenadores incautados... Hay mucha tarea por delante.

—Eso es lo que me preocupa: que hay mucha tarea. Hasta ahora, nuestra gran aliada ha sido la discreción. Nadie sabía a qué nos estábamos dedicando, cuál era el contenido de la investigación que ocupaba la mayor parte de nuestro tiempo... Pero todo ha cambiado. Con las últimas detenciones, ha saltado la liebre. Los focos ya están sobre nosotros. Cualquier movimiento lo vamos a anunciar, sin querer, por anticipado. Eso significa que hemos perdido toda nuestra ventaja... Cuanta más tarea tengamos que abordar, más difícil será cumplir con nuestros objetivos.

—Intentémoslo, jefe... —dijo Gómez—. No tenemos nada que perder. Creo que lo más difícil está hecho. Queda la última cuesta pero creo que podremos escalarla... Sólo hace falta ánimo y fuerza de voluntad.

Silva constató lo que ya sospechaba: sus agentes se habían implicado tanto en la investigación que, ahora, no les iba a sentar nada bien compartirla con unos compañeros recién venidos de la capital que, probablemente, se iban a acabar llevando todos los honores. Sin embargo, no quedaba más remedio que afrontar el hecho sin ambages ni medias tintas.

–Miren, sé que, lo que les voy a decir, no les va a gustar. Pero es mejor que se lo diga directamente antes que dar un rodeo que sería completamente inútil... La Brigada de Delincuencia Económica se va a incorporar a la investigación.

* * *

–Muchas veces, consideramos experiencias asumibles experiencias que, en realidad, nos abruman y sobrepasan. Experiencias que hieren nuestra mente y dejan cicatrices que no cierran fácilmente. Seguir adelante con esas heridas abiertas, se convierte en una tortura. Es caminar con un fardo pesado sobre nuestras espaldas. Tenemos que liberarnos de ese fardo, si queremos que nuestro andar sea llevadero. Carla, tú viviste una experiencia límite. Te secuestraron y estuvieron a punto de matarte. Tuviste que huir y estuvieron a punto de atraparte. Saliste de la situación con inteligencia y valentía. Pero eso significó pasar por un trance en que descubrimos que nuestra mente es, muchas veces, más pequeña que la realidad. Y que necesita ayuda. Desde que empezaste a venir aquí, no has reconocido el significado de lo que te sucedió. Y creo que ya es hora de que des el paso que es necesario por tu bien.

El silencio de Carla Robles se fue haciendo más hondo conforme avanzaba el discurso de la psicóloga, una mujer sólo unos cinco años mayor que ella pero que imponía una autoridad que iba mucho más allá de su edad y de su no muy elevada estatura. En su interior, Carla llegó a admitir que las palabras que escuchaba estaban cargadas de razón. Y acabó por darse cuenta de que necesitaba expulsar los complejos sentimientos que la embargaban.

–Doctora Márquez, no sé exactamente cómo decir lo que quiero decirle. Creo que me he equivocado en no comprender que usted era la persona adecuada para decirle ciertas cosas. Usted es mujer como yo. Tiene que trabajar en un entorno predominantemente masculino (y, muchas veces, hasta machista) como yo. Y seguro que le ha sucedido lo mismo que a mí: que no se pueden manifestar ciertas debilidades si queremos que nos respeten. Y eso es lo que me ha pasado...

Carla Robles se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por el despacho.

–Venir a esta ciudad, ha supuesto un cambio radical en mi vida. Acabé con una relación que no iba a ninguna parte y entré a formar parte de un grupo donde me siento realizada profesionalmente. Pero tiene razón. Lo que ocurrió esa noche, me atormenta. No es que afecte a mi rutina diaria. No es que me impida desarrollar mi trabajo. Pero, frecuentemente, tengo pesadillas que traen a mi mente las imágenes de lo que pasó. Y, a veces, me invaden recuerdos que me atenazan y me paralizan.

* * *

Gómez y Osorio dibujaron, primero, signos de sorpresa en su rostro. Después, de indignación.

–Pero, jefe, ¿cómo van a hacer eso? –dijo Gómez–. Los de la capital se van a llevar todo el mérito... Y el grueso de las investigaciones lo hemos hecho nosotros. No sería justo...

–Jefe, Gómez tiene razón –dijo Osorio–. Además, no creo que sea necesario. Como le he dicho, aún tenemos mucho material por analizar. Y podemos cerrar los últimos flecos sin necesidad de recurrir a la Brigada de Delincuencia Económica.

El inspector Silva parecía que estaba sopesando las palabras de sus agentes. En realidad, no era así. Había tenido claro, desde el principio de la conversación, que las reacciones de Gómez y Osorio iban a ser las que, efectivamente, se habían producido. Ya sólo le quedaba utilizar los argumentos que tenía preparados.

–Creo que no debemos perder de vista en qué consiste nuestro trabajo. Nosotros, más que nadie, debemos sacrificar nuestros objetivos personales a favor del interés general. Es humanamente comprensible que todos, incluido yo, queramos culminar esta investigación y conseguir el reconocimiento de nuestros superiores. Sobre todo, después de los acontecimientos que dieron lugar a la muerte de tantos de nuestros compañeros. Pero, por eso mismo, por la importancia del caso, no podemos limitar nuestra visión al mero éxito individual. Deberíamos estar orgullosos de llegar al final de nuestras pesquisas y detener a todo aquel que haya tenido que ver con el caso Mario Villar. Y ello, con independencia de quién se lleve los méritos. Porque, además, con el exceso de individualismo, corremos un riesgo importante: que no seamos capaces, nosotros solos, de llegar a un desenlace feliz. Y, entonces, ¿qué? ¿De qué podríamos enorgullecernos? Si pedimos ayuda a la Brigada de Delincuencia Económica, nuestras posibilidades de éxito son mayores. Y, créanme, cuando descubramos quién es ese cabrón de Alexander, nos importará un bledo si nos ponen una medalla o no. Porque, lo primero que haremos cuando ello ocurra, será ir al cementerio donde están enterrados nuestros compañeros y dejar en las tumbas de cada uno de ellos un ramo de flores, sintiendo, en nuestro interior, la satisfacción moral de haber cumplido con nuestro deber y de haber honrado su memoria.

* * *

–Carla, creo que lo que acaba de hacer supone un paso muy importante. El más importante desde que he empezado a tratarla. Por fin, ha reconocido que tiene un problema. Me ha gustado, además, que haya sido capaz de encontrar el motivo por el que, hasta ahora, ha negado la realidad de lo que le estaba pasando. A partir de ahora, podremos trabajar sobre una base firme...

Carla Robles estaba nerviosa y no sabía cómo calmar su agitación.

–¿Puedo fumar? –le preguntó, de forma dubitativa, a la psicóloga–.

–Ya sabe que aquí no puede fumar. De todos modos, salgamos fuera. Creo que, por hoy, hemos terminado. Cuando hayamos solucionado lo que le ocurre, intentaré también que deje el tabaco...

Ya en la calle, Carla creyó que iban a mantener una conversación más distendida. Sin embargo, la doctora Teresa Márquez se mantuvo en su papel y conservó la tradicional distancia profesional-paciente sin que los intentos de la agente surtieran ningún efecto.

–Lo que le pasa es normal. No crea que eso le sucede sólo a mujeres policía. Entre los hombres, también se produce después de una experiencia traumática. También ellos tienen que superar las consecuencias del dolor sufrido... Angustia, ansiedad, pánicos injustificados, fobias diversas... Son síntomas que les cuesta trabajo reconocer... Pero usted lo ha hecho muy bien esta tarde. Ha sido muy valiente. A partir de ahora, conforme vayamos trabajando, verá cómo se va sintiendo mejor...

Carla Robles se despidió de la psicóloga y se fue caminando, despacio y sin prisas, hasta su casa. Era cierto que se sentía mejor, que era como si hubiese disuelto un coágulo que obstruyese sus emociones. Contemplaba su vida de otro modo, con perfiles menos ácidos y escarpados. Se empezaba a dar cuenta de que las luces que iluminaban sus pasos eran más potentes de lo que, hasta entonces, había pensado. Todas las piezas parecían encajar cuando, hasta inmediatamente antes de su confesión de esa tarde, las había imaginado caóticas y descoordinadas. Sin ser consciente de ello, un esbozo de sonrisa apareció en su rostro.

Cuando llegó a su piso, se quitó los zapatos, la rebeca de lana y los pantalones vaqueros que llevaba puestos, quedándose sólo con una camisa blanca y su ropa interior de color negro. Se sentó en el sofá del salón y cerró los ojos, sabiendo que el mundo podía tener colores sugerentemente desconocidos.

* * *

Cuando acabó la conversación, Gómez y Osorio habían sido convencidos por el inspector Silva de que lo que el comisario y él habían (ya) decidido era lo más adecuado. No había sido fácil. Se había tenido que emplear a fondo. Pero siempre estuvo convencido de que sus hombres eran dos auténticos profesionales y que iban a anteponer sus obligaciones a cualquier tipo de motivación exclusivamente personal. Se fueron de la comisaría satisfechos, sabiendo que se iba a tomar la mejor salida para un caso que amenazaba con llegar a un frustrante punto muerto. Silva estaba sentado en su mesa, cansado por la que había sido una jornada larga e intensa y por el vértigo que le producía lo que parecía ser una investigación interminable. En algunos momentos, se sentía extraviado en un laberinto sin salida o atrapado en un cepo que giraba y daba vueltas para dar la falsa impresión de que había movimiento cuando sólo existía parálisis. Ahora, iban a jugar en un escenario completamente diferente. Iban a recibir apoyos de la capital. Y eso podía ser favorable o adverso para sus intenciones. Pero, en cualquier caso, iban a tener oportunidades de las que, hasta entonces, no habían disfrutado.

Silva apagó la luz de su oficina, cerró la puerta y salió a la calle intentando olvidar el torrente de pensamientos que no dejaba de bullir en su mente. El aire fresco de la última hora de la tarde le despejó la cabeza y le hizo caminar animado y casi contento. Mañana, sería otro día, con otras expectativas, otros problemas y otros obstáculos. Ya habría tiempo para irlos afrontando.

Casi sin darse cuenta, llegó a su destino. Subió las escaleras y llamó al timbre del 3ºD. La puerta se abrió, aparentemente, de modo mágico. Pero, escondida detrás de ella, estaba Carla Robles, quien la abrió entre insinuante y divertida. Cuando Silva entró, Carla volvió a cerrarla y apoyó su espalda contra ella. Él no pudo evitar fijarse en sus piernas desnudas y en la sonrisa pícaro que se dibujaba en su rostro. Por encima de lo que le decía su razón, con Carla se dejaba

llevar por unos impulsos que, hasta hacía poco, eran completamente desconocidos para él mismo. Se acercó a ella, la abrazó y empezó a besarla, en parte con una timidez que no era capaz de vencer, en parte con una pasión que lo extraía de su propio ser para convertirlo en otra persona diferente. Al final, Carla le cogió de la mano y lo fue llevando, despacio y como cumpliendo con un rito sagrado que había que ejecutar con mimo y prudencia, hasta el dormitorio. Una vez allí, se sumergió en la desnudez de Carla, olvidando prejuicios y circunstancias.

7

—Piensas que estás hablando con una persona normal, con alguien perfectamente integrado en la sociedad y en sus costumbres y convenciones —dijo Julio—. Pero no es así. Yo soy un desclasado, un marginal, un lobo solitario, un *outsider*, un apátrida que ha ocultado su condición, un ser desconectado de los sentimientos de sus semejantes... No intentes convencerme por la vía de la compasión. Es inútil. No vas a conseguir que empatice contigo. Lo único que podrías lograr es convencerme para que acorte tu agonía, para que tu sufrimiento sea sólo el estrictamente necesario... Es la única posibilidad que te queda. Y yo, que tú, la aprovecharía.

Frente a él, había un individuo perplejo y desconcertado. Habían dejado de preocuparle las heridas de su cara y el hilo de sangre que, brotando probablemente de la nariz, descendía hasta su boca haciéndole sentir un sabor metálico que, a lo mejor, era el que le producía las arcadas que estaban a punto de acabar en vómito. Pero, más bien, podía ser por el ataque inesperado de ese joven rubio, que apenas superaba los treinta años, que no parecía muy fuerte pero que había descargado contra él una ira que tenía que brotar de fondos pantanosos ocultos en lo más profundo de sus entrañas. Él era un hombre con experiencia, se las había tenido que ver con tipos duros, con tipos con escasos escrúpulos. Su pelo canoso, las cicatrices que surcaban su rostro y su expresión de fiereza eran, en la mayoría de las ocasiones, la primera barrera frente a matones, sicarios y gente pagada para hacerle morder el polvo. Pero esta vez todo había sido distinto. No se trataba de un encargo o del trabajo de un profesional. Quizás, en parte, sí. Pero había algo más profundo en los golpes y puñetazos que había recibido. Una especie de odio frío, abstracto y sin destinatario concreto contra el que apenas había podido reaccionar.

—No sé qué quieres... Casi no comprendo nada de lo que me quieres decir. No sé por qué estoy aquí... No sé qué pretendes... ¿Qué quieres que haga? ¿Qué quieres que confiese?

Mientras intentaba ganar tiempo, se esforzaba por desatar las ligaduras que mantenían atrapadas sus manos. Pero era inútil. Las cuerdas que rodeaban sus piernas se entrelazaban con las patas de la silla formando un todo inexpugnable.

—Me estás haciendo perder el tiempo. Y eso me enfada. No, no me enfada. Me enfurece. Y eso es muy malo para ti.

Julio abrió el pequeño maletín que llevaba con él y sacó un pequeño objeto, brillante y metálico. Al principio, el individuo sujeto en la silla no acertó a ver qué era. Sólo cuando el joven se acercó, descubrió que era una cuchilla de afeitar.

–¿Ves esto? Es minúsculo. Apenas es nada. Pero es muy eficaz. Puede darme las respuestas que necesito. O, si no es así, puede allanar sobremanera el camino para la siguiente herramienta que sacaré de ese maletín. Todavía estás a tiempo de facilitar todo esto, créeme. Pero también te digo otra cosa: si empiezo, no pienso parar...

Julio se irritó cuando vio que el individuo amarrado a la silla empezó a llorar.

–Pero, ¿por qué haces eso? Ya te he dicho que no pienso tener un ápice de compasión contigo. Ahora, todo lo que sucederá es inevitable.

Volvió a acercarse al maletín y, esta vez, sacó de él unas tenazas oxidadas.

–No digas que no te lo advertí...

* * *

Julio salió del edificio industrial en ruinas y se quitó la prenda de plástico transparente que había tenido puesta todo el tiempo. Tuvo cuidado de que la sangre que la impregnaba no rozara su chaqueta, su pantalón o su camisa. Abrió el maletero de su coche y sacó una lata de gasolina. Tiró la prenda en el descampado, vertió gasolina encima de ella y arrojó a continuación una cerilla encendida. El fuego empezó a consumirla. El joven con cara de ángel imaginó que estaba realizando una breve visita al infierno.

Cuando el plástico quedó reducido a un amasijo informe, Julio llamó con el móvil a Jacobo.

–¿Cómo sigue Mark?

–Está muy nervioso, Julio. No sé si voy a poder controlarlo.

–Tienes que controlarlo, ¿de acuerdo? Tienes que controlarlo.

–Quiere verte, quiere hablar contigo. No deja de repetírmelo.

–Vale. Dile que pasado mañana estaré allí.

–¡Ni se te ocurra soltarle una mentira...!

–No es ninguna mentira. Pasado mañana, quedamos en el adosado y hablamos con Mark.

–¿Qué significa eso? ¿Que ya has logrado vender el material?

–Eso significa que pasado mañana voy a hablar contigo y con Mark. Sólo eso. Ese día, os contaré lo que hay. ¿Me he expresado con claridad?

–Sí, sí... Todo está muy claro.

Julio cortó la llamada sin despedirse. Empezó a dar vueltas por ese paraje inhóspito y solitario, sin rumbo ni objetivo. Removió, algunas veces, la tierra con sus pies y cogió alguna piedra y la

arrojó lejos con fuerza. Estuvo tentado de volver dentro de la nave medio derruida y contemplar de nuevo la masa sanguinolenta y sin vida que había dejado allí dentro. Pero le aburría regresar a un lugar donde había tanto polvo y tanta suciedad acumulados. Entró en el coche y se marchó de allí. Fue hasta la costa. Condujo por el largo y casi interminable paseo marítimo. Aparcó en una zona escasamente transitada, en la que no había problema para encontrar una plaza de aparcamiento libre. Bajó hasta la playa y, estando la marea baja y sin nadie en la zona, empezó a caminar, libre de cualquier mirada curiosa. El sol estaba poniéndose. Se sentía extrañamente libre, ajeno a cualquier intromisión, sin cadenas que estorbaran sus decisiones. Un fuerte viento golpeaba en su cara. No le importaba que la arena le entrara en los ojos. Allí, en la soledad y el vacío, podía imaginar un hogar.

8

Los gemidos de Carla Robles y Tomás Silva se apagaron en una última explosión de placer. Aunque ambos estaban exhaustos, no querían detener la sucesión de besos y caricias. Carla, desde el principio, había asumido con más naturalidad la situación que había surgido entre ellos. Silva, en cambio, se movía entre el asombro, la curiosidad y una pasión desconocida para él que había logrado absorberlo hasta hacer que actuara como nunca pensó que lo haría. Cuando, en ese momento, las piernas de Carla se enredaban con las suyas, él se dejaba llevar nuevamente y abrazaba con fuerza a la mujer, que respondía estrechando el contacto de su cuerpo con el del hombre. Silva ansiaba hacer gozar a Carla, contemplar cómo su cuerpo se agitaba de placer y volver a experimentar cómo sus brazos se entrelazaban en su cuello en señal de los sentimientos que habían nacido hacia él, los cuales lo elevaban a un estado de hipnosis que le hacía olvidar el mundo, el tiempo y la consciencia.

Empezaba a anochecer. Carla dormía a su lado. Él se mantenía despierto, en ese estado de vigilia medio alucinada que, desde hacía seis meses, era habitual en él cuando el día llegaba a su fin. Vivencias, miedos, temores, razonamientos interminables, recuerdos punzantes y angustias sin salida se mezclaban formando un mejunje grumoso que parecía obturar sus neuronas. Carla empezó a moverse y, aún con los ojos cerrados, se acercó a él y recostó la cabeza en su pecho. Silva sabía que tenía que hablarle de lo que había ocurrido esa tarde en la oficina.

—Hoy, les he contado a Gómez y Osorio lo de la Brigada de Delincuencia Económica...

Carla levantó la cabeza y abrió los ojos de par en par.

—¿Y qué han dicho?

—Al principio, no les gustó. Después, he logrado convencerles de que era la única opción que teníamos...

—¿Cómo lo has hecho?

–Me he tenido que emplear a fondo. He apelado a la memoria de los compañeros que murieron por el caso Mario Villar. Les debemos el llegar hasta el final...

Carla se incorporó y quedó sentada sobre la cama, apoyada en el espaldar.

–Si se lo has contado, supongo que es porque ya han contactado con el comisario...

–Exactamente.

–Es decir, eso significa que también has convencido a la Brigada...

Silva no quería hablar demasiado de una maniobra que había realizado a la desesperada pero siendo plenamente consciente de que era la única salida para desbloquear un caso que ya se vislumbraba demasiado complejo como para abordarlo únicamente con su equipo.

–Para eso fue fundamental el apoyo de tu antiguo jefe. El comisario González conoce perfectamente a los miembros de la Brigada. Él me ayudó a presentarles bien el caso y a tocar las teclas sensibles... Y eso, a pesar de que no veía muy claro que puenteáramos al comisario Torres...

–Pues mira que le hablé largo y tendido de esa cuestión... Estaba claro que el comisario Torres no iba a tomar la iniciativa para contactar con la Brigada. Por una mezcla de temor y de vanidad por querer apuntarse el tanto de la resolución del caso. Debía ser la Brigada quien diera el primer paso. Y si nadie de nuestra comisaría les hacía ver que el caso Mario Villar no era un caso meramente local, no iban a preocuparse por el tema.

–Carla, González es un comisario. Torres también lo es. Por muchos argumentos válidos que le dimos, hay un poso de camaradería que siempre va a pesar más que la pura lógica. De todos modos, se portó de lujo. A pesar de sus reticencias...

–¿Y se convenció rápidamente Torres de que era mejor contar con el respaldo de la Brigada?

–Tenía las mismas dudas que yo tuve cuando me propusiste la idea...

–¿Todavía estamos con eso?

–Pues sí. Todavía estoy con eso. Por lo que nos han dicho algunos confidentes y algunos agentes detenidos, no estamos seguros de que Alexander no esté dentro de la Brigada... Lo único que sabemos es que se trata de alguien con una posición importante, que, por su trabajo, tiene o ha tenido experiencia en temas relacionadas con los delitos económicos... Que tiene contactos con empresarios, políticos y el crimen organizado... Los miembros de la Brigada cumplirían con ese perfil. A partir de ahora, tenemos que tomar todas las precauciones posibles... Estamos corriendo el riesgo de meter al topo dentro de casa...

–Habiendo tomado nosotros la iniciativa, no sospecharé de que podamos estar vigilándole... Creo que es la trampa perfecta.

–Tenemos que tener mucho cuidado. Mucho. Pasado mañana, vendrán desde la capital. Mañana, quiero hacer un último intento para salir del callejón sin salida en el que estamos sin contar con la ayuda de la Brigada.

–¿De qué se trata?

–Voy a ir a la cárcel para hablar con el cuñado de Mario Villar.

–¿Con Francisco Poveda?

–Sí.

–Pero siempre se ha negado a declarar...

–Vamos a ver si se le ha reblandecido el ánimo... Muchas veces, unos cuantos meses en una celda hacen auténticos milagros.

–Yo creo que es inútil. Pero veo bien que lo intentes.

–Yo también creo que es inútil. Pero hay que intentarlo de todos modos: si sale bien, nos puede ahorrar el campo de minas en el que vamos a meternos.

9

Pablo Bernal entró en el restaurante con la respiración entrecortada por la carrera que tuvo que realizar para llegar a tiempo a su cita. Portaba el maletín con el ordenador portátil e iba con traje y corbata. Se desabotonó el cuello de la camisa y se aflojó el nudo, con la intención de tomar un poco más de aire. Se dirigió al encargado y le preguntó si había llegado ya la persona con quien iba a compartir mesa.

–Sí, llegó hace unos diez minutos. Acompañeme, por favor.

Lo condujo hasta una mesa ligeramente apartada del resto de comensales. Allí, lo estaba esperando la periodista Berta Ríos. A pesar de sus cincuenta y cinco años, conservaba una extrema delgadez. A ello, unía una elegancia innata y una voz bronca y poderosa. En conjunto, su apariencia acababa transmitiendo una personalidad fuerte y magnética que infundía a cualquier persona que se encontrara con ella una mezcla variable de respeto, temor y admiración. Sus artículos en los periódicos y sus opiniones en la radio o en la televisión siempre causaban impacto tanto por su agudo verbo, su afilada inteligencia y la información solvente que siempre manejaba gracias a sus privilegiadas fuentes.

–¿Qué tal, Berta?¿Cómo estás? Me alegro de verte.

–Yo, también. Por lo que veo, tienes bastante trabajo con la candidatura de Claudio Montellano. Tú siempre eras absolutamente puntual. Claro, supongo que, ahora sin coche oficial, es más complicado cumplir con los horarios...

Pablo Bernal sonrió.

–Sí, tenemos mucho trabajo. Tenemos una gran oportunidad por delante y no podemos dejarla pasar.

–En la candidatura de Pilar Muro, no piensan lo mismo. Allí, creen que no tenéis ninguna posibilidad...

–Normal. Ellos piensan que van a ganar y nosotros pensamos que vamos a ser nosotros quien logremos la candidatura para las próximas elecciones. Ahora, toca que sean los militantes del partido quienes decidan.

–Bueno, pero tú no te has citado hoy conmigo para decirme algo tan obvio y evidente. Seguro que hay algo más...

–Todo a su tiempo, Berta. Todo a su tiempo...

El camarero acudió y anotó sus pedidos. Él, un chuletón de cordero. Ella, pescado con verduras.

–Siempre me has parecido una persona práctica, Pablo. Y, sinceramente, no entiendo cómo te has embarcado en una aventura de tan incierto destino. Sé que siempre has sido leal a Claudio Montellano. Pero también me consta que, multitud de veces, le has aconsejado y él ha cambiado de opinión. No sé qué ha pasado en esta ocasión para que Claudio se haya metido en todo este embolado...

–Partes de que Pilar Muro va a ser la candidata del Partido Moderado a Primera Ministra del país...

–Todo apunta a ello. Posiblemente, Claudio pensó que su contrincante en las primarias iba a ser Carlos Peña. Fue una jugada muy inteligente del partido forzar a Carlos a que dimitiera en mitad de la legislatura y poner a Pilar al frente del país. Para las próximas elecciones, no va a dar tiempo que su imagen se quemé. Representa un aire renovador. Y, obviamente, va a llevarse una parte importante del voto femenino.

–Pilar es la continuidad. Está ahí para hacer lo que se ha hecho siempre. Es un cambio puramente cosmético y no es lo que el país necesita. Tú sabes mejor que nadie qué está sucediendo. Cientos de miles de personas han perdido su puesto de trabajo, han perdido sus casas, han perdido sus ahorros... Hay parejas rotas, familias desestructuradas, muchos ya saben que su vida ha quedado destrozada para siempre. La indignación con la corrupción no hace más que crecer día tras día y la situación puede explotar en cualquier momento. Ahora, no vale con hacer más de lo mismo.

–Pero Pilar es la apuesta más segura. Cuenta con el apoyo de todo el Partido Moderado y eso puede ser importante de cara a obtener la victoria. El resto de fuerzas no anda muy bien pero si el Partido Moderado no saca los suficientes votos pueden coaligarse y echarlo del poder. Pilar tiene muchas más posibilidades que Claudio de aunar el partido. Con la mayor parte del partido en contra, Claudio no podría sacar unos buenos resultados.

–Claudio puede sacar muchos más votos que Pilar... Es el único que podría proporcionar la mayoría absoluta al partido...

–A ver, resuélveme una duda que anda revoloteando por todos los mentideros de la capital... Hay quien dice que Claudio Montellano no está en esta campaña para conseguir la candidatura del Partido Moderado. Lo que pretende, realmente, es relanzar su imagen... Presentarse como el gran regenerador... Pero, una vez que pierda, y llorando como víctima del inmovilismo, va a acabar siendo el candidato del Partido Renovador...

–Tonterías. En la capital, todo son rumores y maledicencias faltos del más mínimo rigor. No hay un análisis mínimamente serio de la actual situación política... Y, así, no hay forma de poner en marcha una estrategia sólida.

–¿Y cuál sería el análisis correcto de la situación?

–El punto de partida es el que te he dicho. La sociedad está a punto de explotar. Y, por eso, la cuestión no es sólo quién va a ganar las próximas elecciones. Sino quién va a ser capaz de hacer los cambios que el país necesita. A la izquierda, el panorama está muy claro. Los de Alternativa han comido una parte importante del voto del Partido del Progreso. Ahora, en las primarias de nuestro principal rival, se enfrentan a un dilema irresoluble. Si eligen a Ernesto Páramo, el candidato más escorado al centro, Alternativa casi les va a igualar en votos en las legislativas. Esta división del voto entre dos fuerzas casi iguales, no les va a permitir sacar mayoría suficiente para arrebatar el poder al Partido Moderado. Si, en cambio, la que sale elegida es Carmen Seco, que es partidaria de aliarse con Alternativa, pierden los votos del centro y no tienen opciones de gobernar. Respecto al Partido Renovador, todos sabemos que, como fuerza que siempre se ha movido entre los dos grandes, puede moverse entre el ocho y el doce por ciento de los votos, pero nunca irá más allá. Por tanto, el Partido Moderado va a repetir en el gobierno. Pero cuando, tras varios meses de gestión, todos se den cuenta de que no van a llevar a cabo ninguna reforma significativa, el descontento va a estallar. Por tanto, es necesario que quien sea Primer Ministro defina una política decidida y contundente. Y quien puede ejecutar esa política es Claudio Montellano.

El rostro de Berta Ríos se inundó de gestos de suspicacia.

–Todo lo que me has dicho me parece demasiado alambicado para explicarlo en campaña. A ver, el Partido Moderado va a ganar de todos modos... Muy bien, pues entonces, ¿para qué votar a Claudio Montellano en las primarias? Se vota a Pilar Muro que es caballo seguro y ya se verá qué sucede... Los cuadros del partido estarían más tranquilos con ella al frente: no habría ni grandes sustos ni grandes volantazos... Claudio, en cambio, reorganizaría el partido de arriba abajo y muchos quedarían como meros militantes de base... No sé, Pablo, sigo sin verlo.

Con los platos ya servidos, Pablo adoptó un aire intrigante y supo que era el momento para dar la noticia que pensaba que iba a cambiar definitivamente la marcha de la campaña.

–En política, no hay que explicarlo todo. Lo más importante es que los argumentos queden demostrados con los hechos. Y hay hechos que se explican por sí mismos.

Pablo Bernal apoyó los codos sobre la mesa y acercó su rostro al de Berta Ríos.

–Si Claudio Montellano es candidato a Primer Ministro por el Partido Moderado, ofrecerá al Partido Renovador ir en coalición a las elecciones. De entrada, está dispuesto a aceptar íntegramente su programa de regeneración democrática y de lucha contra la corrupción. Con ello, la mayoría absoluta estaría garantizada y los ciudadanos van a estar seguros de que se van a adoptar medidas eficaces contra la perversión del sistema democrático.

Berta Ríos no pudo disimular su sorpresa.

–¿Está eso hablado con Fernando Ríos?

–No, Fernando Ríos no sabe nada de este ofrecimiento.

–Pero si el líder del Partido Renovador no tiene noticias de esto, ¿cómo puedes estar tan convencido de que van a aceptar la propuesta?

–Es la mejor oportunidad que se les ha presentado para llegar al poder y poner en marcha sus ideas. Si la rechazan, nunca van a tener otra ocasión para llevar a cabo la parte más importante de su programa. ¿Tú crees que van a permitir a Fernando que rechace la coalición con Claudio Montellano?

–Dime la verdad, Pablo. Fernando no sabe nada de esto pero una parte de los dirigentes del Partido Renovador, sí. No tendría sentido que soltaras esta noticia si no hubiera alguien dentro preparado para actuar cuando se publique. Y para actuar en el sentido de apoyar vuestra propuesta...

–Si fuera así, no tengo conocimiento de ello.

–¡No me hagas reír, Pablo! Si Claudio Montellano ha entablado contacto con gente del Partido Renovador es porque tú le has allanado el camino.

–Yo no soy el único miembro del equipo de Claudio...

–No cuelea, Pablo, no cuelea.

–Está bien. Damos por terminada la entrevista. Ahora, todo lo que te diga es *off the record*, ¿vale?

–No vale pero no tengo otro remedio. De acuerdo, adelante.

–Sí, hay dirigentes del Partido Renovador que estarían dispuestos a dejarse el pellejo por aliarse con el Partido Moderado si el candidato a Primer Ministro es Claudio Montellano. Y si es necesario desplazar a Fernando Ríos como líder, entablarán batalla para hacerlo.

–¡Vaya sorpresa! Así que esa es la jugada... Por supuesto, no podrás decirme quiénes son el caballo de Troya del Partido Moderado dentro de los renovadores, ¿no?

–Por supuesto, no. Eso, ya tendrás que averiguarlo por ti misma después de publicar en tu periódico la oferta que Claudio Montellano va a realizar al Partido Renovador.

10

El locutorio de la cárcel estaba vacío a esa hora. Solo estaba Silva, esperando a que Francisco Poveda acudiera allí tras el aviso de visita. Desde que fue detenido tras la conclusión del caso Mario Villar, Francisco Poveda había guardado un absoluto silencio sobre los nombres de los verdaderos propietarios de la promotora de su cuñado. Era evidente que le preocupaba la seguridad de toda su familia y sabía que, mientras él permaneciera callado, nada tenía que temer. Pero la más mínima palabra o insinuación sólo serviría para poner en peligro a su mujer, sus hijos, su hermana y sus sobrinos. Por eso, Silva era consciente de que tenía que moverse con una combinación de contundencia (para no dejar lugar a la duda de que iban a ser capaces de tomar medidas de protección eficaces) y sutileza (para ir llevando, poco a poco, a Francisco Poveda a su terreno).

Silva tuvo que esperar cinco minutos más. Cuando Francisco Poveda entró en el locutorio, su expresión no sufrió ningún cambio cuando vio que quien le aguardaba era el inspector de policía. Se sentó tranquilamente frente a él y pronunció, de forma lacónica, sus primeras palabras.

–Supongo que ha venido aquí por lo de siempre. Y tendrá de mí la misma respuesta que siempre ha tenido. Siento decirle que esta conversación sólo será una pérdida de tiempo para usted.

–En mi trabajo, nunca se pierde el tiempo. Aunque así lo parezca. Siempre se avanza aunque dé la impresión de que estemos parados. ¿Cómo se encuentra?

Francisco Poveda se sorprendió por la pregunta pero enseguida se puso en guardia.

–¿Por qué me pregunta eso? ¿Qué espera que le diga? ¿Que esto es un infierno? ¿Que necesito ayuda? ¿Que le pida un acuerdo? Se equivoca. Desde que Mario desapareció, supe que tenía que prepararme para lo peor. Y aquí, el lugar en el que estoy, no lo estoy pasando tan mal como llegué a imaginarlo. Sé que, mientras esté callado, no tengo que temer por mi familia. Con esa idea, aguantaré aquí todo lo que me haga falta.

En el rostro del preso, se dibujó un gesto de orgullo, que nacía de su convicción de que estaba haciendo lo correcto después de los avatares que lo habían llevado hasta esa cárcel. Silva se dio cuenta de ese detalle y decidió que fuera su vía de acceso a la mente del preso.

–Le va a costar mucho volverse a ganar el respeto de su familia. Lo que dijo su hermana de su marido y de usted fue terrible... Su mujer tampoco estaba muy satisfecha de su conducta... Se sentía engañada... Pensaba que llevaba un montón de años ocultándole la verdad sobre su empresa y sus negocios...

Francisco Poveda perdió la serenidad que había mantenido hasta ese momento y rompió la calma de la conversación con una mueca de indignación y unas palabras llenas de rabia.

–¡Usted no es quién para juzgarme! ¡Su trabajo es aplicar la ley pero desconoce por completo los motivos de cada cual para haber hecho lo que haya hecho! ¿Qué sabe de cómo llegué a hacer lo que hice? Hable de lo que sabe... Pero no vaya más allá.

– ¿Qué piensa? ¿Que usted es diferente al resto de delincuentes con quienes está conviviendo? Todos tienen una historia que contar... Una historia en la que ellos son las víctimas y los demás son los culpables...

–Mire, yo no entré voluntariamente en la trama de Mario Villar...

–Bueno, digamos la trama del personaje conocido como Mario Villar porque, en realidad...

–Fui como una mosca pegada en una tela de araña... Cuando Mario se había casado con Elena y habían tenido al primer niño, fue cuando me contó la verdad...

–Señor Poveda, todo eso me parece un gigantesco cuento chino...

–Lo hizo sólo cuando supo que nos tenía atrapados a todos... Que no había posibilidad de que pudiéramos escapar... Mario era el personaje perfecto para cumplir con el cometido que le encargaron. Un personaje sin identidad... Un personaje que desconocía completamente sus orígenes... Y que, a la vez que había perdido sus raíces, parecía que había perdido su corazón y sus sentimientos...

–No me mienta, por favor... Manuel Vega tenía familia...

–Era una familia adoptiva. Cuando su madre murió tenía ochenta años... Él tenía apenas veinticinco... Haga cuentas...

–¿Y qué importancia puede tener eso?

–El nunca supo quiénes habían sido sus verdaderos padres. Eso le atormentaba... Vivía un infierno permanente... No sabía cómo huir de él... Y hubo quienes vieron en ello una posibilidad de convertirlo en un instrumento a su servicio... Cuando no eres nada, te puedes convertir en cualquier cosa. Construyó y le construyeron un personaje frío, insensible y sin escrúpulos... Alguien que sólo tenía el éxito social como medio para encontrar una justificación a su vida...

–Quiénes lo captaron para sus fines, ¿sabían quiénes eran los padres de Manuel Vega?

Francisco Poveda permaneció desconcertado durante unos segundos. Para él, Manuel Vega no existía. Su cuñado siempre había sido (y siempre sería) un tipo llamado Mario Villar. Pero reaccionó con rapidez, impulsado, quizás, por el ansia de explicar lo que había callado hasta ese momento.

–Creo que sí. Lo guiaron, hicieron que contactara con el verdadero Mario Villar... Creo que hasta tuvieron algo que ver con la muerte de sus padres... Él sólo tenía catorce años cuando ambos fallecieron en un accidente de tráfico... Apuesto lo que sea que fue provocado... Al actuar así, tenían a un huérfano que no tenía quien le apoyara y le pusieron al lado a Mario... perdón, a Manuel Vega, otro desarraigado que iba a ser una especie de vigilante fiel de los

actos del dueño de la promotora. Después, sucedió lo que sucedió y aquel que yo conocí con el nombre de Mario Villar quedó como el único que controlaba la empresa...

–Yo creo que usted pudo hacer algo cuando descubrió toda esa historia...

–¿Es que acaso no vio lo que fueron capaces de hacer cuando Mario desapareció? Mataron a Joaquín Saavedra, a Antonio Mesa, a siete policías, provocaron el incendio de Tecninnova, intentaron ir por el propio Mario... ¿Qué cree que iba a suceder si yo me salía de los planes trazados?

–¿Y no piensa que debería ayudarnos a detener a toda esa gentuza?

Francisco Poveda sonrió.

–No vaya por ahí, inspector. No pienso decir nada que le sirva para tener una sola pista. Ahora, si no le importa, quiero irme. Ha sido un placer hablar con usted. Pero, como le he dicho, tengo un deber que cumplir. Y mi deber es llevar un secreto a la tumba.

–Esperemos que, eso que ha dicho, no se lo tomen muy en serio las personas a las que usted está protegiendo. Buenos días, señor Poveda.

* * *

Cuando Silva regresó a la comisaría, llamó a Gómez a su despacho. Este sabía que alguna duda hervía en la mente de su jefe. Sólo cuando eso ocurría, lo llamaba para hablar a solas con él y tenía, además, esa expresión, entre preocupada y ensimismada, que revelaba que había algo que no tenía demasiado claro.

–Siéntese, Gómez.

–Si, jefe. Dígame...

–Esta mañana, he ido a la cárcel a hablar con Francisco Poveda. Tenía fe en poder hacerle cambiar de opinión sobre su obstinado silencio. Pero ha sido imposible...

–Con eso, ya contábamos. Hace tiempo que desistimos de atacar por ese flanco...

–Lo sé. Ha sido una última tentativa. En cambio, me ha dicho algo que me ha llamado la atención y en lo que no habíamos reparado antes. Manuel Vega había sido adoptado. No sabía quiénes eran sus padres. Poveda me ha dicho que eso resultó traumático para él. Y que, por ello, se convirtió en una personalidad fácil de captar por determinados sujetos que lo llevaron hasta el verdadero Mario Villar para que lo vigilara y lo controlara en su beneficio... Me ha llegado a insinuar que esos mismos sujetos provocaron el accidente donde murieron los padres del auténtico Mario Villar.

–¿Y qué podemos hacer con esa información?

–Sólo podemos hacer una cosa. Uno de nosotros tiene que ir al norte, a la ciudad donde estudiaron Manuel Vega y Mario Villar, y tirar de ese hilo... A ver, hasta dónde llega.

–¿Uno de nosotros?¿En quién ha pensado?

–No soy capaz de decidirme. Mañana, viene la Brigada de Delincuencia Económica... Necesitaríamos estar todos aquí. Pero creo que debemos tener un plan B, una segunda opción a la que recurrir si sale mal lo de la Brigada...

Gómez intuyó qué era lo que el inspector estaba intentando decirle.

–Jefe, creo que ya ha pensado en alguien para ir hasta allí...

–Osorio se tiene que quedar porque necesito a un analista... Robles no está lo suficientemente fogueada en estos asuntos y no podemos permitirnos el lujo de que desaproveche esta oportunidad para que tome experiencia...

–Sólo quedo yo, entonces –dijo Gómez, entre molesto y resignado–.

–Sé que es una putada que no participe en el caso al cien por cien. Y que sea por seguir una línea de investigación cuya probabilidad de éxito es tan reducida... Pero creo que tenemos que seguir esa pista hasta llegar a la conclusión de que no podemos sacar nada limpio de ella. Por otro lado, pensemos en positivo. Si de ahí sale algo importante, usted lo tendrá en su haber...

Silva calló y lo miró a los ojos. Gómez sabía que tenía que tomar una decisión.

–Está bien... De acuerdo. Acepto ir hasta allí e investigar, jefe. A veces, hay que sacrificarse.

11

José Luis Ugarte se mantenía imperturbable y sereno. Frente a él, se hallaba el cliente típico con el que solía tratar en su trabajo: nervioso, agitado, intentando aparentar tranquilidad, altivo, manteniendo la distancia con él pero consciente de que necesitaba su ayuda. Era una situación perfectamente previsible y en la que él se movía como pez en el agua. En esos casos, José Luis Ugarte hablaba poco. Dejaba, primero, que hablara el cliente. Que se desahogara, que, a lo largo de la conversación, se construyera su pedestal, que se confiara creyendo que había dejado claro la superioridad de su posición para, a continuación, demostrarle que, en realidad, estaba absolutamente indefenso en medio de un bosque lleno de alimañas.

–Señor Sánchez, está muy bien todo lo que me ha dicho. Pero voy a serle sincero. En este momento, en su situación, no puede confiar absolutamente en nadie. Usted quiere trasladar parte de su patrimonio a un lugar seguro, donde pague pocos impuestos y donde pueda recuperarlo en el momento en que desee... Eso le convierte en una presa fácil de cualquier depredador que intente quedarse con sus ahorros y con los frutos de su trabajo... Conmigo, eso no va a suceder. Usted ha llegado hasta mí por recomendación de una persona en la que usted confía... Una persona que ya es cliente de mi despacho... Una persona que está completamente satisfecha con los servicios que le he prestado... Es decir, usted puede estar absolutamente seguro de que yo no le voy a engañar ni a estafar. Aparte de eso, conozco perfectamente mi trabajo y sé lo que hay que hacer respecto a lo que usted necesita. Hay una cosa que debe tener clara. Soy un profesional de confianza y eso hace que no sea barato. Los

servicios del despacho Ugarte-Esquivias son caros. Pero, a cambio de eso, usted va a tener la tranquilidad de que la administración tributaria no va a poder hacer nada contra usted, que su dinero estará a buen recaudo y que no se va a llevar ninguna sorpresa si necesita disponer de él. Así de claro y así de simple.

Su interlocutor se sintió claramente abrumado tras esta exposición contundente y concienzudamente ensayada. Y se vio en la necesidad de explicarse y de recomponer su situación.

–Señor Ugarte, yo no he puesto en duda, en ningún momento, su profesionalidad. Entenderé que me preocupe por cómo se van a hacer las cosas porque, claro, nunca había hecho antes algo así y me inquieta que pueda haber consecuencias inesperadas...

José Luis Ugarte interrumpió la frase levantando su mano y mostrando su palma en ademán de querer interrumpir la frase.

–Conmigo, usted no tiene nada que temer.

A continuación, terminó de beber de la copa de vino que tenía frente a él.

–¿Quiere que pidamos otra botella al camarero? –preguntó su interlocutor–.

–Por supuesto que no –respondió con un gesto de sincera seriedad en su rostro–. Le tengo que explicar cómo vamos a proceder a partir de ahora...

* * *

A las doce del mediodía, José Ángel Esquivias llegó a la cafetería del Hotel Luxe Star de la capital. Allí, ya estaba esperándole Francisco Sáenz, director de Organización del Banco General de Pagos.

–Creo que nunca he hablado antes con usted –dijo José Ángel Esquivias–. Nuestro contacto en su entidad siempre ha sido Manuel Rodríguez.

–Cierto. Lo que ocurre es que la dirección ha decidido, en esta ocasión, delegar en mi persona una tarea que exige suma discreción y delicadeza...

José Ángel Esquivias se tomó la respuesta con absoluta frialdad. A su socio, no le hubiera sucedido lo mismo. José Luis Ugarte (como le pasaba ante cualquier situación inesperada o imprevista) se hubiera alterado, hubiera percibido la evidente falla que iba a abrirse ante sus pies y hubiera empezado a hacer preguntas y a diseñar planes de acción. José Ángel Esquivias era diferente. En el caos, se sentía como en su medio natural. Allí donde los demás naufragaban, él veía su mejor oportunidad para sacar algo en limpio en beneficio propio.

–Por su tono de voz, me doy cuenta de que se trata de algo grave...

–Efectivamente –dijo Francisco Sáenz–. El Banco General de Pagos conoce la importancia que ha tenido su bufete en canalizar clientes hacia el Investment International Bank. Por ello, hemos considerado necesario informarles de lo que ha sucedido.

Francisco Sáenz se sorprendió de que José Ángel Esquivias pareciera no reaccionar ante la noticia de la colosal filtración que se había producido en la entidad bancaria del Enclave. Al cabo de unos minutos, se dio cuenta de que se encontraba ante una alma gemela. Alguien para quien los hechos eran meros datos desprovistos de carga emocional y que había que manipular, igual que si fueran elementos químicos en una reacción provocada, para obtener un resultado previamente fijado. A ambos les pareció que la conversación fue útil, provechosa y fructífera.

A las dos de la tarde, José Ángel Esquivias acudió al restaurante donde se había citado con el diputado del Partido Moderado Agustín Covarrubias, una de esas amistades de largo recorrido que, en realidad, no es amistad y, en última instancia, es de corto alcance. Al diputado le interesaba los servicios del bufete Ugarte-Esquivias y a José Ángel Esquivias le venía bien saber cuáles eran los últimos rumores que corrían por la Asamblea Legislativa. En definitiva, sería una conversación trufada de intereses y cálculos materialistas pero disfrazada de cordialidad y buenas maneras. Es decir, lo habitual en los ambientes de la capital donde José Ángel Esquivias se movía.

—¿Y qué dicen en tu partido de las primarias? ¿Quién va a ganarlas? ¿Pilar Muro o Claudio Montellano?

—La cosa está así, así... Muy igualada. Yo creo que, al final, va a ganar Pilar. Las bases se inclinarían por Claudio. Pero nosotros tenemos los medios de comunicación a nuestro favor y muchos cargos van a apostar sobre seguro... ¿Para qué votar a alguien que te puede quitar el puesto? Claudio es brillante pero va por libre... Puede hacer limpieza total en el partido y eso no interesa a muchos...

—Fuera del partido, hay muchos a quienes tampoco nos gustan las formas de Claudio Montellano. Demasiado audaz... Hay que luchar contra la amenaza que suponen los de Alternativa pero lo que no podemos permitir es que el Partido Moderado los imite en sus formas o copie algunas de sus ideas. La única salida es apoyar a Pilar...

—Fue muy inteligente la dimisión de Carlos Peña. ¿Sabes de quién fue la idea?

—No, no lo sé. ¿De quién?

—De Enrique Recio.

—¿De Enrique Recio? Yo lo hacía retirado de estos tejemanejes... Hace muchos años que dejó de estar en primera fila...

—Aparentemente. Pero fue muchos años presidente del partido y Primer Ministro... Aunque nadie se dé cuenta, sigue moviendo muchos hilos. Tras la crisis bancaria, el brutal aumento del desempleo, los recortes de gasto y subidas de impuestos aprobados y los casos de corrupción que han aflorado en los últimos tiempos, Enrique se dio cuenta que Peña estaba totalmente amortizado. Él, en persona, acudió a visitarlo al Palacio Gubernamental y le dijo que debía dimitir. Previamente, ya había convencido de la maniobra a buena parte de la dirección del partido. Enrique creyó, con buen criterio, que una cara nueva, que, además, fuera mujer, podría ser un revulsivo determinante...

–De todos modos, tú mismo me has dicho que las primarias van a andar muy parejas. Pilar Muro no acaba de romper.

–Romperá en el momento justo. Ya lo verás... Ha sido una maniobra inteligentísima.

José Ángel exageraba sus halagos al Partido Moderado y sus alabanzas a sus dirigentes. José Ángel, en realidad, era un descreído que se hubiera podido acercar igual al Partido del Progreso, al Partido Renovador o, incluso, a Alternativa (a los que tanto parecía criticar) si, con ello, hubiese podido hacer un buen negocio. Sin embargo, tanto él como su socio tenían más de cuarenta años y ya empezaba a ser difícil cambiar de relaciones, de contactos y hasta de modo en que eran percibidos por los clientes. Su trabajo era muy delicado: mover dinero translúcido de un lugar a otro, ocultando su origen y escondiendo su destino. De la noche a la mañana, no se podían rodear de los adversarios de quienes, durante más de quince años, habían sido sus clientes habituales, que no sólo eran los políticos del Partido Moderado sino otros (empresarios, constructores, hombres de negocios...) que también comulgaban con las ideas y doctrinas de aquel. Además, había una especie de reparto tácito del mercado con otros despachos, reparto que había que seguir respetando si no se quería entrar en una guerra de incierto desenlace. Si el bufete Ugarte-Esquivias se movía en el ámbito de la derecha, el bufete León-Sanmiguel, por ejemplo, rondaba los ambientes de la izquierda en una especie de armonía espontánea que, bajo ningún concepto, convenía romper.

A las cuatro y media, ya había escuchado bastante. Se había enterado de lo esencial y ya sólo quedaban chismorreos de poco monta, maledicencias y noticias de dudosa verosimilitud, así que se despidió del diputado, tomó un taxi y, media hora después, ya estaba en el apartamento de Eva Soto. Había conocido a Eva hacía, más o menos, un año en el Enclave. Allí, había comprobado que era una magnífica compañera sexual y decidió que no iba a perder la oportunidad de disfrutar de ella durante una temporada. A las cinco y cuarto, ambos ya estaban desnudos y él estaba entre las piernas de ella intentando que sus embestidas de placer le calmaran la tensión acumulada. Eva tenía cerrados los ojos mientras que sus uñas se clavaban en las caderas del hombre. Su actitud era mecánica, funcional pero a José Ángel no le importaba. Ahora mismo, estaba penetrando el cuerpo de una modelo y era lo único en lo que quería pensar. Deslizarse por ese cuerpo era como dejarse caer por un tobogán interminable del que desconocía, por completo, dónde iba a terminar. Ello añadía a la relación una dosis de incertidumbre que le hacía excitarse aún más. Estuvo allí hasta las ocho y media. El ritual que existía entre ellos les impedía pasar la noche juntos o que existiera algún tipo de intensidad emocional más allá del mero goce físico.

Llamó a un taxi para que lo llevara de vuelta al hotel. Se duchó y a las nueve y media, antes de bajar a cenar, recibió una llamada de su socio.

–Hola, José Luis, ¿qué tal? ¿Cómo ha ido el almuerzo? ¿Bien? Me alegro. Ese tipo mueve mucha pasta y nos puede hacer ganar mucha pasta a nosotros... ¿Que de qué iba la cita con Francisco Sáenz? De nada que no te pueda contar mañana cuando regrese... No te preocupes. No es nada importante.

12

El comisario Torres, Silva, Osorio y Robles aguardaban la llegada de la Brigada. Gómez ya se había ido para el norte para intentar seguir una pista imposible. No se podía afirmar que estuvieran nerviosos. Pero sí que estaban incómodos. Se sentían como si estuvieran dejando entrar a unos intrusos en un rincón íntimo y particular. Allí, en el despacho del comisario, mientras esperaban, se pasaron callados la mayor parte del tiempo. Cavilaban, meditaban y pensaban en las posibilidades (ampliamente indeterminadas) que se iban a abrir a partir de ese momento. Les invadía una mezcla extraña de temor y optimismo. A las diez de la mañana, todas sus reflexiones quedaron en un segundo plano: la secretaria del comisario avisó de que los compañeros de la capital ya habían llegado.

En el despacho, entraron los cinco integrantes de la Brigada que habían sido enviados para afrontar la investigación. Al frente de ellos, estaba José Francisco Méndez, un inspector en torno a los treinta y cinco años que había ascendido de forma vertiginosa por la jerarquía del cuerpo de policía. Brillante, arrogante, de gran empaque físico, siempre procuraba tomar el mando en cualquier reunión, fuera de carácter profesional o no. Su carácter altivo generaba escasas simpatías entre sus colegas aunque, al mismo tiempo, no dejaban de admitir su rigor y profesionalidad a la hora de abordar cualquier caso, sobre todo teniendo en cuenta la complejidad de las materias que tenía que manejar. Su primer contacto con el comisario Torres y el grupo de Silva no se apartó demasiado de ese contradictorio conjunto de impresiones. Tras las rutinarias presentaciones de cortesía, José Francisco Méndez empezó con su recital.

–Lo primero, buenos días a todos. Voy a comenzar con el tema que está revoloteando en esta habitación y que, si yo no lo saco a colación, no lo va a sacar nadie. Nos ven como unos vulgares entrometidos que hemos venido a quitarles la gloria de este caso. A partir de ahora, pueden dejar de darle vueltas a ese asunto. Efectivamente, tienen razón. Somos unos entrometidos porque no puede ser de otro modo. Una comisaría convencional podría investigar lo que nosotros investigamos. Los agentes e inspectores de esa comisaría convencional tendrían las habilidades y aptitudes para ello. No me cabe la menor duda. Sin embargo, hay algo que les impedirá obtener los éxitos que nosotros sí conseguimos: les sobra arrogancia. Sé que pensarán que los arrogantes somos nosotros. Pero se equivocan. Nosotros dedicamos muchas horas a estudiar, a descubrir y comprender todas las complejas fórmulas que van siendo inventadas para ocultar el dinero sucio y para obtener beneficios ilícitos de actividades turbias. Son horas de tedio y trabajo aparentemente baldío. Pero fundamentales para que nuestras pesquisas sean eficaces. Tenemos la suficiente humildad para hacerlo y para olvidar los métodos tradicionales. Todos los que hemos entrado en esta Brigada, hemos sabido prescindir de todo lo que habíamos aprendido antes si resultaba inútil para la labor que teníamos por delante. Nuestros resultados avalan que nuestra actitud es la correcta.

José Francisco Méndez calló para beber agua de una botella de agua mineral que había traído consigo.

–Respecto a que vamos a quitarle la gloria, aquí he de hacer una matización. Sólo venimos a quitarles parte de la gloria. Venimos, en realidad, a compartirla. Y es absolutamente lógico. Si ustedes no han sido capaces de llegar hasta el final de la investigación, tendrán que pedir ayuda. Es su obligación. Y si, con nuestra colaboración, pueden llegar hasta la resolución definitiva del caso, es justo que se nos reconozca parte del mérito. Dejando claros estos puntos, pienso que no pueden ni deben dudar de que estamos aquí para ayudarles. Para aportar todo lo que sabemos, para utilizar toda nuestra experiencia en desbloquear lo que, en estos momentos, está estancado. A partir de ahora, todos formamos un equipo. Y nuestros objetivos son comunes.

En ese instante, entró la secretaria del comisario y se dirigió a su jefe con un gesto de extrañeza.

–Señor, está aquí el inspector Carretero...

–Dígale que estamos reunidos. Que tendrá que venir más tarde...

–No –interrumpió José Francisco Méndez–. Que entre. He sido yo quien le ha citado.

El rostro de Silva no pudo ocultar el profundo desagrado del inspector ante estas últimas palabras. Pero no pudo impedir que el orondo inspector Carretero entrara en el despacho, ufano y sonriente. Cogió una de las sillas que estaban libres, la colocó junto al sofá donde estaban Silva, Osorio y Robles y se sentó sin decir palabra con su cuaderno y su bolígrafo, dispuesto a tomar notas aplicadamente.

–Como decía, a partir de ahora somos un equipo. Y lo primero es presentarnos. A mí, ya me conocen. Quienes vienen conmigo son los agentes Ana Valbuena, Sebastián Pérez, Luis Ceballos y Cristina Salvador –Méndez los fue señalando con un bolígrafo conforme los iba nombrando–. Ya irán comprobando que tienen la suficiente preparación como para sacar siempre un poco de luz donde sólo parece haber oscuridad. Lo segundo que pienso que debo hacer es demostrarles que venimos a colaborar. Les vamos a contar algo que seguro que desconocen y que podría ser una clave inesperada para resolver este caso. Tienen proyector, ¿no?

La pregunta pilló de forma imprevista al comisario que estaba absorto escuchando el discurso de Méndez.

–Tendríamos que ir a la sala anexa –dijo el comisario–.

–Pues vamos allá –dijo Méndez–.

Todos se trasladaron a la sala y, una vez allí, Méndez encendió el portátil y lo conectó al proyector.

–¿Puede alguien apagar las luces?

Carla Robles se levantó y apagó el interruptor de los fluorescentes de la sala.

–Muchas gracias. Lo que voy a contarles es un secreto que saben muy pocas personas. Algo que puede cambiar muchas cosas en este país.

A continuación, abrió un fichero que tenía en el ordenador y, en la pantalla que había frente a ellos, apareció la imagen de un edificio de ocho plantas.

–Eso que ven ahí es la sede del Investment International Bank, el IIB, una entidad financiera situada en el Enclave. El IIB es un banco filial del Banco General de Pagos. Como ven, una situación curiosa. Un banco de este país controla un banco situado en un paraíso fiscal. ¿Es legal? Sí. ¿Es, sin embargo, reprochable tal circunstancia? Yo creo que sí. El Estado garantiza los depósitos de todas las entidades bancarias hasta el importe de cien mil euros. Gracias a esta protección, muchas personas depositan sus ahorros en esas entidades, en la certeza de que, si existe algún problema, el Estado evitará la quiebra de las mismas. Y, ahora, esas entidades tienen filiales en lugares cuya prosperidad se basa en que hay personas que quieren eludir sus obligaciones fiscales en sus países de origen. Equívoco, ¿no? Pero esta dimensión del asunto se nos escapa a nuestros objetivos inmediatos. Lo que ahora nos interesa es que, hace tres meses, un empleado de este banco, un tal Mark Cortés, logró extraer del Centro de Proceso de Datos de la entidad información sobre dos mil clientes... Información relativa a sociedades instrumentales que utilizan para ocultar sus patrimonios, transferencias recibidas y origen de las mismas, fondos disponibles, utilización de los mismos... Es decir, quien tenga esa información podrá descubrir la trama de evasión de esos dos mil clientes, seguir la pista, quizás, de unos veinte mil millones de euros que, hasta ahora, teníamos completamente perdida. ¿Qué les parece?

Ni Silva ni Osorio ni Robles eran capaces de calibrar, en ese instante, las consecuencias de lo que les había sido revelado. Así que decidieron no decir nada hasta no saber más del asunto.

–Veo que se han quedado sin palabras. Lo entiendo perfectamente. Posiblemente, si tuviéramos acceso a esa información, sabríamos quién o quiénes están detrás de Life & Building Project, la sociedad pantalla que estaba detrás del dinero que Mario Villar puso en su promotora... Y si sabemos quién o quiénes están detrás, eso significaría ir directamente a la cabeza del grupo, sin tener que recorrer toda la escala de intermediarios... La pregunta que se harán es: ¿qué está haciendo Mark Cortés con la información que ha obtenido? Pues, en principio, estaría intentando venderla al mejor postor. Un intermediario se ha puesto en contacto con nuestra administración tributaria... Pero ha dicho que no es la única opción que maneja. Creemos que Mark Cortés se tiene que estar escondiendo en esta ciudad o en la Costa. Es un lugar que está lo suficientemente cerca del Enclave como para llegar a él con facilidad y en el que, con el nivel de población que tiene, con gentes de muy diversa procedencia, es sencillo pasar desapercibido.

–Tengo una duda –interrumpió Silva–. Aparte de la administración tributaria, ¿qué hipótesis manejamos sobre qué otros grupos o entidades podrían estar interesados en la información que Mark Cortés posee?

–Es difícil responder a esa pregunta. Pero sospechamos de grupos, relacionados con el crimen organizado, que pretenden extorsionar a las personas que aparecen en esa información... De sectores políticos o empresariales que quieren disponer de datos comprometedores sobre sus competidores u oponentes... También pensamos en medios de comunicación, grupos antisistema, gobiernos extranjeros... No lo tenemos aún claro. Por eso, queremos que se

incorpore el inspector Carretero a las investigaciones... Él tiene experiencia en investigar muchos grupos que podrían acabar estando implicados...

–Perdone pero sigo sin verlo claro –volvió a interrumpir Silva–. ¿Estamos hablando de que grupos antisistema se plantean comprar esa información? Dudo que esos grupos tengan recursos ni para comprar la carcasa del disco duro donde esa información pueda estar guardada...

–Bueno, Silva tiene razón –dijo Carretero–. Pero hay que tener en cuenta una posibilidad. Es posible que alguien pueda utilizar a esos grupos como pantalla para adquirir la información. A continuación, llegan a un acuerdo sobre cómo repartírsela... Unos se quedan con unos nombres para hacer propaganda política y otros se quedan con los restantes para chantajearlos...

–Exactamente –dijo Méndez–. Tenemos que tener en cuenta todas las posibilidades... Sabemos que Carretero tiene sus antenas en los sitios adecuados... Y nos pueden ser muy útiles.

Carretero y Méndez se cruzaron sendas sonrisas de complicidad. Silva sólo fue capaz de dibujar una mirada de agudo escepticismo.

–Por lo tanto, recapitulo sobre lo dicho hasta ahora –dijo Méndez–. Por un lado, debemos seguir investigando la trama de infiltrados que existía en el cuerpo de policía. Sabiendo quiénes eran sus jefes, podríamos averiguar quiénes estaban detrás del capital de Promotora e Inmobiliaria Villar y quiénes blanquearon dinero negro adquiriendo viviendas de lujo de dicha promotora. Por otro lado, si localizáramos a Mark Cortés y obtuviésemos la información que se ha llevado del IIB, daríamos un rodeo importante que nos llevaría, directamente, al punto de destino. Resolveríamos este caso de un solo golpe.

13

Pablo Bernal guardaba silencio. Esperaba que su jefe hablara. Pero Claudio Montellano permanecía callado, leyendo los informes que le habían pasado. Se le notaba meditabundo y tenso. Pero Pablo sabía que, al final, guardaría la compostura y acabaría dando su perpetua imagen de jovialidad y optimismo. Una vez que terminó de leer, se quitó las gafas de cerca y se levantó de su butaca.

–A ver, Pablo, resúmemelo para ver si lo he comprendido bien...

–Es muy simple, Claudio. Cuando hayan terminado las primarias en el sur y en el este del país, tú estarás por delante. Pero en la capital nos machacan... Y Pilar acabará teniendo más compromisarios que nosotros. Esas son las previsiones.

–Las previsiones nunca se cumplen, Pablo. Tú lo sabes mejor que nadie.

–Teníamos que haber esperado para filtrar la noticia del pacto con el Partido Renovador... No creo que vaya a gustar demasiado a los cuadros directivos que manejan el voto en la capital...

–¿Y qué ganaríamos con haber retrasado la filtración? Esas encuestas que me has pasado son de cuando nadie tenía ni idea de ese pacto... Al menos, ahora hemos revuelto un poco el ambiente... Que es de lo que se trataba. Ahora, las bases cuentan con un factor motivador que antes no tenían.

–No te digo que no. Pero nos hace más difícil afrontar el núcleo del problema...

–Yo creo que no. Obtendremos más votos y el esfuerzo que habrá que hacer en la capital será menor...

Pablo Bernal se removió en la silla en la que estaba sentado: se sentía, realmente, confuso. Nunca tuvo clara la aventura en la que se había embarcado Claudio Montellano. Pero confiaba en él y le siguió, sin dudas ni reservas. Pero, desde que empezó la campaña de las primarias, todo había sido un zigzag desconcertante. Nunca antes había vivido algo así. Pablo lo atribuía a que, en realidad, las circunstancias eran completamente nuevas. El país estaba inmerso en la peor crisis económica en varias generaciones. Unida a ella, el estallido de numerosos casos de corrupción habían acabado por irritar a la ciudadanía hasta extremos desconocidos. El *statu quo* se tambaleaba y estaba claro que había que improvisar, probar nuevas fórmulas, ofrecer propuestas originales... Quizás, el problema era que él se estaba quedando viejo, que su trabajo era útil en la política tradicional pero, en la que estaba naciendo al calor de los nuevos tiempos, no era más que un dinosaurio destinado a extinguirse.

A Pablo Bernal, nunca dejaba de sorprenderle el aspecto físico de Claudio Montellano, que venía a ser una metáfora de su actitud ante la vida. A pesar de sus cincuenta años, aparentaba unos cuarenta. Era alto y estaba en excelente forma física. Siempre había logrado superar circunstancias adversas renovando permanentemente su discurso y sus propuestas. Sorprendentemente, había logrado sobrevivir políticamente a pesar de sus enfrentamientos con los tres líderes que se habían sucedido en el Partido Moderado: Enrique Recio, Carlos Peña y Pilar Muro. Con todos había roto y, ante la perplejidad de quienes habían anunciado su muerte política, seguía estando allí, firme e imperturbable.

–Claudio, la cuestión es que en la capital carecemos de estrategia. No sabemos qué hacer. A Pilar le basta con no hacer nada. Tiene suficiente con sentarse y esperar a que los votos le vayan llegando.

–Te voy a decir cuál debe ser nuestra estrategia: poner en duda el triunfo de Pilar en las legislativas. Si en la capital le ven las orejas al lobo, nos apoyarán. Nos verán como la única alternativa a una coalición entre el Partido del Progreso y Alternativa. O entre el Partido del Progreso y el Partido Renovador... Lo mismo da. En ambos casos, el Partido Moderado quedará fuera de juego. Si ganamos nosotros las primarias, estaría asegurada la coalición con los renovadores. Empujaríamos al Partido del Progreso a la izquierda y el triunfo estaría garantizado.

–Todos creen que Pilar Muro ganaría las legislativas...

–Empieza a trabajar en argumentos que provoquen la duda... Eso se te da de maravilla. De aquí a que las primarias lleguen a la capital, las cosas pueden dar mil vueltas...

Claudio Montellano estaba mirando por la ventana. De repente, vio algo que le hizo escapar del estado de angustia en el que parecía haber estado sumido toda la mañana.

–Ahí viene Eduardo Díaz. A ver lo que tiene que decirnos...

Claudio Montellano se puso la chaqueta y se sentó a esperar. Pablo Bernal hizo lo mismo. Al cabo de unos minutos, llamaron a la puerta y Esteban Miranda se asomó al despacho.

–Ya está aquí Eduar...

–Sí. Lo hemos visto llegar. Que entre.

Eduardo Díaz estaba allí como enviado de Pilar Muro. Probablemente, esa reunión había sido alentada para intentar llegar a un acuerdo. Podía ser coherente con quien era el emisario elegido. Eduardo Díaz había trabajado junto a Claudio Montellano y Pablo Bernal en la época en que el primero había sido Ministro del Interior. Era la persona adecuada para llegar a un pacto razonable entre las dos partes. Pero también podía ser un portador de malas noticias. Cuando se da tal circunstancia, hay que procurar que el mensajero sea una persona conocida porque así la ira y la rabia de quien va a recibir malas nuevas son más manejables y controlables. Todo podía ser.

Eduardo Díaz entró en el despacho con una sonrisa de oreja a oreja. Nueva señal confusa. Estrechó la mano de sus dos compañeros de partido y se sentó en el sofá vacío que estaba a un lado del escritorio donde estaba Claudio Montellano sin esperar a que nadie le ofreciera asiento.

–Hola, Claudio. Me alegra verte. ¿Cómo estás, Pablo? No hay forma que pierdas kilos, ¿eh? Está claro que no renuncias a tu personalidad... Eso está bien. ¡Qué buen tiempo hace ya por aquí...!

–Eduardo, al grano –dijo Claudio Montellano–.

- Ja, ja, ja... Tú, siempre igual de directo. Bien, pues vayamos al grano. Pilar ha pedido esta entrevista porque está preocupada. Cree que si las primarias se alargan y se van encrespando, eso puede perjudicar a los resultados del partido en las legislativas. Y poner en peligro su triunfo. Claudio, sé que amas a este país. Sé que te mueve tu patriotismo y tus altos ideales. Y a ellos apelo para que pactes con Pilar y construyáis una candidatura fuerte que sirva para solucionar los graves problemas por los que nuestra nación está pasando...

–A ver, Eduardo... Ni estás en una rueda de prensa ni en una reunión del partido... Estamos aquí sólo nosotros tres... Así que hablemos a pecho descubierto... Estáis vendiendo, a través de la televisión pública que controláis, la mierda de que vais a arrasarse en las primarias... Me estáis machacando en las tertulias radiofónicas que están bajo vuestra influencia y vuestros periodistas de cabecera no dejan de soltar maledicencias todos los días para desacreditarme... Y, ahora, vienes aquí y me cuentas que soy un gran patriota... ¿Sabes lo que te digo, Eduardo? Iros Pilar y tú a tomar por culo...

–Claudio, por favor, esto no va contigo... –dijo Eduardo Díaz–.

–No nos pongamos nerviosos –dijo Pablo Bernal–. Debes admitir que Claudio tiene razón... Habéis estado azuzando vuestros perros contra él... ¿Quieres escuchar todo lo que le han dicho esta mañana en las radios que controláis...?

–Vamos a ver, Pablo. Esto es lo que queremos evitar... Estamos en campaña y ambos bandos nos estamos atizando de lo lindo, ¿vale? Claudio, ¿a qué ha venido eso de que si ganas vas a hacer una coalición con el Partido Renovador? ¿Es que acaso no sabes lo que anda diciendo por ahí Fernando Ríos y compañía? Que somos un nido de corruptos, que somos inmundicia pura... Y tú vas y sueltas que vas a formar una alianza con ellos y que vas a aceptar todo su programa de... a ver... cómo lo llaman... ¡ah, sí!, de regeneración... De regeneración... Me da la risa... La noticia de ayer cayó como una bomba... Y, para que lo sepas, muchos te tachaban de traidor para arriba...

Claudio Montellano tuvo desviada todo el rato la mirada hacia la ventana, quería evitar todo contacto visual con Eduardo Díaz. Estaba acordado que, a partir de cierto momento, sería Pablo Bernal quien llevara el peso de la conversación. Claudio Montellano contaba con ello pero, al mismo tiempo, no le apetecía gastar energías con Eduardo Díaz porque lo consideraba un segundón con el que no tenía que implicarse demasiado.

–Mira, Eduardo –dijo Pablo Bernal–, lo que nos propones no es, en ningún caso, aceptable... Contemos los votos y después negociemos...

–Cuando contemos los votos, Claudio habrá perdido, tendrá que abandonar la política, Pilar habrá ganado pero, a lo mejor, el Partido Moderado ha quedado tan tocado que pierde el poder y llega una pandilla de irresponsables al gobierno que se lleva por delante al país...

–Te voy a contar la historia de otro modo. Si Pilar es la candidata, no tiene posibilidades de ganar... Por sí misma, no obtendrá una mayoría suficiente para gobernar... No puede llegar a una coalición con el Partido Renovador... Es decir, la única posibilidad de que el Partido Moderado siga en el poder es que Claudio sea el candidato... Así de simple.

–La estáis jodiendo bien. Os habéis montado una película que va a hacer que reviente todo por los aires...

–Todo ha reventado ya por los aires, Eduardo. ¿No veis lo que está pasando? La gente va a ir a votar absolutamente enrabiada... El apaño que habéis hecho poniendo a Pilar Muro de cabeza de cartel no va a servir para nada...

–¿Vemos las encuestas? ¿Vemos lo que dicen...?

–¿Las encuestas? Yo me cago en las encuestas... ¿Quieres para mañana una encuesta que diga que Claudio arrasaría en las legislativas? Te la puedo traer. ¿Quieres otra que diga que sería el Partido del Progreso el que arrasaría? También puedo traértela. Si me traes las tuyas, no descarto que las usemos como papel higiénico... Todo ahorro es bienvenido.

–¡Por Dios! ¡Habéis perdido la cabeza! ¡Habéis perdido los buenos modos! Hablar así... ¡Por Dios!

Claudio Montellano se giró y volvió a contactar visualmente con Eduardo Díaz.

–No te escandalices tanto, Eduardo... Hemos tenido algunas conversaciones con Enrique Recio que conviertan a esta en apropiada para una sacristía...

Eduardo Díaz se levantó y empezó a dar vueltas por el despacho.

–Recapitulad, por favor, recapitulad. Vais a conseguir que todo estalle, que todo quede hecho trizas... Claudio, reflexiona... Te pido que reflexiones. Nos estamos jugando mucho en este envite. No permitas que todo explote... Todos saldríamos perjudicados...

Claudio Montellano meditó durante unos instantes. Al cabo de unos segundos, rompió su silencio.

–Dile a Pilar que, después de las primarias, cuando hayamos medido nuestras fuerzas, será cuando podamos negociar... En estos momentos, no voy a hacerlo.

Eduardo Díaz emitió un suspiro de resignación.

–Está bien. Se lo diré a Pilar. Quedará profundamente decepcionada. Espero, por el bien de todos, que sepáis lo que estáis haciendo.

Se marchó sin despedirse, sin cumplir con ninguna norma protocolaria. Pablo Bernal comprobó que el rostro de Claudio Montellano hervía de satisfacción. Él, no estaba muy seguro de cómo se sentía. Quizás, ya no había vuelta atrás. El destino estaba escrito. El espeso silencio que se hizo entre esas cuatro paredes parecía confirmar tal intuición.

–Pablo, tengo que contarte algo... –dijo, finalmente, Claudio Montellano–.

14

Carretero, Osorio, Robles y los cuatro agentes de la Brigada abandonaron el despacho del comisario con el fin de empezar a organizar su trabajo. Cuando Torres, Silva y Méndez se quedaron a solas, estalló la discusión que llevaba reprimida casi dos horas.

–Mire, Méndez –dijo Silva–. No voy a poner en duda sus métodos. Es lo último que se me pasaría por la cabeza... Siempre respeto la labor de los profesionales que saben lo que se trae entre manos. Ahora bien, meter a Carretero en esta investigación me parece un tremendo error...

–Silva, no creo que deba poner en duda el rigor o la credibilidad de un compañero –dijo el comisario–.

–No, yo no pongo en duda ni el rigor ni credibilidad de Carretero. Sólo pienso que su presencia es inoportuna... Es como si yo participara en una investigación sobre pornografía infantil... No sé nada del tema y poco podría aportar.

José Francisco Méndez no dejaba de mantener una sonrisa excesivamente condescendiente mientras Silva desgranaba sus argumentos. Este empezó a barruntarse que su esfuerzo iba a ser completamente en vano. Sin embargo, lo que no se esperaba era cuál iba a ser la reacción de su colega, quien, con absoluta serenidad, se dirigió a su jefe para decirle:

–Comisario Torres, ¿le puede decir al inspector Silva cuál es el cometido real del inspector Carretero en esta comisaría?

Torres tampoco se esperaba esta pregunta y no pudo disimular la turbación que le produjo la misma. Tosió de forma claramente forzada e intentó ganar tiempo con una pregunta dubitativa que chocaba con la absoluta firmeza que Méndez había mostrado en sus palabras.

–Bueno, ¿a qué se refiere exactamente? No sabría qué decirle sobre eso...

–Sabe exactamente a qué me estoy refiriendo...

El comisario Torres se mordió los labios pero, finalmente, cedió ante la contundencia de Méndez, no sin mostrar una evidente y desasosegante incomodidad.

–Carretero hace, por un lado, una labor de control, infiltración y eventual desactivación de grupos que el gobierno de turno, digamos, considera peligrosos. Al mismo tiempo, intenta que los medios de comunicación locales divulguen noticias y artículos que coincidan con el punto de vista que el gobierno, en cada momento, pretenda difundir. Negocia con los periodistas para, a cambio de la publicación de lo que a él le interesa, suministrarles exclusivas... Maneja dossiers comprometedores de personas relevantes para orientar sus conductas a favor de los intereses gubernamentales... Hay que decir que Carretero ha hecho este trabajo tanto estando en el poder el Partido Moderado como el Partido del Progreso... Y ha sido siempre sumamente eficaz en ello... Es decir, no ha estado guiado por ningún interés partidista sino que se ha comportado, en todo momento, como un diligente servidor público...

El inspector Méndez sonreía. No se sabía bien si por ver satisfecho su objetivo de que el comisario Torres revelara la verdad que él deseaba escuchar o porque disfrutaba con la dimensión irónica que afloraba de todo el asunto. Silva decidió no pensar en ello para centrarse en lo que verdaderamente le preocupaba.

–Méndez, creo que el comisario ha expuesto muy bien la cuestión... De forma imparcial y objetiva... Y en función de lo que ha explicado, está claro que Carretero no puede participar en esta investigación... No sabemos qué nos vamos a encontrar cuando avancemos... Y si hay implicadas personas que están o han estado en el poder o en sus aledaños, es decir, que han podido ser jefes de Carretero, este es capaz de comunicarles los resultados de nuestras averiguaciones... No podemos correr ese riesgo.

–Creo que usted tiene una visión muy estrecha de todo lo que está sucediendo –dijo Méndez–. Esta investigación nos lleva al Enclave, un paraíso fiscal que, indudablemente, está sustrayendo recursos a nuestra hacienda pública. El actual gobierno no puede permitir que eso ocurra. Ya ve usted lo que dicen todos los días los medios de comunicación... El Estado tiene serios problemas para cuadrar sus cuentas... El déficit público crece de forma galopante... Hay que poner freno a la sangría que suponen sitios como el Enclave... Y el gobierno está

comprometido con ese objetivo, caiga quien caiga. Eso quiere decir que Carretero se plegará a lo que es, actualmente, la máxima prioridad del ejecutivo. Por otra parte, sus habilidades nos pueden ser de gran utilidad. Habrá que filtrar noticias falsas a los medios de comunicación, hay que mover muchos hilos. Y cuando digo muchos hilos, quiero decir muchas voluntades, que deberán plegarse a las necesidades que vayan surgiendo en nuestra investigación... Necesitamos a Carretero y le garantizo que, cuando todo acabe, no va a arrepentirse de ello.

Silva seguía siendo sumamente escéptico respecto a la cuestión de la que estaban hablando. Había creído que todo iba a ser más fácil. Ahora, se daba cuenta de que, en cambio, todo se podía ir complicando hasta extremos difícilmente manejables.

* * *

Las dependencias donde trabajaban habitualmente Silva y su equipo se habían convertido en un repentino hervidero en el que se iban colocando nuevas mesas de trabajo, nuevos teléfonos y nuevos ordenadores, de modo que, lo que era un espacio relativamente despejado, se había convertido, de repente, en un lugar donde apenas había sitio para todos los que debían estar allí ni para sus puestos de trabajo. Hubo que hacer un especial esfuerzo para organizar adecuadamente todos los elementos y para que la oficina tuviera un mínimo de funcionalidad. Cuando Silva y Méndez llegaron allí tras su conversación con el comisario, lo más complicado parecía estar ya hecho. Sólo quedaban algunos pequeños detalles que no fueron obstáculo para que ambos inspectores reunieran a Carretero y a todos los agentes y les expusieran los planes que habían acordado.

—Hemos decidido que vamos a aplicar un plan de trabajo sistemático desde hoy mismo. No hay tiempo que perder —dijo Méndez—. La agente Robles irá dando toda la información que han obtenido en la investigación a los agentes Ana Valbuena y Sebastián Pérez. Ellos, a su vez, le suministrarán nuestra información de forma que elaboremos una base de datos y un expediente unificados para todo el equipo. Luis Ceballos se dedicará a cruzar la información con bases de datos nacionales e internacionales con el fin de hallar posibles coincidencias o pistas que nos permitan profundizar en la investigación. Mañana, nosotros dos, Carretero, el agente Osorio y la agente Salvador iremos al Enclave. Vamos a entrevistarnos con Paul Moura. Era empleado del departamento de Seguridad del IIB y amigo de Mark Cortés. Creemos que nos puede decir cosas interesantes sobre con quién se relacionaba su amigo y sobre sus motivaciones para hacer lo que hizo... A lo mejor, nos dice algo que nos pueda servir para hallar su localización...

Méndez, Silva y Carretero estuvieron hasta la hora del almuerzo preparando su cita en el Enclave. El primero intentaba explicar los complejos e invisibles flujos monetarios de mercancías que tenían lugar entre su país y el Enclave.

—Tienen que comprender la evolución que se ha producido en ese pequeño territorio y cómo ha llegado a ser lo que es hoy. En su origen, el Enclave vivía del contrabando. Y, de hecho, esta actividad sigue teniendo gran peso en ese lugar. Contrabando de tabaco, de alcohol, de productos electrónicos... Productos que cruzan la frontera sin pagar impuestos ni aranceles. Mucha gente se hizo con fortunas considerables y, claro está, necesitaba entidades bancarias para gestionar los patrimonios que se habían formado. Desde nuestro punto de vista, ellos

llevaban a cabo una actividad ilegal. Desde el punto de vista de ellos, no hacían sino ejercer una profesión como otra cualquiera. En una segunda fase, al existir una estructura bancaria de relativa solidez, el Enclave se convirtió en un paraíso fiscal. Impuestos mínimos para los no residentes, secreto bancario, facilidades de entrada y salida del dinero en efectivo, creación de toda una red de bufetes de abogados especializados en crear sociedades pantalla... Una gran masa de beneficios generados sobre todo en la Costa gracias al turismo y la promoción inmobiliaria se dirigió al Enclave para eludir los pagos de impuestos. Y, ahí, ya no hay sólo bancos locales. Filiales de bancos extranjeros, incluidos los de nuestro propio país, se ubican en el territorio para aprovechar el volumen de negocio que ha surgido prácticamente de la nada. La tercera fase es inevitable. De captar dinero obtenido en actividades legales pero que quería ser evadido al fisco, se pasó a captar dinero generado en actividades ilegales. Sobornos a políticos, narcotráfico, comercio de armas... Hoy, el Enclave es un lugar con mayor nivel de vida que el territorio próximo. El gobierno querría imponer controles de entrada y salida para evitar todo este trasiego al margen de la legalidad pero, diariamente, miles de compatriotas cruzan la frontera para trabajar o para vender sus productos... Unas trabas mayores provocarían un levantamiento en toda la comarca cercana al Enclave.

» Les explico todo esto para que comprendan el entorno que se van a encontrar cuando lleguemos allí. Nuestra investigación sería vista como una intromisión en su modo de vida. Y no nos lo permitirían. Tenemos que pasar desapercibidos tanto en el Enclave como en la comarca cercana. Si descubren a lo que vamos, harían todo lo posible por obstaculizar nuestra investigación...

Silva no se atrevió a realizar la pregunta que le vino, casi inmediatamente, a la cabeza. ¿Cómo era posible que siendo el Enclave un territorio que perjudicaba claramente los intereses del país, hubiera compatriotas que pudieran obstaculizar una investigación sobre lo que allí estaba pasando? No se atrevió a hacerla porque se dio cuenta que Carretero asumía con total naturalidad lo que Méndez estaba diciendo. Seguro que él comprendía la lógica de lo que parecía absurdo. Estaba claro que había intereses que impedían cualquier investigación (algunos de ellos rondaban a muchos de los que habían sido jefes de Carretero). Pero no era menos obvio que en el Enclave se había incubado un virus que no conocía de realidades jurídicas y que traspasaba líneas imaginarias en un mapa extendiéndose indiscriminadamente por almas, mentes y voluntades. No había otra respuesta a la pregunta.

—Además, deben tener en cuenta otra cosa. La cuarta fase que el Enclave va a abordar consiste en entrar en el mundo del juego. Está planeada la construcción de uno de los mayores casinos de todo el continente. Y el proyecto genera multitud de expectativas de riqueza y prosperidad. Ello es otro obstáculo a la hora de encontrar a quien quiera colaborar con nosotros. Por eso, debemos jugar nuestras cartas con habilidad. Paul Moura ha sido despedido y eso supone que está en una posición económica delicada. Por lo que les he expuesto, en el Enclave las actividades profesionales se reducen a tres: el contrabando, la banca y la abogacía. Moura va a tener difícil encontrar otro trabajo en una entidad financiera... Abogado no es... Por lo tanto, su única opción sería moverse en la órbita de los contrabandistas. Y ello es una perspectiva poco atractiva para quien está acostumbrado a trabajar en un despacho o en una oficina... Si le garantizamos discreción y le proporcionamos un incentivo económico, seguro que nos cuenta algo interesante...

–¿Y le vamos a poder proporcionar ese incentivo económico? –preguntó Silva–. ¿Qué margen para negociar tenemos?

–No hay problema –dijo Méndez–. De eso, se ocupa Carretero.

Silva comprobó cómo su compañero le sonreía de forma ingenuamente pícara. La inquietud y la desconfianza iban asociadas a esa sonrisa como un perfil a su sombra. Quizás, el virus no se había incubado en el Enclave...

–Por cierto –terminó diciendo Méndez–, mañana pónganse sus mejores trajes... Y usted, Silva, avise a Osorio que vaya vestido de modo más informal... Yo avisaré de lo mismo a la agente Salvador... Tenemos que hacer creíbles los personajes que vamos a interpretar.

15

Eran ya casi las doce de la noche. Pablo Bernal tenía que tomar una decisión muy difícil. Cualquier camino que tomara iba a ser muy arriesgado. Pero no había muchas opciones. Había que escoger una y rezar para que todo saliera bien. Se levantó de su butaca, cruzó su pequeño despacho, abrió la puerta y llamó a Esteban Miranda y María Benavides para una reunión de última hora. Esteban nunca había visto con semblante tan preocupado a su jefe inmediato. Tardó unos cinco minutos en empezar a hablar y revelar cuál era el motivo de esa conversación a una hora tan inusual.

–Seguro que sospecháis que el motivo de que estemos aquí a esta hora es por algo serio e importante. Y estáis en lo cierto. No recuerdo cuántos años hace que estoy metido en política. Podría decir treinta o podría decir veinticinco. Según el criterio que tengamos en cuenta, ambas afirmaciones pueden ser ciertas. Pero para ser algo en este mundo, no basta con estar. Hay que ser consciente de cuál es su verdadera naturaleza. Y esa naturaleza siempre es la misma, aunque haya quien os pueda contar otra cosa: elegir el mal menor más conveniente. El bien absoluto no existe. Así que, por el bien del país o de los ciudadanos, hay que optar por aquello que, sin ser perfecto ni maravilloso, es, en el momento de la elección, lo más adecuado. Eso lo descubrí cuando Enrique Recio perdió frente a Francisco Arenas las primeras elecciones a las que se presentó. El estupor en el partido era total y absoluto. Empezaron a surgir voces que decían que había que cambiar de liderazgo. Que Enrique Recio podía ser inteligente, que podía tener las ideas claras, que podía tener un puño de hierro para acabar con todas las diferencias que nos habían desangrado en el pasado pero que carecía e iba a carecer siempre de tirón entre los electores. Había dos o tres candidatos alternativos. Candidatos que eran mucho más simpáticos, populares y carismáticos. Pero, entonces, fue cuando tuve una de las conversaciones más importantes de mi vida. Fue con Claudio Montellano. Fue una gran lección de política, de política de verdad...

Pablo Bernal encendió un cigarrillo y empezó a fumar, algo que raramente hacía mientras estaba trabajando.

—¿Qué me dijo Claudio? Pues que Enrique Recio nunca iba a contar con el cariño de los ciudadanos. Que tenía defectos por doquier para ser cabeza de cartel: poco simpático, siempre con gesto huraño, no le gustaba el contacto con la gente... Además, me analizó en profundidad la inconsistencia de su programa y sus causas. Hablaba todo el rato de reducir impuestos pero no tenía un plan serio de reducción del gasto público. ¿Y sabéis por qué no existía ese plan? Porque carecía de la más mínima confianza para explicar determinadas medidas ante la opinión pública. Años después, cuando su gestión al frente del gobierno fue tan positiva, tanto Claudio como yo sabíamos que los vientos le habían sido favorables. Pero, al principio de su mandato, no sabíamos cómo iba a ser capaz de sacar adelante lo que había prometido... Claudio me habló de muchas otras debilidades de Enrique como líder. Sin embargo, ¿cuál fue su conclusión? Que tenía que seguir, fuera como fuera, al frente del partido. Y os preguntaréis: ¿por qué, a pesar de todo su discurso previo, acababa diciendo eso? Porque, a pesar de todos esos defectos, tenía la única virtud que, en ese momento, el Partido Moderado necesitaba: sólo Enrique era capaz, a pesar de perder todas las elecciones que pudieran haber en el futuro, de mantener al partido unido en torno a él, de evitar que surgieran escisiones o partidos competidores en su ámbito ideológico y de hacer que el Partido Moderado sobreviviera a todas las derrotas y reveses que pudieran existir en el camino... Y eso era así porque el liderazgo de Enrique Recio se basaba en su prestigio entre nuestra base social. Grandes empresas, sectores conservadores y las clases medias urbanas adeptas creían que el liderazgo debía ser tal como lo ejercía Enrique Recio. Y eso proporcionaba un suelo electoral al partido que nos hacía indestructibles... Y, efectivamente, así ha sido. Muy pocos se han atrevido a irse del partido, los que se han ido para fundar otro se han estrellado electoralmente, apenas hemos tenido disensiones internas y nunca hemos dejado de contar con nuestra base social. Gracias a eso, hemos llegado al poder en más de una ocasión y somos lo que hoy somos.

Pablo Bernal apagó el cigarrillo y se sentó en su butaca. Tras casi un minuto de silencio, reanudó su discurso sin que Esteban ni María supieran a dónde quería ir a parar.

—Ahora, estamos en un momento similar. Estamos en un punto de inflexión en el que hay que saber muy bien quién debe estar al frente del partido. Nosotros tres estamos de acuerdo en que debe ser Claudio Montellano. Pero vuestras razones son diferentes a las mías. Completamente diferentes.

Un gesto de extrañeza se dibujó en el rostro de Esteban Miranda.

—¿Completamente diferentes? Yo creo que no, Pablo. Todos estamos de acuerdo en que...

—No, Esteban, te equivocas. No todos estamos de acuerdo en lo mismo. Os voy a explicar por qué os he soltado toda esta parrafada antes de entrar en el motivo de esta reunión. Hace tres meses, se produjo una fuga de información en el International Investment Bank, un banco del Enclave. Un empleado robó información de dos mil clientes y pasó a nuestro país. Parece ser que su intención es vender esa información. Todos sabemos lo que es el Enclave. Un paraíso fiscal donde va a parar mucho dinero negro. Por lo tanto, esa información puede ser valiosa para mucha gente. Por ejemplo, las autoridades fiscales. Por ejemplo, extorsionadores profesionales. Por ejemplo, políticos que buscan desprestigiar a sus rivales. No nos engañemos: en el Enclave ha acabado buena parte del dinero obtenido en prácticas poco aconsejables... Y si afloran nombres y cifras, saldrán a la luz operaciones que pueden acabar

con el futuro político de muchos que están en la plana mayor de los dos grandes partidos de este país. Es decir, tanto de nuestro partido como del Partido del Progreso.

–Pero eso puede ser muy importante, Pablo. Puede ser un arma para demostrar lo que Claudio dice todos los días: que hay que aplicar un programa firme y decidido de regeneración y cambio...

–Déjame que termine, Esteban. Como os he dicho, y seguro que habéis captado, esa información es dinamita pura. Sobre todo, si se prescinde del contexto y si no es suministrada a la opinión pública en su integridad. Imaginad que cae en manos del Partido del Progreso. Es evidente que sólo utilizará los datos que le beneficia y ocultará aquellos que le perjudiquen. Esto es la visión más simplista del asunto. Puede haber combinaciones más complejas y perversas. El hecho es que Claudio Montellano aparece en dicha información.

Esteban y María tardaron en reaccionar. Pasaron en unos segundos por toda una serie de fases que pasaron de la confusión al estupor, del estupor a la incredulidad y de la incredulidad a una indignación apenas simulada.

–¿Cómo que Claudio aparece? ¿Qué nos estás queriendo decir? ¿Que Claudio es un corrupto?

Esteban hablaba intentando reprimir su ira, intentando olvidar todas las horas de su vida que había desperdiciado trabajando para una persona que, ahora, demostraba ser una simple farsa hueca y sin sentido.

–Mira, Esteban, eso es lo que nuestros enemigos intentarán difundir si la información llega a sus manos. Pero la realidad es muy distinta. Más vale que la comprendas antes de hacerle el juego a los que quieren acabar con nosotros.

La mirada de Pablo Bernal se clavó en la de Esteban Miranda con ferocidad acusadora. Estaba claro que no admitía sus palabras y que le censuraba con severidad por el atrevimiento de haberlas pronunciado.

–A mediados de los noventa, alguien del partido propuso a Claudio Montellano participar en un negocio: ser accionista de una sociedad llamada Life & Building Project. Aparte de Claudio, habría más gente. Tanto del Partido Moderado como del Partido del Progreso. La idea era simple. A través de la política urbanística, se podía controlar dónde construir, cómo construir, cuándo construir y quién iba a construir. Life & Building Project iba a ser la auténtica propietaria de numerosas promotoras de todo el país, promotoras que iban a ser beneficiarias de los planes urbanísticos de los ayuntamientos. Estaba claro que todo el negocio tenía sentido si miembros de los dos principales partidos participaban en él. El urbanismo y la promoción inmobiliaria son actividades que sólo maduran al cabo de seis, siete u ocho años... En ese tiempo, puede haber cambios políticos en los municipios y, por tanto, era necesario proteger el negocio de esos posibles cambios. Si había gente tanto del Partido del Progreso como del Partido Moderado, ese flanco quedaba cubierto satisfactoriamente...

La indignación de Esteban Miranda no hacía sino crecer conforme Pablo Bernal seguía avanzando en su exposición. María Benavides callaba, ocultando sus sentimientos.

–No doy crédito a lo que estoy oyendo, Pablo –dijo Esteban, escondiendo su cara entre sus manos–. ¿Qué esperas? ¿Que mañana siga trabajando en la campaña como si nada hubiera sucedido?

–Cuando termine de hablar, lo verás todo más claro, Esteban. Te lo prometo. Como decía, a Claudio Montellano le ofrecieron ser accionista de esa sociedad. Y él decidió invertir. Y se olvidó del tema. Le iban abonando dividendos en una cuenta de Investment International Bank. Él nunca dispuso de ese dinero. Pero está claro que había una cuenta a su nombre en ese banco del Enclave cuyo saldo ha ido creciendo año tras año. Ya veo que todo esto que os estoy contando, con el visto bueno de Claudio (algo que quiero que sepáis), os está suponiendo una profunda decepción. Pero, en este punto, os debo comunicar cuál es mi postura. Yo ya conocía esa historia desde hace mucho tiempo. Y, aún así, sigo creyendo que Claudio Montellano es la persona adecuada para estar al frente del partido y del país. Porque, en este preciso momento, quien sea Primer Ministro debe tener una única virtud. Y no es la que poseía Enrique Recio. La virtud que debemos exigir es que quiera y sepa hacer los cambios que se necesitan para que el sistema no colapse. Así de sencillo. Claudio tiene la voluntad de hacerlos. Y no sólo eso. Sabe cómo hacerlos. ¿Por qué? Porque él conoce las alcantarillas del sistema. Él sabe de toda la basura que circula debajo de nuestros pies. Y, por eso, sería capaz de acabar con ella. Pilar Muro no tiene intención de hacer eso. Ella está ahí para que el sistema sobreviva con el menor número de cambios posible. Y eso no va a funcionar. No puede funcionar. ¿Fernando Ríos? Yo conozco a Fernando Ríos.

Pablo Bernal volvió a levantarse y empezó a dar vueltas por el despacho, agitando los brazos y movido como por un extraño rencor hacia el candidato del Partido Renovador.

–Fernando y yo estudiamos en la misma Facultad. Ciencias Políticas, en la capital... Y Fernando es un alma pura. Siempre lo ha sido. Y eso le incapacita para estar al frente de este país en estos momentos. ¿Sabéis lo que le pasó una vez? Salía con una compañera de Facultad. Una chica muy guapa y simpática. Pero, cuando estábamos en cuarto, conoció a una chica de Sociología... La facultad de Sociología estaba al lado de la nuestra... Y la conoció durante una fiesta de la primavera... La fiesta se celebraba en los jardines que compartíamos las dos facultades con Económicas... Y se enamoró de ella. ¿Qué creéis que hizo? Cualquiera de nosotros, se hubiera declarado a su nuevo amor y, después, hubiera roto con su anterior pareja. Él lo hizo al revés. Rompió con su novia y, sólo entonces, propuso iniciar relaciones a la nueva chica. Y resulta que esta le dio calabazas. Es decir, se quedó compuesto y sin novia. Os voy a ser sincero. Admito que Fernando actuó de modo completamente ético. Pero lo hizo como nadie lo haría. Es un ángel cuyo reino no es de este mundo. ¿Os lo imagináis como Primer Ministro? Sólo sería capaz de proponer medidas maravillosas pero irrealizables y, al final, no haría nada de nada, todo quedaría en bonitas palabras... Claudio Montellano no es así. Él plantearía medidas sensatas y posibles de implantar y no tengo la menor duda de que las acabaría ejecutando. Por eso, le apoyaré hasta el final. Estoy completamente convencido de que este país necesita una reforma amplia y decidida. Si no se hace, corremos el riesgo de que todo se vaya a la mierda. Y estoy seguro de que Claudio es la persona adecuada para ello. No es un ángel puro pero es un político pragmático que nos puede sacar del atolladero en que estamos metidos. En todo esto, sólo me mueve un afán cívico y patriótico. Sólo os pido que, decidáis lo que decidáis, os rijáis por ese mismo afán.

Pablo Bernal guardó silencio durante unos instantes con el fin de dejar que sus últimas palabras surtieran el efecto deseado.

—Lo que os voy a pedir es muy sencillo. Tenemos que contactar con el intermediario que está vendiendo la información. No podemos permitir que la misma caiga en manos de nuestros rivales. Porque hay algo que debemos tener claro. Nuestros rivales también aparecen. Pero cuando empiecen a divulgar datos, serán aquellos que perjudican a sus adversarios, no a ellos mismos. La información que les sea desfavorable permanecerá en la oscuridad más recóndita. Es evidente que Claudio no puede ir a la cita. Yo querría ir pero tampoco puedo hacerlo. Si sucede algo inesperado y el encuentro sale a la luz, la candidatura quedaría comprometida. Tienen que ir dos personas de absoluta confianza pero que, en caso de cualquier imprevisto, podamos decir que su relación con la campaña es puramente circunstancial. Hemos pensado en vosotros dos. ¿Qué riesgo corréis? Que algún medio de comunicación averigüe de vuestra reunión con ese intermediario... O el mayor peligro que corremos: que la policía esté yendo detrás de ese individuo y lo detenga mientras estéis reunidos con él. Para ambos casos, hemos inventado una versión que os va a eximir de cualquier responsabilidad. Ante cualquier contingencia, tenéis que decir que el motivo de la reunión es que cualquiera de vosotros dos (ya decidiremos quién) puso un anuncio por internet para vender el coche y que el sujeto os llamó porque alegó que estaba interesado. Si os preguntan, diréis que, conforme avanzaba la reunión, sospechasteis que el individuo no tenía intenciones muy claras. Que el coche no le interesaba en absoluto y que empezó a interesarse por vuestra participación en la campaña de Claudio Montellano. Y que estabais a punto de poner punto y final al encuentro. Puede ser que la polvareda dure unos días. Pero después pasará. A fin de cuentas, no estáis en la primera línea política. Ya le hemos comunicado que esa será nuestra condición para reunirnos con él. Y ha aceptado. Sólo queda ultimar los detalles y que vosotros respondáis a nuestra oferta. Si aceptáis, os deberemos un favor muy importante. Y os aseguro que no lo olvidaremos jamás.

Pablo Bernal volvió a su butaca, se sentó con majestuosidad en ella y esperó la respuesta que Esteban y María iban a darle.

—No sé, Pablo, no sé... —dijo Esteban—. Tengo que asimilar todo lo que acabas de decirme... No puedo tomar una decisión esta misma noche... No podría...

—Yo sí acepto —dijo María de modo tajante e inequívoco—.

Esteban se quedó sin palabras. No se esperaba esa reacción de su compañera. Hacía nueve años que la conocía. Tenían la misma edad. Habían estudiado juntos Sociología. Él había llegado más lejos que ella hasta ese momento. Pablo lo atribuía a su timidez y su carácter ligeramente apocado porque la consideraba sumamente inteligente. Por ello, constituyó para él una sorpresa inimaginable la veloz reacción de su amiga.

—Bueno, María ha aceptado... ¿Qué dices tú, Esteban?

Esteban quería decir que no. Pero, aunque no quería reconocerlo, le preocupaba María. Y tomó la decisión que no quería tomar.

—Está bien, Pablo. Cuenta conmigo.

Pablo Bernal sonrió. Sin que Esteban y María se dieran cuenta, también respiró aliviado.

–Perfecto. Ahora, tenemos que pulir los detalles de la operación.

Capítulo segundo

1

Cuando el avión llegó al aeropuerto, el cielo estaba encapotado. Poco antes de que el agente Alejandro Gómez entrara en la terminal, empezó a llover. Y justo al entrar en el taxi, un fuerte chaparrón le dio la bienvenida a esa ciudad gris y opaca tachonada de intensas pinceladas de verde hierba. El vehículo lo dejó justo delante de la puerta de la comisaría principal de la localidad y, tras atravesar su umbral, Gómez se dio cuenta al instante de que las personas, el ambiente, el mobiliario, el ritmo al que se trabajaba y hasta el color (digamos que imaginado) del aire se adaptaban perfectamente al entorno urbano donde se ubicaba el edificio. Al final, personas, hábitos y construcciones, en cualquier tiempo y lugar, siempre acababan sufriendo un proceso de mimetismo mutuo, de modo que acababan formando un todo compacto e indisoluble. A partir de un único elemento, cabía reconstruir, en cierta medida, los elementos que lo rodeaban porque el primero habría absorbido, imitado y asimilado las características de los segundos. La comisaría en la que acababa de entrar era muy distinta a aquella en la que él trabajaba habitualmente. Seguro que el microcosmos de cada una de ellas era un conjunto de ecos y reverberaciones de las gentes, las calles y los barrios del exterior más próximo. Lo que parecía identidad inequívoca no era más que reflejo de una miríada infinita de otras identidades y de otros reflejos.

Gómez preguntó en recepción por el agente Cárdenas. Lo llamaron por la línea interna y, al cabo de no más de un minuto, estaba ante él un policía unos diez años más joven que él, no tan alto, rubio y con una sonrisa amplia, franca y abierta.

—Hola, ¿cómo estás? Yo soy Cárdenas, Nacho Cárdenas... Me puedes llamar Nacho. Todo el mundo me llama por aquí Nacho. Sígueme, vamos hasta mi mesa...

Gómez y Cárdenas caminaron entre dos filas de escritorios y llegaron hasta uno que estaba vacío. Cárdenas se sentó al otro lado del mismo e invitó a Gómez a que se sentara frente a él.

—Desde que Silva me contó a lo que venías, he alucinado... ¿Sabes a qué me ha recordado? A Orson Welles...

—¿A Orson Welles? —preguntó, sorprendido, Gómez—.

—Sí... A fin de cuentas, vas detrás de un fantasma... De alguien que todo el mundo creía vivo y resultaba que estaba muerto. Como el Harry Lime de *El tercer hombre* pero al revés...

La cara de extrañeza de Gómez era un indicio claro de que no estaba siguiendo la conversación.

—Perdona, perdona... —dijo Cárdenas, sonriendo—. Es que soy un loco del cine... Mira...

Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó de él tres libros. Se los enseñó a Gómez con aire de triunfo.

–Fíjate: *El cine según Hitchcock* de François Truffaut, *Mi último suspiro*, las memorias de Luis Buñuel, y *Las 100 mejores películas* de John Kobal. Mis tres títulos de cabecera... Bueno, como te decía, en *El tercer hombre* Orson Welles interpretaba a Harry Lime, a quien, desde el principio de la película, le damos por muerto. La acción se desarrolla en la Viena ocupada por los aliados, poco después del fin de la II Guerra Mundial... Lo que ocurre es que Harry Lime no está muerto... No te digo más por no reventarte la película... La historia de Mario Villar es la contraria...

–Sí, ya te comprendo...

–¿Sabes por qué me has hecho recordar también a Orson Welles? Por *Ciudadano Kane*... Un periodista tiene que ir reconstruyendo la vida de alguien que ya no vive... La vida de Charles Foster Kane... Tiene que resolver un misterio: la última palabra que ese hombre ha pronunciado... Tú también tienes que resolver el misterio de un muerto: ¿por qué alguien se pudo ver tentado a usurpar la identidad de otro y renunciar a la suya propia?

–Pues sí... Y tengo que ver hasta por dónde empezar...

A Gómez le estaba empezando a poner nervioso la cháchara de Cárdenas pero, para su sorpresa, su colega dio un inesperado giro a la conversación y entró de lleno en el tema que a él verdaderamente le interesaba.

–Pues después de mis primeras averiguaciones, ya tenemos un punto de partida. Y no ha sido fácil. Hace ya veintidós años que Manuel Vega y Mario Villar abandonaron la ciudad. Me ha sido muy difícil contactar con familiares o amigos. No obstante, he tenido suerte... He dado con dos compañeros de universidad que eran de los mejores amigos de ambos... También he dado con una prima de Manuel Vega... Es una hija de un hermano de su padre... La mujer tiene ya sesenta años y vive en un pueblo que no está muy lejos de aquí... Supongo que algo nos podrá decir... En relación a Mario Villar, al verdadero Mario Villar, he encontrado dos antiguos directivos de la empresa de sus padres... Tienen más de ochenta años... En esta carpeta, he recopilado, además, toda la documentación que he encontrado... Espero que te sirva... La puedes revisar esta tarde y, mañana por la mañana, empezamos temprano con todas las visitas...

* * *

En el hotel, Gómez estudió todos los papeles que le había dado Cárdenas. Allí, se dibujaba una historia convencional, rutinaria y casi hasta aburrida. En la ciudad del norte, todo había sido muy distinto a como había sido en la ciudad del sur. En la primera, reinó una dulce monotonía. En la segunda, una frenética confusión. Entre medias, una brutal cesura que ponía en duda todos los meandros del relato. Sobre todo, su primera parte. Porque estaba ausente una relación causa-efecto razonable. Faltaba una pieza en el rompecabezas, que se ocultaba, astuta y escurridiza. Sólo cabía esperar que los encuentros del día siguiente revelaran claves que, hasta ese momento, hubieran estado escondidas. Pero las expectativas se vieron, en gran medida, frustradas...

Los compañeros de facultad, nada relevante pudieron decir. Hablaron de una amistad como podía haber muchas en el mundo universitario: dos jóvenes que se conocen, se hacen amigos y

empiezan a hacer proyectos juntos. Uno es rico. El otro, no. Pero, una vez que se han hecho amigos, eso deja de importar. Detalles poco útiles para los propósitos de la investigación de Gómez. Los que habían sido directivos de la promotora de los padres de Mario Villar (del auténtico Mario Villar) se explayaron en sus recuerdos. Hablaron de cómo el crecimiento económico de los años sesenta favoreció las obras públicas y la edificación de viviendas. La empresa aprovechó las circunstancias y vivió un acelerado proceso de expansión. Pero la crisis de los setenta truncó la marcha del negocio. La industria de la zona quedó tocada y nunca más se recuperaría. La construcción, en consecuencia, se resintió y la promotora lo pasó mal. Antes del accidente de automóvil en que perdieron la vida los padres de Mario Villar, ya había proyectos para llevar la actividad a otras zonas con más posibilidades y dinamismo. Cuando Mario Villar llegó a la mayoría de edad, decidió disolver la empresa y empezar de cero en otro lugar. El comienzo del giro inexplicable de los acontecimientos. De ello, nada podían decir. La oscuridad. Y no hallaba la puerta para acceder a ella.

A última hora de la tarde, Gómez y Cárdenas llegaron puntuales a la cita concertada con la prima de Manuel Vega, la última familiar que podía conectar a un fantasma con el mundo de los vivos. Vivía en un pequeño pueblo, a cincuenta kilómetros de la ciudad, en una casa antigua pero que conservaba buena parte de su encanto y distinción. Carmen Vega era una mujer regordeta, simpática y que, con los años, había aprendido a afrontar la vida con una mezcla de sabiduría, paciencia y estoicismo. Vestía de negro y estaba invadida por una melancolía que parecía impregnar igualmente los pasillos y habitaciones por los que pasaron.

–Bueno, Carmen, como le dije por teléfono –dijo Cárdenas–, veníamos a preguntarle por su primo, Manuel Vega...

–Sí, sí... Pues mire usted... Bien poco le voy a poder decir. Porque es una historia que mis padres no acababan de comprender y a la que yo, siendo mocita como era, pocos esfuerzos dediqué para enterarme de algo.

–A ver, Carmen, me dice que era una historia que sus padres no comprendían... Exactamente, ¿qué era lo que podía extrañarles?

–Que mis tíos adaptaran a Manuel cuando ya tenían casi sesenta años... Según decían mis padres, es verdad que siempre habían querido tener un hijo. Pero se habían resignado a no tenerlo. Y, de repente, sin que antes hubieran contado nada, aparecieron con un niño, con Manuel, sin que nunca llegaran a explicar cómo y por qué decidieron hacer la adopción...

– No sé, Carmen... Yo no lo acabo de ver tan extraño... A lo mejor, se sentían solos y, aunque ya estaban en una edad avanzada, les podía hacer ilusión tener la compañía de un niño...

–Sobre eso, sólo le digo lo que decían mis padres. Como ya le he dicho, poco pendiente estuve yo de esas cosas. Sin embargo, no sólo se extrañaron por eso. También les resultó raro que el nivel de vida de mis tíos mejorara como por ensalmo...

–¿Cómo que mejoró el nivel de vida de sus tíos?

–Pues que se empezaron a permitir cosas que antes no podían permitírselas...

Gómez empezó a ver un resquicio, una fisura en la perfecta muralla de tinieblas.

–¿Qué cosas?

–Un coche nuevo, se mudaron de casa, todos los años tomaban vacaciones, vacaciones que nunca antes habían podido tomar... Ya le digo que no es que fuera yo muy consciente de todo eso. Me limito a contarles lo que mis padres hablaban...

–Ya, ya, Carmen... Y le agradecemos mucho que esté colaborando tan amablemente con nosotros... A ver, ¿no podría haber una explicación lógica para todo eso que, en principio, pudiera resultar sorprendente?¿No pudo ser que les tocara la lotería o acertaran en las quinielas?

–Parece ser que mis tíos no jugaban a nada de eso, señor agente.

Sólo en ese punto, intervino Gómez para aclarar algún punto que no había salido a la luz a lo largo de la conversación.

–Perdone, Carmen... Una pregunta. ¿Cuáles eran las fuentes de ingresos de sus tíos?

–Mi tío trabajaba en la fábrica de Cervezas Imperio. Mi tía era ama de casa... Lo normal en aquella época... Vivían sin problemas económicos pero con las estrecheces lógicas de un sueldo modesto...

–Cuando adoptaron a Manuel, ¿coincidió con algún ascenso de su tío?

–No creo. Mi tío siempre realizó el mismo trabajo en la fábrica. Era operario. Supongo que su sueldo mejoraría con el paso del tiempo. Pero yo no tuve noticia de ningún ascenso...

–¿Se intentó poner en contacto Manuel con usted alguna vez desde el día en que se marchó de esta ciudad?

–No, nunca. Desapareció y nada más supimos de él. Tampoco me extrañó. Él nunca se integró en la familia. Así que, cuando mis tíos murieron, me pareció lógico que se perdiera todo el contacto. De vez en cuando, me preguntaba qué podía haber sido de él... Pero, con toda sinceridad, no hice mucho por averiguar dónde estaba y cómo le iban las cosas.

–Bueno, Carmen, pues creo que eso es todo...

Cárdenas se sorprendió por la repentina reacción de su compañero. Sin embargo, no realizó ningún intento para alargar la conversación.

–Le damos muchas gracias por su colaboración.

–De nada, joven. Es un placer colaborar con las autoridades...

–Yo también le doy las gracias –dijo Cárdenas–. Desde el primer momento que hablé con usted, fue sumamente amable.

–Entonces, ese empresario que desapareció y que murió, al final, en un tiroteo, ¿era, en realidad, mi primo Manuel?

–Sí, señora, así es... –respondió Gómez–.

–¿Y qué pudo pasar para que cambiara de identidad?

–Eso es lo que estamos intentando descubrir, Carmen. Le reitero nuestros agradecimientos.

Una vez en el coche, Gómez tomó, claramente, las riendas de las pesquisas, que, hasta ese momento, había detentado, sin preguntas ni cuestionamientos, Nacho Cárdenas.

–A partir de ahora, tenemos que abrir dos líneas de investigación. La primera, consiste en averiguar todo lo posible sobre la adopción de Manuel Vega. ¿Sabes dónde podemos encontrar los ficheros de esa época?

–Sí, creo que sí... Bastará con un par de llamadas para...

–Estupendo. Por otro lado, hay que revisar toda la documentación posible sobre los ingresos de la familia Vega...

–Eso será más difícil...

–Empecemos por lo que podamos encontrar en esa fábrica de cervezas...

–Cerró a finales de los ochenta...

–Pues habrá que ver qué podemos recuperar. Después del día de hoy, sólo tenemos una pista a seguir: Manuel Vega, posiblemente, fue adoptado a cambio de una transacción económica ventajosa para sus padres adoptivos... Si somos capaces de encontrar el rastro del dinero, podremos resolver el misterio que hay detrás de esa adopción... Y si lo resolvemos, a lo mejor podemos enlazar la misma con el cambio de identidad de Manuel Vega.

–Sí, es muy posible...

–Pero hay algo más que echo en falta en los papeles que me diste ayer. Tenemos que saber qué contactos tenía Manuel Vega en la ciudad, quién pudo captarlo para atraerlo a su órbita...

–Es difícil. Hace más de veinte años que...

–Pues tenemos que agotar todas las vías que estén disponibles. Hay que buscar hasta que veamos que no existe ninguna posibilidad de avanzar.

Cárdenas dibujó, de pronto, un gesto de preocupación en su rostro.

–¿Has visto *Chinatown* de Polanski? –dijo, al fin, de modo enigmático–.

–Sí, creo que sí... ¿Por qué lo dices?

–Porque hay cosas del pasado que es mejor no remover... Básicamente, porque son, aún, cosas del presente.

2

La farsa que había que representar estaba relativamente bien organizada. En un pequeño territorio como el Enclave, hablar con Paul Moura sin llamar la atención no era fácil. Todos se conocían y cualquier hecho inhabitual podía ser fuente de rumores y conjeturas y el interlocutor ya arrastraba una situación difícil por su despido del IIB. Si ahora descubrían que se había reunido con autoridades del exterior, su reputación en el lugar iba a quedar seriamente en entredicho. Por tanto, había que encontrar una excusa verosímil para que la conversación tuviera lugar y que no hiciera despertar sospechas sobre Moura. Por otro lado, todos los policías debían, en su visita, aparentar motivos que nada tenían que ver con la auténtica razón de su estancia allí. Javier Osorio y Cristina Salvador se harían pasar por una pareja que estaba haciendo turismo y Méndez, Silva y Carretero por tres hombres de negocios que querían abrir una agencia inmobiliaria. Estarían en el Enclave porque iban a entrevistar a un candidato para dirigir esa agencia, el cual iba a ser, precisamente, Paul Moura. Los policías llegarían el día antes de la entrevista. Osorio y Salvador se pasearían por los lugares más emblemáticos y no pararían de hacerse fotos. Los tres inspectores simularían estar viendo locales en alquiler para elegir el mejor emplazamiento para su agencia.

Méndez y Carretero parecían estar en su salsa en medio de la representación teatral que estaban llevando a cabo. Silva, sin embargo, se sentía molesto. No le gustaba ejecutar un papel ajeno a su verdadera personalidad. Le parecía un medio espurio para alcanzar los fines que se habían marcado. A él, le resultaba difícil pensar que, si se atravesaba una línea peligrosa movido por buenas intenciones, no fuera a atravesarse nuevamente en el futuro por propósitos aviesos. Y eso le intranquilizaba profundamente. Pero, ahora, era demasiado tarde para pensar. Allí estaban los tres, en el hotel del Enclave, interesándose por oficinas vacías y hablando con banqueros y constructores sobre la situación del mercado inmobiliario en el territorio.

—Es que el mercado inmobiliario ha colapsado en nuestro país —decía Méndez—, pero creo que aquí, ahora mismo, hay grandes oportunidades...

—No se equivoca. Nuestro jefe de gobierno, Tom Valera, tiene grandes planes para este territorio...

Su interlocutor era un empresario del Enclave con el que estaban almorzando.

—Cuando ganemos terreno al mar, ampliemos el puerto y construyamos el casino, esta se va a convertir en una de las ciudades más prósperas del Mediterráneo... Hacen bien en querer instalarse aquí... Yo sé que sus compatriotas nos consideran como un nido plagado de actividades ilegales... Pero, créanme, hay que ser prácticos... Si colaborásemos, todos saldríamos ganando...

Silva, por un momento, dudó de si la conversación formaba parte del libreto o si alguno de sus compañeros estaba, en realidad, interesado en las oportunidades de negocio en aquel lugar.

Sobre todo a Carretero, le veía una especie de ramalazo de avaricia en los ojos que no podía dejar de percibir como un presagio de futuras desgracias.

–Pero, ¿cómo nos verán los lugareños?¿No desconfiarán de una empresa del otro lado de la frontera?

–Todo lo contrario. Nos encanta que la situación se normalice... Que ustedes den por bueno que seamos una entidad con existencia propia, que no tengamos nada que ver con ustedes... Si empiezan a instalarse aquí, estaremos más cerca de ese momento.

Méndez reía. Carretero sólo dejaba entrever una sonrisa traviesa mientras miraba a todos con ojos burlescamente entornados. Silva permanecía serio y callado, sin permitirse traslucir ningún tipo de sentimiento. En su interior, empezó a creer que todo eso no llevaba a ninguna parte. Deseaba, sin embargo, que ello no fuera así.

* * *

Javier Osorio y Cristina Salvador ya habían visto todo lo que tenían que ver. Pero no les quedaba nada por hacer hasta la noche. Así que siguieron dando vueltas hasta que acabaron entrando en un *pub* de estilo británico de los muchos que abundaban en el lugar y que, en ese momento, estaba prácticamente vacío. Ambos tenían una edad similar y era verosímil que pudieran ser pareja porque transmitían el mismo tipo de carácter: cerebral, meticuloso y poco proclive a dejarse arrastrar por cuestiones emocionales. Sin embargo, algo había sucedido entre ellos esa tarde. A pesar de que ninguno de los dos quería que ello pudiera suceder. Con dos cervezas de por medio, querían borrar todo rastro de un futuro que se antojaba imposible.

–¿Hace mucho que estás en la Brigada?

–Hace cinco años. Estando ya en la policía, fui estudiando Economía en la universidad a distancia... Me costó pero, cuando conseguí el título, surgió la oportunidad de entrar en la Brigada y no la desaproveché...

–¿Tenéis que viajar mucho?

–Bastante. Eso es lo más difícil... Saber que no vas a tener un lugar fijo de trabajo... Que vas a andar de acá para allá... Que va a ser complicado que tengas vida personal fuera del trabajo... Pero piensas que es tu vocación y sigues para delante.

Osorio y Salvador se quedaron mirando fijamente. Un incómodo silencio surgió entre ellos. Sólo había una posibilidad para llenarlo pero Osorio decidió que había que olvidarse de ella.

–Ese es un problema que siempre vas a tener si eres policía... Siempre va a ser difícil llevar una vida personal. Estés donde estés.

–Sí. Supongo que es así.

Volvieron a callar. Sólo una canción rompía la ausencia de palabras entre ellos. Eran The Smiths y su *There is A Light That Never Goes Out*.

–Pero, a veces, surge el milagro –dijo Osorio–.

Cristina se limitó a sonreír y dio un sorbo nervioso a su cerveza.

* * *

Eran las doce de la noche cuando Osorio y Salvador entraron en la habitación de Méndez. Allí, ya estaban Silva y Carretero.

–No les habrá visto nadie, ¿no? –dijo, inquisitivamente, Méndez–.

–No se preocupe, jefe –dijo Salvador–. Hemos tenido cuidado.

–Bien. Sigán así. Tenemos que ser sumamente cautelosos mientras estemos aquí... ¿Estamos de acuerdo?

Todos asintieron de forma cansina.

–¡No me gusta que me digan que sí como si le estuvieran dando la razón a un loco! ¡Nos jugamos mucho en la entrevista de mañana! Y no se nos puede escapar ningún detalle.

–No se preocupe, Méndez –dijo Silva–. Todos somos conscientes de lo que está en juego... No hay que insistir más en ello. Vayamos al grano y centrémonos en los detalles de nuestra reunión con Paul Mora...

–Está bien. Veamos. Mañana, a las once y media de la mañana, Silva, Carretero y yo nos encontraremos con Paul Moura en el bar del hotel. Estaremos allí hasta las doce y cuarto más o menos. A esa hora, subiremos aquí para continuar la entrevista. El servicio del hotel ya habrá pasado por las habitaciones por lo que no hay peligro de que nos molesten. A las doce y media, ustedes dos –señaló a Osorio y Salvador–, se incorporarán a la reunión. En su habitación, dejarán el cartel de “No molestar” en la puerta... Así, todos creerán que están allí dentro... Carretero ha traído el dinero... Habrá que negociar para intentar arañar algo a nuestro favor... Una vez que eso quede listo, tenemos que sacarle todo lo que sepa de su amigo Mark Cortés... Prioridades: amistades, cambios de comportamiento recientes, visitas a nuestro país, confidencias, gastos por encima de lo habitual... Le estamos pagando y le estamos pagando bien, por lo que tenemos derecho a sacarle toda la información que podamos... ¿Está claro?

Todos volvieron a asentir. Nuevamente, de forma cansina.

3

Al despertar cada mañana, José Luis Ugarte pensaba que el tic nervioso que se había convertido en su inseparable compañero ya no aparecería en el espejo del cuarto de baño. Pero era una ilusión vana. Ahí seguía. Posiblemente, cada vez más acentuado. Cada vez más pegado a la piel y al hueso de la mandíbula. Cuando llegaba a la oficina, la sorpresa era que su socio parecía estar tranquilo, sereno, casi relajado en medio del caos que se había desatado

tras su vuelta de la capital. Entonces, tendía a repetirse, en un bucle infinito, la misma conversación. Quizás, con palabras cambiadas pero, en el fondo, un día tras otro, se producía una sucesión de sutiles variaciones del mismo intercambio de frases que no conducían a ninguna parte. O, mejor dicho, sólo conducían a un paraje tenso y angustioso, poblado de miedos e incertidumbres.

–Pero yo no veo que la solución que propone el Banco General de Pagos sea, realmente, una solución... –dijo José Luis Ugarte–.

–Es la solución perfecta –dijo José Ángel Esquivias–. Ellos se van a ocupar de los clientes problemáticos... De esos clientes de los que no queremos hablar pero que están ahí, con toda su información dando vueltas por no se sabe qué lugares, a la espera de que alguien la compre... Y que no perdonarían que acabase en manos de la hacienda pública o de sus enemigos más peligrosos... Eso ya nos lo han solucionado... ¿Quién queda? Aquellos que podemos denominar clientes de segunda clase... Sí, cierto, clientes que tienen su prestigio, que gozan de un reconocimiento social en la ciudad pero que, no nos equivoquemos, el único recurso que tienen es la pataleta...

–José Ángel, muchos de esos clientes que tú llamas de segunda clase son amigos míos, antiguos compañeros de pupitre, que confiaron en nosotros y respecto a los que vamos a tener que hacer algo...

–José Luis, yo estoy pensando en el negocio... Cuando tú hablas, piensas en las relaciones sociales... A mí, las relaciones sociales me resbalan por completo... Nosotros hemos hecho el trabajo que nuestros clientes nos han encomendado... A partir de lo que ha sucedido, nosotros, como empresa, tenemos libertad para prestar o no un servicio extraordinario a determinados usuarios de nuestros servicios... Eso queda dentro de nuestro criterio de decisión...

–Te estás equivocando, José Ángel. Son las relaciones sociales las que nos han hecho llegar a donde hemos llegado... Si nuestros amigos nos dan la espalda, nuestro negocio no es nada...

No hacía falta que José Ángel Esquivias hablara para saber que estaba completamente en desacuerdo con lo que acababa de oír.

–José Luis, quien se equivoca eres tú. Quienes necesitaban las relaciones sociales eran nuestros clientes... Gracias a ellas, han podido contactar con dos expertos como nosotros... Hasta la fecha, ninguno ha tenido problemas por ningún tipo de inspección tributaria... Ni han tenido que temer por ninguna acción de la justicia... ¿Qué otros les podían haber proporcionado servicio tan eficaz? Lo que a ti te ocurre es siempre lo mismo: desconfías de tus capacidades y te refugias en ese invernadero de mediocridad que tanto te gusta... José Luis: ni tú ni yo estamos al mismo nivel de toda esa pobre gente que, efectivamente, tiene bastante dinero pero que, en el fondo, no es nadie fuera de su pequeño mundo... Tú y yo estamos muy encima de todo eso, José Luis...

José Luis Ugarte dudaba y, además, no le gustaba nada lo que su socio decía. Significaba un profundo menosprecio hacia lo que había sido la base de su vida y, por tanto, no podía ni debía aceptarlo. Era ya de noche cuando José Luis abandonó el despacho. Hacía ya un buen

rato que José Ángel Esquivias se había ido de allí. Empezó a dar vueltas por la ciudad en el coche. A esa hora, las calles estaban vacías. Apenas había tráfico. Acabó junto a la playa. Aparcó y empezó a pasear sin rumbo fijo para que el aire del mar le despejara la cabeza. Unas luces señalaban que había una terraza abierta. Entró y pidió una cerveza. Se sentó en una de las muchas mesas vacías que había a esa altura de la noche, se aflojó el nudo de la corbata y, aunque intentó meditar, sólo vio oscuridad y confusión dentro de su mente. Se perdía por los recovecos de su memoria el momento en que había conocido a José Ángel, se habían hecho amigos, se habían convertido en socios y habían convertido una modesta y aburrida asesoría fiscal en un despacho con abundantes contactos en la alta sociedad de la ciudad, por un lado, y en las entidades bancarias del Enclave, por otro. En un eslabón fundamental en la ruta de evasión fiscal de muchos empresarios, promotores y constructores de la zona.

» –¿Cuál es el problema? –decía José Ángel–. Una presión fiscal insostenible. Ese es el problema. Imaginemos que gente honrada, gente trabajadora, gente que ha conseguido su riqueza con pundonor y tenacidad tuviera que pagar todos los impuestos que, cada vez con mayor voracidad, el gobierno les impone. Ello sería un desastre para la economía. A largo plazo, significaría nuestro empobrecimiento... Por tanto, el Enclave cumple una función social importantísima no reconocida. Permite restablecer la justicia tributaria para que la inversión y la creación de empleo puedan mantenerse... José Luis, no tengas remordimientos por lo que hacemos. Hacemos lo que hacemos por el bien del país...

Después, se fueron incorporando como clientes los políticos que hacían negocios ilegales con los empresarios, constructores y promotores que ya eran, con anterioridad, clientes del despacho.

» –José Luis, no podemos rechazar a quienes, en última instancia, hacen posible nuestro éxito. Si los responsables políticos no recalificaran terrenos saltándose las normas y no pidieran regalos y favores por dicha labor, ¿crees que nuestros servicios serían necesarios? Obviamente, no. Todo sería un mundo perfectamente transparente en los que nosotros seríamos perfectamente prescindibles. No podemos hacer la criba que pretendes hacer. Porque sería incoherente con nuestra conducta... Y, al final, habría alguien con menos remilgos que nosotros que nos ganarían la partida por la mano... Se llevarían todas las cuentas del despacho... Porque habríamos molestado a quienes no se les puede molestar: a los artífices finales de la prosperidad de todos nosotros... Y eso no nos lo perdonarían jamás.

Finalmente, un paso más. Empezaron a convertirse en clientes gente con actividades turbias, gente con pasados inconfesables, tipos con presentes ineludiblemente ocultos...

» –Tampoco a mí me gusta tratar con esos individuos, José Luis. Pero piensa esto: ¿cuánto tiempo nos queda con este negocio? Tenemos cuarenta y cuatro años... Yo creo que a los cincuenta, podríamos retirarnos con las espaldas bien cubiertas... Liquidamos todo y a vivir la vida... A ocuparnos de nuestra familia, de nuestras mujeres y de nuestros hijos... A encargarnos de proyectos de carácter social o cultural, ¿por qué no? Para compensar, habrá que dedicarse a hacer buenas obras cuando terminemos con todo esto... Mientras tanto, cerremos los ojos, tapémonos la nariz y hagamos el último esfuerzo para poder retirarnos cuando nos apetezca...

José Ángel Esquivias era un gato que siempre caía de pie. Un sofista que extraía argumentos de su cerebro como un mago podía sacar conejos de una chistera. Alguien que patinaba por las circunstancias como si fueran un circuito de carreras cuidadosamente diseñado para conducirse velozmente hacia un destino mágico previamente fijado. José Luis se sorprendía cuando le contaba su historia con aquella chica guapísima y atractiva que había conocido en el Enclave y con la que ahora se veía con frecuencia en la capital. No era su primer amante ni iba a ser la última. ¿Cómo era posible que José Ángel se manejara con su doble o triple vida sin que una de ellas terminara acabando con los demás? José Luis era incapaz de comprenderlo. Intentaba descifrar los mecanismos mentales de su socio pero acababa desistiendo porque le parecían un jeroglífico sin sentido que iba a ser incapaz de desentrañar.

José Luis se sentía en un laberinto sin salida, en un laberinto cada vez más oscuro en el que los pasadizos se iban estrechando, el suelo se iba convirtiendo en un pedregal intransitable y el aire se iba viciando hasta volverse irrespirable. Ahora, otro problema a resolver. Y José Ángel planteaba una solución que significaría (aunque su socio no lo admitiera) convertirse en un cadáver civil y profesional en la ciudad en la que siempre había vivido y de la que nunca había querido marcharse.

José Luis estaba tan absorbido en sus pensamientos que no se dio cuenta de que una mujer rubia que estaba en otra mesa había ido hasta la suya y se había sentado junto a él. También estaba bebiendo una cerveza. Era algo más joven que él y vestía con una minifalda vaquera y una blusa blanca con un generoso escote. A José Luis le pareció que era guapa y, sobre todo, le llamó la atención sus piernas, de las que pensó que estaban perfectamente modeladas.

—Hola, ¿qué tal? Hay poca gente por aquí, ¿eh? Me llamo Cati...

—Hola. Yo, José Luis...

—Encantada... Te veo como agobiado...

—Sí... La verdad es que sí... Estoy atravesando una situación difícil...

—Es que las cosas están muy mal... Yo ya ni quiero ver las noticias... Bancos que quiebran, millones de parados sin esperanza de encontrar trabajo, políticos que son unos rateros...

—Sí, todo anda muy complicado.

—Yo he podido encontrar trabajo como teleoperadora... Hace dos horas que terminó mi turno... Y pensé que tenía derecho a relajarme un poco, ¿no?

—Sí, claro...

—Tú también tienes derecho a relajarte.

La mirada de Cati fue la que acabó por dar sentido a la frase. José Luis no pudo contestar.

—Mi casa está cerca de aquí. Vivo sola.

José Luis siguió sin hablar. Pensó en José Ángel. En su habilidad para manejar las situaciones, los tiempos y las máscaras. Pensó en el vértigo. En la sensación de estar suspendido en el aire y olvidarse de todo.

—¿Has pagado ya? —dijo José Luis—.

Una gran sonrisa se dibujó en el rostro de Cati.

—No.

—No te preocupes. Yo te invito. Ahora, me tengo que marchar. Lo siento. Se me ha hecho tarde y me quedan cosas por hacer en mi casa. Buenas noches.

4

Los planes con Paul Moura habían salido tal como estaban preparados. Encuentro en el bar. Al cabo de un rato, todos subirían a la habitación. Finalmente, llegada (cauta y discreta) de Osorio y Salvador. Méndez y Carretero se van a un rincón del cuarto y negocian con Moura la cantidad a entregarle. Después de un tira y afloja (que el resto de policías no llega a oír con claridad), Carretero se separa del grupo, se acerca a su maletín y saca de él un sobre, el cual acaba entregando al confidente. Este se sienta a la mesa y empieza a responder a las preguntas. De forma monótona y aburrida, va contando (presuntamente) lo que sabe. Todos están convencidos (no les hace falta ni racionalizarlo ni argumentarlo) de que se está guardando información. Que calla algo, que oculta elementos de la trama, que se reserva circunstancias que pudieran ser valiosas para la investigación. Méndez decide ser más agresivo en el interrogatorio.

—Señor Moura, nada de lo que nos ha contado hasta ahora vale lo que le hemos pagado... Cotilleos sin sustancia... Detalles del día del robo de la información... Detalles que, por supuesto, ya conocíamos... Todo bastante insulso...

—¿Qué quieren que les diga? Es todo lo que sé...

—Usted es el mejor amigo de Mark Cortés... Es imposible que no notara nada particular en los días previos al suceso... El estilo de vida de Mark tuvo que cambiar... Su estado de ánimo se tuvo que ver alterado de algún modo...

—Yo no era tan amigo de Mark...

—¿No era tan amigo? ¿Y le contó que ese viernes iban a estar desactivadas las cámaras de vigilancia en un determinado lapso de tiempo? Le recuerdo que ello era un hecho sobre el que los empleados del departamento de Seguridad debían guardar máxima confidencialidad... Y, sin embargo, se lo contó a Mark... Si lo hizo, fue porque es una persona de su confianza...

–¡Bah! Se lo conté porque no le di mayor importancia al tema... Era algo puramente rutinario... No sé cuántas veces sucedía lo mismo... Al final, te relajas... Y hablas más de la cuenta... Claro que hablé más de la cuenta... Fíjense si no me percaté de nada, que se lo dije... ¿Quieren mejor prueba de lo que les estoy diciendo?

Méndez pareció dudar. Estaba claro que no se esperaba la resistencia del interrogado a hablar. Pensó que las revelaciones iban a producirse con mayor fluidez. Sin embargo, era evidente que el interrogatorio iba a tener que ser bastante largo.

–Usted era compañero de Mark Cortés en un campeonato de bolos, ¿me equivoco? Formaban parte del mismo grupo de amigos que se veían cada fin de semana... ¿Estoy acaso mintiendo? Todos juntos atravesaron la frontera más de una vez... Nos consta. ¿A quién quiere engañar? Mark Cortés no es un delincuente experto... Carece de la habilidad suficiente para manejar con soltura la situación en la que se ha visto envuelto... Usted nos prometió que sabía cosas... Que sabía cosas valiosas y relevantes... Hasta ahora, no nos ha ofrecido nada.

Paul Moura encendió un cigarrillo y empezó a fumar con nerviosismo. Ninguno de los policías era capaz de precisar si se sentía acorralado ante las evidencias o ansioso porque se sentía cerca de poder escapar sin tener que revelar nada comprometedor.

–No crea que se va poder llevar el sobre que le hemos dado sin darnos mercancía que esté a la altura del precio pagado –dijo Méndez–. Y, aunque se lo lleve, podemos hacer que divulguen por aquí que usted se ha vendido a nosotros... A los enemigos... ¿Qué le parece?

–Amenáceme lo que quiera. Ya no tengo nada que perder.

Silva empezaba a cansarse de ese tiovivo repetitivo y decidió entrar en acción. Se sentó junto a Paul Moura y lo primero que hizo fue intentar relajar el ambiente.

–Paul, creo que nos estamos poniendo más nerviosos de lo que sería proporcionado en relación a la situación... Todos estamos de acuerdo. Todos podemos ver satisfechos nuestros objetivos. Usted va a recibir un dinero que le va a venir muy bien en la coyuntura que ahora se encuentra. Nosotros podremos averiguar cosas importantes sobre un tema que es de nuestro máximo interés. Las dos partes quedarán compensadas por sus esfuerzos. ¿Qué teme usted, Paul? ¿Que salga a la luz que es confidente nuestro? ¿Qué es lo que piensa? ¿Que usted es el único confidente que tenemos en el Enclave? Se equivoca. Tenemos más. Y le pregunto: ¿ha tenido noticia alguna vez de que el nombre de alguno de ellos se haya convertido en materia de dominio público? Por supuesto que no. Siempre hemos tenido la máxima reserva respecto a este asunto y no debe dudar de que haremos lo mismo en relación a usted.

Osorio y Carretero, que estaban acostumbrados a los faroles de Silva, ni se inmutaron tras oírle exponer sus primeros argumentos a Paul Moura. En cambio, Méndez y Salvador tuvieron una primera reacción de sorpresa pero percatándose, inmediatamente, de las intenciones del inspector, guardaron la compostura para no echar a perder la maniobra.

–No, no, yo no he dudado en ningún momento de que ustedes serían capaces de guardar el secreto –dijo el confidente–. No se me ha pasado por la cabeza que...

–Pero déjeme que le diga más cosas para que vea que somos personas de absoluta confianza. Su identidad no va a estar disponible para casi ningún miembro de nuestras fuerzas de seguridad... No va a salir de este reducido círculo que usted ve aquí... Supongo que eso supondrá una mayor dosis de tranquilidad para usted, ¿no?

–Sí, sí, claro... Ya le digo que yo no...

–Quizás, usted piensa que está traicionando a su amigo... Es posible que lleve parte de razón. Pero quiero que piense en una cosa. Como ha dicho mi compañero, Mark Cortés es un hombre inexperto en este tipo de asuntos. No sabemos si alguien le ha podido engañar o si va acabar cayendo en una trampa tendida por gente que quiere recuperar, a toda costa, la información que Mark ha robado... Desde ese punto de vista, a lo mejor usted no está traicionando a su amigo sino que le está ayudando a que salve la vida... ¿Ha pensado usted en ese lado del asunto?

Paul Moura suspiró. Se quedó reflexionando durante unos segundos. Era obvio que no había reparado en ese matiz del enredo.

–Le confieso que no –dijo finalmente–.

–Ya ve. Hay muchos motivos para que nos ayude... Digo más. Hay muchos motivos para que nos ayudemos mutuamente y ayudemos a Mark. ¿Estamos de acuerdo en ese punto?

–Sí, sí... Si nunca he dicho lo contrario.

–Bien. Pues, entonces, ¿queda algún obstáculo para que se abra completamente a nosotros?

El gesto de Paul revelaba que aún quedaba un obstáculo, una barrera que le impedía satisfacer el deseo de Silva.

–¿Le han amenazado? –preguntó, de repente, el inspector–.

–No, no... Nadie me ha amenazado.

Los espontáneos espavientos del confidente indicaban, bien a las claras, que estaba diciendo la verdad. Silva empezó a dar vueltas por la habitación con las manos en los bolsillos. Años de experiencia le decían que había una incógnita que aún quedaba por despejar. Finalmente, apoyó sus manos en la mesa y miró fijamente a Paul Moura.

–Hay algo que le impide hablar. Dígame: ¿de qué se trata?

El confidente agachó la cabeza y se rindió a la resignación.

–Todos tenemos secretos que nos obligan a silenciar. Secretos que, además, hemos de revelar no cuando queremos sino cuando les interesa o les conviene a otros... El secreto que guardamos Mark y yo es un buen ejemplo de lo que estoy diciendo.

5

Mark no acababa de creer que ese día fuese a aparecer Julio por la casa para dar explicaciones. Había empezado a pensar que todo era una farsa que no iba a conducir a ninguna parte. Jacobo se mostraba siempre evasivo y cada vez más crítico. Ese día, no se comportó de un modo distinto.

—¿A qué hora va a venir Julio? —preguntó Mark—.

—No lo sé —respondió Jacobo con dejadez deliberada—.

—¡Estoy harto! ¡No aguanto más tus misterios y tus gilipolleces! No me creo que no lo sepas...

—Mark, Julio no me ha dicho a qué hora va a venir... También a mí me jode. Tengo cosas que hacer. Pero es lo que tenemos.

—¿Ha logrado vender ya la información?

—Eso sólo lo sabe Julio... Él te contará.

Pasó toda la mañana y Julio no dio señales de vida. Mark y Jacobo almorzaron en silencio. Después, Jacobo puso el televisor y Mark fue a su cuarto para dormir la siesta. Serían las seis y media de la tarde cuando se despertó y bajó hasta el salón. Jacobo estaba viendo un programa caótico e inclasificable que Mark hubiese sido incapaz de definir o describir. Había una chica tendida sobre la mesa donde estaba el presentador y los invitados, los cuales intentaban reproducir la costumbre japonesa de comer *sushi* de un cuerpo femenino desnudo. Todos los asistentes al programa parecían exaltados y desencajados. Risas, voces y peleas que explotaban de la nada se sucedían sin orden ni concierto.

—¿Esto estás viendo? —dijo Mark, más hastiado que sorprendido—.

—*Nyotaimori*.

—¿Cómo dices?

—*Nyotaimori*. Así se llama esa costumbre japonesa...

Jacobo estaba raro. Mark adivinó que, como mínimo, se había emborrachado. Posiblemente, consumió sustancias más poderosas. A Mark no se le ocurrió otra idea que coger la jarra de agua fría que estaba sobre una mesa y la vertió de golpe sobre la cabeza de Jacobo,

—Pero, ¿qué coño has hecho? ¿Te has vuelto gilipollas?

Jacobo agarró a Mark por el cuello con la mano izquierda y levantó el puño derecho contra él, amenazando con golpearle. Su gesto era de ira pero se estaba conteniendo, no se sabía muy bien si porque temía la posible reacción de Julio o porque no tenía la mente lo suficientemente despejada como para tomar una decisión. En ese instante, irrumpió una voz que ambos conocían.

–Veo que ya os divertís sin que necesitéis demasiado mi ayuda.

Era Julio. Estaba sentado en el poyete de una ventana que, desde el salón, daba al patio trasero de la casa.

–He entrado, he dado la vuelta y podía haberme colado sin que ninguno de los dos os hubieseis dado cuenta. ¿Creéis que eso hace que pueda confiar en vosotros?

Mark y Jacobo permanecieron inmóviles por la sorpresa. Sólo pudieron reaccionar poco a poco, en una especie de morosa cámara lenta que ayudó a añadir más irrealidad a toda la escena. Julio acabó de entrar en la casa, cogió el mando a distancia y apagó el televisor.

–Bueno, Mark, te quejabas de que andaba desaparecido. De que no decía nada de lo que estaba sucediendo. Temías que todo fuera una farsa. Pues aquí estoy. Dispuesto a dar explicaciones. ¿Y tú, Jacobo? Pase que Mark, que es un novato, se comporte como un niño caprichoso. Pero tú no tienes excusa. A estas alturas, tendrías que ser un profesional. Y no eres más que un capullo sin cerebro...

En el rostro de Jacobo se dibujaba una mezcla de rabia y vergüenza. Sabía que Julio tenía razón pero le desagradaban profundamente su suficiencia y su arrogancia. Al final, de todos modos, a pesar de que apretó los puños, se contuvo, se tragó toda la bilis que se le había acumulado, de repente, en la boca y decidió guardar silencio.

–Creo que, desde el principio, sabíamos de qué iba a ir todo esto. Que nos metíamos en un tema complicado. Lucrativo, desde luego. Porque nos va a dejar una cantidad de dinero que nunca hemos soñado. Pero complicado. La espera podía ser larga. Está siendo larga. No por una ocurrencia mía. No. Sino porque hay que contactar con habilidad con gente que, normalmente, sólo contacta con quien quiere, con quien le apetece y con quien le conviene. No es fácil hacerle ver que somos unos tipos a los que deben prestar un poquito de atención. Sin embargo, lo estamos consiguiendo. Ya hay muchos que saben que lo que tenemos es pura dinamita. Y ya nos empiezan a hacer caso. ¿Y qué me encuentro cuando llego? Que mis dos socios se comportan como dos pandilleros baratos. Muy bien. ¿Sabéis de qué me entran ganas? De dejarlo todo como está y de que os quedéis con dos palmos de narices... Eso es lo que me gustaría hacer...

Las facciones de Mark se desencajaron con las palabras de Julio.

–Julio, por favor, no te enfades. No saques de contexto lo que has visto... Estábamos bromeando, sólo bromeando... ¿No es verdad, Jacobo?

Jacobo lo miró con un gesto de inmensa conmiseración.

–No intentes arreglarlo, Mark –dijo Julio–. La imagen que estabais dando era patética y más vale que lo admitáis antes de seguir diciendo tonterías...

Mark y Jacobo acabaron agachando sus cabezas. Julio empezó a dar vueltas por el salón, no por afán de inspeccionar nada sino para dejar claro su dominio absoluto de la situación. Se acercó a Jacobo y lo miró directamente a los ojos.

—¿Estás en condiciones de ir al centro comercial y traer unas cuantas cosas? —preguntó Julio—.

Jacobo asintió, aún cabizbajo.

—Está bien. Toma. He hecho una lista. Cuando vuelvas, hablaremos los tres de cómo está la situación...

Jacobo agarró con fiereza el papel y se marchó sin decir una palabra. Julio no empezó a conversar hasta que no pasó un buen rato, esperando a que la angustia de Mark acabase dinamitando su ánimo y su voluntad.

—Julio, la culpa de todo la ha tenido Jacobo. Es un absoluto gilipollas. Creo que me oculta información. Que no me dice todo lo que me quieres comunicar. He estado aquí en la más absoluta ignorancia de lo que estaba pasando...

—¿Qué te piensas? ¿Que le voy a contar a ese gilipollas (y te recuerdo que eso se lo has llamado tú) todos los detalles de cómo van las cosas? ¿Que le iba a mantener absolutamente informado?

Julio dejó escapar una carcajada brutal. Mark sintió un terrible escalofrío que le recorrió toda la espalda.

—A Jacobo, cuanto menos se le diga, mejor... Por eso, he querido que se marche... Para poder contarte cosas que no quiero que él sepa...

Mark sonrió.

—Pensé que habías dejado de confiar en mí.

—Ya ves que no. Tengo varios posibles compradores. Dentro de poco, voy a tener la primera reunión. Pero no puede ser la última. Habrá que ir hablando con unos y otros y abrir una subasta subterránea... Una subasta que pase desapercibida pero en la que todos vayan cayendo... ¿Comprendes?

—Sí, Julio, comprendo. Pero, entonces, me estás diciendo que esto va para largo...

—Sí. Va para largo. La primera reunión va a ser con unos enviados de Claudio Montellano... ¿Sabes quién es Claudio Montellano?

—No, no lo sé... Bueno, espera... Es un político, ¿no? Se ha presentado a unas elecciones... ¿Aparece en los ficheros que traje?

—Efectivamente, es político... Quiere ser candidato a Primer Ministro por el Partido Moderado... Y, sí, aparece en los ficheros...

—¿Por qué es él el primero?

—Simplemente, ha sido el primero en responder. Posiblemente, porque es el que más tiene que perder... Si sale derrotado en las primarias que se están celebrando en estas fechas, se queda sin nada... Dimitió hace unos meses porque no estaba de acuerdo con la gestión de su partido... Está en la más absoluta intemperie política... Pero no es el único con el que quiero

hablar. Otros dirigentes del partido como Enrique Recio y Carlos Peña también salen... Y lo mejor es que también aparece gente del Partido del Progreso como Francisco Arenas y Ernesto Páramo... Te estoy hablando de quienes han gobernado el país en los últimos treinta años... Como comprenderás, no puedo comunicarme con ellos directamente. Tengo que buscar enlaces, intermediarios, recovecos y atajos... Hay otras posibilidades que estoy tanteando... En muchas de las cuentas, aparecen movimientos a favor de dos bufetes de abogados: Ugarte-Esquivias y León-Sanmiguel. Estos bufetes son los que se dedican a montar desde aquí toda la estructura de sociedades pantalla en el Enclave... Si sale a la luz el papel que juegan, todos esos abogados serían carne muerta... Podrían recaudar dinero de todos sus clientes para impedir que los ficheros acabaran en manos de las autoridades fiscales... Entre esos clientes, hay tanto políticos como empresarios... Es decir, podemos abarcar un espectro más amplio... Y un espectro más amplio significa más dinero.

—Entonces, todo va yendo bien...

—Pues claro, Mark... Pero las cosas son lentas... Eso es lo único que sucede...

Mark Cortés dejó escapar un suspiro de tranquilidad. Empezó a reír de forma nerviosa y a hablar de forma precipitada y casi incongruente.

—La intuición me lo decía... No, no me podía fallar... Tuve miedo... Sí, tuve miedo... Pero, desde el momento en que crucé la frontera, ese miedo desapareció... No hay que tener miedo... El miedo es de los cobardes... Cuando crucé la frontera, sentí algo que nunca había sentido. ¿Te lo he dicho alguna vez? Mi intuición era optimista... Sabía que se abría una nueva época en mi vida... Julio, te tengo que hacer una pregunta.

—Hazla.

—¿Todo sigue igual a como estaba antes de que yo me fuera del Enclave?

—¿A qué te refieres?

—A todo de lo que hablamos...

—Pues claro que sí... Nada ha cambiado.

Mark se acercó hasta Julio, lo abrazó y le dio un beso en los labios.

—Sabía que no me fallarías.

6

—A la gente, se le llena la boca con las palabras respeto y tolerancia —dijo Paul Moura—. Pero, en el fondo, los homosexuales no estamos bien vistos. Eso no quiere decir que no haya quien no nos vea como gente rara... Pero eso, no nos engañemos, es, al final, la excepción. Es habitual que nos miren como gente anormal, como desviados... En los casos más extremos,

como enfermos... Al final, muchos, en función del mundo profesional en el que nos movamos, tenemos que esconder nuestra condición. Eso es lo que nos pasa a Mark y a mí. Posiblemente, en una gran ciudad las cosas funcionen de otro modo... Pero en un pequeño territorio como este, donde todos nos conocemos, no nos podemos permitir el lujo de significarnos de ese modo... Tenemos que pasar nuestra vida en la sombra, metidos en el armario... Mark quería huir de esa realidad...

—¿Alguna vez le habló de qué planes tenía? —preguntó Silva—.

—Sí, muchas veces... Los dos teníamos planes parecidos... Conseguir cierta posición económica y marcharnos a la capital de vuestro país o a Londres o a París o a Nueva York... A cualquier sitio donde pudiéramos vivir sin tener miedo de lo que somos...

—Supongo que si Mark Cortés dio el paso de robar información del IIB fue porque encontró el modo de lograr dinero con la misma y cumplir, así, con su sueño, ¿no?

Paul Moura apretó los dientes. Para Silva, era la señal inequívoca de que sólo quedaba un paso más que dar para llegar a la gran confianza. Moura dudaba. Lanzó una mirada furtiva al sobre que estaba sobre la mesa. Dio una calada al cigarrillo que estaba fumando. Finalmente, optó por lo que, para él, era una traición pero que era su única salida en una situación comprometida. Por ello, a la vez que dibujó una mueca de desagrado, también dejó soltar la respiración en señal de que se iba a quitar un peso de encima.

—Mark conoció a alguien en uno de sus viajes al otro lado de la frontera. Se enamoró de él. Según Mark, el enamoramiento fue mutuo. Pero eso nunca se sabe...

—¿Por qué no lo tiene tan claro?

—¿Quién no nos dice que lo único que pretendía era que Mark le proporcionase la información robada?

—Voy a hacerle una pregunta muy personal, Paul. Me veo obligado a hacerla porque el caso que tenemos entre manos es muy importante y no podemos dejar ningún detalle suelto. ¿Usted mantenía una relación con Mark? ¿Habla movido por el despecho?

—¡Qué va! Mark y yo éramos sólo amigos. Sí tuvimos sexo unas cuantas veces hace unos años... Pero la cosa, a partir de ahí, no fue en serio...

—Está bien. Habiendo dejado eso claro, ¿en qué se puede basar para desconfiar de la relación de Mark?

—En detalles. Todo sonaba demasiado bien. Mark estaba loco por él y no sabía ni en qué trabajaba ni a qué se dedicaba. Era Mark el que siempre pagaba todo. Más de una vez, pensé que ese tal Julio sólo lo había engatusado para lograr sacarle dinero... Se lo dije más de una vez a Mark. Pero no me hizo caso...

—¿Le dijo Mark Cortés el apellido de ese tal Julio?

—No. Nunca lo supe.

–¿Dónde lo conoció?

–En un bar de ambiente de la Costa...

–¿Sabe en cuál?

–No estoy seguro. Mark solía pasar mucho por el Paradise...

Silva giró la cabeza y miró a Méndez. Méndez movió afirmativamente la cabeza. Tenían un hilo del que tirar. Precario. Pero era mucho más de lo que tenían antes de llegar al Enclave.

–Muy bien, Paul –dijo Silva–. Ha sido de gran ayuda para la investigación. Ahora, nos toca bajar y llevar a cabo en el vestíbulo del hotel el último acto de nuestra pequeña farsa.

* * *

El grupo aún estuvo todo el resto del día en el Enclave. Osorio y Salvador continuaron con su presunta visita turística. Méndez, Silva y Carretero entrevistaron a un segundo candidato para un puesto de trabajo inexistente. Por la noche, volvieron a reunirse y deliberaron sobre la información obtenida.

–El siguiente paso es ir a ese Bar Paradise del que ha hablado Paul Moura e intentar averiguar quién puede ser ese tal Julio –dijo Méndez–. Mañana por la tarde, iremos hasta allí e interrogaremos al dueño y a los camareros... Por la mañana, saldremos de aquí e iremos hasta comisaría para ver el trabajo que han hecho Robles, Valbuena y Pérez. Así que mañana tendremos un viaje por la mañana y otro por la tarde... Por lo tanto, descansemos esta noche porque vamos a tener por delante una jornada bastante dura...

A pesar de las palabras de Méndez, cuando, alrededor de la medianoche, Silva bajó al bar del hotel allí estaba también su compañero.

–¿No ha dicho que esta noche tocaba descansar?

–Sí, es verdad que lo dije... Pero ¿nunca ha oído eso de “haz lo que digo y no lo que hago”?

–Sí, lo he oído...

El camarero se acercó y le preguntó a Silva qué quería tomar.

–Póngame lo mismo que a mi socio.

Una vez que le trajeron la ginebra con tónica y el camarero se hubo alejado, Silva sintió que no había peligro para conversar con libertad.

–He pedido lo mismo que usted para ver si logro adivinar cómo piensa...

–No hay nada que adivinar. Soy lo que aparento ser... Para lo bueno y para lo malo. Por cierto, enhorabuena por el interrogatorio de esta mañana. Debo admitir que estuvo muy bien.

–Creo que fue suerte. A veces, das con la tecla correcta y otras no...

–No. Se nota que tiene más experiencia de calle que yo... Yo estoy acostumbrado a otro tipo de duelos. El tema con Moura no tenía nada que ver con el dinero o con negociar las condiciones en las que iba a hablar... Tenía que ver más con el alma humana... Y usted lo intuyó. Posiblemente, no era consciente de ello. Pero se dejó llevar por sus vivencias como policía...

–El alma humana... No creo que sepa tanto como para poder escudriñar el alma humana y llegar hasta sus más profundos secretos... En cualquier caso, necesitaría más tiempo que el que disponemos en un interrogatorio. Es, más bien, un tema de individuo y sociedad. En el fondo, actuamos en función de los demás. Por rechazo, por imitación, por adaptación, por ocultación... Si alguien calla cuando no tiene motivo para callar (porque se le ha pagado para que hable y ha aceptado el precio) es porque tiene algún temor, algún miedo... Miedo a lo que los demás digan, piensen o hagan...

–¿Y eso no es conocer el alma humana?

–No, creo que no. Conocer el alma humana es algo más complejo... Por ejemplo, saber por qué luchamos, por qué nos esforzamos en mejorar o en progresar cuando el final de todo es la muerte...

–Supongo que será por la fe en que, más allá de la muerte, hay algo más.

–Esa respuesta no sería válida. Quienes no son creyentes, también se empeñan en combatir contra las circunstancias... Hay algo más que se nos escapa. Curiosamente, a pesar de esa capacidad, al mismo tiempo sentimos una extraña atracción por el abismo que parece ser una contradicción con lo primero que he dicho. Eso lo habrá visto igual que yo... En multitud de casos, se ve cómo las personas, a pesar de que está claro que se dirigían directamente al precipicio, no son capaces de frenar... Parecen acelerar directamente hacia un destino fatal... Esos son los verdaderos misterios del alma humana para los que no tengo ninguna respuesta... Por tanto, no me considero ningún experto en el tema.

–¿Sabe una cosa, Silva? Me parece que es un tipo interesante... Creo que nos vamos a acabar llevando bien.

* * *

Osorio intentaba dormir en el sofá de la habitación. No podía conciliar el sueño porque, desde el inicio de la investigación, se había sentido confuso y no lograba dar con su papel en la misma. La marcha de Gómez, además, había ayudado a que los roles habituales quedaran difuminados. Las circunstancias lo desbordaban y lo que había empezado a sentir por Cristina Salvador no ayudaba a que pudiera centrarse. Lo invadía la sensación de que, en cualquier momento, iba a perder el control. Y, justo cuando estaba pensando en ello, la luz de la habitación se encendió. Cristina se había incorporado y estaba sentada sobre la cama. Lo miraba fijamente. Un mutuo silencio expectante invadió el aire del cuarto. Fue ella quien lo rompió.

- Ven aquí.

Javier Osorio se levantó del sofá y se acercó a la cama. Sintió una inmensa ternura cuando vio cómo Cristina apartaba las sábanas para que él pudiera entrar con más facilidad. La abrazó y la besó en los labios. Cristina le rodeó el cuello con sus manos: quería que sintiera que no iba a dejar que huyera del tobogán por el que ambos se habían deslizado. Él se sintió con valor para empezar a acariciar las piernas de ella e ir subiendo por sus muslos hasta llegar a los rincones más íntimos y secretos. Cuando comprobó que ya no llevaba la ropa interior, su pasión se desbocó. Ella se quitó el camisón porque las cartas estaban marcadas y no había nada que ocultar. Después, ayudó a él a desnudarse.

La noche se evaporó entre dos cuerpos agitados por el placer.

7

Esteban Miranda y María Benavides ya habían recorrido el mismo tramo de autovía en uno y otro sentido varias veces. La persona con la que tenían que contactar estaba jugando con ellos al gato y al ratón. Pablo Bernal les había dado instrucciones muy precisas para mantener el control de la situación pero el intermediario o lo que fuera estaba intentando marcar su propio ritmo, provocándoles una mezcla de temor y desconcierto que no sabían cómo afrontar.

» –A lo largo de la autovía, hay tres áreas de servicio. Escoged al azar en el último momento cuál de ellas será el punto de reunión. Llamad a ese individuo y decidle dónde estáis. Esto es muy importante: que no sea él el que elija dónde os vais a encontrar.

Lo habían llamado para decirle dónde iban a encontrarse pero no se esperaban la respuesta que les dio, sobrada y altanera.

–Yo ya estoy en la siguiente. Vengan aquí y hablamos sin problema.

–No. Eso no es lo acordado –dijo Esteban–. Les dijimos desde el primer momento que el lugar lo decidíamos nosotros...

Julio cortó la llamada y apagó el móvil.

–¿Qué sucede? –preguntó María, que estaba al volante–.

–Ha apagado el teléfono. Este tío quiere manejarnos a su antojo... Pero no se lo vamos a permitir. Vamos a seguir estrictamente lo que Pablo nos ha dicho.

–¿Por qué no le llamas y se lo consultas?

–Porque vamos a parecer niños chicos que tienen que llamar a su papá para preguntarle qué tienen que hacer... Pablo nos ha dado órdenes muy claras y a ellas vamos a atenernos...

Julio volvió a llamar.

–De acuerdo, donde ustedes han dicho...

–No, ahora no va a ser allí –dijo Esteban–. Vamos a quedar en el otro sentido. En la última área antes de entrar en la ciudad...

–Bien, sin problema. Pero que sepan que están tomando precauciones absurdas.

–Quizás. Pero son las precauciones que queremos tomar.

» –Una vez que lleguéis al sitio de la reunión, mirad si hay coches y gente cerca... Si detectáis a alguien que pueda ser sospechoso, os vais y le decís que hay que posponer el encuentro a otro momento. Tened en cuenta que os pueden estar grabando a distancia con algún tipo de dispositivo electrónico... Si veis el panorama despejado, tampoco os podéis confiar. No habléis nunca del contenido de la información o de la implicación de unos u otros... Ya sabemos de qué va el tema y, por tanto, no hay que volver a hablar del mismo. Tampoco hagáis referencia a unidades monetarias, no mencionéis la palabra “euro”. Hablad en miles: así lo hemos acordado... Si os grabaran, la ambigüedad puede ayudar a sacarnos de un problema.

Esteban y María llegaron al área de servicio que habían acordado con el emisario. Se bajaron del automóvil. Empezaron a dar vueltas sin ningún objeto con el fin de aliviar la tensión.

–El único motivo que tengo para estar aquí es que tú aceptaste participar en este juego –dijo Esteban–. ¿Por qué lo hiciste?

María lo miró con gesto de cierta sorpresa.

–No sé por qué te parece mal... Pablo nos lo ha explicado muy claramente...

–¿Que nos lo ha explicado muy claramente? Demasiado claramente, diría yo... Es obvio que la causa por la que hemos luchado es una absoluta falsedad... Que Claudio Montellano es como el resto de políticos... Que no tiene nada que ofrecer...

–Esteban, estás completamente equivocado. Es el único que puede ofrecer algo. Quiere cambiar las cosas. Va a firmar un pacto con el Partido Renovador... Tiene voluntad de reformar el país...

Esteban dio una patada a una pequeña piedra que estaba sobre el terreno. Quería descargar la ira contenida. Quería aliviar la frustración reprimida. Pero sabía que iba a ser inútil. Se había embarcado en una aventura en la que le desagradaba estar para hacer algo que le repugnaba hacer para conseguir un fin que ya no deseaba alcanzar. Y se sentía como un animal salvaje atrapado en un cepo.

–A veces, me he visto como un cínico pragmático. Como alguien que piensa que el fin justifica los medios... Ahora, resulta que soy un idealista. Que considero que hay comportamientos que no son tolerables. Comportamientos respecto a los que no basta con echarles tierra encima... Y me encuentro con que la... No sé qué decir... ¿Cómo te llamo? ¿Cínica o pragmática? Me voy a quedar con lo menos malo: me encuentro con que la pragmática eres tú. Sorpresas te da la vida.

Sí, sorpresas te da la vida...

» –Tenéis que reparar en todos los detalles que podáis... En qué modelo de coche llega, cuál es la matrícula, rasgos físicos, altura, complexión, color de pelo, tono de voz, acento, gestos peculiares... Si es posible, tenéis que ser capaces hasta de reproducir cuál es el ritmo de su respiración. Cuanto más cosas captéis, más fácil será identificarlo... Y si lo identificamos, podremos pillarlo por sorpresa...

Entonces, ¿qué sentido tenía la negociación que iban a emprender en unos minutos? A lo mejor, era una simple excusa para acabar adoptando medidas más drásticas... Y le daba miedo pensar qué medidas podían ser. La imagen de Claudio Montellano se resquebrajaba hasta quedar convertida en una pila de escombros que no servirían ni para intentar recordar las oportunidades perdidas y los oprobios ignorados.

Un coche llegó al área de servicio. Aparcó a unos setenta y cinco metros de ellos. Un hombre salió del vehículo y se fue acercando lentamente. Cuando llegó a su altura, comprobaron que era mucho más joven de lo que esperaban.

–Buenas tardes –dijo Julio–. No ha sido fácil montar la cita, ¿eh?

–Siempre hay que saber elegir bien las paradas que se hacen en la autovía –dijo Esteban Miranda–.

–Tienen razón. Las incorporaciones siempre son peligrosas. A lo mejor, les interesa una guía de carreteras. En ella, viene toda la información que necesitan...

Esteban no captó al principio la intención de la frase. Pero reaccionó suficientemente a tiempo para no quedar en ridículo delante del recién llegado.

–Sí, nos podría interesar. Aunque usted, probablemente, ya lo intuía. ¿Por cuánto la vende?

–Por tres mil.

» –Sed duros negociando pero no inflexibles. Si la diferencia en el precio es muy alta, no cerréis todas las puertas. Nos interesa poder continuar en otro momento con las conversaciones...

Esteban Miranda forzó una sonrisa e intentó ocultar su estupor por la cifra exigida.

–Más de seiscientos no vamos a poder darle.

El emisario empezó a mover la cabeza en son de burla.

–No sé si me quieren tomar el pelo o si no son conscientes de todo lo que la guía de carreteras contiene. Si lo supieran, seguro que me ofrecerían más.

María Benavides, que, hasta ese momento, había estado callada, intervino en la conversación sin que Esteban se lo esperara.

–¿Y cómo sabemos que la información que aparece es tan valiosa?

Julio miró hacia el suelo reflexivamente. Para sorpresa de ambos, el desconocido reaccionó favorablemente ante la observación de María.

–Tienen razón. Tienen derecho a conocer el producto que van a adquirir.

Julio se llevó la mano al interior de la cazadora y sacó un abultado sobre cerrado de tamaño cuartilla.

–Esto es para sus jefes. Mientras que no lo vean, creo que no va a haber posibilidad de llegar a un acuerdo... Cuando hayan leído lo que va ahí, lo hayan analizado y lo hayan evaluado, seguro que la cifra que me darán será sustancialmente más alta. Adiós.

El desconocido se marchó tal como había llegado.

Sorpresas te da la vida. Así decía la canción. Era de Rubén Blades. Pero no era, en realidad, de Rubén Blades. Era una versión de *Mack the Knife*. Fue Bobby Darin quien la hizo famosa. Pero ni tan siquiera *Mack the Knife* era la canción original. Era *Mackie Messer* y aparecía en *La ópera de tres centavos* de Bertolt Brecht y Kurt Weill. Una canción sobre un mundo marginal y canalla, habitado por delincuentes y asesinos. Un mundo que podía recrearse e imaginarse en cualquier sitio y lugar, porque en cualquier sitio y lugar hay mundos así. Por eso, la canción había demostrado ser tan maleable a la hora de cruzar fronteras y culturas. Ahora, inopinadamente, él había entrado en un mundo como ese. Negociando con un chantajista a través de palabras en clave y sobreentendidos cómplices.

–¡Vámonos! –dijo Esteban–.

–¿Qué quieres decir? –dijo María–.

Esteban permaneció pensativo durante unos instantes.

–Quiero decir que tenemos que llevar este sobre a Pablo.

8

Serían las doce y media de la mañana cuando Méndez, Silva, Carretero, Salvador y Osorio llegaron a la comisaría después de haber abandonado el Enclave. Robles, Valbuena, Pérez y Ceballos los estaban esperando.

–¿Qué han podido descubrir sobre el bar del que le hablamos ayer por la tarde? –preguntó Méndez–.

–Ya sabemos quién es el dueño –respondió Ana Valbuena–. Se llama Juan María Jiménez Lastres. Tiene varios bares a lo largo de la Costa...

–¿Son todos bares de ambiente *gay*?

–Pues parece ser que tiene siete y de ambiente *gay* son dos...

–Creo que no va a haber problemas en que colabore con nosotros –dijo Carretero–. Un empresario dedicado a ese negocio es difícil que superara con éxito una inspección fiscal en condiciones... ¿Cuántos beneficios declara?

–Pues una cifra realmente ridícula –dijo Ana Valbuena–. Dieciocho mil euros el año pasado, dieciséis mil el año anterior...

–¿Creen que eso se sostiene? –dijo Carretero–. ¿Creen que con ese nivel de ganancias puede tener siete bares abiertos? En ese sector, se mueve mucho dinero en efectivo y, evidentemente, es muy fácil camuflar beneficios... Si le advertimos, sutilmente, de que, en cualquier momento, puede recibir una visita de los inspectores tributarios, seguro que colabora con nosotros incondicionalmente...

–Me parece que es una buena idea –dijo Méndez–. Robles, ¿han conseguido los datos de contacto de Juan María Jiménez Lastres?

–Sí, los tenemos.

–Pues llámeme y le dice que esta tarde esté en el Bar Paradise que vamos a hacerle una visita. A ver si podemos llegar a averiguar quién puede ser ese tal Julio...

* * *

A la hora del almuerzo, mientras todos estaban fuera, Silva se reunió con Osorio para hablar del encargo secreto que le había realizado.

–Bueno, tenemos que aprovechar este momento –dijo Silva–. ¿Qué ha descubierto sobre los cinco compañeros de la Brigada?

–Bien, jefe, como le dije, tengo un amigo en Asuntos Internos. Y tengo otro en la central. He sacado tiempo para hablar con ellos. Además, antes de irnos al Enclave, indagué en varios ficheros y bases de datos...

–Bien. Empecemos por Méndez.

–Está casado y tiene dos hijos. Su historial es intachable. A pesar de las denuncias que ha recibido y de los rumores con que lo han atacado...

–¿Denuncias y rumores?

–Efectivamente, jefe. Lo que ocurre es que las investigaciones confirmaron que venían de círculos cercanos a personas que estaban siendo objeto de investigación por su parte.

–Es decir, fueron bulos que sólo tenían la intención de desprestigiarlo y poder paralizar, así, las investigaciones, ¿no?

–Así es. Mi amigo de Asuntos Internos me insistió en que Méndez ha sido investigado exhaustivamente y siempre ha salido bien parado...

–De acuerdo. Así que, en principio, podemos estar tranquilos respecto al inspector.

–En principio, sí. Ana Valbuena es la número dos del grupo, aunque, como ha podido comprobar, Méndez no la presenta de ese modo. Nunca suele hacerlo. Está divorciada.

–¿Se conocen los motivos de su divorcio?

–Por lo que me han dicho, su marido no tiene nada que ver con el mundo de la policía. Así que nunca llegó a comprender las obligaciones y responsabilidades que conllevaba el trabajo de su mujer... Parece ser que él le fue infiel y ella lo descubrió...

–¿Qué más ha descubierto?

–Tiene mucho en común con Méndez. Ambos son policías de raza que han acabado destinados por diferentes circunstancias a la Brigada de Delincuencia Económica. Aunque, igual, podían haber terminado en una comisaría de barrio o en la Brigada de Estupefacientes. En todos los casos, buscan la eficacia de su trabajo y la obtención de resultados... No lo fían todo a la técnica y a los ordenadores sino que le dan también mucha importancia al contacto con las personas, a conseguir informadores dentro de las tramas delictivas, a infiltrar a agentes en ellas...

–¿Hay sospechas sobre ella?

–La verdad es que, a la vez que han investigado a Méndez, también la han investigado a ella... Por lo tanto, también está limpia.

–Bien. Sigamos. ¿Qué sabemos de Sebastián Pérez?

–Es el analista de la Brigada. Uno de los cerebros del grupo. Está casado y sin hijos. Todo lo que me cuentan es, más o menos, lo que hemos visto hasta ahora. Un tipo ordenado, meticulado y cerebral.

–Es decir, seguro que usted puede hacer buenas migas con él.

Osorio sonrió.

–Quizás, jefe. Ya veremos... Sobre Sebastián Pérez, nunca ha habido dudas... Siempre se atiene a las normas y procedimientos de forma escrupulosa. Jamás ha habido sospechas sobre él. Fue sometido a pesquisas antes de incorporarlo a la Brigada. Una vez dentro, es uno de los miembros más controlados porque maneja mucha información y su trabajo está muy monitorizado... Lo mismo le pasa a Luis Ceballos.

–Luis Ceballos es el experto en informática, ¿no?

–Sí, jefe. Además, me han dicho que es el ligón del grupo.

–Por lo que me ha dicho, tampoco hay dudas sobre él.

–Pues no. Además, tiene fama de llevar una vida bastante austera. Vive en un pequeño estudio y, por no tener, no tiene ni coche propio... Parece ser que sus únicas preocupaciones son los ordenadores y las mujeres...

–¿Qué me puede decir de Cristina Salvador?

–Pues es la última persona en haberse integrado en la Brigada. Es la experta en cuestiones económicas... Poco se puede decir sobre ella.

Silva se sorprendió de la parquedad de esta última información.

–¿Ya está?

–Pues sí.

–Pero, ¿no ha podido averiguar nada más sobre ella?¿No ha podido enterarse de si es soltera o casada?¿Qué se dice de su carácter?

–Bueno, sí, es soltera... Pero es que no ha dado que hablar de cara a Asuntos Internos ni en ningún otro sitio... Es una persona discreta y trabajadora. No hay más.

Silva notó cierto enfado en la reacción del agente. Pero no le dio, en principio, mayor importancia.

–De acuerdo, Osorio. Buen trabajo.

Silva permaneció pensativo unos instantes y acabó realizando una última pregunta al agente.

–Tengo una última duda. ¿Cuántos casos de corrupción o soborno se han producido en los últimos años en la Brigada?

–Ninguno. Es algo que llevan muy a gala en la propia Brigada y en Asuntos Internos.

El inspector sacó de un cajón el libro de poemas al que siempre le gustaba aferrarse en los momentos difíciles. (Tanto Osorio como Gómez como Robles sentían una gran curiosidad por saber cuál era la historia que vinculaba a su jefe con esa obra. Pero nunca se atrevieron a preguntarlo. Quizás, porque intuían que era un secreto cuya discreción había que respetar.) Como solía hacer, abrió el libro al azar y leyó en voz alta el pasaje que había aparecido ante sus ojos.

– *“A lo largo del viejo barrio, donde cuelgan de las casitas/las persianas, abrigo de secretas lujurias,/cuando el sol cruel golpea con rayos redoblados,/la ciudad y los campos, los tejados y los trigos,/ voy a practicar solo mi singular esgrima,/husmeando por todos los rincones los azares de la rima”.*

A Silva, cuando leyó lo del “viejo barrio”, le vinieron, de repente, recuerdos de juventud, recuerdos que creía enterrados, recuerdos que le trajeron imágenes de personas que ya no estaban en su vida, de instantes que parecieron grises cuando los vivió pero que ahora desprendían colores que no fueron percibidos en su día. Fue consciente de que todo ello no era más que una reacción contra un presente que le desagradaba. De modo que decidió centrarse en la última frase que había leído.

–Así estamos todos, Osorio. Practicando en solitario esgrimas particulares y personales...

Silva se levantó de su mesa y se acercó a la ventana del despacho, reflexivo y preocupado. Retomó, de modo inesperado, el hilo de la conversación que había quedado interrumpida.

–¿Y no es extraño?¿Cómo es posible que en un lugar donde se investiguen asuntos relacionados con importantes cantidades de dinero no haya existido nunca ninguna mancha ni ninguna sombra?¿No le resulta peculiar y yo diría que hasta milagroso?

Osorio no supo qué decir.

–Entonces, jefe, ¿qué conclusión debemos sacar de todo esto?

–Una muy sencilla. Que debemos seguir siendo muy cautos.

9

–Desde que empecé a remover el asunto de Manuel Vega y Mario Villar, no cesaron las advertencias para que abandonara esa investigación –dijo Nacho Cárdenas–.

–¿Quiénes te hicieron esas advertencias? –preguntó Gómez–.

Cárdenas movió la cabeza en señal de no querer responder a esa pregunta.

–Me las hicieron demasiada gente como para no tomarlas en serio...

–¿Te dijeron por qué no debías investigar?

–¿Qué motivos puede haber para que un compañero te diga que no se debe investigar algo?

–El único que se me ocurre es que hay implicada gente importante.

–Exactamente. ¿Qué más quieres que te diga?

–¿Y tú dejaste de investigar?

Cárdenas sonrió.

–¿Tú qué piensas?

Gómez le miró fijamente a los ojos y dedujo fácilmente la respuesta.

–Que seguiste adelante sin tener miedo a lo que te habían dicho.

–Así es. Si me acompañas a mi casa, te diré qué puede haber detrás de toda esta historia.

* * *

Nacho Cárdenas extendió un papel y se lo dio a Gómez.

–Mira, esta es una copia del certificado de nacimiento de Manuel Vega. ¿No hay nada que te llame la atención?

Gómez lo miró con atención y llegó pronto a una conclusión contradictoria con todo lo que les habían dicho.

–Me llama la atención que es un certificado de nacimiento.

–Exactamente. Debería ser un certificado de adopción. Quienes son conocidos como padres de Manuel Vega, no son sus padres naturales sino sus padres adoptivos. Sin embargo, aquí no se refleja tal circunstancia. Manuel Vega figura como hijo natural... Algo prácticamente imposible porque su madre tenía cerca de sesenta años.

–Es decir, este certificado está manipulado...

–Vuelves a acertar. Y es obvio que los padres adoptivos de Manuel Vega no tenían ni la capacidad ni los recursos ni los contactos para hacer tal cosa... Alguien muy poderoso tenía que estar detrás del hecho...

–Alguien tan poderoso como para que, todavía hoy, pretendan desalentarte en tus pesquisas...

–Vas encadenando aciertos, compañero. Sin embargo, soy un tipo bastante duro de desanimar. ¿Sabes dónde encajaría bien? En cualquier película de Frank Capra... Todo es optimismo y, a pesar de las circunstancias, las cosas siempre acaban saliendo bien. ¿Qué hice? Pues me llevé a un compañero veterano, que está a punto de jubilarse, al bar y empezamos a beber cervezas... Le doré la píldora, le hice bien la pelota y cuando ya estaba bien, vamos a decir, calentito, le metí los dedos... Al principio, pues imagínate: no te metas en líos, mejor no saber, mejor no remover cosas del pasado... Pero, al final, habló... Claro que habló...

Gómez se sentó y empezó a escuchar con toda la atención. Sabía que Cárdenas estaba cerca de llegar a un punto importante.

–Me contó un rumor. Bueno, me contó varios rumores... Pero vamos a ir poco a poco. Según parece, el verdadero padre de Manuel Vega era Juan Antonio Aguirre...

–¿Y quién es Juan Antonio Aguirre?

–Juan Antonio Aguirre era el propietario de la Fábrica de Cervezas Imperio. La madre, pues cualquiera de las chicas jóvenes que solía convertir en amantes... Aguirre era uno de los grandes potentados de la época... Poderoso, arrogante y con mando en plaza para hacer su capricho... Había que colocar al niño y daba la casualidad que había un matrimonio maduro, del que el marido trabajaba en la cervecera, con limitados medios económicos y con ganas y sin posibilidad de tener hijos... A partir de ahí, el plan encajó...

–Total, que ese Aguirre pudo hacer que se registrara como hijo natural quien no era, formalmente, ni hijo adoptivo...

–Así es. En su momento, Manuel Vega sería informado de quién era su verdadero padre y se le situaría en un lugar adecuado a su alcurnia pero sin llamar demasiado la atención porque, según la mentalidad de esos tiempos, no era más que un hijo bastardo... De hecho, su proximidad a Mario Villar entraba dentro de esa estrategia... Iba a ser la mano derecha del

dueño de una importante promotora... Pero sólo eso: su mano derecha... No se le iba a permitir ocupar el primer plano de la noticia.

–Entonces, ¿Manuel Vega nunca conoció su origen?

–Parece ser que no. Pero es evidente que los genes de Aguirre tiraron de él... Su temperamento no era el de un segundón y, ¡pardiez!, que no lo fue en absoluto.

–Pero me dijiste que había más rumores, ¿no?

–Por supuesto. Hasta ahora, sólo te he dado los entrantes. Todavía quedan los platos fuertes. ¿Sabes quién era el gran amigo de Juan Antonio Aguirre?

–Por supuesto, no.

–Ja, ja, ja... Claro que no. El gran amigo era Ramón María Recio...

–¿Ramón María Recio? Pero, ¿ese no es...?

–El padre de Enrique Recio, el antiguo Primer Ministro...

–¿Y qué importancia tiene ese detalle?

–Juan Antonio Aguirre fue el padrino que ayudó a Enrique Recio a ascender y prosperar en su vida política... Y, aquí, entramos dentro del terreno de las hipótesis... Pero de las hipótesis bien fundamentadas... Podríamos decir que, más que hipótesis, son certezas de las que estaba prohibido hablar...

Gómez estaba bastante sorprendido porque, a pesar del enorme caos que reinaba en casa de Cárdenas, lo cual no era signo de una personalidad ordenada, su compañero estaba trazando una exposición de lógica y rigor absolutos.

–¿Y qué certezas son esas?

–Aguirre y Recio formaban una sociedad con una distribución muy clara de papeles. Aguirre era el empresario que sabía cómo dirigir, cómo gestionar, cómo reunir dinero de inversores y hombres de negocios... Ramón María Recio era el hombre que tenía multitud de contactos políticos, que sabía quién tomaba las decisiones y que conocía todos los medios para conseguir que esas decisiones se tradujeran en un rédito económico contante y sonante... Vamos, la pareja perfecta. Uno, reunía capitales. Otro, reunía a quienes podían hacer que esos capitales generaran más capitales.

–Es decir, si te he entendido, Aguirre y Recio padre formaron un consorcio formado por empresarios y políticos. Los políticos tomaban decisiones que beneficiaban a los empresarios y, a cambio, se llevaban una buena tajada...

–Eso es. El campo favorito del consorcio formado por Aguirre y Recio era el urbanismo... El consorcio compraba terrenos en las zonas de expansión de las grandes ciudades. A continuación, los políticos, en el momento adecuado, permitían en ellos la construcción de

viviendas y centros comerciales... Finalmente, reparto de beneficios. Pero, cuando el hijo de Ramón María Recio empezó a prosperar en política, todo dio un paso más allá.

Nacho Cárdenas empezó a buscar por todos los rincones del mueble de la sala de estar. Gómez pensó que estaría buscando algún documento. Sintió una pequeña decepción tras ver lo que su colega estaba buscando: un paquete de tabaco. Cárdenas encendió un cigarrillo y dibujó, por primera vez a lo largo de la noche, un gesto de preocupación en su rostro. A lo mejor, se estaba arrepintiendo de su locuacidad. Quizás, le desagradaba lo que había descubierto. Posiblemente, era una mezcla de sensaciones molestas. Con un poco de suerte, podría ser que no fuera más que un ligero ardor de estómago.

—En la época en que Francisco Arenas fue Primer Ministro, todo este tinglado y otros parecidos empezaron a desmandarse. Todo alcanzó una magnitud que no había alcanzado antes. En parte, porque apareció un tercer lado del polígono: las finanzas. El dinero siempre es miedoso. Y resulta que lo que este consorcio y otros muchos parecidos hacían era negocio seguro. ¿Por qué no iban las entidades bancarias, los fondos de inversión y otras sociedades financieras a entrar en él? Prestaban dinero, lo recuperaban sin problemas y, de paso, las ganancias de los participantes se disparaban... Te acordarás el trabajo que le costó a Enrique Recio vencer a Francisco Arenas y hacerse con el poder. Él y su padre llegaron a la conclusión de que debían entrar en ese juego si querían obtener los mismos recursos que su rival o, mejor, superarlos... Si no lo hacían, pensaron que no iban a poder ganar al adversario... Así que entraron a todo trapo con ese sistema... Cabe decir que les salió bien. Enrique Recio acabó derrotando a Francisco Arenas y llegó a ser Primer Ministro.

—Pero supongo que Aguirre y Ramón María Recio murieron hace ya muchos años, ¿no?

—Sí, unos quince.

—Entonces, ¿qué sucedió con ese consorcio?

—¿Sabes? Fue un monstruo que adquirió vida propia. Una criatura sin identidad que se alimentaba a sí misma sin necesidad de ninguna justificación. Ya no se trataba de una organización en la que sólo había miembros del Partido Moderado. Dirigentes del Partido del Progreso también estaban asociados al grupo. Había toda una convergencia de intereses que era independiente del color político y de las ideologías. Un tumor maligno que está amenazando con destruirlo todo, un tumor que, por ejemplo, ha alimentado la burbuja inmobiliaria que nos ha llevado a que estemos como estemos... Un tumor que ha acabado manejando tanto dinero que ha hecho que tuviera que aparecer el cuarto lado del polígono maldito.

—¿Cuál?

—Los paraísos fiscales. ¿Por qué crees que en este país toleramos lo que está sucediendo en el Enclave? Un lugar donde se blanquea y se atesora todo el dinero negro y el dinero evadido de lo que, allí en el sur, llamáis la Costa. Algo que muchos poderosos de este país querían proteger a cualquier precio.

—Y Manuel Vega y Mario Villar, ¿qué pintaban en todo eso?

–El padre de Mario Villar tenía una promotora muy importante de la ciudad. Parece ser que la idea era utilizarla para ir entrando en otras ciudades... El rumor más gordo es que él se negó y que el accidente de coche en que murió con su esposa fue provocado. Tenían la esperanza de que el hijo fuera más dócil y que, en el futuro, se aviniera a las condiciones ofrecidas. Parece ser que lo fue. Manuel Vega estaba destinado a ser una especie de infiltrado de Aguirre y Recio en la promotora... Ya sabemos que, al final, tuvo un protagonismo que no estaba previsto.

Gómez tenía que asimilar toda la historia. Y sus consecuencias. La investigación sobre la desaparición de Mario Villar había acabado desembocando en la sospecha de que muchos de los que habían gobernado el país estaban confabulados en una trama para enriquecerse. ¿Qué esperanzas había de que su trabajo iba a poder llegar hasta sus últimas consecuencias? ¿Qué expectativas podían tener de que iban a dejarles vía libre para poder investigar sin cortapisas todos los extremos del caso?

–Te voy a hacer una pregunta, Cárdenas. Cuando llegué, me dijiste que te recordaba a Orson Welles. Me hablaste de *Ciudadano Kane* y de *El tercer hombre*. ¿Tenían un final feliz esas películas?

Cárdenas se puso a reflexionar y acabó encogiéndose de hombros.

–¿Qué quieres que te diga? Yo creo que no. En *Ciudadano Kane*, el periodista no llega a descubrir lo que busca. Y Charles Foster Kane acaba muriendo solo y amargado. Respecto a *El tercer hombre*, mejor no te doy detalles porque, entonces, tendría que hablarte de alcantarillas...

–Entonces, prefiero pensar en las películas de Capra. Me has dicho que siempre son optimistas, ¿no?

10

Pablo Bernal empezó a dar vueltas al sobre con aire de aparente despreocupación. Era difícil discernir si, en el fondo, reinaba en él un sentimiento de inquietud o de curiosidad. Esteban y María lo miraban con aire de ansiedad mal disimulada. Pasaron unos minutos hasta que su jefe cogió un abrecartas de plata de su mesa y, con exasperante exceso de celo, lo introdujo por un pequeño hueco que había dejado la solapa al ser cerrada. Sacó los papeles que había dentro y empezó a revisarlos con forzada indiferencia. Esteban observó que Pablo Bernal estaba apretando los dientes y percibió cómo el ritmo de su respiración se agitaba con intensidad. Era un signo inequívoco de que el contenido de la información era peliagudo. Finalmente, dobló cuidadosamente los papeles y se los guardó en el bolsillo de su camisa.

–¿Cuánto os pidió?

–Tres millones de euros –dijo Esteban–.

–Cuando le ofrecisteis seiscientos mil, ¿cómo reaccionó?

–Se rio.

–Hubiera sido peor que se hubiera enfadado.

A Esteban Miranda no le sorprendió esa reacción: ya estaba acostumbrado a ese cínico optimismo.

–No os puedo decir nada en este momento. Esto tengo que hablarlo para que nos den instrucciones.

–Me gustaría decir algo... –dijo María–.

–Por supuesto –dijo Pablo Bernal–. Di lo que quieras.

–He visto a ese tipo demasiado tranquilo. Parecía que no se jugaba nada en el envite.

–¿Y qué conclusiones sacas de ello?

–Que está negociando con otros y tiene asegurada, en cualquier caso, la venta de su, vamos a llamarle, mercancía...

–Bien. Pero eso ya lo intuíamos... No creo que haya ninguna novedad en esa evidencia.

–Yo creo que sí, Pablo. Eso significa que podemos confirmar que la información se la va a llevar quien pueda darle más dinero. Hemos entrado en una subasta. Y pienso que no somos quienes están en una mejor posición para ganarla.

–¿Y...?

–Necesitamos aliados.

La inteligencia de María, aguda y precisa, afloraba en la conversación. El hecho no sorprendió a Esteban. Sabía de ella y estaba convencido de que, antes o después, la vería desplegarse en su trabajo. Pero se sorprendió del cambio de carácter que había tenido lugar en ella. Ya no quedaba nada de su timidez ni de su apocamiento. Era una María más decidida y audaz. Una María que no se paraba ante nada. Sin embargo, al mismo tiempo, no estaba seguro de si estaba valorando las implicaciones éticas del camino que estaba empezando a transitar. Esteban se veía a sí mismo desde que Pablo Bernal les dio la noticia de la implicación de Claudio Montellano en asuntos turbios en un vaivén continuo de dilemas morales para los que no encontraba solución. Y, ahora, contemplaba a su compañera dando consejos para salir limpios de un trance tan poco ejemplarizante. La sensación de estar viviendo una alucinación se intensificaba hasta extremos insoportables, hasta la necesidad física de pellizcarse el brazo para despertar de la pesadilla y descubrir que la realidad era como la habían imaginado. Pero no: la realidad era esto.

–¿Aliados? ¿Que aliados? Claudio Montellano está prácticamente solo en esta batalla. Nadie del partido va a querer ayudarle. Y contar con alguien del Partido del Progreso sería un auténtico suicidio.

–Te olvidas de alguien, Pablo.

–¿De quién?

–De Carlos Peña.

Pablo Bernal guardó silencio. Para Esteban, eso fue una señal de que había visto algo interesante en la idea. María aprovechó para continuar con sus argumentos.

–Ahora mismo, Carlos Peña también es un apestado dentro del partido. Pero es un apestado que tiene que albergar mucho rencor contra quienes le han echado del puesto de Primer Ministro. Evidentemente, contra Enrique Recio y Pilar Muro en primer lugar. Pero, a pesar de ello, ha sido jefe de gobierno. Tiene contactos, conoce los hilos del poder y no dudaría en ayudarnos. Nadie se espera la maniobra y la capacidad de sorpresa es la única baza que podemos jugar. Si nuestros adversarios ponen toda la carne en el asador, llevan todas las de ganar. Pero si somos más rápidos y actuamos fuera de sus cálculos, tenemos alguna posibilidad.

Pablo Bernal se levantó de su asiento y empezó a dar vueltas por el despacho. Se apretaba los labios con los dedos índice y pulgar de su mano derecha. Cavilaba desconectado del entorno que lo rodeaba. Cuando volvió a la realidad, ninguno de los dos pudo prever lo que iba a decir.

–En la Segunda Guerra Púnica, Aníbal partió de Cartago Nova y ascendiendo por la costa mediterránea llegó con sus huestes hasta los Alpes. Entonces, atravesó la cordillera a lomos de elefantes. Lo más razonable para Roma parecía ser combatir al general cartaginés en el territorio de la Península Itálica. Sin embargo, en un momento dado, Publio Cornelio Escipión optó por una maniobra arriesgada. ¿Sabéis lo que hizo? Con sus tropas, se dirigió a Hispania y atacó Cartago Nova, tomando una de las principales bases de sus enemigos. Parecía que desviar efectivos de donde estaba el principal peligro era una auténtica locura. Sin embargo, la estrategia dio pleno resultado e inclinó la balanza a favor de Roma.

Esteban y María esperaban que su jefe les explicara la moraleja o la aplicación práctica que se desprendía de la contienda bélica que les acababa de contar. Pero lo único que hizo fue volver a su butaca, con aire reflexivo y con una sonrisa ligeramente sádica en sus labios, sin que una sola palabra saliera de ellos. Fue Esteban quien no pudo resistir la curiosidad y le acabó preguntando por el sentido de la referencia histórica que había mencionado.

–Entonces, Pablo, ¿cómo crees que debemos actuar?

–¿Que como debemos actuar? Es muy simple: debemos atacar Cartago Nova.

11

Juan María Jiménez Lastres se sintió intimidado no sólo por encontrarse frente a cinco policías sino porque detectó en ellos una actitud y unas formas que se diferenciaban mucho de las que había visto en otros agentes. En otras ocasiones, los asuntos que le habían llevado a tener que encontrarse con las fuerzas de seguridad eran de escaso calado: alguna pelea en uno de sus

bares, algún pequeño camello que se dedicaba al menudeo de droga entre algunos de sus clientes, algún empleado que arrastraba un pasado turbio... Nada de verdadera importancia. Pero esta vez todo era distinto. Habían venido policías de la capital. Eso olía a algo serio. Además, no venían con ánimo amable sino con afán de doblegarle para que no tuviera otra salida que colaborar. Empezó a sentirse mal.

–Lo que nos trae aquí es una cuestión de especial gravedad –dijo Méndez–. Si nos ayuda, siempre lo recordaremos. Si no nos ayuda, será usted quien no lo olvide.

–Mire, inspector, no hace falta que me presione para que les eche una mano. Yo siempre he colaborado con ustedes cuando ha hecho falta... Si quiere, les puedo dar referencias de ello...

Silva decidió mediar en la conversación para no estropear lo que intuía que podía ir por buen camino.

–Señor Jiménez, no venimos con intenciones distintas a las que podían traer otros compañeros que le hayan visitado. Ni queremos causarle ninguna inconveniencia. Pero créame cuando le digo que es un caso de gran importancia y cualquier ayuda que recibamos la consideraremos altamente valiosa.

–Por supuesto, inspector. Pueden contar conmigo para lo que necesiten...

Silva clavó una mirada de evidente censura en los ojos de un airado Méndez. A pesar de ello, no quiso tomar las riendas del interrogatorio.

–Una vez que hemos dejado eso claro, mi compañero, el inspector Méndez, seguirá preguntándole por el tema que nos ha traído hasta aquí.

Méndez soltó un suspiro de resignación. Carretero contemplaba divertido la escena.

–Está bien, señor Jiménez. Necesitamos hablar con sus empleados para ver si reconocen a alguien que ha sido cliente de este establecimiento. Dicha persona pudo conocer aquí a alguien llamado Julio, con el que inició una relación. Necesitamos saber quién puede ser ese Julio.

–De acuerdo –dijo Juan María Jiménez–. Iré llamando al encargado y a los camareros para ver si les pueden decir algo. ¿Les parece bien?

–Sí –dijo Méndez–.

El despacho estaba en la parte superior del inmueble. Se llegaba a él a través de una estrecha y oscura escalera. Tras atravesar un pasillo también oscuro, lleno de cajas con botellas vacías, que se apilaban sin orden ni concierto, se accedía al pequeño despacho, donde reinaba el mismo desorden. Los tres inspectores junto a Carla Robles y Cristina Salvador se colocaron como pudieron alrededor de la mesa de Juan María Jiménez. Para esa visita, Silva consideró que Carla Robles era mejor opción que Osorio. En primer lugar, porque, frente a la capacidad de análisis de él, estaba la experiencia de ella en la calle. Y esa experiencia podía ser mucho más útil en ese bar. En segundo lugar, porque, si no se obtenían resultados, quería tener a Gómez y Osorio en la recámara para infiltrarse entre los clientes y obtener información.

Por un teléfono interior, el dueño del establecimiento llamó al encargado. Este acudió a la llamada cuando aún no habían pasado ni dos minutos.

–Dime, Juan María.

–Paco, estos señores son policías. Te van a preguntar por alguien. Diles todo lo que sepas.

Méndez abrió una carpeta, sacó una fotografía de Mark Cortés y se la mostró al encargado del bar.

–¿Conoce a este hombre?

La respuesta fue un movimiento negativo con la cabeza.

–¿Conoce a algún cliente que se llamara Julio?

El encargado se encogió enérgicamente de hombros.

–Aquí se oyen muchos nombres al cabo del día. Y al cabo de la noche. La mayoría de ellos, falsos. Así que...

–De acuerdo, muchas gracias. Que sus compañeros vayan pasando de uno en uno por aquí, por favor.

Los cuatro camareros y los dos empleados de seguridad fueron repitiendo como un ritual gestos y palabras parecidos. Nadie había visto nunca a Mark Cortés. Nunca habían oído hablar de ningún Julio. Y, en cualquier caso, si hubieran oído hablar de alguno, probablemente tendría otro nombre.

–Bueno, creo que poco más podemos hacer por ustedes –dijo Juan María Jiménez–. De todos modos, si necesitan algo más...

Todos parecían rendirse a la evidencia de que era inútil empeñarse en continuar la investigación en ese momento y en ese lugar, cuando Carla Robles interrumpió las cavilaciones de todos sus compañeros dirigiéndose directamente a Juan María Jiménez.

–¿Podría llamar de nuevo al primer empleado de seguridad que ha pasado por aquí?

–Sí, por supuesto –dijo el dueño del bar con incredulidad resignada–. No hay problema...

Silva observó el gesto molesto de sorpresa de Méndez. Él se limitó a sonreír confiado en que su agente tendría algún motivo para aferrarse a un clavo ardiendo. Se veía que Carretero estaba expectante ante lo que podía ocurrir.

El empleado de seguridad regresó al despacho. Se le notaba un cierto nerviosismo que no había mostrado en su primera visita a ese cubículo. Méndez cedió la palabra a Carla Robles.

–Agente, pregunte lo que crea pertinente.

–Gracias, inspector. ¿Me podría dar la foto, por favor? Gracias. Quiero que la mire nuevamente.

El empleado se mordió los labios.

–Ya le he dicho que no sé quién es.

–De acuerdo. No sabe quién es. Pero, a lo mejor, se acuerda de que ha pasado por aquí...

Guardó silencio durante unos instantes. Finalmente, decidió hacer una leve modificación en sus manifestaciones.

–Sí, quizás lo he visto. Pero eso no significa que sepa de quién se trata.

–¿Y por qué no nos ha dicho eso la primera vez?

–¿Y qué iba a decirles? ¿Que sí, que lo había visto? ¿Y qué? Veo a cientos de personas al cabo de la semana y nada puedo decir de ellos.

–¿Y si le digo que no le creo? No había ningún problema en que nos hubiera dicho que se acordaba de él. No había nada extraño en que no supiera de quién se trataba. Era lo más lógico. Pero si se lo calló, pienso que es porque nos quería ocultar algo. Y yo le pregunto: ¿qué era lo que quería ocultarnos?

El empleado empezó a sudar. En su frente, empezaron a vislumbrarse gotitas brillantes y tensas que presagiaban que se podía obtener alguna información.

–No he ocultado nada...

–Mire, mejor que nos lo diga ya –dijo Carla Robles–. Porque, al final, nos lo acabará diciendo... Y lo único que va a conseguir es que usted y nosotros perdamos el tiempo en dilaciones inútiles...

El empleado se lo pensó y decidió que era inútil resistirse.

–No sé quién es el tipo de la foto. Sí, me acuerdo que venía por aquí con cierta frecuencia. Creo que vivía en el Enclave. Pero no sé nada más sobre él. Sí recuerdo que lo veía con cierta frecuencia con un tal Julio. Este Julio era un buen pájaro. ¿Se acuerdan de que hace cosa de un año hubo un montón de detenciones de gente relacionada con la muerte de esos siete policías que llevaban a no sé quién a la cárcel?

–Sí, nos acordamos –dijo Robles–.

–En aquel entonces, yo estaba de empleado de seguridad en una discoteca. Yo veía a ese tipo con muchos de los detenidos...

–¿Me está queriendo decir que era uno de ellos?

–Sí, creo que lo era.

–Entonces, ¿sabía que se llamaba Julio?

–Sí, eso es.

–¿Y qué más sabe de él?

–Sólo eso. Nada más.

–¿Y cómo es que conoce su nombre? ¿Y cómo puede estar seguro de que no se trataba de un nombre falso?

–Él decía que se llamaba Julio. No sé si era verdad o no...

–Sí. Sabe que es verdad. No ha dudado cuando lo ha mencionado por su nombre. Hay algún motivo por el que usted está seguro de que se llama Julio... ¿Cuál es ese motivo?

El nerviosismo del empleado era evidente. Aunque se vino abajo, quiso poner sus condiciones.

–De acuerdo. Se lo diré. Pero tiene que ser en privado.

–Perfecto –dijo Silva–. Vamos a un lugar reservado y nos lo cuenta.

Juan María Jiménez protestó. Su gesto ofuscado mostraba que no le gustaba nada el giro que habían dado los acontecimientos.

–¡Eh!, ¡un momento! Nico es uno de mis empleados. Tengo derecho a saber qué tiene que decirles.

–Se equivoca, señor Jiménez –dijo Silva–. Esto es un asunto que nos compete sólo a nosotros y a los posibles testigos... Ya hablará después con su empleado para aclarar todo lo que le preocupe.

Los cinco policías y el empleado de seguridad atravesaron el bar, que, a esa hora, estaba completamente vacío, y salieron a la calle. Una vez allí, Silva evitó dar rodeos y se lanzó directamente al ataque.

–A ver, díganos de una vez lo que sabe.

–Esto que les voy a decir, quedará sólo entre nosotros, ¿no?

–Que sí, venga ya, por favor...

–Hay algo que no he querido decir en presencia de mi jefe porque no sé cómo se lo podría tomar. Yo conozco a dos chaperos que prestan sus servicios en un apartamento que no está muy lejos de aquí. Necesitaban a alguien que pusiera orden en caso de que alguien se sobrepasara y yo me turnaba, en mis horas libres, con otro compañero que también se dedica a esto de la seguridad. Yo aproveché y entre algunos de los clientes los di a conocer. Al final, muchos me preguntaban y yo les pasaba el contacto. Una de mis funciones era cobrar a los clientes. Algunos pagaban con tarjeta de crédito. Un día me sorprendí bastante porque se presentó allí ese Julio. Lo reconocí. Lo primero que pensé fue que no era normal que un maricón estuviera en una banda...

–Homosexual, por favor –dijo Méndez–. Diga homosexual y evite términos peyorativos.

–Vale, de acuerdo. Pensé que no era normal que un homosexual estuviera metido en una banda de matones. Me llamó la atención. Por eso, recuerdo el hecho. Pagó con tarjeta y comprobé que Julio era su nombre real.

–¿Se acuerda de los apellidos? –dijo Silva–.

–No.

–¿Cuándo fue eso?

–Uf, no sé... No me acuerdo.

–¿Fue antes o después de las detenciones?

–No, no, después... Hará cosa de unos seis meses.

–Bien, pues nos va a tener que dar los nombres de los dos chaperos.

–No me joda, inspector... –dijo el empleado de seguridad visiblemente contrariado–.

–No le queda otra.

–Voy a tener problemas con todo esto...

–No se preocupe –dijo Méndez–. Consuélese con que va a poder decir que ha prestado un gran servicio a su país.

* * *

El testigo, al final, tuvo que doblegarse ante las razones de los policías. Media hora después, ya estaban de camino al apartamento de la Costa que les podía servir de fuente de nuevas pistas para hallar el rastro de Mark Cortés y del misterioso Julio cuyo perfil había empezado a vislumbrarse como una figura en medio de la niebla. Silva se las ingenió para que Méndez, Carretero y Salvador fueran en el mismo coche y él pudiera ir a solas con Carla Robles en su propio vehículo. Mientras esta conducía, él decidió hablar con ella de la cuestión que le preocupaba.

–Carla, quería preguntarte por cómo ha sido la experiencia con Ana, Sebastián y Luis durante estos días...

–Pues no ha habido nada especial que reseñar, Tomás. Ha sido un trabajo muy árido de contrastar datos e informaciones. Lo único más llamativo es que Luis ha intentado ligar conmigo...

Carla Robles miró de reojo a Silva.

–¿Y qué? ¿Ha tenido algún éxito?

El inspector aún no había racionalizado lo que significaba su relación con Carla, algo que constituía para él (y para su carácter) un problema importante. El no tener un esquema mental dónde encajar lo que sentía por la agente y lo que la agente demostraba sentir por él le intranquilizaba y, sobre todo, alimentaba la idea de que esa relación sólo podía ser algo breve y efímero. Por ello, ante la revelación que acababa de hacerle, él no se hubiera extrañado de que lo que había entre ellos dejara paso a otra relación más acorde con la edad de la agente. Sin embargo, la respuesta de ella le sorprendió.

–No, ninguno. Demasiado sobrado para mi gusto.

–No me extraña que vaya de sobrado. Parece ser que tiene bastante éxito con las mujeres...

–A mí me gustan más serios, menos arrogantes y con una mirada más sensible.

–¿Y la diferencia de edad no es un problema?

–Para mí, no.

Silva y Robles callaron. El silencio empezó a hacerse espeso hasta que ella lo rompió.

–¿No estás conforme con la presencia de la Brigada?

–No es eso. Era la mejor opción posible. Gracias a que están aquí hemos podido desbloquear el caso. Tras la detención de Gálvez y el suicidio de Martínez, habíamos llegado a un callejón sin salida. Con la información que ellos han aportado, se nos ha abierto un camino inesperado.

–¿Entonces...?

–En primer lugar, la actividad de la Brigada está muy influida por la política y sus vaivenes. Y no sabemos hasta qué punto llega la influencia de la política. Hoy, están colaborando con nosotros en esclarecer todos los extremos del caso. Mañana, no sabemos qué les ordenarán hacer... En segundo lugar, tengo miedo a una traición. Reconozco que hay algo irracional en ello. Tenemos a un misterioso personaje, Alexander, que es el líder de toda la trama de infiltración en la policía y quien hace de enlace con bandas del crimen organizado y no sabemos dónde puede estar. La Brigada sería un lugar excelente desde la que hacer su trabajo. Es una idea que se me ha clavado en la cabeza y que no puedo dejar escapar. A veces, creo que me estoy volviendo paranoico...

–Lo entiendo. Lo que me estás queriendo decir es que debo estar ojo avizor...

–Exactamente.

Otro paréntesis de silencio volvió a hacer acto de presencia entre ellos. Esta vez, fue Silva quien lo cerró.

–¿Cómo supiste que ese empleado de seguridad sabía algo?

–Bueno, hubo dos motivos. El primero, que, cuando le mostramos la foto, apenas la miró. Todos los demás, se quedaron mirándola un largo rato para ver si podían recordar algo. Él, en cambio, no. Pensé que actuó así porque, efectivamente, lo recordaba y no quería que nos diéramos cuenta. El segundo, porque, mientras esperábamos abajo a que llegara el dueño, parecía ser el más abierto de todos los empleados. Vi que conversaba con todos sus compañeros mientras que los demás no hablaban entre sí. Si alguno nos había ocultado algo, él era el único al que se lo podían haber confesado.

–Bien visto.

Nuevamente, un silencio tímido e inquieto invadió el automóvil. Como cumpliendo un tácito turno rotatorio, Carla Robles habló. Sin embargo, un temblor oculto anidaba en su voz.

–Hace varias noches que no nos vemos...

–Hoy, me tengo que pasar por casa –dijo Silva con un tono de frustración que no quiso esconder–. Hace ya demasiado tiempo que no duermo allí.

–Lo comprendo.

A esa altura de la autovía, brillaba el sol pero se vislumbraban algunas nubes en el horizonte.

12

Era ya tarde. En el despacho, sólo estaban José Luis Ugarte y su secretaria. Desde hacía varios días, el ambiente de trabajo allí había experimentado un agudo enrarecimiento. José Ángel Esquivias había regresado a la capital para volver a reunirse con Francisco Sáenz y avanzar en los detalles de la estrategia que tenían que preparar con el Banco General de Pagos para resolver satisfactoriamente el problema de fuga de información que se había producido en el Enclave. Para todos, era evidente que las relaciones entre los dos socios se habían deteriorado de un modo significativo. Y también era obvio que ello no le preocupaba en absoluto a José Ángel Esquivias pero que representaba un enorme peso, quizás inasumible, para José Luis Ugarte. Este disponía a marcharse cuando su secretaria le avisó por la línea interna de que tenía una visita.

–¿Una visita?¿A esta hora?¿De quién se trata?

–No lo ha querido decir.

–¿Cómo que no lo ha querido decir?

–Sólo me ha dicho que está aquí por un asunto del Enclave que usted debe conocer.

José Luis Ugarte se sorprendió. El único asunto del Enclave que él conocía era aquel que le estaba obsesionando día y noche en los últimos tiempos. ¿Quién podía ser el visitante?¿Qué finalidad podía tener su visita? Creyó que no tenía nada que perder y le dijo a su secretaria que le dejara pasar. No se esperaba ver entrar a quien entró. Imaginó a alguien de más edad. O, al menos, que llegara vestido de manera más formal y no con unos pantalones vaqueros, una chaqueta de cuero y una camiseta de algún grupo *rock* cuya identidad desconocía. Sin embargo, le invitó a sentarse e, intentando no dar la sensación de que lo estaba chequeando, se interesó por el motivo de la visita.

–Creo que usted ya debe de saber por qué he venido –dijo Julio–.

–No, no lo sé. Espero a que usted me lo diga.

–Ja, ja, ja... Está bien. Comprendo que quiera ser discreto y tomar las precauciones necesarias. Pero a mí no me importa poner las cartas sobre la mesa. Así que adelante. Probablemente, usted ya sabe lo que ha sucedido en el IIB del Enclave.

–Sí, me han llegado ciertas noticias.

–Me alegro. Eso me ahorrará entrar en detalles. El caso es que la información que se ha fugado de dicha entidad ha acabado llegando a mí. Y, desde el primer momento, fui consciente de que la misma es sumamente importante y delicada. Así que me he ofrecido a hacer de intermediario para que nadie resulte perjudicado por este lamentable incidente...

José Luis Ugarte reparó en que el recién llegado había sido sumamente precavido en evitar tanto presentarse como autor, inductor o responsable de la fuga de información como dar la sensación de que estaba cometiendo un acto de pura extorsión. Eso le hizo ponerse en guardia. No estaba hablando con un estúpido.

–¿Y qué me propone para zanjar esta situación tan desagradable que se ha producido?

–Veamos. Todos los que nos hemos visto implicados en esta cuestión estamos en un trance problemático. Se puede malinterpretar nuestra intervención en los hechos. Para que ello no nos acarree consecuencias negativas, necesitaremos emplear una cantidad importante de recursos. Recursos económicos...

–Ya.

–Y creo que será fácil llegar a un acuerdo.

–¿Qué tipo de acuerdo?

–Ustedes nos evitan posibles molestias con una generosa contribución económica y nosotros les damos la información sustraída sin que nunca más nos preocupemos del asunto.

–¿Una generosa contribución económica?¿De cuánto estamos hablando?

–Tenemos que tener en cuenta varios aspectos. En primer lugar, de la información se desprende muy claramente que la función de su despacho es facilitar a sus clientes la operatoria bancaria en el Enclave. No cabe duda, y, por cierto, también está claro, que sus servicios no son precisamente baratos. En segundo lugar, tienen el suficiente número de clientes como para hacer una colecta que, individualmente, no sea gravosa pero que, en conjunto, sirva para solucionar la difícil encrucijada en la que nos encontramos.

José Luis Ugarte no quería creer en los milagros. Pero nunca antes había tenido la sensación tan clara de que se encontraba ante un hecho prodigioso que iba a salvarlo del callejón sin salida en el que se encontraba. Tuvo que reprimirse para no realizar una exhibición de alegría que le perjudicara a la hora de negociar con el desconocido.

–Sus argumentos me resultan razonables. Pero aún no me ha dado una cantidad para ver si es asumible.

El visitante, en ese instante, dudó. José Luis Ugarte vio claro que el extraño no quería comprometerse en exceso con la conversación. Probablemente, temía que pudiera haber micrófonos grabando la conversación o que cualquier palabra pronunciada imprudentemente pudiera ser utilizada en su contra. Miró a su alrededor y se fijó en una calculadora que estaba sobre la mesa. Se la acercó y marcó una cifra en ella.

–Aquí tiene.

José Luis Ugarte vio la cifra que aparecía escrita en la pantalla. No pudo evitar arrugar la nariz en un gesto inconsciente. Se echó hacia atrás y se recostó con comodidad en el espaldar de su butaca. En su cabeza, empezó a echar números para comprobar si era viable la oferta que le acababan de realizar. Quizás. Pensó que debía regatear. Tenía que ser lo que esperara el visitante.

–Esta cantidad es demasiado alta. Pienso que...

El desconocido le hizo un gesto tajante con la mano.

–Esto no es un mercadillo. Esa es mi oferta. Si la cubre, tendrá lo que desea. Si no, la tendrá otro.

José Luis Ugarte sabía que no iba a encontrarse con mejor opción por mucho que cambiaran las circunstancias. Mucho menos con su socio jugando a ser Dios en el Juicio Final, eligiendo qué clientes podían salvarse con su ayuda y cuáles estarían condenados al infierno de un interminable proceso con las autoridades. Así que decidió abrir la única puerta que había en el muro frente al que se encontraba.

–De acuerdo. Doy por buena esa cantidad. Sin embargo, me llevará algún tiempo recaudarla. Es factible juntar todo ese dinero pero no es fácil hacerlo de un día para otro.

–Lo comprendo. No se preocupe. Hablaremos en unos días.

–¿Cómo podré ponerme en contacto con usted?

–Seré yo quien lo haga. Buenas noches.

El visitante se marchó y penetró en la oscuridad, en la oscuridad que había traído la noche, la misma oscuridad de la que había surgido y la misma oscuridad a la que volvería cuando todo ese asunto hubiera terminado.

José Luis Ugarte, al principio, se sumió en un estado de estupefacción. Pero, al cabo de pocos segundos, se dio cuenta de que se sentía exultante. Parecía que el corazón le latía con más fuerza y que la sangre bullía con más energía en sus venas. Necesitaba hacer algo esa noche, ejecutar algún tipo de ritual que le sirviera para confirmar que iba caminando por la senda del éxito. Se colocó bien la corbata, se puso la chaqueta y salió de su despacho.

–Creo que lo mejor es que nos marchemos ya –dijo a su secretaria–. Ya ha estado bien el trabajo por hoy.

José Luis Ugarte volvió a la misma terraza junto a la playa donde había estado unas noches antes. Sólo tenía vagas esperanzas de que Cati volviera a estar allí. Cuando llegó, había unas cuantas personas desperdigadas entre las mesas pero ella no estaba. Pidió, de todas formas, una cerveza y se sentó en una de las mesas más próximas al mar porque quería sentir la brisa en su rostro, un frescor limpio y puro que retirase de su piel residuos del pasado e inmundicias del futuro. Cerró los ojos por unos instantes. Cuando los abrió, Cati estaba sentada unas cuantas mesas a su derecha. No lo pensó dos veces. Se acercó y se sentó junto a ella.

–Hola otra vez.

–Hola.

Lo dijo en tono áspero y desabrido. Comprendió que era lógico y que iba a tener que hacer un esfuerzo para recuperar el clima que había surgido la noche en que se encontraron.

–La última vez que nos vimos, no me encontraba bien. Así que me tienes que perdonar.

–Me dejaste muy cortada.

–Me pongo en tu lugar y lo entiendo. Una mujer como tú no merece que la traten como yo lo hice.

José Luis Ugarte estaba nervioso. Era la primera vez que actuaba así: nunca había sido infiel a su mujer y se movía en territorio desconocido.

–Bueno, dijiste que no te encontrabas bien, ¿no?

–Cierto.

–¿Y hoy cómo te encuentras?

–Mucho mejor.

–Yo me alegro.

–Tu casa estaba cerca, ¿no?

Cati sonrió. Se humedeció los labios y, sin tomarse prisa para contestar, miró a José Luis Ugarte de arriba abajo, en parte porque necesitaba tiempo para hacer una última deliberación interior, en parte porque quería alimentar un suspense que sospechaba que, a su vez, podía alimentar la excitación del hombre.

–Ven conmigo y compruébalo –dijo finalmente–.

13

Pablo Bernal explicó a Claudio Montellano la estrategia tal como la había ideado después de su conversación con María Benavides y Esteban Miranda. Carlos Peña debería ser su intermediario. Ellos le dirían con quiénes podría contactar pero, seguro, él tendría sus propios contactos. Sería fácil organizar un grupo con capacidad para acceder a la cifra exigida por quienes habían robado la información del IIB. Cuando la tuvieran, sería fácil eludir las maniobras de Enrique Recio y Pilar Muro y podrían deshacerse de ellos fácilmente.

–Una vez logrado ese objetivo, tendríamos las puertas abiertas para llegar a un acuerdo con el Partido Renovador, presentarnos juntos a las elecciones y arrasar... Es nuestra única opción.

Claudio Montellano tuvo, durante todo el tiempo en que estuvo escuchando, el semblante serio. Pablo Bernal conocía perfectamente esa expresión. Significaba que no le gustaba algo de lo que estaba oyendo. Esperó a terminar para que su jefe le comentara cuáles eran sus objeciones porque sabía que iban a ser importantes y no quería perder la oportunidad de exponer el plan con todos sus detalles. Una vez que hubo concluido, se sentó frente a él, al otro lado de la mesa de despacho, y se dispuso a esperar pacientemente los reparos que Claudio Montellano iba a aducir. Sus primeras palabras, sin embargo, le sorprendieron.

—La verdad es que puedo tener muchos defectos como político. Pero uno de ellos no es, precisamente, el no saber elegir a mis colaboradores. En una estratagema como la que me has contado, ya había pensado yo desde el momento en que me llamaron para sugerirme que debía negociar sobre la información robada en el IIB. Pero no había llegado tan lejos en su formulación como vosotros habéis hecho. Con esto, quiero decir que me siento orgulloso de las personas que forman parte de mi equipo. Sin embargo, el plan que me has propuesto no lo vamos a llevar a cabo.

Si a Pablo Bernal le sorprendió el comienzo del monólogo de Claudio Montellano, más le sorprendió el final porque le pareció incoherente con el desarrollo del mismo.

—¿Qué te parece mal de ese plan?

—Pablo, a veces me asombro con los retazos de idealismo que aún perviven en ti. Me recuerdas a Luis IX de Francia. ¿Sabes qué se propuso hacer en la Octava Cruzada? Conquistar Túnez y convertir a su emir al cristianismo. La realidad es que no hubo ni combate. La peste atacó al ejército francés y lo diezmó. Entre los fallecidos, estaba el propio monarca.

—Tú sabes que yo no soy un idealista... —protestó Pablo Bernal—.

—No he dicho que lo seas. He dicho que hay retazos de idealismo en ti... Que no es lo mismo. ¿Qué crees que haría Carlos Peña si le ofreciésemos la oportunidad de colaborar con nosotros? Iniciaría un ajuste de cuentas sin piedad.

—Y a nosotros, ¿qué?

Claudio Montellano sonrió.

—¿Qué piensas? ¿Que yo quiero iniciar un ajuste de cuentas implacable con Enrique Recio, Pilar Muro, Eduardo Díaz y todos los demás? Te equivocas.

A Pablo Bernal le extrañaron estas palabras.

—Algo se me escapa, Claudio. Tú siempre me has hablado de que hay que hacer reformas decididas, que las cosas no pueden seguir como están, que la gente va a acabar explotando, que la sociedad es un auténtico polvorín...

—Por supuesto que te he hablado de todo eso. Pero nunca te he dicho que fuéramos a iniciar una purga sin piedad dentro del partido. Esa nunca ha sido mi intención.

—Entonces, ¿cómo piensas hacer las reformas que tienes pensadas?

–Ya veré cómo se hacen. Pero Pilar Muro y Enrique Recio no pueden ser nuestros enemigos. Hay que convertirlos en cadáveres políticos, sí, pero, en el fondo, tienen que ser nuestros aliados, Nuestros aliados a la fuerza, a lo mejor. Nuestros aliados de conveniencia, quizás. Pero tienen que estar de nuestro lado. Si hay que pasar por alto todos los enjuagues que se han hecho, pues se pasan por alto. Porque esos enjuagues siempre se han producido y, por mucho que hagamos, se seguirán produciendo. Vamos a intentar que sean menos pero no podemos hacer política con afán puritano porque sería un empeño imposible...

Pablo Bernal estaba aturdido por el torrente de ideas que se había volcado en tan pocas palabras. Intentó poner orden en su cabeza antes de ir desbrozando la maleza que se había interpuesto ante la imagen que él tenía de Claudio Montellano.

–A ver, Claudio, porque parece que hay cosas que hemos dado por sentadas y, después de lo que me has dicho, creo que hay que pararse a discutirlos. ¿Me dices que Enrique Recio y Pilar Muro tienen que ser nuestros aliados?

–Efectivamente. Hasta ahora, ha podido parecer que lo que teníamos que hacer es derrotar a Pilar Muro y apartar a ella y a todos los que la apoyan. Pero no podemos hacer eso. Puedo decir que es que son compañeros del partido y que, al final, hay que respetarlos. Ello es así. Pero puede ser que no me creas. Así que te voy a dar otro motivo. Todo lo que se ha hecho es lo mismo que se hubiera hecho si tú o yo hubiéramos estado en la misma posición y circunstancias que ellos.

–¿A eso te referías con lo del afán puritano?

–Exactamente. ¿Cuál crees que es el problema? ¿Cuál cree todo el mundo que es el problema? Que hay un montón de gente inmoral que desea lucrarse con la política. Sí, a lo mejor... ¿Hay que poner coto a ello? Por supuesto. Esto se ha ido completamente de madre. Ahora bien, ¿tú crees que ese es el problema real? No. Ese no es el problema real.

–Entonces, según tú, ¿cuál es el problema real?

–Ven un momento conmigo.

–¿A dónde?

–A la azotea.

Pablo Bernal se extrañó de la sugerencia de Claudio Montellano pero la aceptó y lo acompañó hasta el ascensor. Una vez en la cubierta del edificio, su jefe le mostró la antena de televisión allí colocada.

–Fíjate en esa antena. Parece un elemento ingenuo e inocente, ¿no? Este modelo fue aprobado por un decreto del gobierno hace unos cinco años. Es el único modelo homologado a día de hoy. ¿Sabes por qué se aprobó ese modelo? Porque la compañía que tiene la patente, que es, además, la principal fabricante, utilizó todas las artimañas posibles hasta conseguir que el gobierno homologara el modelo que a ellos les interesaba. Hubo regalos, hubo favores, hubo sobornos... Y, por supuesto, todo ese arsenal de estratagemas acabó dando sus frutos. Actualmente, dieciocho millones de hogares reciben la señal de televisión a través de este

modelo de antena. Ahora, Pablo, quiero que mires a tu alrededor y allí abajo, a la calle. Hay automóviles que tienen que cumplir una serie de normas, movidos gracias a combustibles que tienen que cumplir una serie de normas, que circulan por calles cuyo asfalto ha de cumplir una serie de normas, calles iluminadas por luces que han de cumplir una serie de normas, calles que conducen a edificios que han de cumplir una serie de normas, edificios que, en su interior, albergan multitud de aparatos electrónicos que han de cumplir una serie de normas... Si quieres, podemos seguir... Pero creo que no hace falta. Todas las compañías relacionadas con todos esos bienes están dispuestas a dejarse la piel para que las normas sean favorables a sus intereses. Dejarse la piel significa invertir los recursos económicos imprescindibles para poder salirse con la suya. La tentación es descomunal. Y los pecados se pueden reducir a una cantidad razonable. Pero es imposible eliminarlos. ¿Crees que los potenciales beneficiados nos dejarían margen para hacerlo? Es un término muy manido pero hay que emplearlo porque es el que mejor expresa lo que quiero decir: esto es ya el sistema. Un engranaje que está por encima de ti y de mí. Por encima de todos. Por encima de nuestros deseos y nuestras voluntades. Si nosotros no entrásemos en el juego, entrarían los partidos adversarios. Y acabarían con nosotros. Porque tendrían medios económicos suficientes para conseguirlo. Y, entonces, llegaría a dirigir este partido alguien que sí estaría dispuesto a cumplir con los mecanismos establecidos. Es verdad que hay momentos, como este en el que estamos, en el que el sistema descarrila y hay que reconducirlo. Hoy, el reconducirlo supondrá desplazar a Pilar Muro. A lo mejor, dentro de diez años, supone que nos desplacen a ti y a mí. Mejor no causar demasiado dolor para que no nos lo tengan que devolver en el futuro.

Pablo Bernal contemplaba taciturno la visión nocturna de una ciudad iluminada. Siempre había encontrado palabras que se adaptaran a los giros inesperados de la situación. Ahora, sabía que no iba a encontrar palabras que encajaran en el paisaje que Claudio Montellano le acababa de describir.

—Antes, te he dicho que todavía quedaban muchos retazos de idealismo en ti. Y sabes que es así. A pesar de todos los años que llevas en política, nunca has querido reconocer la realidad de lo que te acabo de explicar. Tú has estado siempre en los sondeos demoscópicos, los muestreos sociológicos, la formulación de programas, el desarrollo de propuestas y la coordinación de los equipos de trabajo. A lo mejor, esa es la causa de que no hayas acabado de ser consciente de en qué mundo nos movemos. Pero ese mundo está poblado de *lobbies* defendiendo todo tipo de intereses y esos *lobbies* han formado con nosotros, con toda la clase política, un mejunje del que no es posible separar sus ingredientes... Eso es lo que tenemos y así hemos de aceptarlo.

—¿Y por eso hay que tener a Pilar Muro y a Enrique Recio de aliados?

—Sí. Porque no ofrecerles algún tipo de escapatoria sería ir contra todos aquellos que se han lucrado con sus medidas, todos aquellos que han pagado por sus favores, todos aquellos con los que se han beneficiado mutuamente... Podemos ir contra los actuales dirigentes de nuestro partido y ganar. Pero no pienses que podríamos hacerlo contra todos los que están detrás de ellos. Porque en un minuto nos habrían aniquilado. Y yo no estoy en política para que me aniquilen.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con el asunto IIB?

Claudio Montellano soltó un hondo suspiro.

–Todavía no sé lo que vamos a hacer. Solos no podemos llegar a la cantidad que exigen. Pero tengo dudas sobre quiénes deben ser nuestros aliados. Cualquiera opción es mala. Y lo malo es que no podemos dormirnos. Deja que lo consulte con la almohada. Mañana te digo algo.

* * *

Pablo Bernal estuvo dando vueltas por la ciudad, por calles desiertas y bares insomnes. Cuando, a las cuatro de la mañana, estaba frente al hotel donde se alojaba todo el equipo de campaña, llamó con su móvil a Esteban Miranda. Era inhabitual una llamada a esa hora. Pero tampoco era algo completamente extraño. A veces, surgían noticias en los medios de comunicación que había que valorar y ante las que había que reaccionar y había que montar reuniones improvisadas. Algo así esperaba Esteban cuando respondió a su jefe.

–Esteban, ¿puedes bajar?

–Sí, claro... ¿Dónde estás?

–En el jardín que está en frente del hotel.

Quince minutos después, Esteban ya había bajado. Debido a las prisas, iba vestido de forma bastante desaliñada. Pero a Pablo Bernal eso tampoco le preocupó demasiado: él tampoco iba demasiado bien acicalado y se le notaba que llevaba casi veinticuatro horas sin cambiarse de ropa. Estaba sentado en uno de los bancos del parque, con señales de hastío y desgana.

–Siéntate aquí, a mi lado, Esteban.

–¿Qué sucede, Pablo?

–A ti nunca te han convencido mis argumentos sobre el tema de la información robada en el IIB, ¿no?

–No sé a qué te refieres, Pablo... Esa es una cuestión que tiene muchos frentes y...

–No te convencieron mis argumentos para defender a Claudio Montellano.

Esteban se lo pensó antes de contestar. Pero, al final, decidió no andarse por las ramas.

–Francamente, no. Creo que, con lo que me has contado, sólo cabe concluir que Claudio es una absoluta farsa.

–¿Y si la farsa no fuera sólo Claudio? Imagínate que la farsa fuera mucho más allá de lo que pudiéramos pensar...

–Me he planteado marcharme al Partido Renovador. ¿Sigues pensando lo mismo sobre Fernando Ríos? ¿Fuiste sincero en la opinión que nos diste sobre él?

–Sí. Creo que sus acciones carecen de sentido político alguno. Son una sucesión de brindis al sol. Lo que ocurre es que esta noche ha ocurrido algo que me hace dudar sobre qué es el sentido político... Que me hace dudar sobre lo que ha sido toda mi vida profesional.

—¿Tan grave es?

—Me ha invadido una sensación de impotencia y pequeñez que me ha hecho sentir muy mal. Tantos años metido en esto y, hasta ahora, no he sido capaz de entender cómo funcionaban las cosas. No, no es eso... Creo que no me quería dar cuenta de cómo funcionaban. Que delante de mis narices ha pasado toda la basura y yo, como un imbécil, me sugestioné para pensar que era perfume francés. Intentando racionalizar lo que ha sucedido, diría que sigo pensando lo que dije en la reunión que tuve contigo y con María. Que el idealismo en política siempre tiene un límite. Pero, a la vez que sigo pensando eso, esta noche he descubierto que el idealismo siempre debe tener un espacio. Y tenemos que luchar para que ese espacio sea el mayor posible.

—¿Qué me estás queriendo decir con esto, Pablo?

—Esteban, ¿me ayudarías en lo que tengo pensado hacer aunque eso supusiese traicionar a Claudio Montellano?

14

Para José Luis Ugarte, estar con Cati era una experiencia muy diferente a cualquier otra que hubiera conocido a lo largo de su vida. Acostumbrado a los ritos y convenciones establecidos como rutina inamovible, a los ropajes de la hipocresía socialmente aceptada, la pasión desbocada de la mujer sobre su cuerpo era una muestra de pureza que le limpiaba de años (de décadas) de mentiras e imposturas. Desde que entró en su casa y Cati se desnudó sin falsos impudores y con falta absoluta de prejuicios, José Luis Ugarte se dio cuenta de que estaba con una mujer completamente distinta a cualquier otra con que hubiera tratado.

—¿Estás nervioso?

Él estaba aún vestido. Sólo se había quitado la chaqueta. Se había sentado en el sofá de la sala de estar. Aún no estaba completamente seguro de querer seguir adelante o no.

—Sí. Un poco, sí.

—No tienes por qué. Todo va a ir bien.

Cati le empezó a acariciar las piernas. Allí sentado, él podía ver los pechos y el vello púbico de la mujer. La excitación de él empezó a aumentar hasta el punto de alcanzar la certeza de que ya no podía haber marcha atrás.

* * *

José Ángel Esquivias era consciente de que estaba a punto de dar algunos de los pasos más importantes de su vida. Y lo más curioso era que el camino se inició cuando lo que parecía que se había abierto ante él era un abismo absorbente y devorador. En su primera reunión con

Francisco Sáenz, este le reveló la noticia que suponía una terrible amenaza para los clientes de su despacho.

–Por lo tanto, ahora mismo no sabemos dónde han ido a parar los datos de estos dos mil clientes –dijo Francisco Sáenz–. Muchos de estos clientes han llegado al IIB a través de su bufete. Es evidente que hemos decidido tomar medidas. Y que hemos decidido comunicárselas a quienes nos ayudaron a captar a los clientes afectados.

José Ángel Esquivias reaccionó con gran serenidad. Bebió un sorbo de café de la taza que estaba sobre la mesa y esperó, pacientemente, a que Francisco Sáenz concluyera con la exposición de los hechos.

–Me sorprende que permanezca tan tranquilo después de lo que le acabo de contar –dijo Francisco Sáenz–.

–Bueno, son contingencias que pueden suceder –dijo José Ángel Esquivias–. Lo que tenemos que hacer es responder adecuadamente a ellas, ¿no?

–Hasta ahora, cada vez que he tenido que dar esta noticia, mi interlocutor ha perdido los nervios. Y la cosa siempre ha ido a peor cuando he tenido que explicar la segunda parte de la historia.

–¿Y cuál es esa segunda parte tan preocupante?

–Yo no la calificaría de preocupante. Se trata del tipo de respuesta que hemos planificado. La cual no entra en los parámetros que muchos considerarían normales.

–¿De qué se trata?

* * *

Cati le quitó los zapatos y le desabrochó el cinturón y el botón de los pantalones. Él se dejaba hacer, entregado a un deseo que ni podía ni quería domesticar. Ella le siguió besando y acariciando las piernas, ahora desnudas. José Luis Ugarte se desabotonó la camisa, se la quitó y la arrojó lejos de sí, como queriendo desprenderse de los despojos de un presente moribundo. Lo mismo hizo con su camiseta. Cati sonrió de forma pícara. Continuó sus besos y caricias por el cuerpo del hombre, por su pecho y por su vientre. Finalmente, se levantó y tomó a José Luis Ugarte de la mano para llevarlo hasta el dormitorio. Al entrar, Cati encendió la luz.

–No me gusta hacerlo a oscuras.

Antes de tenderse en la cama, ella le quitó los *slips*. José Luis Ugarte se vio, antes de que fuera consciente de ello, acostado y con la cabeza de la mujer entre sus piernas. Cerró los ojos. Pero el vacío de su mente se pobló de imágenes que proyectaban los minutos siguientes con Cati: él se limitó a reproducir, a continuación, lo que esas imágenes le dictaban, igual que si estuviera hipnotizado por un poder superior que le diera órdenes que no pudiera desobedecer.

Tomó la cabeza de Cati y la acercó a la altura de su rostro. La besó en los labios, ansioso por la curiosidad de conocer el sabor de esa piel y de ese cuerpo. Sus lenguas se juntaron en

agradable caricia mientras él empezó a temer que la noche iba a ser corta para saciar el deseo que lo había invadido hasta anular su voluntad.

* * *

José Ángel Esquivias siguió permaneciendo absolutamente sereno tras la exposición por parte de Francisco Sáenz del plan de respuesta que había aprobado el Comité de Crisis del Banco General de Pagos.

–Sabemos que no es lo que muchos esperarían. Pero, en función de nuestras posibilidades, es la única opción viable. Ya hemos puesto ante las autoridades las denuncias pertinentes y hemos reforzado nuestros mecanismos de seguridad para que no vuelva a repetirse lo sucedido. Ahora, debemos centrarnos en los clientes de mayor volumen... Que son los que pueden sufrir mayor perjuicio.

–¿Qué quiere que le diga? –dijo José Ángel Esquivias–. Me parece una estrategia sensata. Y mi despacho estará dispuesto a ayudarle en ella.

–Creo que nos entendemos, señor Esquivias. Así que me voy a atrever a plantearle una cuestión que, hasta ahora, no sabíamos cómo abordar pero que, tras conocerle, me doy cuenta de que puede ser usted la persona adecuada para afrontarla.

–¿De qué se trata?

–Como puede imaginar, dentro del grupo de clientes especialmente afectados, hay un segmento delicado. Muy delicado. Un segmento con el que no querríamos estar enfrentados. Que no quisiéramos que percibieran que nos hemos desentendido de ellos. Querríamos que estuvieran convencidos de que nos hemos preocupado por buscarles una solución. Lo que ocurre es que no podemos contactar directamente con ellos. Nosotros, como entidad bancaria, no podemos comunicarnos con determinados tipos de clientes. Clientes cuya actividad resulta, ¿cómo puedo denominarla...?

–¿Heterodoxa?

–Sí, me gusta... Heterodoxa... Efectivamente. Heterodoxa. ¿Ha comprendido a qué me refiero?

–Sí, por supuesto. Se refiere a actividades que es mejor no declarar ni reconocer...

–Exacto. Como le he dicho, el Banco General de Pagos no puede ponerse en contacto con esas personas. Pero creo que usted sí podría.

–Comprendo.

–¿Cómo lo ve?

–Yo estoy completamente de acuerdo con su planteamiento. Y estoy de acuerdo en colaborar con ustedes. Lo que ocurre es que tendremos que negociar la retribución por nuestros servicios...

* * *

José Luis Ugarte empezó a lamer los pechos de Cati. Percibió como sus pezones se iban endureciendo mientras su lengua realizaba movimientos circulares en torno a ellos. La mujer empezó a respirar agitadamente. Y lo hizo aún más cuando la lengua de él fue descendiendo lentamente hasta recorrer sus ingles, sus muslos y llegar, finalmente, al centro húmedo y palpitante por el que creía morir si no empezaba a explorarlo y probarlo con afán hambriento y animal.

Cati lo hizo parar un momento. Se acercó a la mesilla de noche, abrió el cajón superior y sacó de él un preservativo. Se lo dio a José Luis para que se lo pusiera. A continuación, ella dejó que él se tendiera en la cama y se colocó encima suya, haciendo que su cuerpo fuera descendiendo para permitir que la erección la fuera penetrando poco a poco, dulce y suavemente. José Luis sintió que su conciencia se evaporaba y se aferró con sus manos a las caderas de Cati, que había iniciado un delicado movimiento rítmico que fue intensificando progresivamente.

Las manos del hombre parecían haber ido adquiriendo vida propia y empezaron a recorrer los muslos, las nalgas y los pechos de la mujer. Para ambos, el mundo había desaparecido y se había condensado íntegramente en la sensación de placer que los absorbía y unificaba.

–Sigue así, Cati, sigue así... Quiero que esto no acabe nunca...

* * *

José Ángel Esquivias y Francisco Sáenz llegaron pronto a un acuerdo.

–Ustedes ya reciben una comisión del IIB por los fondos captados con la mediación de su despacho –dijo Francisco Sáenz–. A partir de ahora, sumaremos un punto al porcentaje que perciben. ¿Qué le parece?

–Me parece que es suficiente incentivo para emprender el trabajo propuesto.

A partir de ese momento, la gran dificultad consistía en hallar una vía para comunicarse con los clientes cuya actividad era, como habían acordado denominar, heterodoxa. Pero José Ángel Esquivias sabía cómo llevar a cabo la tarea. Por un lado, estaban aquellos que habían llegado al IIB a través de su propio despacho. Con estos, no iba a haber problema para cumplir los propósitos acordados con Francisco Sáenz. Por otro lado, conocía a Adolfo Bello, el abogado que, en su misma ciudad, tenía la fama de ser un asesor y un enlace eficaz de grupos oscuros y problemáticos.

–Como verás, Adolfo, la propuesta del Banco General de Pagos es muy interesante. Pueden ofrecer una ayuda valiosísima a todos aquellos clientes que pueden resultar gravemente perjudicados por la filtración de datos del IIB. Y tanto tú como yo conocemos a gente que puede necesitar de esa ayuda más que nadie...

–No lo sé... Déjame que piense. Si me acuerdo de alguien, ya te...

–Adolfo, vamos a dejarnos de rodeos, ¿vale? Estamos entre colegas. No creo que haga falta que me trates como a un novato. Sabemos perfectamente de quiénes estamos hablando... Tú puedes darme una lista de mis clientes complicados y yo podría darte una lista de los tuyos. ¿Por qué no hablamos alto, claro y sin tapujos?

Adolfo Bello sonrió ante la contundencia de las palabras de su colega. A pesar de ello, tardó en avenirse a dar un sí nítido a la proposición.

–Está bien. Tienes razón. No tiene mucho sentido que mantenga tantas reservas contigo. Intento ser discreto. Lo más discreto posible. La naturaleza de los asuntos que manejamos, así lo exige. Pero tengo que admitir que la oferta que me has hecho merece la pena. Ya había llegado a mis oídos algo del tema del IIB. Y algunos de mis clientes me habían llamado sumamente preocupados.

–Con lo que te he propuesto, podrás resolver las preocupaciones de tus clientes antes de que las mismas vayan a más.

–Pues la verdad es que te doy la razón. Siempre me habían hablado muy bien de ti, Adolfo...

–José Ángel.

–Eso, Jose Ángel. Siempre me habían hablado muy bien de ti. Y por lo que veo, quienes lo hicieron tenían toda la razón.

* * *

José Luis Ugarte descubrió que la vida podía estar libre de restricciones ficticias y trabas autoimpuestas, que podía ser una senda recorrida por un aire libre y fresco, por un aire ausente de suciedad e impureza. Sintiendo su piel recorrida por un sudor gozoso y placentero, atravesada por una corriente eléctrica que nunca antes había llegado a imaginar, se dio cuenta de que toda su biografía hasta ese momento era una mera sarta de falsedades que sólo lo habían conducido a que su mente estuviera hueca y su alma, extraviada.

Ahora, había descubierto que había horizontes bañados en una luz clara y cristalina. Que podía haber instantes en que cualquiera, desnudo de todo un pasado sucio y polvoriento, podía encontrar un presente desprovisto de cadenas y pesos muertos y podía esbozar un futuro libre de cualquier huella ominosa o de cualquier rescoldo vergonzante.

Las manos de Cati estaban apoyadas en el pecho de José Luis mientras ella seguía agitando su pubis contra el de él. Los gemidos de placer de ambos se entremezclaban formando una sinfonía aparentemente espontánea pero regida por una lógica estricta y demoledora. Tanto José Luis como Cati se habían dejado arrastrar por ella, intentando encontrar una carretera abierta en medio de la oscuridad de la noche.

* * *

Esa tarde, a las cuatro y media, José Ángel Esquivias volvía a reunirse con Francisco Sáenz en la cafetería del Hotel Luxe Star.

–Le puedo dar buenas noticias. Dentro de una hora, me reúno aquí mismo con el emisario de los clientes cuya actividad es... heterodoxa.

Francisco Sáenz no pudo disimular que se había asustado ante la expectativa de coincidir con el emisario anunciado por José Ángel Esquivias. Si alguien lo veía con él, podía ser para el

futuro un testigo molesto que estableciera una conexión directa entre el banco y el cenagal que querían eludir a toda costa. José Ángel Esquivias se dio cuenta de la reacción del directivo.

–No se preocupe. En media hora, habremos acabado y podrá irse antes de que venga esa persona.

–Eso espero. Si hemos puesto toda nuestra confianza en usted, ha sido para evitar enfangarnos en reuniones y conversaciones que pudieran comprometer la integridad de nuestra entidad...

–Eso no ocurrirá, Francisco. Le reitero que se tranquilice. Una vez que haya hablado con este emisario, podremos actuar con total seguridad. El propósito de nuestro acuerdo se habrá cumplido en su integridad. Y en un lapso de tiempo verdaderamente breve.

Francisco Sáenz se marchó mucho antes de lo previsto. José Ángel Esquivias tuvo que esperar tres cuartos de hora antes de que llegara la persona que estaba esperando. Esta resultó ser un anciano distinguido, vestido con un elegante traje blanco, hecho a medida, y un bastón de empuñadora dorada. Se presentó mostrando unos modales exquisitos y refinados. Se sentó junto a él y, con una sonrisa afable y bondadosa en su rostro, pronunció sus primeras palabras.

–Buenas tardes, señor Esquivias. Creo que mi primera obligación con usted es presentarme como es debido. Mi nombre es David Berenger.

* * *

El cuerpo de José Luis Ugarte explotó en una eyaculación que a él le pareció casi eterna. Tomó las manos de la mujer y empezó a acariciarlas y besarlas, en parte como señal de cariño, en parte como gesto de gratitud por haberle devuelto la convicción de que cualquier vida podía ser reconstruida aunque fuera sobre cimientos frágiles e inestables.

15

–Hemos conseguido menos de lo que esperábamos –dijo Ana Valbuena–. Es verdad que hemos podido dar con la tarjeta de crédito que utilizó ese tal Julio. Pero resulta que es una tarjeta emitida por un banco del Enclave. Por tanto, no tenemos forma de investigar sobre datos bancarios o movimientos de cuenta. Eso sí, en el justificante firmado por él, aparece el nombre de “Julio O. Melero”.

–Esa “o” tiene que ser un apellido, ¿no? –dijo Carla Robles–. ¿Qué nombre puede empezar por esa inicial?

–En principio, sí –dijo Ana Valbuena–. Vamos a partir de esa hipótesis para rastrear en nuestras bases de datos...

–Debemos contar con que no aparezca en ellas –dijo Méndez–. Parece ser que es una persona joven, que anda con mucha tranquilidad y sin ocultarse demasiado... Eso significa que no se siente presionado por una posible persecución policial... Es decir, no podemos dejar de seguir buscando en otras direcciones...

La jornada había sido larga. Al comienzo de ellas, había grandes expectativas. Al final, sólo había habido un pequeño avance.

–Creo que lo mejor es que nos vayamos ya a descansar –dijo Méndez–. Seguro que mañana damos un paso más en nuestra búsqueda.

Todos empezaron a recoger pero, antes de marcharse, se formaron dos grupos de personas que empezaron a conversar entre ellas. Por un lado, Silva, Osorio y Robles. Por otro, Méndez, Valbuena, Pérez, Ceballos y Salvador. Carretero quedó en medio de ambos. Simulaba que aún estaba ordenando sus papeles pero, en realidad, estaba sopesando a cuál de las dos conversaciones se iba a sumar. Después de dudar durante un buen rato, Carretero acabó por unirse a la charla entre los miembros de la Brigada.

–¡Miren a ese cabrón! –dijo Silva–. Se arrima a quienes ve más cerca del poder y de los poderosos... Está claro que nos ve como tres montones de mierda sin importancia... Por cierto, ya saben las dudas que tengo sobre cuál va a ser la actitud final de la Brigada ante los resultados de la investigación. Así que creo que podemos intentar tomar alguna ventaja. Pasemos de bases de datos y probemos con preguntar a nuestros compañeros sobre quién puede ser ese Julio O. Melero. Hagámoslo con discreción. E intentando que no trascienda que estamos haciendo preguntas. Consultemos sólo a gente de plena confianza. ¿De acuerdo?

–De acuerdo, jefe –dijeron al unísono Osorio y Robles–.

–Mañana, Gómez ya estará aquí. Con él, seremos cuatro y podremos mejorar el control de la situación. Seremos seis contra cuatro.

–Incluye a Carretero dentro del, llamémosle, grupo rival, jefe... –preguntó Robles–.

–Exactamente. Carretero no es nuestro aliado. Métanse eso en la cabeza.

La oficina estaba ya prácticamente vacía cuando Méndez y Carretero se acercaron a Silva.

–Vamos a tomar algo antes de irnos a cenar –dijo Méndez–. Creo que nos vendrá bien...

Silva aceptó a regañadientes aunque mostró su mejor sonrisa a sus dos compañeros. Parecía ser que él no acababa de ser una mierda o, a lo mejor, tenía más importancia de la que pensaba.

* * *

–En el camino de vuelta a la comisaría –dijo Méndez–, he estado pensando sobre lo que hemos hecho en los últimos días. Y no acabo de estar satisfecho.

Apenas había tres o cuatro clientes más en el bar. El lugar lo había recomendado Carretero: un establecimiento elegante en el centro de la ciudad que, a esa hora, en mitad de semana, no iba

a estar especialmente concurrido. Méndez había elegido un vermú blanco, Carretero, whisky con cola y Silva prefirió una cerveza.

–Tenemos una única línea de investigación y eso nos hace estar en la cuerda floja con el caso. Si no llegamos a saber quién ese Julio, estaremos como al principio.

–¿Qué propone? –preguntó Silva–.

–Hay que intentar tender una trampa a ese tal Julio...

–Una trampa, ¿cómo?

–Razonemos según la mentalidad de ese tipo. Va a intentar ponerse en contacto con gente que tiene su dinero en el Enclave. Hemos pensado que, entre los chantajeados, puede haber gente de la Costa que tiene allí cuentas bancarias... Intentemos sondear a posibles candidatos para ver si se han comunicado con él... Si alguno lo admite, intentemos que colabore con nosotros: a cambio de su ayuda, le ofreceremos obtener un trato favorable de las autoridades...

Silva dibujó un gesto de suspicacia en su rostro. Dio un sorbo a su vaso y meditó si debía exponer o no sus recelos. Intuyó que Méndez y Carretero habían tramado algo, así que decidió tirar del hilo con cuidado para ver hasta dónde llegaba.

–Hay una cosa que no entiendo. Si alguien acepta colaborar con nosotros, está reconociendo su culpa. Mientras que no reconozca nada, no tiene necesidad de llegar a ningún acuerdo con nosotros.

–Debemos atacar con decisión –dijo Carretero–. Debemos dar por sentado con quien hablemos que está siendo objeto de una investigación, que tenemos pruebas y que no tiene otra opción.

–Carretero, la gente no es tan ingenua. Puedes ir de farol en partidas rápidas. Si la partida se alarga, los faroles se vienen abajo. Y esta partida no creo que sea especialmente breve.

–Hemos pensado en algo –dijo Méndez–. Bueno, más bien en alguien. En José Carrasco.

–¿El propietario de Puerto Sol?

–Sí. Veamos. Está acusado de homicidio, fraude fiscal, fraude contable, fraude societario, sobornos, conspiración para alterar el precio de las cosas... Está claro que tiene pocos puntos fuertes a los que agarrarse.

–Pero nos consta que no sabía quiénes estaban detrás de Inmobiliaria y Promotora Villar y de Life & Building Project...

–No importa. Partiendo de que no lo supiera, sí que ha participado en la corrupción de muchos alcaldes de la Costa... Es decir, conoce a potenciales candidatos para el chantaje de Mark Cortés...

–¿Cuál es vuestro plan?

–Ofrecerle una rebaja de condena y el sobreseimiento de parte de los cargos a cambio de su colaboración –dijo Carretero–. Dicha colaboración consistirá en ponerse en contacto con sus viejos conocidos y tantear si han sido chantajeados ya o no. En caso de que la respuesta sea positiva, les dirá que tiene el dinero para hacerse con la información e intentará sellar un pacto con ellos.

–¿Qué pacto?

–Les exigirá que presionen para que él obtenga una sentencia lo más favorable posible... ¿No es irónico? –Carretero empezó a reír–. Va a pedir lo que ya habría conseguido de nosotros... Me parece hasta poético.

–Tú no tienes ni puta idea de lo que es poético o no, Carretero –dijo Silva, antes de dar un último sorbo a su vaso de cerveza–. Bueno, a mí no me parece mal el plan. Si lo de ese Julio O. no va a ninguna parte, esto que me habéis explicado puede ser una buena opción para avanzar... Por mí, adelante.

–Perfecto –dijo Méndez–. Mañana, lo hablamos con el resto del equipo.

Los tres policías pagaron y salieron del bar. Silva se despidió de sus dos compañeros y se dirigió hacia donde estaba su coche aparcado. Antes de irse al hotel donde estaba alojado, Méndez tuvo una breve conversación con Carretero.

–Ha sido más fácil de lo que pensábamos –dijo Méndez–.

–Ya le he dicho que Silva es más ingenuo de lo que él mismo cree. Sin embargo, hay algo que me preocupa.

–¿Qué es?

–¿Qué va a suceder cuando Silva descubra que no vamos a utilizar la información que Mark Cortés ha robado del IIB?

* * *

Tomás Silva fue hasta la casa de Carla Robles. Cuando ella le abrió, mostró una amplia sonrisa pero, cuando vio el gesto serio que había en el rostro del inspector, se dio cuenta de que el motivo de la visita no tenía nada que ver con hacer posible un encuentro agradable entre ambos.

–Carla, ¿puedes salir un momento a la calle para que hablemos?

–Sí, claro que sí.

Ella se puso una rebeca de hilo que estaba colgada en una percha colocada a la entrada de la vivienda, cogió las llaves y, cerrando la puerta, fue escaleras abajo junto a Silva. En una plaza que estaba frente al bloque de pisos donde vivía Carla Robles, Silva encendió un cigarrillo.

–Acabo de estar con Méndez y Carretero. Han ideado un plan B para el caso de que la búsqueda de Julio O. Melero no dé resultado. Vamos a ofrecer un acuerdo a José Carrasco para que nos ayude...

–¿Qué tiene de extraño ese plan?

–¿Por qué no han pensado en ofrecer el mismo acuerdo a Francisco Poveda?

–Bueno, él ya te dijo que no quería colaborar...

–Sí. Pero eso sólo lo sabemos nosotros. No se lo hemos contado a ellos.

Carla Robles enarcó las cejas: había caído en la cuenta de lo que Silva quería decirle.

–Tenemos que tener cuidado –dijo Silva–. Nos están espiando.

16

Mark Cortés no esperaba volver a ver tan pronto a Julio. Jacobo tampoco creía que se fuera a producir esa misma noche un encuentro entre los tres. Por ello, recelaba de los motivos de la reunión. Sabía que Julio era un tipo imprevisible. Y, además, listo. Una combinación peligrosa para su seguridad. Jacobo había trazado sus propios planes y cuanto más rápido pasara el tiempo y menos citas hubiera, menos sorpresas encontraría en su camino para alcanzar el objetivo que se proponía. No podía contrariar los deseos de Julio pero tenía que estar en guardia: cualquier movimiento inesperado podía caer contra él de improviso y arruinar sus expectativas. Todo parecía tranquilo en ese momento. Julio estaba escribiendo en su libreta y parecía estar anotando los puntos que iba a tratar. Pero todo podía cambiar en pocos segundos.

–No esperaba que vinieras, Julio –dijo Mark–.

Julio dejó el bolígrafo sobre la mesa y tomó aire. Empezó a hablar con cierta solemnidad, que podía resultar tanto desconcertante como premonitoria.

–¿Por qué no? Son los acontecimientos los que van marcando mis decisiones. Esta vez, los acontecimientos han dictado que esta noche nos teníamos que ver.

–¿Ha sucedido algo? –preguntó Jacobo–.

–¿Por qué tenía que haber sucedido algo? –preguntó, a su vez, Julio–.

–No lo sé. Has sido tú quien ha hablado de acontecimientos...

–Sí. He hablado de acontecimientos. Pero los acontecimientos pueden ser fútiles o intrascendentes. A lo mejor, sólo funcionales.

–No te comprendo, Julio –dijo Jacobo–.

–No hace falta que me comprendas. Lo cierto es que las negociaciones van avanzando. He echado la bola a rodar. El gallinero ya empieza a agitarse.

–Pero, ¿alguien se ha comprometido a pagar? –dijo Jacobo–.

–No se trata de eso –dijo Mark–. Julio ya nos dijo que esto iba a ser un proceso lento. Lo importante es que hemos empezando a tocar a las personas clave...

–Exactamente, Mark, de eso se trata –dijo Julio–. Una vez que la noticia corra, será cuestión de esperar que alguien pague.

–Pero las fuerzas de seguridad nos tienen que estar buscando –dijo Jacobo–. Si dejamos pasar demasiado tiempo, nos pueden acabar localizando y deteniendo...

–¿Sí? ¿Tú crees? –dijo Julio–. ¿Para qué? Para decir que sus jefes están metidos en asuntos sucios... Créeme, Jacobo: no les van a dejar que nos persigan con excesivo ahínco.

–¿Y si no son fuerzas de seguridad? –dijo Jacobo–. ¿Y si son los chantajeados los que nos mandan un grupo de matones para que acabe con nosotros? ¿Has pensado en eso?

–No sólo he pensado en eso, ya he detectado al primero de los matones –dijo Julio–.

Mark Cortés dio un respingo y no pudo evitar preguntar sobre ello.

–¿Qué estás diciendo, Julio? ¿Qué ha sucedido?

–Desde que huiste del Enclave, Mark, observé que alguien me seguía. Al principio, pensé que eran simplemente unos pensamientos paranoicos por mi parte. Después, comprobé que no era una alucinación. Vi a la misma persona en cinco sitios distintos.

–¿Quién era? –preguntó Mark–.

–No sé quién era. De hecho, no me importa. Cualquier desgraciado a quien le encomendaron la tarea equivocada... Hace unos días, me dediqué a dar vueltas de un sitio para otro y acabé en un polígono industrial donde casi todas las naves están abandonadas... Ya sabéis, la crisis. Fui de un sitio para otro y, claro, el otro automóvil tuvo que mantener la distancia. Eso me dio tiempo para, en un momento dado, bajarme del coche y esperar a que el otro vehículo llegara. Tenía una palanca en las manos. Lo recibí con un golpe con todas mis fuerzas en la luna delantera. Se quedó desconcertado y me dio tiempo de dar otro golpe al cristal del lado del conductor. Ese cristal quedo hecho añicos. Le apunté con mi pistola a la cabeza y el pobre ya estaba en mis manos. Lo metí en el maletero y lo llevé hasta una nave en ruinas en las afueras de la ciudad.

Julio iba dibujando en su libreta, de forma esquemática, los movimientos que iba describiendo: trazaba el plano del polígono industrial y representaba el movimiento de los coches con líneas discontinuas; dibujaba un coche y señalaba con cruces los lugares donde golpeó con la palanca; dibujó el grado de ruina de la nave donde se desarrolló el acto final de la historia... Mark observaba los trazos de Julio en el cuaderno. Jacobo no apartaba sus ojos de los ojos del narrador de la historia.

–Como os dije, no sé quién era. No me importaba. Lo que me importaba era quién le mandaba. Eso era lo verdaderamente crucial. Se resistió. Así que lo tuve que torturar para que confesara.

Mark dio un respingo. Jacobo no se inmutó: parecía una figura de cera que se hubiera solidificado con las palabras que había pronunciado Julio.

–Por supuesto, confesó. ¿Sabéis que me contó? Así que resulta que hay quienes saben la historia de la información robada por Mark y pretenden conseguirla sin contar con nosotros. ¿Para quién trabajan esos sujetos? Pues para el bufete León-Sanmiguel... Bueno, he de hacer una precisión. He dicho que pretendían conseguir la información sin contar con nosotros. Pero eso es inexacto. Pretendían conseguirla sin contar con Mark ni contar conmigo. Ahora bien, sí pretendían contar con otra persona. De hecho, es esa persona quien les puso sobre nuestra pista.

Jacobo sacó una pistola del bolsillo de su chaqueta, agarró a Mark por el cuello y le apuntó a la cabeza.

–Ya está bien de gilipolces. Ahora, Julio, coge tu pistola, descárgala y arrójala al sofá. Si haces algún movimiento brusco o intentas hacer alguna tontería, le vuelo los sesos a tu amiguito. ¿He hablado claro?

Julio no respondió. Se limitó a cumplir la orden dada por Jacobo. A Mark, casi no le había dado tiempo de reaccionar. Su rostro sólo era capaz de mostrar una expresión de terror mudo mientras el sudor empezaba a resbalar por su frente.

–¿Qué os creáis? Que iba a dejar que dos maricones se acabaran llevando casi toda la pasta de este asunto... Os equivocáis. Ahora, soy yo quien tiene la sartén por el mango. Y tendréis que hacer lo que yo diga. Para empezar, me vas a ir diciendo con quién has contactado... Me vas a informar de nombres de personas, de números de teléfono... Venga, rapidito, que no tenemos toda la noche.

Julio seguía sin hablar. Arrancó una hoja de su libreta y empezó a escribir lo que Jacobo le exigía. Se tomó su tiempo. Se paraba, a veces, a pensar. Se detenía a buscar números en la agenda de su móvil. Finalmente, anunció que había terminado.

–Aquí está. ¿Qué quieres que haga?¿Me acerco para darte la hoja?¿Te la dejo en la mesa?

Jacobo estaba desconcertado por la absoluta tranquilidad de Julio. Tan desconcertado que no sabía qué responder.

–Déjala al borde de la mesa –dijo tras unos segundos de reflexión–. Ahora, Mark, nos vamos a acercar muy despacio. Vas a coger la hoja y, con mucho cuidado, la vas a meter en el bolsillo de mi chaqueta. ¿De acuerdo? Al menor movimiento, la cabeza de Mark va a tener un agujero de entrada y otro de salida. Así que mucha calma, ¿eh?

Realmente, quien necesitaba calma era Jacobo. Y Julio había reparado en ello. Mark se aproximó a la mesa y, con una mano temblorosa, tomó la hoja y la llevó a donde Jacobo le había dicho. Julio aún conservaba en sus manos el bolígrafo con que había estado escribiendo toda la noche, detalle en el que Jacobo no había reparado. Mientras este se distrajo un

momento observando cómo Mark guardaba la hoja de papel, Julio realizó un veloz movimiento con el brazo y, blandiendo el bolígrafo, se lo clavó en el ojo derecho a Jacobo quien, al levantar la cabeza ante la sorpresa, ayudó a que su rival cumpliera con el propósito de su maniobra. Mark cayó al suelo, presa de un ataque de nervios. Jacobo seguía de pie, realizando movimientos convulsos por el dolor y vociferando como una bestia herida por el rifle de un cazador. Julio se acercó velozmente a él y le dio un golpe en la mano, cayendo la pistola al suelo. Le agarró la cabeza y le sacó el bolígrafo del interior del globo ocular pero sólo para volvérselo a clavar con saña en el ojo izquierdo, lo cual provocó que se desplomara entre estertores y chillidos amorfos. Julio fue a por un cojín del sofá, recuperó la pistola caída, apretó el cojín contra la cabeza de Jacobo y empezó a disparar hasta dejar vacío el cargador. De repente, se hizo el silencio.

Julio empezó a buscar en la chaqueta de Jacobo. Mark estaba paralizado. No era capaz de asimilar lo que había presenciado y luchaba desesperadamente por encontrar una salida al bucle mental en el que se había sumido.

—¿Por qué has hecho eso?—dijo Mark con la intención de desbloquear su pensamiento y de iluminar la bruma que le acechaba—.

—Necesitaba revisar su móvil—dijo Julio fríamente—.

—Pero, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Recoge tus cosas que nos vamos. Este ya es un sitio peligroso. Alguien puede haber oído los gritos de este cerdo y, en cualquier momento, la poli puede venir por aquí a husmear.

Julio comprobó cuáles habían sido las últimas llamadas de Jacobo. Dio con el número que estaba buscando. Lo marcó con su propio móvil y esperó que alguien respondiera.

—¿Sí?

—Buenas noches. Llamaba para avisarles de que, a partir de ahora, no será Jacobo quien negocie con ustedes. Seré yo. Próximamente, tendrán noticias mías. No intenten ponerse en contacto conmigo. Yo seré quien se ponga en contacto con ustedes.

Julio cortó la llamada. El cojín cubría aún el rostro de Jacobo. No quería ver cómo había quedado el rostro del traidor. Recordó la playa en la que había estado tras matar a aquel otro desgraciado. Empezó a odiarla. Empezó a pensar que nunca existió.

Capítulo tercero

1

–Yo soy, aproximadamente, lo que aparento –dijo Pablo Bernal–. Ni más ni menos. Muchos de mis adversarios, me acusan de maquiavelismo. De ser un artista de las maniobras, de los apaños, de los trucos de tahúr... De que, para mí, el fin justifica los medios. Nunca he respondido a esas críticas. Porque considero que llevan razón. La política ofrece escaso margen. Menos margen del que todos piensan. Y en ese espacio tan estrecho, –Pablo acercaba en el aire las palmas de ambas manos, intentando dibujar en el aire su lugar de trabajo– se juega con patadas en las espinillas, golpes bajos y juego sucio. Es lo que hay. Y quien piense otra cosa, se equivoca.

Esteban Miranda, a esa hora de la madrugada, se esforzaba por mantenerse despierto y prestar atención a lo que decía su jefe.

–Pero hay veces en que hay que saber mirar más allá de ese campo de fútbol enlodado y lleno de agujeros donde nos proponemos meter goles al contrario –continuó diciendo–. Cuando fui el número dos de Claudio en el Ministerio de Asuntos Sociales, tuve que ir un día a inaugurar un centro de atención a minusválidos en un barrio del extrarradio de la capital... No pasaba semana en que no leía un informe demoscópico o una encuesta de opinión que no dijera que, aunque la gente estaba cabreada, la indignación se mantenía dentro de determinados límites... Pero ese día me topé, sin esperarlo, con tres grupos que protestaban por diferentes motivos. Estaban quienes protestaban por la pérdida de sus ahorros por culpa de las quiebras bancarias. Había otro grupo de personas que habían sufrido desahucios hipotecarios. Y había un grupo de parados que exigían la adopción de medidas para mejorar la situación económica. No era la primera vez que me encontraba con situaciones de ese tipo. Pero, en esta ocasión, había algo que ningún informe, encuesta o estadística puede describir. Vi las caras de la gente. Vi rostros crispados. Diría que desesperados. Eran gente que había perdido la esperanza de hallar soluciones a sus problemas. Que sabían que sus vidas se habían malogrado para siempre. Y que el mal causado ya no tenía remedio. Y tuve miedo. Nunca he tenido miedo en trances parecidos. Pero esa mañana te juro que casi me cago en los pantalones.

Esteban Miranda no pudo evitar sonreír. Pablo Bernal también se rio. Con más ganas incluso que su subordinado.

–¿Te imaginas? Titular de las noticias a las tres de la tarde: Viceministro de Asuntos Sociales se caga en los pantalones... Hubiera sido mi ruina política.

–No creas... Esas cosas humanizan...

–Esas cosas te hunden en la consideración de los ciudadanos. Pues ese día tuve miedo. Y me di cuenta de que había algo que se nos había escapado. Algo que no habíamos sabido percibir a tiempo. Unos cuantos días después, decidí no pisar el despacho. Estuve veinte horas dando vueltas por la capital. Empecé visitando unas cuantas oficinas de desempleo. Vi colas enormes,

escuché lo que decían... Era una especie de ira sin ilusión, de angustia obsesiva, de estupefacción enrabiada, de irritación buscando una dentellada que lanzar... Estuve por varios polígonos industriales... Vi naves abandonadas, trabajadores protestando porque no habían cobrado sus salarios, personas que iban de empresa en empresa intentando hallar un trabajo disponible... Visité comedores sociales, a la hora del almuerzo y a la hora de la cena... Vi que allí estaban acudiendo universitarios, profesionales en paro con más de veinte años de experiencia que ahora no tenían esperanza de conseguir un empleo, familias enteras que, unos meses antes, eran de clase media y que ahora tenían que mendigar un plato de comida... Por la noche, vi gente rebuscando en los contenedores donde los supermercados arrojaban comida caducada o donde los restaurantes tiraban las sobras... Cuando volví a mi casa, no era capaz de asimilar todo lo que había contemplado. Jamás imaginé que pudiera ver algo así.

—Pero los medios de comunicación hablaban de todo eso de lo que hablas...

—Los medios de comunicación hablan de eso, del último ligue del futbolista famoso de turno y del cantante adolescente que han pillado fumándose un porro o cogiendo una borrachera descomunal... Todo forma un *totum revolutum* de difícil interpretación... No puedes calibrar qué es falso y qué es verdadero, qué es importante y qué es irrelevante, qué es sensacionalismo y qué es rigurosidad... Cuando lo ves con tus propios ojos, todo es distinto. No hay filtros, no hay nada que intermedie en la percepción de los hechos... Estuve todo un fin de semana reflexionando. Y llegué a una conclusión que no podía quitarme de la cabeza —Pablo Bernal se tocó varias veces la frente con el dedo índice de su mano derecha—. La conclusión era que todo se iba a ir a la mierda... Que esto no era una crisis más. Que algo se había hecho rematadamente mal y no iba a salirle gratis al país. Y me preocupé. Me preocupé muy seriamente. Porque entre los ministros o entre los diputados, fueran del partido que fueran, no acababan de ser conscientes de lo que teníamos entre manos...

—Pero, según tú, Claudio Montellano sí era consciente...

—Pensé que lo era. Pensé que quería llegar a ser Primer Ministro para hacer los cambios que había que hacer. Esta noche, me he dado cuenta de que no es así. Quiere aprovechar la situación para conquistar el poder como todos. En el fondo, si hablas con gente del Partido Moderado, del Partido del Progreso, del Partido Renovador o de Alternativa, todos sueltan el mismo tipo de discurso: votadnos que nosotros arreglamos esto. ¿Pero cómo piensan arreglarlo? Cuando se llega a ese punto, se acumulan las obviedades, las ambigüedades, las imprecisiones y la impresión de que nadie tiene un plan mínimamente coherente... En realidad, a nadie le importa un pimiento tenerlo. El único pensamiento es utilizar la crisis como arma para llegar al gobierno. No hay quien tenga una idea cabal de lo que nos estamos jugando...

—Bueno, según tú, eso es la política.

Pablo Bernal miró a Esteban Miranda con aire de desesperación e impotencia. No sabía qué decir. Cuando habló, giró la cabeza hacia el cielo, esperando, quizás, que una idea milagrosa cayera en su cabeza y resolviera los dilemas que Esteban le iba a plantear.

–Tienes razón. Para mí, eso es la política. Pero cuando está en peligro la política misma, todo cambia. Si te dedicas a esto, hay que tener la mínima inteligencia para detectar el peligro que nos acecha.

–Te van a llamar iluminado...

–A lo mejor, soy un iluminado. Pero la situación es tan grave que hacen falta algunos iluminados que adviertan de lo que está en juego. Yo no soy ningún revolucionario. Yo soy una persona de orden. Y lo que está amenazado es que exista un mínimo orden. El país se deshace. Y, quizás, lo que quede al final de ese orden sea una mera cáscara que cubra el vacío, la nada, los escombros de lo que fue.

Esteban se mordió los labios. Hasta cierto punto, le superaba lo que Pablo Bernal le había acabado de explicar. Así que decidió centrarse en la vertiente práctica de lo que su jefe le había hablado.

–¿Has dicho que vamos a tener que traicionar a Claudio Montellano?¿Cómo vamos a hacerlo?

–Vamos a conseguir la información que han robado del IIB. Pero le vamos a dar un uso distinto al que Claudio espera. Tenemos que llegar a un acuerdo con Carlos Peña para que nos sirva de apoyo. En un momento dado, abandonaremos la campaña de Claudio y denunciaremos su inclusión en los ficheros de dicha entidad. La de él y la de otros muchos miembros del Partido Moderado y del Partido del Progreso. Me presentaré a las primarias del partido e intentaré ganar la candidatura...

–Espera, espera, espera... Vas muy deprisa. ¿Nos va a dar tiempo de presentarnos a las primarias?

–Sí. Según el reglamento interno, te puedes incorporar a la carrera a la mitad... Claudio Montellano tendrá que renunciar y los compromisarios que haya conseguido pasarán a nuestro bando...

–Lo que propones es muy arriesgado.

–Lo sé. Pero es posible hacerlo.

–Vamos a reventar a los dos principales partidos del país...

–Sí. Es la única opción que tenemos. Una vez ganada la candidatura del Partido Moderado, propondremos al Partido Renovador el mismo pacto que Claudio le ofreció... Seguro que lo aceptan. Y te digo más. Posiblemente, hasta una facción del Partido del Progreso se puede unir a nosotros. En las elecciones legislativas, habrá dos opciones políticas: nosotros o Alternativa. Arrasaremos.

Esteban Miranda sintió un oscuro vértigo. Si los planes de Pablo Bernal salían como estaban diseñados, se iba a convertir en el Primer Ministro con la mayoría absoluta más amplia de toda la historia de la democracia en el país. ¿Podía confiar en su jefe?¿Sus intenciones eran sinceras?¿De verdad que quería solucionar los problemas de los ciudadanos o sólo pretendía acceder a la jefatura del gobierno aprovechando las circunstancias propicias que se le habían

presentado casi por azar? Al no poder responder a esas preguntas, su vértigo se hizo aún más oscuro.

2

David Berenger hablaba lentamente y en voz baja. Sin embargo, su discurso era una salmodia continua que impedía al interlocutor decir una sola palabra a menos que él le preguntara o le dejara decir algo. A José Ángel Esquivias empezaba a acosarle la impaciencia: la reunión se prolongaba más tiempo del esperado y aún no habían tratado el tema principal para el que la habían concertado.

–Mis representados, al final, tuvieron un importante quebranto por las frustradas operaciones de compra de las viviendas de lujo de Inmobiliaria y Promotora Villar –dijo David Berenger–. Quebranto del que aún no se han podido recuperar. Yo fui uno de los encargados de evitar que ese quebranto se hiciera efectivo. Pero, por desgracia, no quisieron seguir mis consejos. Ellos están acostumbrados a actuar con la fuerza, la violencia, las acciones directas... En su mundo, así es como suelen resolver los problemas. Pero fuera de ese mundo, la táctica debe ser distinta. Todo debe ser más sutil y sibilino. Usted se acordará de que, hace un año, una serie de incidentes sacudieron su ciudad...

–¿Me habla de la muerte de siete policías y del incendio en el Parque Empresarial Futurtec?

–Sí, entre otros hechos que provocaron suma inquietud. La realidad es que todo se complicó porque había otros damnificados con la huida del propietario de la inmobiliaria que también quisieron recurrir a la fuerza. Y se perdió el control de la situación. La conmoción pública fue tan intensa que las autoridades tuvieron que actuar para poner fin al caos que se avecinaba. Y perdimos la partida, claro está. Desde el primer momento, vi claro que los dos bandos que luchábamos contra Mario Villar (que no era, realmente, Mario Villar, pero ese es otro tema), que los dos bandos, digo, que luchábamos contra Mario Villar debíamos habernos convertido en aliados y actuado con prudencia y sensatez. Y hubiéramos podido evitar el desastre. Pero no fue así. A mis clientes, no les gustó el resultado final de mi actuación. Yo era cónsul de las islas Greyson en su ciudad y tuve que pedir mi traslado. Ahora, con estos acontecimientos, estoy de vuelta. Soy agregado comercial en la embajada de las islas Greyson en este país. No cabe considerar que mi posición y mi prestigio se hayan visto deteriorados. Pero, indudablemente, el haber fracasado una vez no te da margen para fracasar en una segunda ocasión. Por ello, me alegra la actitud y talante con el que se han puesto en contacto con nosotros. Me alegra como representante de quienes me envían. Pero, en función de lo que le acabo de explicar, me alegra también desde un punto de vista estrictamente personal porque la línea de su propuesta es mucho más acorde con mi forma de pensar que las puestas en práctica en el pasado.

José Ángel Esquivias aprovechó la alusión realizada por David Berenger para llevar la conversación al terreno que le interesaba.

–La realidad es que pienso que el Banco General de Pagos ha sabido enfocar muy bien el asunto del IIB. Y creo que sus representados se van a dar cuenta de la utilidad de su plan conforme vean cómo se van a ir desarrollando los hechos...

–Lo que sucede es que creo que debemos dar un paso más allá y pensar con una perspectiva más amplia...

–¿A qué se refiere?

–Está muy bien el afán de protección hacia determinados clientes que, en consideración a su importancia y el nivel de confianza depositado en la entidad, ha mostrado el Banco General de Pagos. Es muy loable, también, su espíritu de colaboración para borrar o confundir las huellas de posibles transacciones que pudieran servir para atizar y estimular el celo de las autoridades. Le pido que transmita a los directivos del Banco General de Pagos el agradecimiento de mis representados por ambas circunstancias. Y, aunque no vamos a rechazarlas y, aún más, ayudaremos a llevarlas a cabo con éxito, tenemos que pensar en todas las implicaciones del robo de información que ha sufrido el IIB.

–Soy todo oídos.

–Digamos que para mis representados sería muy interesante disponer de la información robada. Intuyen que puede afectar a personas con respecto a las cuales sería provechoso disponer de un arma efectiva de presión.

José Ángel Esquivias no tardó en sopesar los efectos que suponía ese giro de los acontecimientos. Su misión se había transmutado en algo mucho más complicado y problemático de lo que, en un principio, había imaginado. Lo que David Berenger quería hacer iba en contra de la finalidad original de su intervención en todo ese asunto. Porque si los planes de David Berenger se llevaban a la práctica, eso significaría que muchos clientes del IIB podían ser extorsionados. Y, evidentemente, ese propósito se contradecía con ser, de modo implícito, un enviado de la propia entidad para ayudar a resolver la situación de los clientes afectados. Pero, al mismo tiempo, el camino que David Berenger le había abierto suponía una oportunidad que no había que desechar a la ligera ya que podía proporcionarle importantes réditos materiales. Era un dilema inesperado pero que le atraía intensa y abrumadoramente.

–Bueno, señor Berenger, no sé si debería contarme eso... Me veo en una posible situación de conflicto de intereses...

–Sí, lo sé. Por eso se lo cuento.

David Berenger dibujó una sonrisa afable en su rostro, casi angelical. José Ángel Esquivias estaba desconcertado. No sabía qué le desconcertaba más: si las palabras de su interlocutor o su expresión, beatífica en su doblez.

–¿Me quiere poner en un aprieto?

–No. Quiero ver si está hecho de la madera necesaria para colaborar con nosotros.

José Ángel Esquivias tuvo que plantearse con rapidez si iba a traspasar alguna línea que no hubiera ya traspasado antes, si el paso que iba a dar era una mera continuación de todos sus pasos anteriores o constituía un cambio de ruta que merecía un poco de reflexión. No lo tenía claro pero, de todas formas, decidió responder sin ningún tipo de matiz o ambigüedad.

—Por supuesto que estoy hecho de la madera que usted considera adecuada, señor Berenger. No lo dude ni por un momento.

David Berenger sonrió.

—Entonces, preparémonos para una dura competición y una compleja negociación. Competición con quienes querrán adelantarse a nosotros en apoderarse de la información. Negociación con unos individuos que no tienen experiencia previa en negociar y de los que desconocemos por completo sus intenciones. No será fácil, señor Esquivias. Nada fácil.

Era extraño lo que sucedía en la cafetería del hotel. A pesar de la luz que aún brillaba en el exterior, las sombras oscurecían las mesas, los asientos, el aire... José Ángel Esquivias pensó que el sistema de iluminación era lamentable. David Berenger continuaba su disertación sin reparar ni en la hora ni en el tiempo que llevaba hablando. Era como un soberano cuya voluntad estuviera por encima de las circunstancias personales y de las conveniencias y convenciones sociales. Un soberano cuya voluntad no pudiera ser doblegada ni contrariada.

* * *

Cuando esa noche José Ángel Esquivias llegó al apartamento de Eva Soto, estaba especialmente excitado. Las vivencias de los últimos días habían agitado su interior, le habían abierto horizontes insospechados y habían culminado, esa tarde, en un clímax perturbador (los acuerdos nunca son inocentes y el formalizado con David Berenger presentaba aristas enrevesadas). Conforme se acercaba a la casa, le dominó un afán incontrolable por poseer el cuerpo de Eva, un frenesí que nunca había sentido antes y que no sabía cómo interpretar ni discernir. Cuando ella le abrió la puerta, no pudo evitar tomarla por la cintura y empezar a besarla en el cuello y la boca. Llevaba una bata puesta y se la desabrochó para poder acariciar su piel desnuda.

—¿Qué te pasa hoy? —dijo Eva—. Vienes fuera de control...

—Te deseo como nunca te he deseado.

Eva se acabó de quitar la bata y la ropa interior y ayudó a José Ángel a desnudarse. Estaba nervioso y eso, simultáneamente, la excitaba y la desconcertaba. Eva se dirigió al sofá: apoyó las manos en uno de sus brazos y las rodillas en el hueco existente entre dos cojines. Giró la cabeza hacia atrás y vio cómo José Ángel Esquivias, con los ojos cerrados, la penetraba con furia y como deseando dejar escapar de su interior un demonio que lo hubiera poseído.

* * *

Dos horas después, estaban en la cama. Él estaba entre las piernas de ella: sus ganas de sexo aún no se habían apagado. Su eyaculación siguió estando acompañada de gemidos que parecían de un hombre que hubiera estado sometido a abstinencia carnal durante años de

cautiverio. Eva contemplaba cómo él estaba tendido a su lado: ambos estaban respirando aún agitadamente, sus cuerpos estaban sudorosos y el agotamiento los había sumido en una dulce somnolencia.

–¿Qué te ha pasado hoy?¿Por qué has venido así? –preguntó Eva–.

–Será que he estado pensando en ti todos estos días...

–No ha sido eso.

Eva lo dijo con completa y absoluta seguridad y eso hizo que José Ángel no pudiera esquivar lo que ella le estaba planteando.

–Nunca nos preguntamos por lo que hacemos o dejamos de hacer. Es un tema que siempre ha quedado fuera de nuestras conversaciones.

–Pero si metes algún asunto externo en la cama, me gustaría saber de qué se trata. Al menos, tener una idea aproximada...

José Ángel dudó pero el cansancio provocó que no se esforzara por eludir la cuestión.

–Tú me conociste en el Enclave. Estaba allí porque soy una especie de intermediario entre los bancos del lugar e inversores que quieren depositar en ellos su dinero. Hoy, he acordado una transacción que va a ser muy importante. Muy pero que muy importante...

3

Julio abrió el maletero del coche y metió allí el cuerpo sin vida de Jacobo. Volvió al interior de la casa e intentó ir borrando, en la medida en que lo permitía la rapidez con la que estaba obligado a actuar, los rastros que delataban su presencia en el lugar. Mark juntó en una mochila las escasas pertenencias que había reunido durante su estancia en la casa.

–¿Dónde vamos a ir ahora, Julio? –preguntó con la expresión de su rostro aún desencajada–.

–Ya lo veremos. Ahora, tenemos otras prioridades. Tenemos que deshacernos de un cadáver. Y marcharnos de aquí pronto... Venga, aligera de una puta vez...

Mark echó un último vistazo, intentó recordar si quedaba atrás algo que pudiera servir para identificarlos y salió corriendo hacia el coche, sentándose en el asiento del copiloto. Julio reflexionaba. Había salido de la casa y se disponía a entrar en el automóvil cuando volvió sobre sus pasos. Buscó cuerdas y unas cuantas sábanas. Las echó también en el maletero, colocándolas despreocupadamente encima del cadáver, y lo cerró con violencia, con estrépito... Ello sorprendió a Mark: ¿todavía almacenaba rabia en su interior?¿No había sido suficiente con la brutal muerte de Jacobo?¿Aún tenía que descargar más basura de su alma?¿Cuánta?¿Hasta cuándo?¿Era ese el Julio que había conocido?¿Se correspondía a la imagen que había dibujado en su mente?

Julio arrancó el motor y empezó a circular con nerviosa prudencia por el entramado de calles de la urbanización. Cuando salió a una amplia avenida, aceleró y esperó a llegar a la autovía para poner el coche por encima de los ciento veinte kilómetros por hora. Mark guardaba silencio. Apenas había hablado desde que contempló la horrible escena que, sabía, había abierto una cicatriz en su vida que nunca llegaría a cerrarse. No preguntó a dónde iban. En ese momento, tampoco le interesaba demasiado. Daba igual el destino de ese viaje. Algo se había torcido en algún punto del trayecto desde el Enclave y la ruta no tenía posibilidad alguna de corrección. En el fondo, todo había sido una mentira, una farsa, una vulgar comedia similar a la que toda su vida había tenido que escenificar. No había huido del teatro a la realidad, simplemente había pasado de una representación a otra que, en lo esencial, no era muy diferente. Julio había sido un consumado actor durante un tiempo. Ahora, se revelaba como un comediante de tercera a quien se le veía con facilidad todos sus trucos. Mark veía la oscuridad de la noche como de un gris macilento que estuviera invadiendo su alma.

Una vez que abandonó la Costa, Julio bordeó la ciudad y siguió hacia el este durante un tiempo que a Mark le pareció infinito pero que, en realidad, fue de unos tres cuartos de hora. Tomaron una desviación y fueron adentrándose por carreteras cada vez más estrechas y calzadas cada vez en peor estado hasta llegar a un espacio abierto al borde de un acantilado. Serían las tres de la madrugada. Julio salió del coche y ordenó a Mark que hiciera lo mismo.

—Ayúdame a buscar piedras. Tenemos que intentar que el cadáver permanezca hundido en el mar el máximo tiempo posible.

Mark emprendió la tarea igual que si hubiera sido un autómata. Cuando ya había suficientes piedras acumuladas, Julio extendió una de las sábanas en el suelo.

—Coge a Jacobo por los pies, Mark.

Ambos colocaron el cuerpo inerte sobre la sábana. Julio fue introduciendo las piedras en los bolsillos del cadáver y poniendo algunas más a su alrededor. Lanzó una última mirada de odio al muerto y dobló la sábana para cubrirlo totalmente. Cogió otra sábana para envolver el bulto y lo fue atando minuciosa y metódicamente con las cuerdas que había traído de la casa. Cuando hubo terminado, volvió a solicitar la ayuda de Mark.

—Ahora, tenemos que arrojarlo al mar.

Cada uno tomó el bulto por un extremo y se acercaron, con cuidado, al borde del acantilado. Lo empezaron a mover de forma oscilante con el fin de que tomara impulso y, finalmente, lo arrojaron con fuerza a las aguas sacudidas por el oleaje. En el caso de Julio, esa fuerza provenía de una ira que, probablemente, nunca llegaría a apagarse. En el caso de Mark, su origen estaba en el afán de dejar atrás la repugnancia que lo acosaba desde el instante en que vio cómo el bolígrafo penetraba en el globo ocular de Jacobo.

—¿Y ahora qué, Julio?

—Ahora, buscaremos otro sitio donde escondernos. No nos hace falta nada más. Seguiremos negociando hasta salirnos con la nuestra. Y ya está.

–Creo que esta noche ha pasado algo que lo cambia todo.

–¿A qué te refieres?

–A la forma en que has matado a Jacobo...

–¿Qué tiene de especial? Era un traidor. Recibió el castigo que se merecía.

–No creo que él nos hubiera hecho daño. Tú, en cambio, te ensañaste con él.

–Sí. Quería desahogarme.

–¿Desahogarte? ¿Esa es la explicación que das a lo que has hecho?

–Sí. Esa es la explicación que le doy. Alguien me traicionó... No. Alguien nos traicionó. Alguien que no sentía ningún respeto por nosotros. Ya ves cómo utilizó el término favorito para denigrarnos: "maricones". ¿Y tú todavía te preocupas por lo que le ha sucedido? No lo comprendo.

–Creo que has recurrido a un exceso de violencia gratuita...

–¿Violencia gratuita? Mi violencia nunca es gratuita. ¿Qué se supone que debe hacer alguien que ha sido tratado toda su vida como una persona de segunda categoría, como un ser inferior...? ¿Actuar de forma timorata y melindrosa? Te equivocas, Mark. Para ganarte el respeto de quienes te desprecian, no debes tener ni pizca de compasión. Debes dejar de lado el sentimentalismo y destrozar a quien se interponga en tu camino.

–Yo no estoy de acuerdo contigo, Julio. No se puede responder al odio con más odio. Se trata de extirpar el odio de forma definitiva. Que se pueda caminar por las calles sin miedo. Que se pueda vivir sin que una mirada ajena te pueda hacer sentir vergüenza.

–Ja, ja, ja... No pensaba que hubiera filósofos en el Enclave.

–No soy ningún filósofo. Soy una persona normal que ansía lo que las personas normales ansían.

Julio lo miró fijamente y, de repente, lo agarró por el cuello y lo llevó a rastras hasta el borde del acantilado.

–¿Acaso permitirías que yo te arrojara al vacío sin hacer nada? ¿No serías capaz de arrojarme primero al mar si con ello salvaras tu vida? No te engañes. Eso es lo que yo me limito a hacer.

–No juegues conmigo, Julio. Sé que no piensas arrojarme por este acantilado.

Julio soltó a Mark.

–Tampoco te creas tan listo, Mark. La fe nunca sirve para suplir ni la falta de inteligencia ni el exceso de confianza. Y a ti estoy viendo que te falta de una y te sobra de otra.

Mark quería encontrar en los ojos de Julio algún eco que le recordara el motivo por el que había iniciado esa aventura cuyo desenlace se presentaba tan incierto. Solo vio el reflejo de las

olas estallando contra las rocas, el reflejo de la oscuridad agitado por una espuma tensa y revuelta.

–Vámonos de aquí –dijo Julio–. Tenemos que buscar un refugio seguro.

4

Cuando esa mañana Silva llegó (especialmente temprano) a la comisaría, se encontró con el inspector Valle en el vestíbulo de entrada. Después de no haber podido dormir durante toda la noche y con la única idea en la mente de beberse, como mínimo, un café solo para poder resistir todo el día, una conversación con su colega no era lo que más deseaba pero le iba a resultar difícil eludir el encuentro porque Valle ya se estaba acercando a él e interponiéndose en su camino hacia la escalera.

–¡Vaya, aquí está el gran hombre! Todo el mundo sabe que tienes un gran asunto entre manos... ¡Hasta policías de la capital han venido para ayudarte! ¡Vaya, vaya...! Al final va a resultar que eras más listo de lo que parecías.

–Buenos días, Valle. Siempre te he dicho que no me creo tan listo. Me limito a cumplir con mi trabajo. Y a molestar lo menos posible a mis compañeros.

–Ja, ja, ja... ¡No te piques, hombre! Ya sabes que soy un poco bromista. Eso es todo. Si en el fondo me alegro de que esta comisaría cobre relevancia dentro del cuerpo. ¿Qué crees? ¿Que soy un cabrón egoísta? Pues no, Silva, claro que no.

Silva puso su mano derecha sobre el hombro de Valle y le habló con una mezcla de resignación y hartazgo.

–Valle, ¿por qué no me dices de una vez que te pasa conmigo y acabamos de una vez con toda esta historia que me está empezando a desesperar?

Valle sonrió y miró burlescamente a su compañero.

–A quien le está empezando a desesperar esta historia es a mí y a muchos otros. Te crees muy espabilado y te vas a caer con todo el equipo. Llevas meses retrasando lo inevitable. Y cuando antes te des cuenta, mejor será para todos. No nos compliques más la vida que demasiado complicada la tenemos ya. Tal vez creas que nuestros casos sean asuntos de poca monta. Quizás lo sean. Pero cuando los resolvemos, ayudamos a que la vida en esta ciudad sea un poco más tranquila. Tú, en cambio, lo único que consigues es ir desparramando mierda por donde pasas.

–Te agradezco que te preocupes por mí, Valle. Yo también te deseo lo mejor.

Silva dejó atrás a Valle y subió por las escaleras y recorrió varios pasillos hasta llegar a la máquina del café. Se sirvió un café solo, se lo bebió y se sirvió otro para llevárselo al despacho. Cuando llegó allí, se encontró con que Gómez ya estaba esperándole.

–Bienvenido, Gómez. No pensaba que estuviera tan pronto aquí.

Inmediatamente, Silva se llevó el dedo índice a los labios para indicar al agente que no hablara.

–¿Qué le parece si salimos para conversar? Tengo ganas de fumar un cigarro.

Gómez se extrañó de las inhabituales precauciones de su jefe pero lo acompañó fuera del despacho. Silva fue hasta al ascensor y subieron hasta la azotea del edificio.

–Se preguntará por qué hemos venido hasta aquí para hablar. Tenemos poco tiempo hasta que lleguen los compañeros y no quiero que sospechen de nuestra ausencia. Así que sólo voy a decirle que temo que puedan haber instalado micrófonos... Más tarde, le daré más explicaciones. Ahora, vaya al grano y cuénteme todo lo que haya averiguado en su periplo por el norte.

* * *

–El problema de todo lo que me ha contado es que no hay pruebas.

–Sólo el certificado de nacimiento de Manuel Vega. Un certificado que es, a todas luces, falso.

–Demasiado poco. O bastante si tenemos en cuenta quiénes estarían implicados y los esfuerzos que han hecho para ocultar la verdad. Ahora, no tenemos tiempo de analizar todas las implicaciones de lo que ha descubierto. Bajemos y le presento a los miembros de la Brigada.

Silva y Gómez volvieron a las oficinas, donde ya estaba el resto de los compañeros. El inspector hizo las presentaciones anunciadas. Se percató de que Méndez y Valbuena estaban recelosos: ¿por qué Silva y Gómez venían de fuera? ¿de qué habrían podido hablar? ¿qué querían ocultar? Había que preguntar, ser un poco inquisitivos para intentar descubrir algo.

–Encantado de conocerle, Gómez –dijo Méndez–. Me alegro que esté aquí. Como Silva seguramente le habrá dicho, tenemos bastante trabajo y nos faltan manos.

–Yo también me alegro de haber vuelto, inspector.

–¿Cómo es que ha estado fuera con el asunto tan importante en el que estábamos embarcados? ¿Ha estado investigando, quizás, alguna cuestión relacionada con el mismo?

No se podía negar que Méndez era directo y perspicaz. Gómez se dio cuenta de que se le quedó mirando con atención, intentando calibrar cuál sería su reacción. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para evitar transmitir cualquier titubeo mientras respondía.

–No. He tenido que estar fuera por un caso distinto.

–Sí, ya... Lógico...

Gómez se limitó a seguir lo que constaba en la documentación oficial. Pero Méndez no le creyó. Estaba bastante claro. (Quizás, incluso ya podía saber que estaba mintiendo: un par de llamadas le hubiesen podido bastar para averiguar el motivo real de su estancia en el norte). A pesar de todo, la investigación debía seguir. Méndez tomó la palabra. Expuso la idea que había anticipado a Silva el día anterior.

—Por todo ello, vamos a intentar que José Carrasco colabore con nosotros. Pasado mañana, acudiremos a la cárcel y hablaremos con él. Mientras tanto, tenemos que hacer todo lo posible por llegar a saber quién es Julio O. Melero.

Osorio trabajaría con Sebastián Pérez. Méndez decidió que Carla Robles trabajaría con Luis Ceballos. (Silva creyó haberse vuelto un poco paranoico. ¿Hasta dónde sabrían? ¿Habrían descubierto su relación con Carla? ¿Era esa maniobra un intento de Méndez para generar tensión entre ellos y afectar, así a la estabilidad del grupo?). Ana Valbuena coordinaría la actuación de los cuatro. (Eso suponía que el rol de la agente ganaba peso inesperadamente. Méndez no lo había hablado con él. Estaba claro que había decidido tomar las riendas de la investigación por las bravas. Carretero sonreía. Posiblemente, estaba al corriente de todos los movimientos de ajedrez que se estaban realizando esa mañana. Estaba claro: ellos, por su cuenta, tendrían que llevar a cabo sus propias pesquisas, a espaldas de los miembros de la Brigada. Del ajedrez había que pasar al póker).

* * *

Tras terminar la jornada, Carla Robles había concertado una cita con el agente Soriano. Después de que fuera secuestrada por Alberto Vázquez, entre ambos había nacido una gran amistad, nacida de la admiración y el respeto mutuos. Soriano se pasaba el día pateando las calles, husmeando rincones sórdidos, recorriendo espacios abandonados por los mapas y moviéndose entre gente que se regía por códigos inaccesibles. Ella pensó que era el más indicado para preguntarle por quién podía ser ese Julio O. Melero que, con un poco de suerte, podía convertirse en la clave para resolver el caso. Habían quedado en un parque cerca de donde ella vivía. Soriano acudió a la reunión a la hora fijada. Tenía esa extraña habilidad: a pesar de estar todo el día yendo de una punta a otra de la ciudad y de la Costa, siempre era puntual cuando quedaba con alguien.

—Pero, ¿tenéis alguna imagen de ese tipo?

—Mira, esta mañana el vigilante de seguridad del Bar Paradise y los chaperos se han pasado por la comisaría y hemos conseguido este retrato robot...

El agente permaneció mirándolo un buen rato. Aunque era casi de la misma edad que Gómez, Soriano ofrecía un aspecto mucho más avejentado que aquel. No era sólo por su barba de varios días sin afeitar sino porque la expresión de su rostro revelaba que había vivido tal cantidad de experiencias que casi no cabían en su edad. Sin embargo, no era una expresión crispada: transmitía una relativa serenidad como si tuviera la certeza de que todo lo que pudiera esperar o temer ya estaba previsto y asumido.

—Me suena la cara de este tío. Déjame que piense...

Carla siempre se sentía extrañamente tranquila cuando pedía ayuda a Soriano. No hacía falta suplicarle demasiado para que aceptara echar una mano y, una vez que había aceptado, era sumamente efectivo sin necesidad de presionarle. Ella sabía que, si había alguna posibilidad de que pudiera conocer al sujeto o de que pudiera contactar con alguien que sí lo conociera, le acabaría dando pelos y señales del mismo. Si no la había, se lo diría con claridad y no era necesario molestarlo más con el tema. Si posteriormente encontraba una pista para poder dar con el tipo, avisaría sobre la marcha y no pensaba después ni en las medallas ni en los reconocimientos. Así era Soriano: un policía que cumplía con honestidad con su trabajo y que era indiferente a intrigas y confabulaciones de pasillo.

—¿De qué banda dices que puede ser?

—Creemos que de la que mató a nuestros compañeros el año pasado...

—Es que no lo asocio a eso...

—¿A qué entonces?

—No lo sé... Pero a otra cosa... No te preocupes. Seguro que me acuerdo... Por cierto, contento tenéis a Valle con la que tenéis formada...

—¿Qué sucede? ¿Le come la envidia?

—Puede ser la envidia u otra cosa... Más bien, temor al ruido, a llamar la atención...

—¿Temor?

—Temor, sí. O vértigo a lo que pueda venir en el futuro. Valle es de los que quiere que nada cambie. Y cuando ve que se avecina algún cambio, pierde los nervios.

—Lo único que sé es que Valle es un mal policía.

—Tiene sus cosas. No es un policía perfecto. Como ninguno de nosotros lo es. Pero yo le he visto resolver brillantemente algunos casos. Y atarse los machos en situaciones complicadas.

—Eres demasiado generoso con él.

—Cuando alguien te salva la vida, tienes que ser generoso con él a la fuerza. No tienes otra opción.

Carla Robles se sorprendió.

—¿Valle te salvó la vida una vez?

—Sí. ¿Te extraña? Fue en un tiroteo con unos narcotraficantes. Reparó en que había un grupo de ellos que venían por nuestra espalda con la intención de rodearnos. Si no llega a ser por él, no lo estaría contando ahora mismo.

—Está bien. Comprendo que hay que conocer toda la vida de una persona para poder juzgarla con objetividad. Pero es que mis experiencias con él no han sido muy positivas...

–Eso es lo mismo que les ha pasado a muchos compañeros. Yo me limito a mencionar lo que vosotros no sabéis o no habéis visto...

–Haces bien.

–Oye, vuélveme a pasar el retrato robot...

Carla Robles le dio nuevamente el dibujo. Soriano permaneció mirándolo más de un minuto. Entonces, apareció en su rostro una expresión de preocupación, algo que era extraño en él.

–Ya me acuerdo dónde he podido ver esta cara. Creo que este tipo era guardaespaldas del concejal de Urbanismo, Miguel Ángel Wic.

5

José María León no sabía a qué atenerse. Alfonso Sanmiguel tampoco. Frente a ellos, estaba Ignacio *El Largo*, dubitativo y apesadumbrado, con un aire de indecisión que no casaba con la imagen de hombre audaz y temerario que siempre habían tenido de él.

–¿Por qué no nos informaste de que la persona que estaba siguiendo a Julio había desaparecido? –preguntó José María León–.

–Porque ustedes siempre dicen que quieren saber lo menos posible de lo que hacemos –dijo Ignacio *El Largo*–. Y sus deseos, habitualmente, los hemos cumplido. Nunca les hemos informado de los contratiempos. Ni les hemos dado detalles de nuestras acciones... Detalles que, con toda seguridad, no les resultarían agradables. Desapareció uno de nuestros hombres. Sí, es cierto. No es la primera vez que ocurre. Y no es la primera vez que no les he informado de ello, así que...

José María León dio un golpe con rabia sobre la mesa.

–¡Por Dios! ¡Esta vez todo es diferente! ¿Eres consciente de lo que nos estamos jugando? ¡Nos lo estamos jugando todo!

–Mire, don José María, siempre actuamos con la máxima profesionalidad...

–Lo que digo es que me parece que no te has enterado de qué es lo que se está ventilando...

–¡Que sí lo sé, coño! ¡Que son ustedes los que están de los nervios...!

–¿Que estamos de los nervios? Te recuerdo que hace dos días, dos putos días, parecía que todo estaba controlado y que íbamos a tener la información en nuestro poder... Hoy, hemos retrocedido hasta la casilla de inicio. ¿Qué quieres? ¿Que lo festejemos?

Ignacio *El Largo* no dejaba de resoplar y José María León no paraba de vociferar. Alfonso Sanmiguel guardaba silencio, intentando que la tensión se desfagara entre gritos y

recriminaciones. Pensaba que hubiera sido muy fácil resolver todo ese asunto con una simple traición: una grieta dentro de una conspiración y, por arte de magia, el peligro se licuaría. Esa idea era de ilusos. Todo iba a ser más complejo. ¡Claro que iba a ser más complejo! Él siempre había pensado que su socio pecaba, en más ocasiones de las aconsejables, de una ingenuidad que había que corregir con tenacidad y dosis ingentes de paciencia. La conversación se agitó, se revolvió, intentó adquirir vuelo, fue desfalleciendo entre impulsos desmedidos y fue entonces, justo entonces, cuando Alfonso Sanmiguel supo que era el momento en que debía intervenir, en que debía hacer que se impusiera la cordura sobre la irracionalidad y la falta de compostura.

–Calmémonos. Hasta ahora, no ha sucedido nada irreparable.

–¿Cómo que no? –dijo José María León–. Hemos perdido la posibilidad de...

–No hemos perdido ninguna posibilidad, José María. Lo que pienso es que hemos sido demasiado cándidos pensando que íbamos a solucionar de una forma tan simple el problema. ¿Qué fe podíamos tener en ese Jacobo? Ninguna.

–¿Sabemos algo sobre qué ha podido ser de él? –preguntó José María León–.

–Eso nos debe importar un bledo –dijo Alfonso Sanmiguel–. El destino de la escoria no nos debe preocupar. Como iba diciendo, hemos sido demasiado cándidos con ese Jacobo. Hemos pensado que él nos iba a vender la información con absoluta exclusividad. Yo me pregunto: ¿qué garantía teníamos de ello?

José María León e Ignacio *El Largo* guardaron silencio, después bajaron la mirada y, finalmente, se rascaron la barbilla o se llevaron la mano al cuello: reconocimiento implícito de que le estaban dando la razón. Ante ello, siguió exponiendo sus argumentos.

–Doy un paso más allá: en esta situación, no podemos tener garantía de nada. Es decir, nos pueden vender la información a nosotros y se la pueden vender a otra gente. A nuestros adversarios, por ejemplo. Es algo que no podemos evitar: se trata de un fichero, fácilmente copiable. Pero eso, que, en principio, nos perjudica, yo creo que lo podemos utilizar a favor de nuestros intereses. Lo ideal sería que la información sólo la tuviéramos nosotros. Pero, si no podemos controlar ese punto, al menos que tengamos la misma información que pueda tener el bando contrario.

Sus dos interlocutores se pusieron a reflexionar sobre esa idea. Estaba claro que les gustó. Que, incluso, les tranquilizó.

–Tienes razón, Alfonso –dijo José María León–. Tienes razón... No había pensado en eso...

–Si analizamos las implicaciones de la idea, nada ha cambiado en realidad. Lo único que ocurre es que todo el proceso se va a alargar más de lo esperado. Va a ser una dura batalla de nervios pero de eso va este tema en última instancia... Conseguiremos la información, debemos ver si otros la tienen y deberemos hablar con ellos para no hacernos daño mutuamente...

La tranquilidad, una tranquilidad exhausta y fatigada, invadió el despacho. Todos guardaron silencio. Había que pensar. Quedaba mucho trabajo por delante. José María León acabó dando instrucciones a Ignacio *El Largo*.

–Si ese tipo vuelve a llamar, averigua qué es lo que pide.

* * *

Ignacio *El Largo* se había marchado de las oficinas del bufete. José María León ya podía dar rienda suelta a su desesperación (aunque estuviera disfrazada de afán reflexivo). Alfonso Sanmiguel intentaba sobrellevar el inquieto estado de ánimo de su socio. Sin embargo, en medio de esa confusa ignición, no pudo dejar de reconocer que habían surgido caminos que había que intentar explorar.

–Hay muchas cosas que me pregunto sobre esa información, Alfonso.

–¿Cómo cuáles?

–¿Aparece Pilar Muro en ella?

–Francamente, no lo sé.

–Tendríamos que averiguarlo.

–¿Por qué?

–Porque nuestra estrategia puede depender de ello. Es cierto lo que has dicho. El que otros adquieran la información, no significa que nosotros no podamos adquirirla. Y, entonces, cabe la posibilidad de que unos y otros nos neutralicemos. Pero, ¿y si Pilar Muro no apareciera en los ficheros? ¿Qué interés podría tener en que la información no se difundiera?

–Perjudicaría seriamente a su partido...

–Y al Partido del Progreso. Porque Ernesto sí que aparece...

–Sí, Ernesto aparece.

–Pongámonos en el siguiente escenario. Lo más probable es que Ernesto sea el candidato. Bien. Desde el gobierno, entonces, se apuntan el tanto de que han localizado datos sobre políticos que mueven dinero turbio en paraísos fiscales. Uno de ellos, el candidato del principal partido de la oposición. *Voilà*: elecciones ganadas si Pilar Muro queda libre de cualquier acusación.

–Pero la información liquidaría a Enrique Recio, a Carlos Peña, a Claudio Montellano... A los principales líderes de la formación. El Partido Moderado no podría quedar indemne. Además, ¿podría Pilar provocar la muerte política de su principal mentor? Si Pilar está donde está es gracias a Enrique Recio...

–¿Me estás diciendo que en política no es posible la traición? Sí, tienes razón en que provocaría un daño grave al Partido Moderado pero, según como se maneje la estrategia de comunicación, Pilar Muro puede aparecer ante la opinión pública como la gran regeneradora.

–¿A dónde quieres ir a parar con este razonamiento?

–Que habría que ir pensando en apoyar a Carmen Seco.

–¡Eso es una locura! La perspectiva de un gobierno en coalición entre el Partido del Progreso y Alternativa espantaría a muchos votantes...

–Sí, cierto. Pero atraería los suficientes para impedir la mayoría absoluta del Partido Moderado. Sólo habría una opción: un gobierno tripartito entre el Partido del Progreso, Alternativa y el Partido Renovador. Con esa alianza, no sería posible aplicar políticas radicales. Los renovadores harían de contrapeso.

–¿Y quién te dice a ti que el Partido Moderado no se coaligaría con los renovadores?

–¿Has visto cómo han reaccionado tras la publicación de la noticia de que esos serían los planes de Claudio Montellano? Con todo lo que ha dicho Eduardo Díaz, por ejemplo, es casi imposible que lleguen a un acuerdo. Y Eduardo Díaz no es un cualquiera: es, prácticamente, el número dos de Pilar.

–No sé, no sé... Es muy arriesgado lo que propones. Francisco Arenas estaría absolutamente en contra.

–¿Y qué coño nos importa? Si la información sale a la luz, Francisco Arenas tendría que irse del país si no quiere acabar en la cárcel. Ya no pintaría nada. El nuevo escenario sería completamente diferente...

–A ver, José María. Tú crees que esta información va a salir finalmente a la luz. No podemos pensar en eso. Porque es altamente improbable. Esto no es sólo un problema que afecta a políticos. Las implicaciones de todo ello son peliagudas. Porque ese dinero tiene su origen en grandes empresas del país. Las consecuencias penales afectarían a los directivos de esas empresas, a gente lo suficientemente importante como para que echen el resto en impedir que se pierda el control de la situación. ¿Tú crees que dejarían a Pilar Muro que acabe así como así con la columna vertebral de la economía y la política de este país sólo por satisfacer sus ambiciones personales? Sólo pensarlo es una locura.

–Alfonso, las cosas no son como eran antes. El país está al borde de un estallido social. Y hay que pararlo. Y no sabemos si para eso está Pilar de jefa del gobierno. ¿No te resulta extraña esta filtración? Que sea ahora, precisamente ahora, cuando hayan robado información del IIB. ¿No parece una operación política destinada, precisamente, a destruir una columna vertebral que ya no es capaz de sostener al país por otra que sea capaz de sostenerlo por muchos años?

Alfonso Sanmiguel empezó a dudar. ¿Y si José María tuviera razón?

–Es decir, tú crees que están poniendo en práctica lo del famoso dicho: es preciso que todo cambie para que nada cambie. ¿No?

–Algo así.

Alfonso Sanmiguel no dijo nada. Pero supo que tenía que mantener algunas conversaciones para no cometer un error que echara a perder veinte años de vida profesional.

6

Aunque eran más de las doce de la noche, era el único momento posible en poder mantener la reunión sin llamar la atención de los miembros de la Brigada. Lo primero que hizo Silva fue disculparse por organizar una cita de forma tan improvisada pero explicó que el motivo de la misma así lo exigía.

—Por lo tanto, tenemos que ese tal Julio O. Melero pudo ser guardaespaldas del concejal de Urbanismo de la ciudad.

Osorio se sorprendió por la noticia. Gómez, no tanto.

—Pero, ¿qué significa eso? ¿Que es un miembro de las fuerzas de seguridad...? —dijo Osorio—.

—No creo —dijo Silva—. No ha sido inhabitual que el Partido Moderado contratara escoltas privados... También es posible que Miguel Ángel Wic lo contratara por cuenta propia. No es descartable. Ya verán que uno de esos será el caso cuando demos con la identidad del sujeto... Ahora, lo que tenemos que plantearnos es qué hacer. ¿Revelamos el dato a los compañeros de la Brigada? ¿Seguimos nosotros mismos la pista para ver si es buena?

—¿Podríamos investigar sin que Méndez y los suyos se dieran cuenta de que estamos yendo por libre y sin informarles a ellos? —preguntó Osorio—.

—A ver, actuaríamos así de modo temporal —dijo Silva—. Sólo el tiempo necesario para que nosotros nos pudiéramos adelantar y no se pudieran adelantar ellos.

—No lo comprendo —dijo Osorio—.

—Si les damos ya el dato, darán fácilmente con la identidad de ese Julio. Probablemente, la sabrán en la capital antes que la sepa el propio Méndez. ¿Qué podría suceder? Que nos dejaran en fuera de juego a todos. Incluido al propio Méndez. Sabemos que la información que se está subastando es sensible. Muy sensible. Algún alto cargo del ministerio podría estar interesado en conseguirla antes que nosotros le echemos el guante. Bien por iniciativa propia, bien por orden de un superior. En cambio, si localizamos al sujeto y se lo comunicamos a Méndez, ni él ni nadie de la capital tendrían tiempo de reaccionar. Habría que ir a por él sin perder más tiempo. ¿Lo he explicado con claridad?

—Yo lo he entendido perfectamente, jefe —dijo Carla Robles—.

—Yo también —dijo Gómez—.

—Sí, el razonamiento está claro —dijo Osorio—. Pero tenemos que pensar en las consecuencias de nuestros actos. Si no decimos nada a la Brigada, van a desconfiar de nosotros todo lo que dure la investigación... Una vez que la confianza se pierde, es muy difícil recuperarla.

—Es que nosotros ya no confiamos en la Brigada, Osorio —dijo Carla Roble—. ¿Has visto lo que ha sucedido esta mañana? Méndez, por la puta cara, ha tomado las riendas de la investigación

sin consultarnos. Entre él y Ana Valbuena quieren tener el control absoluto del caso. Se les ha visto a la legua sus intenciones.

–Vale. ¿Y crees que investigando a espaldas de ellos vamos a solucionar el problema? –dijo Osorio–. Creo que lo único que vamos a conseguir es agravarlo.

–Yo estoy con el inspector –dijo Gómez–. Todavía no hemos podido hablar de mis hallazgos en el norte. Pero cuando os pongamos al día, vais a ver que el caso tiene implicaciones que no os podéis imaginar. Tenemos que actuar con pies de plomo.

Osorio parecía estar sobrepasado por la situación. Se le veía nervioso. Silva detectaba que había algo que se le estaba escapando y que explicaba los extraños recovecos de esa conversación.

–De acuerdo, vamos a imaginar que procedemos como decís –dijo Osorio–. ¿Cómo hacemos para ocultar a la Brigada que estamos investigando por nuestra cuenta? Porque siempre tenemos a uno de ellos encima viendo qué es lo que estamos haciendo. No va a ser fácil.

–Ya he pensado en eso –dijo Silva–. El compañero que nos ha suministrado el dato se encargará de dar con la identidad de ese tal Julio. Cuando la descubra, nos la pasará. Dirá que un confidente le habló de un tipo sospechoso y que él tiró del hilo. Nosotros, en el momento justo, preguntaremos a distintos compañeros de la comisaría y comprobaremos, por arte de magia, que él y nosotros estábamos detrás del mismo individuo.

–A mí, la idea me parece buena –dijo Carla Robles–. Tomamos la iniciativa y la Brigada no nos puede acusar de actuar a sus espaldas...

–Yo sigo sin verla... –dijo Osorio–.

–Osorio, le voy a exponer con total objetividad el contexto para que lo comprenda –dijo Silva–. ¿Por qué cree que nos hemos citado aquí, en el aparcamiento de un centro comercial, más allá de la medianoche para mantener esta reunión? ¿Porque mañana hay ahí una oferta que no podemos desaprovechar y queremos ser los primeros en la cola? ¿Por qué piensa que me he pasado por su casa y no lo he llamado antes por teléfono? ¿Por qué cree que no les hemos contado a la Brigada lo que Gómez ha averiguado en el norte? Por un único motivo: tengo serias sospechas de que nos espían. ¿Y por qué nos pueden espiar? Pues está claro: alguien no tiene ninguna intención de que la Brigada y nosotros compartamos la investigación. Alguien quiere saber por adelantado lo que nosotros vamos averiguando. Y eso no es una buena señal. Le digo algo: puede ser que Méndez no sea el responsable de ello. Es posible que a Méndez lo estén utilizando. Pero, a pesar de ello, tenemos que defendernos. Ya llegará la hora en que podamos hablar con él con claridad y sin tapujos... Ahora, nos toca jugar con habilidad nuestras cartas y no enseñarlas alegremente...

–Yo estoy con usted, jefe –dijo Gómez–. La que nos ha contado, me parece una buena opción...

Osorio daba la imagen de un perro acorralado. Silva veía (inconscientemente) confirmado que algo sucedía que explicaba el comportamiento del agente. Todos estaban pendientes de lo que él iba a decir.

–Está bien. Estoy con vosotros –dijo finalmente, visiblemente resignado–. Actuemos como el inspector ha propuesto.

–De acuerdo –dijo Silva–. Robles, hable con el agente que reconoció a Julio O. Melero y que averigüe su identidad y los posibles datos para localizarlo... Una vez que los tengamos, avisaremos a Méndez y montaremos inmediatamente un dispositivo de búsqueda... No habrá tiempo para que nadie, desde arriba, paralice la operación...

* * *

Javier Osorio aparcó su coche a tres manzanas del hotel. Caminó hasta allí más lentamente de lo que lo había hecho en las últimas noches. Se hallaba en una complicada disyuntiva. Se veía a sí mismo como alguien que se iba a convertir en un traidor pero que aún tenía que elegir el bando al que iba a traicionar con absoluta premeditación. Atravesó mecánicamente la entrada. Ya sabía lo que tenía que hacer para que no le vieran en recepción: subiría las escaleras que quedaban, justamente, a la izquierda conforme se entraba y, en la primera planta, tomaría el ascensor hasta la sexta planta del hotel. Recorrió el corredor y llamó a la puerta de la habitación 604. Cristina Salvador le abrió. Estaba en camisón. Se abrazó a él y empezó a besarle en el cuello con delicada ternura. Cerraron la puerta y ella empezó a desabotonarle la camisa mientras que él sentía cómo su pasión estaba a punto de desbocarse.

–Te has retrasado –le dijo mientras le acariciaba en el pecho–.

–Sí, surgió un imprevisto –respondió él, queriendo olvidarse, por unos instantes, de la encrucijada que estaba a punto de atraparlo–.

7

Una vez que hubieron arrojado el cadáver por el acantilado, volvieron al coche y Julio se sentó en el asiento del conductor y Mark Cortés en el del copiloto. Julio reflexionó antes de arrancar. No tenía claro a qué lugar podía dirigirse. De repente, recordó algo.

–Ya sé a dónde vamos a ir...

–¿A dónde? –preguntó Mark–.

–Tengo un amigo... Es músico. Tiene unos sesenta años. Creo que tiene pasta. Al menos, cuando he estado con él, nunca ha reparado en gastos... No habrá ningún problema para que nos recoja en su casa.

Mark escuchó pasivamente y no dijo nada. Julio puso en marcha el coche sin esperar a que Mark diera algún tipo de visto bueno a la idea. Condujo por carreteras secundarias. Mark pensó que sería para evitar a la policía. Al cabo de unos minutos, preguntó por lo que había empezado a preocuparle.

–Has dicho que ese músico es amigo tuyo... ¿Es sólo un amigo?

Julio sonrió.

–¿Estás celoso?

–Sólo quiero saber en qué terreno nos movemos... No quiero meter la pata.

–No te preocupes. En cuanto nos vea, comprenderá lo que hay entre nosotros. Bob tiene una mentalidad muy abierta... Él no me quiere en exclusividad... Así que actúa con espontaneidad. Es lo mejor...

Mark se mordió los labios.

–Es decir, que él también es homosexual, ¿no?

–Sí.

–¿Es inglés? ¿Americano?

–No. Es de aquí. Se llama Roberto. Quiere que le llamen Bob porque le viene bien para moverse en su mundillo. No me preguntes por qué. Desconozco el motivo.

Al fin, Mark preguntó lo que, verdaderamente, quería preguntar.

–¿Has tenido relaciones con él?

–Sí.

Julio lo dijo con sequedad. Con contundencia. Volvió a sonreír, con mayor intensidad aún, después de responder. Estaba claro que quería marcar su territorio frente a la entrometida pregunta: era algo así como decir “lo nuestro tiene unos límites que fijo yo”. Mark podía aceptarlo. Lo que sucedía es que no era lo que Julio decía cuando le conoció. En una noche, las reglas habían cambiado sin que hubiera habido para él ni un mísero turno de preguntas ni medio minuto de conversación que desembocara en un anuncio calificado de inevitable. Todo era seco, directo, como la notificación de una multa o el servicio de un camarero en el bar de una estación de autobuses. Mark se sentía confuso. Quizás, lo único que sucedía es que no quería admitir que lo había invadido la frustración. Una frustración que amenazaba con convertirse en inquilina habitual de su alma. La carretera serpenteaba ligeramente. Un enorme cansancio le empezó a pesar, de repente, en los ojos. No quería pensar más.

* * *

Cuando despertó, Mark vio que Julio había aparcado en una urbanización junto a la playa.

–Baja. Vamos a tener que andar un rato.

Mark obedeció como si fuera un autómatas. Julio anduvo un corto trecho antes de girar a la derecha y empezar a subir una pronunciada cuesta. En cada lado de la misma había una hilera de casas individuales pequeñas, de dos plantas, que se apretujaban en su ascenso. Durante un momento, Mark pensó que esa cuesta no se terminaría nunca. Casi se sorprendió cuando Julio

abrió la verja de una de las casas situadas a la izquierda, dio unos pasos decididos hacia la puerta y llamó dos veces al timbre. Parecía estar convencido de que le iban a abrir. A pesar de la hora. A pesar de no haber anunciado su visita. A pesar de ir con un amigo. Mark creyó oír ruidos y movimientos en el interior de la vivienda. Se encendió una luz. La puerta se abrió tímidamente. Julio habló con decisión, sin ningún asomo de titubeo en su voz.

–Buenas noches, Bob. Siento venir tan tarde. Pero no tenía otro lugar al que ir... ¿Podemos dormir aquí esta noche mi amigo y yo?

Bob miró extrañado a Julio. Su expresión de estupor hizo pensar a Mark que tendrían que buscar otro sitio donde pasar la noche. Para su sorpresa, abrió la puerta del todo y los dejó pasar.

–Me gustaría que me hubieras avisado antes... No me agradan estos imprevistos...

–Te reitero mis disculpas, Bob. Si he venido es porque no tenía otra opción.

–Vale, vale... Lo comprendo. Por cierto, ¿cómo se llama tu amigo?

–Marcos. Se llama Marcos.

Bob y Julio iban delante de él. Julio giró la cabeza cuando introdujo esa pequeña modificación en su nombre. Le guiñó el ojo. Pero no fue por complicidad. Fue para subrayar su dominio de la situación, su habilidad para manipular a la gente... Su posición de superioridad, en definitiva.

–Tendréis que dormir en la caseta que convertí en cuarto de invitados. ¿Os parece mal?

–No, no... Me parece perfecto.

Salieron a un patio que había detrás de la casa, lo cruzaron y llegaron a una pequeña edificación, no muy alta, que, posiblemente, estaba originalmente destinada a trastero o cuarto de herramientas. Su interior había sido decorado de forma coqueta y, aunque su espacio no era muy amplio, sí que resultaba acogedor. Había dos camas y un armario.

–Cuando os hayáis instalado, ven a la casa. Tenemos que hablar... Buenas noches, Marcos.

–Buenas noches.

Mark pareció sobreponerse a la turbiedad que se había apoderado de su mente. Clavó sus ojos en los de Julio y decidió interrogarle, posiblemente con afán de revancha mal disimulado.

–¿Bob sabe a qué te dedicas?

–No. Piensa que soy investigador privado. Eso me sirve para justificar determinados comportamientos. Como el de esta noche, por ejemplo. Como habrás comprobado, no ha hecho ninguna pregunta.

–Pero seguro que ahora te las hace.

–Quizás. O quizás no. Puede ser que sólo quiera que charlemos un rato para ponernos al día. Si me pide detalles, pienso ampararme en la confidencialidad profesional para no contar nada. No es la primera vez que lo hago.

–A lo mejor, quiere tener sexo contigo...

–Bueno, pues habrá que cumplir sus deseos. Favor por favor.

–Eres un hijo de puta.

–Sí. Lo soy. Y no me digas que no lo sabías cuando aceptaste trabajar conmigo. Lo sabías y te gustaba. Ahora, tienes que sobrellevar las consecuencias. Lo siento.

Julio se marchó del cuarto para ir a hablar con Bob. Al cabo de un rato, Mark empezó a llorar.

8

La única tarea a la que Carlos Peña estaba dedicado era a gestionar los recuerdos de su mandato y abrupta destitución. En sus largos paseos, rodeado por sus escoltas, reflexionaba sobre cómo habían sido las circunstancias bajo las que había gobernado, sobre las dificultades con las que se encontró a la hora de intentar sacar al país de la crisis en que estaba sumido, sobre las mentiras y las medias verdades que tuvo que contar en la campaña electoral que le acabó llevando al poder, sobre sus dudas y temores a la hora de tomar decisiones, sobre su incapacidad para comprender lo que estaba sucediendo mientras bancos y empresas quebraban, la bolsa se hundía y las cifras de desempleo se disparaban hasta cotas desconocidas... Todo ese alud de pensamientos e imágenes era reciclado y reajustado en su mente hasta reconvertirlo en la historia de un hombre que luchó contra todas las adversidades para acabar siendo derrotado por la incompreensión de los ciudadanos y el ansia de poder de algunos de sus correligionarios. Carlos Peña había llegado a creer tan firmemente en esa idea que se convirtió en el eje central de sus conversaciones sobre sus años de gobierno y de las entrevistas que le hacían en los medios de comunicación con el fin de glosar las burlas del destino y el carácter efímero de la gloria.

Mientras Pablo Bernal caminaba por la playa, aproximándose al punto en que había acordado con Carlos Peña simular un encuentro fortuito, era consciente de que tendría que alimentar contra su voluntad esa falsa simplificación. Pablo Bernal estaba absolutamente convencido de que Carlos Peña perdió el poder por obcecarse en interpretar un papel que no correspondía en una obra que no tenía nada que ver con la que él tenía en su mente. Creyó que bastaba con ser un mero administrador de los asuntos públicos y no vio el proceso que se había puesto en marcha en el país, un proceso que requería de gobernantes capaces de echar mano de todas sus habilidades de liderazgo y de toda su capacidad para imaginar el futuro para evitar el colapso que ya se entreveía en el horizonte. Carlos Peña se refugió en el Palacio Gubernamental y se escondió entre sus ministros y asesores hasta alcanzar la irrelevancia, primero, y la condición de obstáculo molesto, después. Pablo Bernal no le diría nada de eso. Le

hablaría de la injusticia que el partido había cometido con él y de que los ciudadanos eran unos desagradecidos que no querían entender la naturaleza de los problemas a los que se enfrentaban.

Pablo Bernal ya veía a lo lejos a un grupo de personas que caminaban hacia donde él estaba. Aún no distinguía sus figuras. Pero tenía que ser Carlos Peña y sus escoltas. Se sentía nervioso. Siempre había sido la sombra detrás de Claudio Montellano y ahora iba a dar un paso que lo convertiría en alguien diferente: en alguien dispuesto a estar al frente del partido, a estar en la primera fila de las responsabilidades, las obligaciones y la implicación personal, a ser el cabeza de cartel con todas las consecuencias que ello conllevaba... No sabía cómo iba a reaccionar el antiguo Primer Ministro. Temía el riesgo que corría con revelar su estrategia. Porque ¿qué obligación tenía Carlos Peña de respetar la confidencialidad de la conversación? ¿Y si la utilizaba para su interés personal? Era consciente de que ello podía suceder pero era su única posibilidad para desbloquear sus opciones y tenía que dar el paso ineludiblemente.

El grupo ya estaba cerca. Ya era capaz de distinguir claramente la figura y las facciones de Carlos Peña. Reconoció a algunos de los escoltas de su época en el Ministerio del Interior. Ellos también le reconocieron. Carlos Peña se adelantó para saludarlo.

—¡Qué sorpresa! No esperaba que estuvieras aquí...

—Ya que estoy por la zona, me gusta aprovechar y bajar a la playa de vez en cuando... Yo tampoco te hacía aquí en el sur...

—Ya ves. Ahora tengo tiempo de ir de un sitio para otro... ¿Hablamos un rato mientras termino mi paseo?

—Por supuesto.

Pablo Bernal no tenía muy claro si los escoltas se habían creído la comedia del encuentro casual. Posiblemente, no. Pero, después de todas las farsas de las que habían sido testigos, estarían, en cierto modo, insensibilizados y ya no se esforzarían en dilucidar lo que era verdad y lo que era pura representación en las vidas de las personas cuya seguridad debían garantizar. En medio de tanta impostura, ese encuentro podía pasar, con un poco de suerte, desapercibido.

* * *

Carlos Peña no se sorprendió demasiado cuando Pablo Bernal le contó la historia del robo de información en el IIB.

—Ya conocía el tema, Pablo. Me consta que la policía lo está investigando y que Eduardo Díaz está muy encima de la investigación para saber cómo se va desarrollando...

—Es decir, si Eduardo Díaz está informado de todo, Pilar Muro también lo estará. No sólo eso; habrá sido Pilar quien le ha encargado que se ocupe del asunto...

—Puede ser que sí. O puede ser que no. Eduardo Díaz estuvo con Claudio y contigo en Interior... Ya sabes que hay que tener cuidado con él.

–Sí. Es un tipo que tiene sus cosas... Pero tiene vocación de perrito faldero... No se atrevería a ir por libre...

–Pero es ambicioso. Demasiado ambicioso. Y eso hace que no se sepa por dónde puede salir...

–El otro día vino a vernos.

–¿En calidad de qué?

–En calidad de enviado de Pilar Muro... Quería que Claudio se retirara de las primarias...

–¿Y qué dijo Claudio?

–Le dijo que no pensaba retirarse. El enfrentamiento fue fuerte...

–Es decir, que no hay posibilidad de que lo llames para averiguar cómo va la investigación, ¿no?

–Me temo que no. De todos modos, no sé si sería una buena idea.

–¿Por qué?

–Porque tengo contacto directo con los autores del robo de la información.

Carlos Peña se paró en seco. Empezó a intuir que se acercaba el momento en que iba a aflorar el motivo real de ese enigmático encuentro.

–¿Cómo lo has conseguido?

–Por medio de Claudio Montellano. Los implicados se pusieron en contacto con él para extorsionarle... Y, lógicamente, me encargó el trabajo sucio.

–¿Y qué exigen esos sujetos?

–Pidieron tres millones de euros.

Carlos Peña anduvo unos instantes con los ojos clavados en la arena de la playa. Reflexionaba. Levantó la cabeza y lanzó a Pablo Bernal una mirada inquisitiva.

–Pero Claudio no va a poder llegar a esa cifra...

–Ni por asomo. Puede llegar a seiscientos mil euros.

–¿Y qué pinto yo en todo ese asunto?

Había llegado el momento clave en el que Pablo Bernal debía desplegar todos sus recursos.

–Esta cuestión del robo de información en el IIB tiene muchas implicaciones. Y abre caminos que pueden llevar a escenarios inesperados.

–A ver, explícame eso.

–Es muy simple: quien se apodere de esa información, tiene la llave al poder.

Carlos Peña volvió a reflexionar en silencio. Pablo Bernal sabía que había logrado captar su atención. Pero también que aún no había logrado entrever el fondo de la maniobra que le había empezado a dibujar.

–No creo que sea tan sencillo como dices.

–El concepto es simple. La ejecución, evidentemente, deberá ser compleja. Primero, habrá que apoderarse de los datos. Habrá que reunir dinero. Más dinero que los demás grupos que van detrás de lo mismo que nosotros... Una vez que tengamos los datos, habrá que expurgarlos. Hay que eliminar todo aquello que nos perjudique... Dejar sólo lo que perjudique a nuestros oponentes. Y, a continuación, empezar a filtrar cuidadosamente la información...

–Espera, espera, espera... Estás hablando como si yo ya formara parte de una conspiración. Y, francamente, yo ya estoy fuera de la política... A mí no me interesa ya todo este jaleo de...

–Carlos, todos los que hemos estado alguna vez en la política, no salimos ya nunca de ella... Es cierto que tú estás en segunda línea. Que parece que ya no pintas nada. Pero tú, en tu interior, sabes que, ante cualquier oportunidad que se te presente, aunque sólo sea la de ser consejero áulico de un modesto alcalde, vas a aferrarte a ella para seguir estando en la brecha. La política es un veneno que no tiene antídoto.

–Sí. Claro que es un veneno. Por eso es peligroso. Por eso nos puede llegar a matar...

–Lo que te propongo, te aseguro que no nos va a matar. Al contrario. Nos va a dar una segunda vida que no esperábamos...

–¿Cuál es tu plan?

–Tenemos que actuar con rapidez. Es preciso adelantarse a todos nuestros rivales... Conseguir la información antes que ellos y utilizarla de acuerdo a nuestros intereses... Carlos, tú puedes verte con mucha gente interesada en que lo que allí aparece no salga a la luz. Tú todavía tienes contactos. Tienes el prestigio y la autoridad de quien ha sido jefe de gobierno. Y lo mejor de todo: no tienes encima ni la presión ni la vigilancia de quien ejerce un cargo de responsabilidad. Eso significa que tienes más libertad de movimiento que muchos. Que Pilar Muro, que Eduardo Díaz, que Claudio Montellano o que yo mismo. En consecuencia, puedes maniobrar con mucha mayor agilidad y conseguir antes que nadie lo que estamos buscando.

–¿Y por qué voy a hacer yo eso?¿Acaso salgo ganando algo?

–¿Qué si sales ganando algo? Acabar con Enrique Recio, con Pilar Muro, con todos aquellos que te echaron del poder...

–¿Me estás hablando de venganza?

–Por supuesto que te estoy hablando de venganza. ¿O es que acaso en política no nos vengamos de quienes nos han traicionado, de quienes han querido acabar con nosotros? Es ley natural. Quien se mueve en los entresijos del poder, tiene que derribar a mucha gente, gente que luego puede tomar cumplida revancha. Pero no es sólo eso. Ya es hora de que te confiese

mis intenciones. Quiero presentarme a las primarias del partido y ser candidato a Primer Ministro.

Carlos Peña no se sorprendió. Probablemente, porque en demasiadas ocasiones había ya presenciado el espectáculo de luchas encarnizadas para llegar a la cumbre. Lo que le estaba contando Pablo Bernal se lo habrían contado otros muchos en otras circunstancias. Era un ciclo que se repetía eternamente. Ahora, sólo se trataba de un nuevo giro de la rueda para volver a pasar por el mismo punto que ya había pasado con anterioridad.

—¿Y en qué me puede afectar a mí que tú quieras ser el candidato del Partido Moderado?

—De ganar las elecciones, y creo firmemente que las ganaré, pienso contar contigo. La operación que pienso poner en marcha va a suponer una escabechina brutal. Mucha gente va a tener que abandonar el barco. Y habrá que contar con quienes hayan logrado sobrevivir a la tormenta. Tú, entre ellos. Te necesitaríamos para un cargo de alta responsabilidad. ¿Qué te parece, por ejemplo, el Ministerio de Asuntos Exteriores?

—No vayas tan deprisa, Pablo. Antes de llegar a eso, hay que profundizar en todo lo que me has dicho. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a abandonar a Claudio Montellano? ¿Por qué?

—Claudio va dando palos de ciego. Y no es consciente de que su imagen y trayectoria no convencer a todo el mundo. Demasiado audaz para convencer a los electores más fieles del Partido Moderado. Demasiado tibio para atraer a los indecisos y a los que reclaman cambios. Un día se presenta como un político con mano dura, fiel a las esencias más rancias y tradicionales de nuestro ideario. Al día siguiente, da un giro desconcertante y coquetea con ideas de izquierda. Ahora, lo fía todo al pacto con los renovadores. Pero, a estas alturas, no es suficiente. Nuestra única posibilidad es que alguien conocido pero sin un lastre excesivo a sus espaldas dé un paso adelante.

—¿Y ese alguien eres tú?

—Si nadie más lo hace, ¿por qué no yo?

—Pablo, no sé si eres consciente de que utilizar la información robada en el IIB es muy peligroso. Por varias razones. La primera, porque no sabemos a cuánta gente va a ser vendida. Tú estás confiado en obtenerla sólo para nosotros. ¿Qué puede impedir que esos tipos la vendan a más de un comprador? Reconozco que eso podríamos arreglarlo. Cabría amenazar a esos individuos. Decirles que si nos engañan, sufrirán las consecuencias, unas consecuencias poco agradables. Es posible contratar a la gente oportuna para hacer creíbles dichas amenazas. Pero corremos el riesgo de que acabe en poder de varias facciones a la vez y todo tu plan se venga abajo ya que no tendrías ningún tipo de ventaja. Pero hay un motivo mucho más delicado. ¿Sabes dónde iría a parar el hilo de toda esa información? ¿Sabes qué cuestión haría aflorar y que nos pondría a todos nosotros al borde del abismo?

—¿A qué te refieres, Carlos?

—A que las operaciones que han servido para enriquecer a algunos, también han servido para financiar al partido.

9

A eso de las cinco de la tarde, Soriano tenía buenas noticias para Carla Robles. Ella salió a la puerta de la comisaría a fumar y allí ya la esperaba su compañero, con su cigarrillo ya encendido.

–No sabía que fumaras –dijo Soriano–.

–Y no suelo fumar... Pero ya nos faltan excusas para tanto encuentro furtivo...

–Es cierto. Va a haber habladurías sobre nosotros...

–Francamente, me da igual. Que cada cual piense lo que quiera. Dime, ¿qué has averiguado?

–El nombre del sujeto es Julio Ortigosa Melero.

–Así que esa “o” era de Ortigosa...

–Efectivamente. Fue uno de los escoltas privados contratados por el partido. Su cometido era ser guardaespaldas del concejal de Urbanismo, como ya te dije. Aquí, empezamos a entrar en terreno resbaladizo.

–¿Por qué?

–Si te das cuenta, el partido contrata a alguien para que ejerza funciones de seguridad en relación a uno de sus cargos públicos. Hasta aquí, todo correcto. Pero resulta que esa persona acaba participando en una banda que se dedica a perseguir a los directivos de Inmobiliaria y Promotora Villar, provocando, además, la muerte de siete policías. Es decir, hay, en principio, un cambio de papeles bastante drástico y extraño, ¿no?

–A no ser que...

–A no ser que no hubiera ningún cambio de papeles. Que ambas funciones fueran dos caras de una misma moneda, distintas funciones para los mismos jefes.

–Eso es coherente con lo que estamos investigando. Y es muy preocupante. Porque nos sitúa en una tesitura imposible.

–Que para llevar la investigación hasta sus últimas consecuencias, vais a tener que pasar por encima de un montón de muy altos cargos...

–Efectivamente. Y eso va a ser imposible. Me temo que vamos a acabar siendo utilizados por la Brigada para sus propios fines...

–¿Qué me dirías si supieras que me han dado una dirección?

Soriano sacó una libreta desgastada de un bolsillo interior de su chaqueta, empezó a pasar hojas y le mostró a Carla Robles la última que estaba escrita.

–¿Qué dirección es esa?

–Ahí, puede estar Julio Ortigosa Melero.

Carla abrió los ojos de par en par.

–No puede ser tan bonito... ¿Cómo has conseguido el dato?

–Mi red de confidentes llega muy lejos... No es seguro que esté donde me han dicho. Pero, a lo mejor, yendo allí podríamos descubrir algo. ¿Cómo lo hacemos?

Robles lanzó un suspiro contradictorio: en parte, expresaba esperanza; en parte, desesperación por las metas inalcanzables.

–Déjame que lo hable con Silva.

* * *

El plan que habían trazado era muy sencillo. Silva, Robles y Soriano irían a la dirección que habían conseguido y, con discreción, echarían un vistazo al lugar. Silva no confiaba en la suerte. Así que no esperaba obtener ningún tipo de éxito inesperado. Soriano creía que había que ir removiendo, de vez en cuando, el agua del estanque. En consecuencia, consideraba que un buen jaleo en esa vivienda podía ayudar a resolver el caso por la vía rápida. Robles pensaba que ya decidirían qué hacer una vez que llegaran allí y observaran con qué se encontraban. Por tanto, no tenía ninguna expectativa. Tan dispares estados de ánimo no alimentaron las ganas de conversación. Así que, cuando Silva paró el coche cerca de la dirección buscada, como si hubiera habido un acuerdo tácito entre ellos, cada uno se dedicó a cumplir una misión diferente. Silva permaneció en el coche, contemplando la fachada delantera de la casa. Soriano se dirigió a su parte trasera. Y Robles fue a inspeccionar los alrededores.

El lugar estaba en el centro de una intrincada urbanización. Apenas había movimiento en sus estrechas calles. Un espeso silencio invadía el aire. Cuando Soriano y Robles volvieron al automóvil, ambos coincidían en sus informes: en la casa parecía no haber nadie. Una quietud absoluta reinaba en torno a ella. Durante más de una hora, esperaron que algo sucediera. Pero nada ocurrió.

–¿Sabéis lo que os digo? –dijo Soriano, después de habérsele agotado la paciencia–. Vamos a preparar las armas y acerquémonos.

–¿Cómo que nos acerquemos? –preguntó Robles–.

–Pues como lo digo. Vamos y llamamos a la puerta. A ver si responden...

–¿Y si no?

–Pues vemos como entramos.

–¡Pero no podemos hacer eso!

–No te preocupes. Seguro que la puerta está “abierta”. Además, buscamos pistas. No pruebas.

Carla Robles miró a Silva con intención de que este resolviera el dilema.

–Nos acercamos y, una vez allí, decidimos. ¿De acuerdo?

Se dirigieron a la puerta de entrada y tocaron el timbre. Nadie respondió. Soriano preguntó a Silva con la mirada. El inspector dudaba. Pero, al final, optó por la temeridad de Soriano.

–La puerta está “abierta”, ¿no? Es lógico que tres policías entren para ver qué ha podido ocurrir.

Soriano sonrió. Sacó una tarjeta de crédito de su cartera y forzó la cerradura mientras Robles dibujaba en su rostro una mueca de disgusto. Entraron con cautela. Era ya tarde avanzada y la oscuridad les impedía percibir nada. Intuyeron que a la derecha había una especie de salón. Decidieron empezar por ahí el registro de la casa cuando, de repente, la luz se encendió, poniendo a los tres en guardia. Frente a ellos, sentados en dos sillas, estaban José Francisco Méndez y Ana Valbuena. Méndez, en son de burla, simuló portar una pistola con los dedos índice y pulgar de la mano derecha e hizo como si disparara a cada uno de sus tres compañeros.

–¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Podría decirles que todo el mundo se olvida de que la policía es muy lista. Pero me temo que lo considerarían especialmente sangrante. Pero, ¿se merecen que les dijera otra cosa? A ver, agente Soriano. ¿Cree usted que puede estar preguntado por toda la Costa por un tal Julio no sé qué Melero y no nos íbamos a enterar en la Brigada? Peca usted de ingenuo. Y Silva: menosprecia usted a Carretero. Sus redes y sus contactos llegan más lejos de lo que imagina.

El discurso había sido demasiado largo. Lo suficiente como para que Silva hubiera tenido tiempo para contrarrestarlo con una réplica seca, directa y contundente.

–Ustedes juegan a espaldas de nosotros. Nosotros jugamos a espaldas de ustedes. Uno a uno. ¿Cuál es el problema?

–Puede ser que tenga razón –dijo Méndez–. Por cierto, tengan cuidado y no retrocedan más. Están a punto de pisar una mancha de sangre seca.

Los tres inclinaron la cabeza y comprobaron que Méndez tenía razón. Allí, había tenido lugar un hecho violento.

–Está claro que aquí ha sucedido algo grave –dijo Méndez–. Lo investigaremos. Y sabremos de qué se ha tratado. No lo duden. Ahora, Ana Valbuena y yo tenemos que hablar con el inspector Silva y la agente Robles. Así que lo siento mucho, agente Soriano. Vamos a tener que prescindir de su agradable presencia. Sé que no es muy cortés por mi parte pero no podemos hablar delante de usted de un caso que no lleva.

Soriano hizo un saludo de corte militar con su mano derecha y se dispuso a abandonar la casa.

–Os espero en el coche. Si me deja las llaves, inspector.

Silva atendió a la petición del agente y, a continuación, tomó asiento junto a Robles en dos sillas que colocaron frente a donde estaban sentados Méndez y Valbuena. Inspector frente a

inspector. Agente frente a agente. Tenía curiosidad por lo que el jefe de la Brigada tendría que decirle. Se temía que no le iba a gustar. O, alternativamente, que no le iba a convencer demasiado.

–En parte, tiene usted razón. No hemos sido sinceros los unos con los otros. Y eso, al final, tiene sus consecuencias. Así que vamos a dejar las cosas claras. Sobre todo porque hemos llegado al punto en que necesitamos que nuestra colaboración sea máxima. Ana, explica a nuestros compañeros la situación.

Ana Valbuena, que estaba apoyada en el espaldar de la silla, echó su cuerpo hacia delante, probablemente en un gesto puramente intuitivo, antes de empezar a hablar con Silva y Robles.

–Hay una cosa que debéis tener clara. Posiblemente, no me creáis. Pero lo que os voy a decir es la verdad. La Primera Ministra en persona, Pilar Muro, es la primera interesada en que este caso llegue a buen puerto y salga a la luz toda la verdad. Ella quiere regenerar el sistema. Limpiar toda la basura. Y conseguir que las cosas funcionen de otro modo y que la gente recupere la confianza. Esa es nuestra misión y por eso estamos aquí. Por supuesto, no es fácil. Pilar está recibiendo muchas presiones para esconder la mierda debajo de la alfombra. Y, en muchas ocasiones, se mueve entre la espada y la pared.

–Ello explica que hayamos tenido que meter a Carretero en el caso –dijo Méndez–. No era nuestra intención. Pero los inmovilistas querían tener un aliado en el grupo. Sigue, Ana.

–Como comprenderéis, nos tenemos que mover con mucha cautela. No sabemos en quién podemos confiar. Y eso hace que sólo podamos ir desvelando poco a poco nuestra jugada. Además, los riesgos pueden venir de varios flancos. De quienes desde dentro de la administración no quieren que la verdad aflore... De evasores fiscales que quieren eludir la acción de las autoridades tributarias... De bandas mafiosas que quieren ocultar su entramado... La trama de policías infiltrados no ha sido completamente desarticulada. Aún no sabemos quién es Alexander. Este todavía puede mantener o haber creado una estructura bajo sus órdenes dentro del cuerpo. La incertidumbre es alta. Pero, en este momento, creemos que podemos confiar en ustedes. Y necesitamos su ayuda para llegar hasta el final de esta investigación.

Durante todo el tiempo en que Ana Valbuena estuvo hablando, Silva se cubrió la boca con la palma de su mano derecha. Intentaba reprimirse, concentrar su escucha, no distraerse con la tensión que le estaba empezando a morder con fiereza en la boca del estómago. Cuando ella acabó, se dio varios pequeños golpes en la nariz con el dedo índice. Quería decir lo que pensaba sin pronunciar una sola palabra. Méndez entendió el mensaje.

–Silva, es lógico que recele de nosotros. No ha habido la suficiente transparencia... Pero, a partir de ahora, todo va a ser distinto.

–¿De verdad que todo va a ser distinto? –dijo Silva–. Exactamente, ¿qué es lo que va a ser distinto?

–Va a haber comunicación total entre ambos grupos...

–¿Comunicación total? A ver, Méndez, ¿cómo va a ser esa comunicación total? ¿Que nosotros les digamos todo y ustedes nos digan algunas cosas? ¿De eso se trata?

–Silva, por favor, eso no va a ser así... Para que el caso acabe bien va a ser necesaria la máxima colaboración...

–Repito la pregunta, Méndez: ¿qué es lo que va a ser distinto?

Méndez se mordió los labios.

–Silva, necesitamos colaborar. No tenemos otra opción. Estamos metidos hasta el cuello en esta historia. Nuestra única vía es resolver el caso hasta el final. Si nos quedamos a medias, nos despedazarán. Vamos de buena fe. Si no fuera así, hace algún tiempo que ya hubiéramos podido meterles a los dos en problemas.

Méndez desvió ostensiblemente la mirada hacia Carla Robles y, a continuación, volvió a clavar sus ojos en los del inspector Silva. Este sonrió, sin manifestar ningún tipo de temor o desagrado.

–¿Lo ve? A eso me refería, Méndez. Presumir o alardear de haber hecho cosas muy feas no es un buen comienzo.

–Ni presumimos ni alardeamos. Ya le he dicho que nos movemos en un contexto donde suceden hechos que no compartimos pero contra los que poco podemos hacer...

–¿Y no son ustedes, moralmente, cómplices de esos hechos?

–Seguramente, sí. Pero el camino del bien no siempre es una vía recta. La mayoría de las veces, es sinuosa y retorcida.

–Una vía sinuosa y retorcida, al único sitio que lleva es a un lugar deshabitado. No pretenda engañarnos aunque usted se engañe a sí mismo.

–Necesitamos una respuesta, Silva. Y tiene que ser hoy.

–No quieren esperar, ¿eh? Se les nota que tienen experiencia en presionar hasta el límite. Está bien. Ustedes han contado su historia. Yo les voy a contar la nuestra. Usted sabe que Gómez estaba fuera cuando ustedes llegaron aquí. Sé que siente curiosidad por cuál pudo ser el motivo de su ausencia. Está claro que era algo que no tenían previsto y, por tanto, no pudieron montar ningún dispositivo de vigilancia. Así que están prácticamente en blanco. Pero ya que me piden comunicación total, voy a cumplir con lo que nos exigen. Gómez fue al norte para averiguar algo sobre el pasado de Manuel Vega. Y lo descubrió. Lo que sucede es que es difícil encontrar pruebas sobre las historias del pasado. Además, siempre es difícil dilucidar si esas historias tienen algo que ver o no con el presente. ¿Saben qué se me ocurrió? Contactar con un policía ya jubilado para que tirara del hilo. Y esta mañana me ha traído noticias muy interesantes. Les resumo todo lo que hemos descubierto: resulta que Manuel Vega era hijo de Juan Antonio Aguirre. ¿Y saben qué? Que Juan Antonio Aguirre es el abuelo de uno de los miembros de la Brigada. ¿Qué les parece?

10

Pablo Bernal acusó el golpe. Sabía de los tejemanejes del partido para financiarse. Sospechaba que toda la historia en torno a Life & Building Project podía estar relacionada, al menos en algún aspecto, con la financiación irregular del Partido Moderado. En el fondo, no quería creerlo. Quería pensar que estaba en un laberinto en el que ya se vislumbraba la salida cuando, en realidad, sólo era la puerta a un nuevo laberinto más denso y abigarrado.

–Claudio no me habló de ese tema.

–Tú confías demasiado en Claudio. En el fondo, hay algo en ti que me parece muy bueno, Pablo. Todavía conservas parte de la ingenuidad que todos teníamos cuando empezamos en esto. Y no me parece mal. Pero si quieres estar en primera línea, si no quieres ser la sombra del jefe, tendrás que perderla o, mejor, reducirla a su mínima expresión. Si la mantienes intacta, no llegarás donde quieres llegar.

El sol estaba descendiendo. Las sombras de los edificios más cercanos al mar se iban alargando e iban cubriendo a las figuras que caminaban con lentitud por la playa: delante, Pablo Bernal y Carlos Peña; detrás, a la suficiente distancia como para no poder oír la conversación, los escoltas. Pablo Bernal prefirió no prestar atención al último comentario de su antiguo líder y se centró en la inesperada cuestión que había surgido en la conversación y que complicaba toda su estrategia.

–Es una locura mezclar los negocios personales con la financiación del partido... Hay que mantener separados ambos temas... Si no es así, basta que aparezca una pequeña grieta para que se le llegue a derrumbar todo el edificio...

Carlos Peña sonrió con condescendencia.

–De eso se trata, Pablo. De crear una estructura indestructible a base de conectar elementos que podrían destruirse mutuamente. Algo así como la materia y la antimateria separadas por el muro del silencio. Si afloran negocios privados ilegales, todos nos tenemos que poner manos a la obra para ocultarlos porque, si no, saldría a la luz la financiación ilegal del partido. Si se descubre que el partido se financia de modo irregular, los dirigentes tienen que hacer todo lo posible por desactivar la crisis porque, si no lo hacen, acabaría sabiéndose las ganancias ilegítimas que ellos obtienen de las tramas montadas. De este modo, no nos hacemos daño unos a otros. Si te sirve de consuelo, en el partido rival sucede algo similar. Todo esto no es una circunstancia del momento o comportamientos carentes de ética de algunas personas. Esto va mucho más allá, Pablo. Al final, todos somos rehenes de algo que nos sobrepasa, que tiene vida propia y respecto a lo cual poco podemos hacer: el hacerlo, significaría que todo explotara hecho pedazos. ¿Comprendes por qué no puedo colaborar contigo? ¿Comprendes por qué tienes que cejar en tu empeño? Esa información que han robado del IIB no puede tener ninguna consecuencia, no puede generar efectos... No sé qué pasará al final. Es posible que todos nos pongamos de acuerdo para pagar una cantidad a esos tipos y que nos dejen en paz. O puede ser que sean unos pobres hombres que no sepan dónde se han metido y que

acaben enterrados en una zanja miserable. Desconozco cuál será el desenlace de la historia. Pero es imposible que alguien utilice esa información para limpiar, como dicen, el sistema. La podredumbre ya forma parte del sistema. Es su piel, su musculatura y su esqueleto... Acabar con la podredumbre significa acabar con el sistema... Y eso no puede ocurrir.

—Carlos, hay ocasiones en que, para salvar el sistema, hay que hacer como si se acabara con él. Tú sabes que yo no soy ningún revolucionario ni nada parecido. Pero la gente está harta, desesperada y con ganas de sangre. Si no se hace algo, tus temores se harán realidad. Y nos llevarán a una situación que no controlaremos. La prosperidad del país se puede ir por el desagüe... Y tenemos que evitarlo. Está en juego el futuro de la ciudadanía. Y si no corregimos lo que está sucediendo, esa ciudadanía se acabará rebelando contra todos los que no hemos hecho nada por solucionarlo.

Carlos Peña dejó de caminar. Se giró hacia Pablo Bernal y le puso una mano en el hombro.

—Pablo, a pesar de todas las encuestas y sondeos que has hecho a lo largo de tu vida, hay algo que aún no has aprendido. De hecho, es algo que, muchos de los que se dedican a la política, nunca aprenden. Y es que la gente, así en general, no existe. Hay personas a las que la crisis les ha causado un grave perjuicio. Cierto. Pero hay personas, muchas, que han logrado salvarse de la quema. Y las hay, no demasiadas, que han visto cómo su situación mejoraba. ¿Tú crees que los que no han sido arrojados del barco van a arriesgarse a permitir que el barco cambie? ¿Por qué? Sí, sé la respuesta: la solidaridad. Yo te voy a decir otra palabra, menos bonita pero mucho más útil para predecir cómo vamos a reaccionar: supervivencia. Una vez que has escapado de vida de un naufragio, lo primero en lo que piensas es en volver a casa, en volver al hogar. Al final, todo es una cuestión aritmética. ¿Quiénes son más? ¿Los que tienen afán de revancha o los que temen las consecuencias de ese afán? Haz números y verás que no está tan claro lo que va a suceder en las próximas elecciones legislativas...

En su fuero interno, Pablo Bernal sabía que Carlos Peña tenía razón. Eran unas verdades cristalinas que habían pasado delante de sus ojos y de las cuales no se había percatado hasta ese instante. Se dio cuenta de que había sido terriblemente cándido. No sólo en ese momento sino a lo largo de toda su vida política. Pasaba por ser el hombre práctico, el viejo zorro capaz de manejar los tiempos, las estrategias y los estados de ánimo de la opinión pública y, al final, no había sido más que un mero instrumento al servicio de otros. Y lo peor de todo es que no había sido consciente de ello. Habían bastado unas pequeñas gotas de idealismo, una mínima dosis homeopática, para que toda su percepción de lo que era realmente la política quedara distorsionada y se alejara irremisiblemente de la realidad. Él no era un aplicado discípulo de Maquiavelo: no creía que, para alcanzar el poder y mantenerlo, los medios fueran independientes de la ética. Pensaba que, en última instancia, la política debía cumplir unos fines y que, a veces, para alcanzarlos, sí que era necesario sacrificar determinadas normas y convenciones. Pero consideraba que esos sacrificios debían ser limitados y puramente accesorios. Ahora, de repente, tenía otra visión del asunto. Quienes no tenían reparos en convertir el poder, en todos los sentidos de la palabra, en la única justificación de su vida, lo habían convertido en una herramienta para sus objetivos, aprovechando la ínfima porción de idealismo que aún albergaba su alma. Se enfrentaba, de este modo, a un dilema aparentemente irresoluble. Si seguía adelante teniendo como máxima aspiración limpiar y

depurar las inmundicias del sistema, acabarían con él del mismo modo que un transatlántico echaría a pique a una barcaza con la que se cruzase. Para sobrevivir y que su estrategia tuviera éxito, debía entrar en el mismo juego en el que habían entrado aquellos que iban a estar dispuestos a devorarlo. Y si lo hacía, posiblemente debía olvidarse de las aspiraciones que le habían llevado a apartarse de Claudio Montellano.

—Creo que tienes razón, Carlos. Lo que no comprendo es cómo pudiste perder el poder teniendo unas ideas tan claras sobre lo que este significa.

Carlos Peña no interpretó estas palabras como una reacción de despecho de Pablo Bernal ante la humillación sufrida por la contundencia de sus argumentos. Pudo haberlo hecho pero estando, como ya estaba, en una fase de su vida en la que un resignado cinismo se había apoderado de su ánimo, prefirió pensar que se trataba de una humilde consulta sobre cómo, aun teniendo la verdad en mente, tu conducta te podía llevar al fracaso.

—Nunca estamos a salvo. Uno tiene las ideas claras y tu rival también las tiene. A partir de ahí, cualquier cosa puede pasar. Siempre estamos expuestos a la derrota. Cuando dimité como Primer Ministro, llevaba treinta y cuatro años en política. Había superado mil trances. Nadie pensaba que iba a ganar en unas elecciones a Andrés Estepa. Fue la peor etapa de todas. Tuve que aguantar durante ocho años las mofas y burlas de muchos diputados del Partido del Progreso. Parecía que Andrés Estepa era invencible, que había hipnotizado a los votantes y que yo no tenía ninguna posibilidad. Entonces, estalló la crisis y esta se lo llevó por delante. No accedí al poder en las mejores circunstancias. Nuestro programa no estaba pensado para afrontar una situación como la que me encontré. Tuve que echarme atrás en muchas de nuestras promesas. La crisis inmobiliaria, la crisis bancaria y el aumento del paro nos desbordaron. Cuando empezamos a tener problemas para cubrir la deuda pública que emitíamos, no tuvimos otra opción que recortar gasto público. Tú sabes que yo quería que el partido se apartara de las directrices que había marcado Enrique Recio. Que estuviera menos escorado hacia la derecha y más escorado hacia el centro. Enrique es demasiado arrogante y orgulloso para aceptar un cambio así, para permitir que lo que él considera su legado eterno fuera traicionado por un advenedizo. Porque eso es lo que él me considera: alguien que llegó a liderar el partido porque él lo hizo posible. Él creyó que yo era la persona adecuada para administrar lo que él concebía como su finca particular. Cualquier cambio en esa finca era para él una traición. Y cuando yo intenté introducir cambios, esperó el momento oportuno para darme el zarpazo mortal. Tú lo has dicho, Pablo: la política es un veneno que no tiene antídoto. Enrique no ha perdido su ansia de poder por mucho que, aparentemente, se haya retirado de la política. Y si Pilar Muro se aparta de lo que él piensa que es el camino correcto, intentará acabar con ella como logró acabar conmigo.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Te sigue afectando ese veneno o no? ¿Tienes todavía ganas de seguir peleando?

—Si recibo una propuesta interesante, me lo plantearía.

—Eso quiere decir que lo que te he planteado no te lo parece, ¿no?

—No. Eso quiere decir que lo que me has planteado está aún falto de elaboración.

—¿Y si trabajamos juntos para elaborar algo sólido?

Carlos Peña sonrió. En parte porque sus temores se habían disipado: estaba seguro de haber convencido a Pablo Bernal para que no hiciera ninguna locura. En parte porque se le presentaba una nueva oportunidad para regresar a la política activa: el veneno aún le seguía devorando por dentro.

—Está bien, Pablo. Trabajemos juntos. Pienso que tienes posibilidades. Y haces bien en intentar aprovecharlas.

11

A Méndez se le demudó el rostro. No acertaba a comprender todo el alcance de lo que Silva acababa de decir. Pero intuyó, de inmediato, que sus implicaciones no iban a ser baladíes.

—¿De qué coño me está hablando, Silva?

—Es comprensible que se haya abrumado un poco por todo lo que le he revelado de sopetón. Lo normal es que no haya podido asimilarlo del todo. Especialmente porque le falta parte de la información. Así que vayamos poco a poco.

Silva se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por el salón. Méndez y Valbuena empezaron a seguirlo con la vista con una chocante expresión en sus caras, mezcla de tensión y contrariedad.

—Gómez ha estado en el norte, en la ciudad natal de Manuel Vega y Mario Villar. Hay que admitir que su misión no era fácil. Intentar descubrir algo sobre esas dos personas después de tantos años se antojaba hartó complicado. Sin embargo, lo que no aparece en los papeles, sí puede hallarse en los rumores y las habladurías. Es muy curioso. La memoria de la gente es muy poderosa cuando se trata de recordar secretos inconfesables. Y había algunos que conocían perfectamente la historia que existía detrás de esos dos personajes. ¿Me van siguiendo?

Méndez y Valbuena asintieron con la cabeza.

—Voy a resumírsela para no aburrirles demasiado. El verdadero padre de Manuel Vega era Juan Antonio Aguirre, dueño de Cervezas Imperio. A su vez, Juan Antonio Aguirre era socio de Ramón María Recio, padre de quien fuera en su día Primer Ministro. Juan Antonio Aguirre y Ramón María Recio trabajaron juntos para montar una estructura donde se mezclaban negocios y política. Su objetivo era utilizar la Inmobiliaria y Promotora Villar original, la creada por el padre del auténtico Mario Villar, como una de las sociedades que formarían parte de dicha estructura. Parece ser que, desde la distancia, Juan Antonio Aguirre estuvo pendiente de su hijo secreto para que se aproximara a Mario Villar y le sirviera de caballo de Troya en la promotora. Después de lo que sucedió, los planes tuvieron, lógicamente, que cambiar. Pero, en esencia, se mantuvieron. Ello explica que la auténtica propietaria de Inmobiliaria y

Promotora Villar fuera Life & Building Project, una sociedad participada por políticos de primer nivel y que, al estar ubicada en el Enclave, permitía ocultar la identidad de todos ellos. Y ahora llegamos a un punto crítico. Probablemente, si tuviéramos acceso a la información robada al IIB, podríamos documentar fácilmente todo ese entramado. Y si llegamos al origen del mismo, llegaríamos a Juan Antonio Aguirre y Ramón María Recio. Sería algo muy fuerte, ¿a que sí? Lo que ocurre es que no teníamos pruebas. Es natural: es difícil encontrar algo tangible en relación a historias que sucedieron hace más de cuarenta años y en las que sus dos principales protagonistas ya han fallecido. ¿Qué podía hacer yo? Lo único que se me ocurrió fue recurrir a un antiguo compañero ya jubilado para que contactara con colegas de su época para que indagara en el asunto. Muchos no sabían nada. Otros sabían algo pero no querían hablar. Los que más sabían, aún querían hablar menos. Pero hete aquí que, a fuerza de preguntar, dio con un hilo inesperado. Resulta que uno de los nietos de Juan Antonio Aguirre forma parte de los policías que están investigando ese robo de información. Y por lo visto, señor Méndez, usted no tenía ni idea de ese hecho. ¿Me equivoco?

José Francisco Méndez bajó la cabeza y soltó una especie de gruñido enrabiado. Silva decidió ahondar en la herida.

—Hagámonos una composición de lugar. Estamos llevando a cabo una investigación que puede acabar en Juan Antonio Aguirre y uno de sus nietos está implicado en dicha investigación. Le voy a decir algo, Méndez. Es posible que, gracias a que han instalado micrófonos y han establecido dispositivos de vigilancia para seguir y controlar a sus propios compañeros, puedan haber descubierto algo que afecta a mi vida privada y a la de la agente Robles. Pero jamás, repito, jamás, podrán encontrar algo que afecte a la profesionalidad de ambos. Ahora bien, ¿cómo quedaría usted y su Brigada si se descubre que uno de sus agentes está sumido en un gravísimo conflicto de intereses? ¿Qué ocurriría?

Méndez pareció recuperarse del *shock* generado por la primera impresión y halló un argumento que podía servir de vía de escape.

—No sabíamos nada de esa derivación del caso. Es algo que hemos descubierto *a posteriori*. No debería afectarnos... Es posible, incluso, que la persona afectada ni conozca su parentesco con Manuel Vega.

—Eso da igual, Méndez. Una vez que ese parentesco salga a la luz, las dudas afectarán a usted y a su equipo. Ya no podrá dirigir esta investigación. Supongo que no podrá ni acceder a los datos de la misma. Yo ya sé que usted no tenía ni idea de todo este asunto. Pero eso no les va a importar en absoluto a nuestros superiores, que, tal como está la situación, tienen que guardar un poco la compostura. Y a los medios de comunicación, mucho menos.

—Los medios de comunicación no tienen por qué enterarse...

—Según evolucionen los hechos, yo le digo que sí que se enterarán.

Silva había tomado el mando de la situación. Y eso causaba a Méndez un profundo desagrado, el cual se filtró descaradamente al volver a hablar.

—Por supuesto, la persona de la que me habla es Sebastián Pérez Aguirre.

–Sí, por supuesto.

–Usted ha defendido su profesionalidad y la de la agente Robles. Ahora, yo quiero defender la honestidad y absoluta profesionalidad de Sebastián Pérez. No tengo ninguna duda sobre su lealtad al cuerpo de policía.

–Está bien, de acuerdo. Yo también estoy seguro de eso que me dice. Pero le recuerdo que, hace sólo un momento, usted estaba poniéndonos al pie de los caballos a la agente Robles y a mí. Así que vamos a acabar con todas las gilipolleces que han estado haciendo desde que llegaron aquí y vamos a poner las cosas en claro. Se acabaron los micrófonos y los seguimientos a mí y a mi equipo. Se acabó la falta de transparencia. Se acabó que usted tome las decisiones sin consultarme. Se acabó que Carretero siga participando en este caso...

Méndez dio un respingo en el momento en que Silva pronunció el nombre de su colega.

–A ver, Silva, supongo que lo que quiere es negociar, ¿no? De acuerdo, negociemos. Ya le he dicho que hay cosas que nos vienen impuestas... En otras, tenemos margen de maniobra. Lo de los micrófonos y la vigilancia, no fue decisión nuestra. Pero podemos hacer algo para solucionarlo. Lo de la transparencia, también es posible. Ya no ocultaremos ni esconderemos ninguna información. Pero respecto a Carretero no podemos hacer nada. Es una imposición desde arriba. No podemos apartarlo de la investigación sin generar reacciones.

–Vale. Entonces, lo que le propongo es que él no esté al tanto del cien por cien de la investigación. Debe haber elementos que sólo conozcamos nosotros y nuestros respectivos equipos.

–No sé, Silva. No sé. Usted me está exigiendo muchas cosas. ¿Qué me ofrece a cambio?

–El tratar el asunto de Sebastián Pérez con discreción. Buscarle una solución sin implicar a nuestros superiores.

–Me temo que tengo poco margen para decidir. ¿Ha pensado alguna solución para lo de Sebastián?

–Está claro que hay que apartarlo del caso. Y sin explicarle el motivo.

–Eso que me plantea es muy duro. ¿Qué pensará Sebastián? Primero, cuando lo apartemos. Después, si resulta que su abuelo aparece implicado en todo este jaleo. Pretende que acabe con un miembro muy valioso de mi equipo.

–¿Ve alguna otra solución?

–Déjeme que la piense. Si de aquí a mañana no se me ocurre nada, hacemos lo que usted dice. Pero creo que Sebastián se merece que dedique una noche a reflexionar una opción digna para él.

–No tengo problema. Le comprendo. Seguro que yo haría lo mismo con alguien de mi equipo. Mañana, tratamos de cerrar ese asunto. ¿Qué me dice del resto?

Méndez se sentía acorralado y Silva no dejaba de acorralar a Méndez, consciente de que había obtenido una ventaja decisiva y que tenía que aprovecharla para alcanzar los objetivos que se había propuesto.

–Silva, le prometo que todos los dispositivos de vigilancia y seguimiento serán desactivados. Intentaremos que Carretero no conozca todos los detalles de la investigación...

–Intentaremos, no. No debe conocerlos. No es de fiar. Y usted lo sabe.

–Maldita sea... ¡Estamos en el mismo barco!¿No se da cuenta?

–Demuéstrémelo.

–Se lo repito: vamos a intentar que Carretero no conozca exhaustivamente nuestras pesquisas... Pero créame: no es algo que dependa de mí. La presencia de Carretero es una imposición que viene de arriba...

–Será una imposición pero usted lo defendió a cara de perro en nuestro primer encuentro con el comisario...

–Interpreté el papel que me exigieron interpretar.

–¿Y cómo sé que ahora no está interpretando otro papel diferente?

Silva estaba de pie frente a su colega, que había permanecido sentado. La posición de ambos no hacía más que reforzar la sensación de atosigamiento que Méndez estaba sufriendo.

–Le doy mi palabra de que estoy siendo sincero. De que estamos siendo sinceros en todo lo que les hemos dicho. La Primera Ministra está decidida a acabar con la corrupción y tenemos el encargo de utilizar a fondo la información robada del IIB. Hay quienes, dentro de la administración, se resisten a ello. Y eso explica que hayamos tenido que aceptar imposiciones con las que, bajo ningún concepto, estábamos de acuerdo. Pero se lo reitero: le doy mi palabra de que, a partir de ahora, vamos a acabar con esa situación.

Silva apretó los labios con fuerza y se cruzó de brazos. Sabía que sólo tenía una opción.

–Si un compañero me da su palabra, yo lo creo. No hay más que hablar.

Sabía que sólo tenía una opción, a pesar de todas las dudas que le atenazaban.

12

David Berenger había llegado a la ciudad esa misma mañana. Se había alojado en una de las mejores *suites* del Gran Hotel, en pleno centro urbano, muy cerca de la catedral, del puerto y de la avenida principal, la arteria que constituía el corazón de la localidad, el núcleo de su actividad comercial y de su vida ciudadana. La habitación se ubicaba en el octavo piso y, desde

ella, se podía contemplar una impresionante panorámica de todo el entramado de calles, plazas y edificios que quedaba bajo sus pies. José Ángel Esquivias esperaba en el salón que había delante del dormitorio. Allí había otros cuatro hombres, vestidos con trajes y corbatas negros y que no intercambiaban palabra entre ellos. Se mantenían expectantes pero, aparentemente, tranquilos. Mientras aguardaba a David Berenger, José Ángel Esquivias empezó a sentir una extraña angustia en su estómago. Estaba presintiendo, inconscientemente, que se hallaba en unas circunstancias que no eran las que él habría deseado; que, quizás, había perdido el control de lo que estaba por venir; que lo que sucediera a partir de ese momento, ya dependía de un destino que estaba por encima de él y de su voluntad. No obstante, quería pensar que el riesgo iba a llevar aparejado, finalmente, su recompensa.

Tras media hora de espera, las puertas del dormitorio se abrieron y apareció David Berenger, siempre con su aspecto impecable y su elegancia perversa. Salió acompañado de su asistente personal, una chica de unos treinta años, no muy alta, con su pelo rubio recogido en un moño y que, detrás de sus gruesas gafas y su sobrio traje de chaqueta, no disimulaba su evidente atractivo físico. La chica, al igual que los cuatro misteriosos hombres que estaban en la habitación, tampoco habló ni dijo nada. Se limitó a permanecer de pie cerca de su jefe esperando alguna orden o encargo.

David Berenger se dirigió al sofá donde estaba José Ángel Esquivias y se sentó junto a él.

—Como ve, señor Esquivias, no soy amigo de perder el tiempo. Ambos hemos analizado y llegado fácilmente a un acuerdo sobre las posibilidades que ofrecía el caso IIB e inmediatamente me he trasladado aquí para actuar sobre el terreno. A las personas que han contratado mis servicios no les gustaría que el desenlace de esta situación se prolongara en exceso. Tienen la negativa experiencia de cómo terminó el caso Mario Villar y no desean que se repita el mismo desastre.

—Como comprenderá, señor Berenger, me gustaría que me aclarara algunas cuestiones. Las dos más importantes son qué planes tienen y cómo encajo yo en ellos.

—Usted me gusta, señor Esquivias. Me gusta mucho. Ha detectado la rapidez con que se van a precipitar los acontecimientos y no ha tenido reparos en ir directamente al grano. Sabía que, por pura coherencia, su pregunta no podía molestarme. Eso revela una lucidez que no es habitual encontrar en el mundo en el que me muevo. Todo resulta mucho más torpe y primario. Se habla y se chismorrea cuando se debe callar y se guarda silencio sepulcral cuando se debe poner todo en claro. En homenaje a su inteligencia, le voy a exponer qué vamos a hacer en los próximos días. Samanta, ¿puedes acompañar a estos cuatro caballeros al bar y les invitas a lo que quieran tomar? Regresad en media hora, por favor.

Los cuatro hombres que parecían estar aguardando sin una finalidad concreta se levantaron sin decir nada. Samanta tampoco pronunció una sola palabra. En absoluto silencio, acataron el orden de David Berenger y se marcharon de la *suite*.

—Bueno, señor Esquivias, voy a hacerle partícipe de un privilegio que sólo comparto con unos pocos elegidos: el privilegio de conocer la estrategia de nuestro grupo, el modo en que vamos

a proceder y la forma en que vamos a actuar. Como comprenderá, siempre preferimos movernos en el secreto y la discreción. Con usted, vamos a hacer una excepción. ¿Y por qué cree que hemos decidido hacerla? Porque valoramos en su justa medida el papel que usted puede jugar para el buen cumplimiento de nuestros fines.

El discurso de David Berenger se iba enroscando en torno a las neuronas de José Ángel Esquivias, lenta y sibilantemente. Poco a poco, iba atrapando su cerebro y, en breves minutos, no le dejaría la posibilidad ni de escapar ni de desenvolverse por sí mismo. David Berenger continuaba desplegando sus palabras hábilmente articuladas mientras José Ángel Esquivias parecía hipnotizado por el suave y delicado tono de voz de su interlocutor.

—Nuestro primer objetivo debe ser localizar a los autores del robo de la información en el IIB. A continuación, debemos ganarnos su confianza y entablar una negociación que nos permita apoderarnos de la información robada. Usted será el encargado de llevar la negociación con esos señores.

—Me parece bien. ¿Cómo tienen pensado localizar a esas personas?

—Muy oportuna pregunta. Tengo que admitir que así es. En este punto, me va a permitir que sea extremadamente discreto. Hay elementos sobre los que no le voy a poder informar. Pero hay otros que serán una increíble sorpresa para usted. Estas personas van a ser fácilmente localizadas gracias a un importantísimo contacto, contacto que no puedo dejar de calificar como la joya de la corona de toda nuestra red de relaciones en el país. Este contacto recibe el nombre en clave de Alexander. Sólo yo conozco la identidad real de Alexander y no voy a revelársela, por elementales razones de seguridad. Alexander nos ha prestado valiosísimos servicios desde que colabora con nosotros. En el caso Mario Villar, nos mantuvo puntualmente informados de la marcha de las investigaciones. Por desgracia, nuestras torpezas y la demoníaca tenacidad de un tal inspector Silva nos impidieron alcanzar el éxito. En estos momentos, Alexander cuenta con un importante obstáculo: han desactivado casi toda su red de informadores en el cuerpo de policía y, por ello, le está costando estar al día sobre las indagaciones que se están haciendo sobre el robo de información en el IIB. Pero, antes o después, nos comunicará los datos esenciales que necesitamos saber...

—Pero, señor Berenger, si la policía descubre el paradero de esos sujetos, bien poco podremos hacer, ¿no? Tendremos que saberlo con la suficiente anticipación...

David Berenger sonrió, deseando mostrar un sobrado gesto de suficiencia.

—Créame, señor Esquivias: la posición de Alexander va a hacer posible que tomemos la delantera a todos nuestros rivales. Permítame que no le dé más detalles porque, entonces, podría en riesgo mantener el secreto de su identidad. Y eso es algo que, bajo ningún concepto, deseo que suceda.

José Ángel Esquivias permaneció en suspenso durante unos segundos. Su pensamiento se bifurcó en multitud de direcciones. El celo con que David Berenger ocultaba la personalidad que se escondía detrás del escurridizo nombre de “Alexander” le hacía pensar que se trataba de alguien lo suficientemente preeminente como para que fuese una temeridad imperdonable poner en peligro la continuidad del misterio. Y ello le sugería infinidad de expectativas: si él

tuviera acceso a información tan reservada, sus posibilidades para el futuro se elevarían a cotas que nunca antes hubiera podido sospechar. Si actuaba con la suficiente habilidad, podía tener en sus manos la llave que le diera acceso a las privilegiadas fuentes del poder. Pero, ante Berenger, tenía que seguir conservando su prudencia y su compostura.

—Con toda franqueza, compruebo que tienen absolutamente controlada la situación, señor Berenger. Constituirá todo un honor para mí estar bajo sus órdenes.

13

El inspector Silva y la agente Carla Robles abandonaron la casa por donde había pasado Julio Ortigosa Melero y Mark Cortés, la casa donde había habido un derramamiento de sangre que tendrían que aclarar, la casa donde, quizás, habían formalizado un pacto con el diablo. Estaban agotados, exhaustos por el esfuerzo de dar salida a una tensión nerviosa que les había asaltado de modo inesperado. Se sintieron al borde del abismo y lograron escapar deslizándose por un abismo probablemente aún más peligroso que el anterior. Fueron hasta el coche como autómatas aturridos que funcionaran con un programa informático dañado. Entraron y sólo al cabo de unos segundos parecieron acordarse de que Soriano estaba allí.

—¿Cómo ha ido todo?

—No sé cómo ha ido, Soriano. Se lo digo con toda sinceridad —dijo Silva—. Si al final todo sale bien, diremos que hoy hemos estado sumamente brillantes. Si al final todo sale mal, diremos que hemos actuado de manera catastrófica. Pero, a día de hoy, no tengo criterio para juzgar. Hemos improvisado, he utilizado una información que iba a utilizar en otro momento y ahora tenemos que ver qué ocurre. No hay más...

Silva condujo hasta donde Soriano había aparcado su propio coche y se despidieron con una sensación de amargura, seca como una lija, agarrada a sus gargantas. Después, el inspector se dispuso a llevar a Carla Robles a su casa.

—¿Ha sido Braulio Santiesteban quien ha averiguado lo de Sebastián Pérez?

—Sí, él ha sido. Le pasé la información que me dio Gómez y con dos o tres llamadas telefónicas logró conectar todos los datos. Es un excelente policía, un policía de raza. Aunque ya esté jubilado, sigue conservando todo su instinto y sabiduría.

—Admiras mucho a Braulio, ¿no?

—Sí. Pero lo que siento por él es más que admiración. Cuando yo llegué a esta ciudad, venía de haber recibido un duro golpe. Cuando eres joven, los golpes duelen más. Tu piel es todavía blanda, sin curtir. Y no tienes recuerdos que te sirvan de escudo ni cicatrices que te hayan podido insensibilizar. El caso es que no sabía por dónde iba a llevar mi vida. Él me rescató de toda esa zozobra y me ayudó a ser el policía que soy. Con eso, quiero decir que, para mí, es como si fuera un segundo padre.

–¿Qué te pasó?

En el rostro de Silva se vislumbró una especie de herida sin cerrar que disuadió a Carla Robles de seguir preguntando sobre recuerdos que todavía chapoteaban en la zozobra.

–¿Crees que la presencia de Sebastián en la investigación es un hecho puramente casual u obedece a una estrategia perfectamente calculada?

–No sabría contestarte, Carla. Ya te irás haciendo una idea de la charca de putrefacción a la que estamos asomados. En ese cenagal, ¿de qué y de quién te puedes fiar? De nadie. Absolutamente de nadie. Entonces, si quieres mantener controlada la situación, ¿en qué te apoyas? La respuesta es muy simple. Te apoyas en la sangre. Es más difícil que tu propia sangre te traicione a que lo haga sangre extraña. Por eso, todos estos imperios de inmundicia se construyen sobre la familia. Las familias acaban siendo los cimientos sobre los que tiene que asentarse la corrupción. Si esto es así, ¿por qué no introducir al nieto de Juan Antonio Aguirre en una investigación que puede acabar desvelando, precisamente, la participación de Juan Antonio Aguirre en toda esta trama? ¿Que mejor garantía para que todo nuestro trabajo quedara dinamitado? Pero, por otra parte, hay algo que me choca... Los antecedentes de Sebastián, las buenas opiniones que los compañeros tienen de su profesionalidad y lo que tú me has contado de haber trabajado codo a codo con él...

–Sí, es cierto. No lo veo como un saboteador... No puedo verlo.

–Por un lado, me remuerde la conciencia el haber utilizado lo descubierto por Braulio para escabullirme de una situación comprometida. Sobre todo, cuando no tenía claras todas sus implicaciones. Pero, por otro, quiero pensar que no tenía otra opción.

–No la tenías. Nos tenían atrapados. Y nos querían tener más atrapados aún. Era la única solución para dejarlo planchado... ¡Había que ver la cara que puso Méndez cuando le contaste lo que Braulio había descubierto!

Carla rio abiertamente y sin reprimir sus ganas de expresar la hilaridad que le provocaba el recuerdo del estupor de su compañero. Silva rio con ella. Sus risas eran un islote de calma en medio del océano de agitación en el que vivían. Cuando cesó ese breve momento de relajación, el rostro de Silva volvió a mostrar una expresión adusta.

–Si todo es una mera casualidad y Sebastián es inocente de toda culpa, le deberé una explicación.

–¿Crees que te comprenderá?

–Posiblemente, no. Pero deberé dar la cara frente a él. Tendré que aguantar lo que tenga que decirme. Si me comprende, bien. Si no, es algo con lo que tendré que cargar.

A Carla Robles le subyugaba la rectitud de su jefe (de su amante) y la consideraba uno de sus rasgos más poderosos y atractivos. Además, esa rectitud siempre iba asociada al respeto por los demás, a una preocupación permanente por que la buena fe y la lealtad ajenas no se sintieran ni traicionadas ni engañadas.

—¿Pasarás hoy la noche conmigo?

—No puedo, Carla. Mi mujer empieza a sospechar algo... Seguro que encontramos un hueco en otro momento...

Carla Robles sintió que, a la vez que anocheecía, un frío áspero y desconsolado iba traspasando el coche y se le iba pegando a la piel.

* * *

Cuando Silva llegó a su casa, todo estaba como siempre. Carmen, su mujer, le hablaba de asuntos que a él no le preocupaban y sobre los que él eludía su atención realizando reiterados movimientos afirmativos con la cabeza para dar la impresión de que estaba en todo de acuerdo con lo que ella le decía. Su hijo Juan, cuando estaba allí, se pasaba las horas encerrado en su dormitorio o guardando silencio mientras veía la televisión componiendo una expresión de continua rabia en su rostro. En el fondo, para Silva, su trabajo era su liberación, su modo de encontrar un espacio en el mundo donde pudiera manifestar su auténtico carácter y su verdadera condición. Su trabajo venía a ser, simultáneamente, y de forma paradójica, premio y castigo, placer y dolor. Y en noches como esa, se preguntaba si otra vida hubiera sido posible, si en aquellos años de juventud, en los que tantas ilusiones fueron desperdiciadas, hubiera podido elegir otro camino que le hubiera llevado a un presente completamente distinto al que estaba viviendo. Recordó un barrio humilde, de bloques de viviendas con fachadas necesitadas de pintura y ropa tendida en ventanas y balcones. Recordó el sonido de las conversaciones bulliciosas en el aire y el olor a guisos y fritangas revoloteando por los patios. Recordó aceras sucias y bares que eran el refugio de entusiasmos y pasiones. Recordó esquinas donde latía una sangre fresca y joven, presta a estrenar estrellas sin nombre e inaugurar soles desconocidos. Recordó cómo había que imaginar medidas insospechadas para reinventar el tiempo y cómo el horizonte era una página en blanco que había que escribir cada día. Recordó una época que ya no volvería. Recordó una época en la que, como diría Hemingway, era muy pobre pero muy feliz. Ahora, todo era distinto. Ahora, de día, recordaba días lejanos plenos de pasión e intensidad y, de noche, recordaba noches frenéticas que parecieron infinitas. Ahora, no vivía del todo en el presente sino que, muchas veces, se instalaba, de modo inconsciente, en un pasado que, sabía, no había posibilidad de recuperar. Silva consiguió dormir mientras todos esos pensamientos bullían aún en su mente.

14

Para Mark Cortés, la estancia en la nueva casa se convirtió en una mera continuación repetitiva de su anterior etapa de reclusión. Por desgracia, el espacio del que ahora disponía era más reducido que el que anteriormente disfrutaba: un pequeño cuarto, apartado del núcleo principal de la casa, donde la sensación de asfixia y claustrofobia, que ya había empezado a sufrir en su anterior encierro, no hizo más que acrecentarse. La continua agitación de su cerebro no hacía más que agravar su malestar. Lo que había comenzado como una aventura

apasionante que iba a cambiar su vida para siempre, se había convertido en una ruta infernal que concluía en un callejón sin salida, podrido y maloliente. Lo peor de todo era que la imagen que él se había hecho de Julio era una simple máscara que había caído el suelo y había dejado a la luz un hueco espeluznante y atroz del que sólo cabía esperar el horror más descarnado. Ya no tenía esperanza: había roto con su vida en el Enclave y la había sustituido por una ciénaga en la que sólo cabía cronometrar cuánto tiempo quedaba para hundirse hasta el codo y perder todo contacto con la más mínima porción de oxígeno. Cerró los ojos. Volvió a abrirlos. Todo seguía igual. No sabía qué hacer.

Volvió a sonar el piano. Retazos de una melodía inconclusa brotaron de él. Los sonidos nacían, se deshacían y volvían a reconstituirse, renovados y similares a la primera luz que surgió en el Universo. Mark pensó que la vida debería poder trazarse y rehacerse del mismo modo que una canción se transforma en manos de su compositor, una pintura en manos de su artista o un jarrón de arcilla en manos de su artesano. Hipnotizado por esa idea, salió del cuarto y buscó el origen del sonido que le llevó a tales elucubraciones. Entró en la casa y subió las escaleras hasta el primer piso para encontrar a Bob, concentrado en el instrumento, dando a luz a una de sus creaciones. El compositor levantó, de repente, la cabeza y observó, con relativa sorpresa, que su invitado estaba allí, la mirada fija en él, absorto en su ensimismamiento y extraviado en su soledad.

—¿Te he despertado con la música?

—No. Ya estaba despierto. De cualquier forma, no me molesta. Me gusta. ¿De qué se trata lo que estás haciendo?

—Es una composición para dos películas.

—¿Dos películas? Suena importante, ¿no?

—Suena importante pero no es para tanto. Llevaba seis meses sin recibir un encargo y he tenido que aceptar esto porque no tenía más remedio... Es una película de ficción y un documental. Están relacionados. Parte del reparto está compuesto por actores no profesionales, personas que viven en barrios deprimidos y que se han dedicado a delinquir. En el documental, los entrevistan y cuentan sus experiencias. En la película de ficción, narran una historia inspirada en sus vidas. Presupuesto corto. Y sin excesivas expectativas de éxito. ¡Ojalá me equivoque!

—Yo creía que a un compositor siempre le iban bien las cosas... No me podía imaginar que pudiera tener problemas de trabajo...

—Tal como están las cosas, cualquiera puede tener problemas de trabajo. Más bien, diría que hay que pensar al revés. Lo normal es tenerlos. Y, eso sí, hay un grupo de privilegiados que duermen tranquilos. Los demás, vamos un poco al paio...

—¿Al paio?

Bob se dio cuenta de que su invitado no conocía la expresión.

–Sí, quiero decir... Que nos vamos adaptando a las circunstancias... Que vamos tomando lo que surge... Y no podemos hacer planes a largo plazo...

–Sí, ya te he entendido.

Bob permaneció reflexionando durante unos instantes. Mark empezó a temer que, a raíz de la conversación, su anfitrión descubriera algo sobre él. Su temor se hizo pronto realidad.

–¿Eres del Enclave?

Mark dio un fuerte respingo. A Bob no le hizo falta esperar la respuesta para saber que, efectivamente, su invitado era de allí.

–No tienes nada que temer. Julio es mi amigo. Tú eres amigo de Julio. Soy vuestro anfitrión. No voy a faltar a las más elementales normas de cortesía.

Mark no sabía qué decir. Hubiera podido infundir a Bob una falsa tranquilidad, prometiéndole que no andaban metidos en ninguna historia al margen de la ley. Pero, ante la demostración de lealtad que había realizado, no le pareció bien mentirle aunque se tratara, en última instancia, de una mentira piadosa.

–El Enclave es un lugar complicado, Bob. No te voy a asegurar que soy una persona intachable porque no lo soy. Pero sí te prometo que mi intención es no meterte en ningún lío.

–Está bien. Con eso me vale.

–¿Con tan poca cosa confías en mí?

–Quienes me han engañado, siempre han utilizado palabras más pomposas y grandilocuentes. La sencillez, para mí, es una prueba de que no me quieren traicionar. Es posible que estés equivocado, que pienses que controlas la situación y, realmente, no la controlas. Pero, ¿quién no está equivocado hoy en día? ¿Y quién coño controla realmente nada?

Las palabras de Bob produjeron en Mark el efecto (desconcertante) de percibir luz en medio del laberinto en que se hallaba. Quizás, ello era porque el tono de las mismas era radicalmente diferente a las que había estado escuchando durante las últimas semanas. A lo largo de ese tiempo, Julio se había convertido en un emisor de tinieblas, un propagador de oscuridad que lo había sumido en la desesperación y la desesperanza. Ahora, la actitud de Bob le abría una perspectiva distinta, una perspectiva que había sido suya en el pasado y que había llegado a olvidar.

–Me llamo Mark.

Bob sonrió.

–Bueno, no se diferencia mucho de Marcos, ¿no? Yo, en realidad, me llamo Roberto. Pero todo el mundo me llama Bob.

–¿Cuál es el origen de ese cambio?

–Hace muchos años, compuse la banda sonora de una película. Su director es un apasionado del cine estadounidense. Solía cambiar los nombres de sus colaboradores por nombres en inglés. A partir de ese momento, me quedé con el apodo que me puso: Bob. Es mi máscara.

–¿Tu máscara?

–Sí, todos tenemos una máscara, una fachada que no es auténtica pero que es la que damos al exterior. En mi caso, esa fachada es un tipo llamado Bob. Un sujeto seguro de sí mismo, un poco altivo y absolutamente inflexible en su trabajo. En realidad, soy alguien que lo cuestiona todo y que intento sobrellevar las cosas lo mejor que puedo.

De repente, el silencio de la calle quedó roto por una anormal sucesión de vehículos. Bob se asomó a la ventana y, tras comprobar de qué se trataba, devolvió a Mark un gesto de preocupación.

–Es la policía –dijo con semblante serio–.

Mark se asustó. Por un momento, pareció un perro acorralado, paralizado por el temor y por una abrumadora sensación de indefensión. Bob permaneció mirando por la ventana para confirmar qué estaba sucediendo.

–No te preocupes. Van a una casa al final de la calle.

–¿Qué es lo que habrá pasado?

–Probablemente, será un desahucio. No es el primero que hemos vivido aquí en el último año. Y me temo que no será el último.

Mark se acercó a la ventana para observar la escena. Seis policías estaban llamando al timbre de una de las casas. Dos policías más junto a cuatro personas de paisano esperaban, sin cruzar la verja de entrada. Nadie respondió. Dos de los policías levantaron un ariete que habían dejado en el suelo y empezaron a golpear la puerta hasta que esta cedió. Los seis policías accedieron a la vivienda. Se empezaron a escuchar voces y gritos. Los policías que habían entrado sacaron a una pareja joven que protestaba y se resistía a abandonar la casa. Entre el grupo de curiosos que se había agolpado para contemplar lo que sucedía, hubo quienes empezaron a recriminar a los funcionarios lo que estaban haciendo, aunque la mayoría se limitó a mirar sin decir palabra ni insinuar ningún gesto. Todo el proceso previsto se llevó a cabo sin que nada lo impidiera. Dos de las personas que estaban de paisano eran cerrajeros que se dedicaron a instalar una cerradura nueva en la puerta. Las otras dos eran la funcionaria judicial que iba a formalizar los trámites legales asociados a la acción y el representante del nuevo propietario. Los curiosos se fueron marchando. Los vehículos policiales abandonaron el lugar llevándose a la pareja desahuciada. Cualquiera que pasase por allí unos minutos después no podría decir que hubiera ocurrido algo importante o que tuviera alguna relevancia. La calle seguiría respirando, indiferente al destino de sus inquilinos.

–Vamos a ver si el próximo a quien le pase lo mismo no soy yo –dijo Bob–.

–¿Tú? ¿Tal mal te va la cosa?

–Como ya te he dicho, no muy bien. Ya veremos.

Mark bajó la mirada y descubrió que Julio estaba en la calle, observando desde la entrada a la casa de Bob la consumación del lanzamiento. Mark se sintió extraño. Había habido un instante de calma, de paz, de relativa serenidad hablando con Bob y ese instante quedó truncado por circunstancias que escapaban a su control: el desahucio y la llegada de Julio eran como dos nubes negras y espesas que hubieran tapado el sol del mediodía. Volvía a estar en un laberinto oscuro e intrincado.

Julio llegó hasta donde ellos estaban. Parecía contento. Sin embargo, Mark no le preguntó por la marcha del negocio en el que estaban metidos. Eso era algo que le había dejado de interesar.

–¿Has visto lo que ha pasado? Han echado a una pareja de su casa...

–¿De eso se trataba?

–Sí.

–¡Ah, vale! Lo nuestro va muy bien, ¿sabes Mark?

–¿No te preocupa lo que te he dicho?

–¿Lo qué?

–Lo del desahucio.

–¿Por qué quieres que me preocupe? Sí, sí... Ya sé que todo el mundo anda muy sensibilizado sobre esa cuestión. Pero, ¿qué quieres que te diga? Hay gente que no es capaz de conseguir en la vida lo que se propone. Pierde el juego y se dedica a ir llorando por ahí. Los compadezco. Pero no pienso dedicar un segundo a reflexionar sobre su destino.

Un sabor amargo inundó la boca de Mark. Se sentía nuevamente perdido, sumido en una confusión por la que temía quedar completamente absorbido. Sin decir nada a Julio, se dispuso a abandonar la habitación.

–Pero, ¿qué ocurre? ¿No quieres saber cómo van las cosas?

–Ya has dicho que van bien. ¿Para qué quiero saber más?

Mark volvió al pequeño cuarto, al lugar donde sólo la asfixia podía servirle de consuelo. Julio estaba desconcertado. Se volvió a Bob para intentar encontrar una respuesta.

–Pero, ¿qué le pasa? ¿De qué habéis hablado?

–De nada. Sólo de la vida.

José Ángel Esquivias no sabía exactamente por qué Alfonso Sanmiguel le había pedido que se reunieran. Pero intuía que el motivo tenía que estar relacionado con el asunto IIB. Si le había llamado era por algo verdaderamente importante, por algo que no tenía parangón con nada de lo ocurrido en los últimos años. A partir de ahí, todo venía a ser la resolución de una ecuación matemática. Simple y cristalina. El dilema, entonces, era decidir cómo reaccionar, cómo responder, cómo enfrentarse a lo que podía proponerle. José Ángel Esquivias se trazó una estrategia sencilla. En primer lugar, decidió que él era dos. José Ángel Esquivias A era un abogado con buenas conexiones con la derecha política y que se movía, por tanto, en una órbita muy concreta y determinada. José Ángel Esquivias B era un intermediario de un tal David Berenger que se había embarcado en una aventura arriesgada pero que podía proporcionarle importantes réditos. Ante Alfonso Sanmiguel, él sería José Ángel Esquivias A. José Ángel Esquivias B estaría a buen recaudo, bien oculto y escondidito para no dar pistas sobre por dónde iba la maniobra clave, la que iba a servir para que él construyera un futuro brillante y sin las limitaciones y cortapisas de su actual presente. Por tanto, dentro de unos minutos, él sería el abogado que siempre había sido: un profesional discreto, sobrio, siempre atento a cualquier detalle y que sería un hueso difícil de roer que sólo daría información si le daban información.

Nuevamente, la cafetería de un hotel. El tipo de lugar sistemáticamente elegido para esos encuentros. Estaba harto de que todo se repitiera como una rutina demoníaca que no hubiera manera de aniquilar ni, tan siquiera, de detener, aunque sólo fuera por una única vez. Su deriva mental acabó imaginando una transformación completa y total del mundo en que vivía. Y tuvo que reírse. Sí, se rio porque se imaginó como un eventual votante de Alternativa o de Carmen Seco, la opción más izquierdista del Partido del Progreso para llegar a la jefatura del gobierno. ¿Él iba a ser ahora un revolucionario, un radical? Estaba claro que los últimos acontecimientos le estaban trastornando la cabeza. O, quizás, no. Quizás, de repente, había adquirido una lucidez de la que siempre había carecido. ¿Cómo era el entorno en el que siempre había tenido que luchar? Duro, rígido, hostil, despiadado... ¿Cómo hubiera podido prosperar si no hubiera transitado por el camino que había elegido? ¿Qué otras posibilidades hubiera podido escoger? Vio, entonces, algo que nunca antes había visto. Algo que le causó profundo temor y que, a punto, estuvo de degenerar en un conato de ataque de ansiedad. Siempre llegaba un momento en la vida en que sólo existían (con distintos nombres, con distintos matices, con distintos perfiles, con distintos colores) dos salidas: la complicidad o la subversión. Las circunstancias llevarían a una persona a tomar una vía u otra. Los que transitaban por una verían a los otros como la misma encarnación del mal. Pero, en realidad, todos habían realizado sus respectivas elecciones en función de la misma precariedad de criterios y de la misma incertidumbre sobre el devenir de los acontecimientos. Una delgada línea separaba a todos ellos aunque quisieran pensar que se trataba de un muro sólido y sin fisuras. En su mente, él acababa de vivir el imperceptible paso de una vía a otra y había descubierto que el mismo era sencillo y sin ningún obstáculo que lo impidiera. Él mismo podía haber llegado a ser una cosa u otra dependiendo del factor más insignificante e inicuo. Se

tranquilizó cuando vio llegar a Alfonso Sanmiguel. Al fin, iba a poder interrumpir el torbellino de ideas en que se había visto sumido.

–Buenos días, José Ángel. ¿Cómo estás? Me alegro de verte.

–Igualmente, Alfonso. Estoy bien. No puedo quejarme. ¿Qué quieres tomar?

Después, las típicas frases protocolarias: el habitual intercambio de palabras vacías que allanaban el camino para la conversación buscada. Verborrea hipócrita para seguir creyendo en la amabilidad de las apariencias. Esta vez, José Ángel Esquivias tuvo menos paciencia que en otras ocasiones.

–Bueno, Alfonso, tú dirás por qué me has pedido que nos reuniéramos.

–Eres como yo. Te gusta ir al grano. Así que, partiendo de ahí, voy a ir sin rodeos. Tú, como yo, sabemos lo que ha pasado en el IIB.

Ataque de frente. Era de prever. Había que reaccionar con cautela. No decir más de lo que podía saber el oponente.

–Según tú, ¿qué ha pasado en el IIB?

–Lógico. No quieres hablar más de la cuenta. Para que compruebes que vengo con intenciones claras, te voy a decir qué ha pasado en el IIB. Un empleado del banco ha robado información crítica y ahora la está intentando vender. Está chantajeando a muchos de los que aparecen ahí amenazando con que, si no la compran, la comprarán otros que tendrán un arma muy valiosa para destruirlos. Estoy seguro que a vosotros también os han ofrecido esa información o, como mínimo, tenéis conocimiento de ella y estás intentando hacer algo al respecto. ¿Voy bien encaminado?

Sin margen de maniobra. Si seguía cerrado en banda, Alfonso Sanmiguel se levantaría y la conversación habría acabado. Para avanzar, tenía que dar un paso adelante.

–Sí, vas bien encaminado. Pero nadie se ha puesto en contacto con nosotros hasta la fecha.

–De acuerdo. Con nosotros, tampoco. He llegado a la conclusión de que este asunto es mucho más complicado de lo que aparenta.

–¿Por qué?

–Porque no conocemos las maniobras de fondo. Y esas maniobras pueden perjudicarnos tanto a nosotros como a vosotros.

–Bueno, eso no es ningún misterio. Esa información puede perjudicar a mucha gente.

–Hablo de un perjuicio diferente al que has pensado. Te propongo que hagamos algo.

Alfonso Sanmiguel sacó de su chaqueta una libreta de notas y dos bolígrafos. Arrancó dos hojas de la libreta y le dio una de ellas y uno de los bolígrafos a José Ángel Esquivias.

–Anotemos en cada una de estas hojas los nombres de los tres políticos más importantes de los que tengamos constancia que aparecen en la información robada.

Peligro. Puede ser una estratagema. Hay que tener cuidado.

–Alfonso, sabes tan bien como yo que hay algo que se llama secreto profesional. No debemos hacer lo que me estás diciendo que hagamos.

–Tenemos que proteger a nuestros clientes. Y, a veces, tenemos que hacer cosas dudosas para protegerlos. Vamos a ver esto de otro modo. Escribe en esa hoja los nombres de los tres políticos del Partido Moderado que te parezcan más importantes. Siempre podemos decir que esto va de reflexión histórica. ¿Te vale?

Alfonso Sanmiguel guiñó el ojo.

No hay opción. Hay que seguir el juego. Al final, habrá algo. Alfonso era un tipo serio. Había que correr el riesgo. Escribió tres nombres. Vio cómo Alfonso también escribía.

–Bien. Intercambiamos las hojas.

Momento crítico.

–Verás lo que he escrito en mi hoja. Francisco Arenas. Andrés Estepa. Ernesto Páramo. Tú has escrito Enrique Recio, Eduardo Díaz y Claudio Montellano. ¿No hay nada que te llame la atención?

–En principio, no. Tú dirás.

–No está Pilar Muro.

–Me has pedido nombres de quienes yo tenga constancia que aparezcan en esa información. No me consta que Pilar aparezca.

–¿Y no has reflexionado sobre las implicaciones de que no apareciese?

No. No había reflexionado sobre ello. Pero Alfonso tenía razón: ahí podía haber una grieta importante en toda la estrategia que habían diseñado. Si ella quedaba libre de cualquier tipo de sospecha, carecía de suficientes motivos para frenar que la información saliera a la luz. A lo mejor, hasta le interesaba: eliminaba a todos sus oponentes y quedaría erigida como la única dirigente honrada de todo el arco político. Y si toda la información acababa siendo de dominio público, mucha gente caería al mismo tiempo que los políticos afectados. Los bufetes Ugarte-Esquivias y León-Sanmiguel estaban entre las potenciales víctimas de la masacre.

–Veo que te ha hecho mella lo que te he dicho.

–Sinceramente, sí.

–¿No habíais pensado en esa posibilidad?

–No. Siempre hemos pensado que Pilar Muro sería una de las interesadas en ocultar todo este embrollo. Pero, ahora, estoy empezando a dudar.

–Haces bien en dudar. Yo he dudado tanto que, por eso, te he pedido que nos reunamos. Tenemos que tener previsto que Pilar Muro nos sacrifique a todos para salvarse o para convertirse en la líder absoluta del país. Tenemos que organizar un posible contraataque que la obligue a defendernos.

–Bueno, si nos apoderamos de la información antes que nadie, podemos estar tranquilos.

–No. La información se puede copiar, duplicar, reproducir... Nos dan un disco duro con todos los datos. Muy bien. ¿Y qué? ¿Quién te dice que no han vendido los mismos datos a otra gente? ¿Quién te dice que no han hecho una copia que acaba en poder de la policía o de algún medio de comunicación? Nuestra estrategia tiene que ir en un sentido diferente.

¿Sentido diferente? ¿De qué estaba hablando? ¿Qué había pensado?

–Creo que, si me estás hablando tan abiertamente y con tanta seguridad, es porque ya tienes un plan pergeñado. ¿Por qué no me dices de qué se trata?

16

La mañana empezó con una reunión a puerta cerrada entre Silva y Méndez. Era la primera vez que ambos hacían algo así desde que empezara la investigación. Salvo Ana Valbuena y Carla Robles, ninguno de los agentes sabía de qué podían estar hablando sus respectivos jefes. Las dos primeras lo imaginaban. La última conversación entre los dos inspectores había dejado muchos flecos pendientes. Era necesario cerrarlos si se quería seguir adelante. Había sucedido algo evidente: las miradas que se cruzaban las dos mujeres que habían sido testigos de la tensa conversación de la tarde anterior estaban presididas por una fría desconfianza pero, al mismo tiempo, también por la convicción de que entre los dos grupos se había llegado a una situación de equilibrio de poder. Antes, había una falsa imagen de confianza entre ellos. Ahora, el recelo mutuo iba a llevar a una situación de firme y auténtica certidumbre. La puerta se abrió y Méndez se asomó sin acabar de salir del despacho de Silva.

–Pérez, ¿puede venir aquí por favor?

Valbuena y Robles volvieron a cruzar sus miradas. La suerte estaba echada para su compañero. Robles sabía que la caída de Sebastián Pérez era más el resultado de un pulso de poder por parte de Silva que la consecuencia directa de un parentesco cuyas consecuencias sobre la investigación no estaban demasiado claras. Era una situación desagradable: ellos eran policías, profesionales que sólo querían cumplir con su deber. Sin embargo, las circunstancias les obligaban a trenzar turbias maniobras para poder cumplir con su cometido. Silva mantenía la compostura pero Robles intuía que el inspector no estaba nada cómodo en esa tesitura. Lo notaba en la crispación inusual que se adivinaba en su rostro y en el número de cigarrillos que consumía con ímpetu compulsivo. De soslayo, Robles también observaba a Gómez y a Osorio e, igualmente, detectaba actitudes poco usuales en sus compañeros. Todos ellos semejaban intrusos que hubieran ido a parar a un país con un idioma y unos usos completamente

desconocidos. Quien no ocultaba su desconcierto era Carretero quien, con el ceño fruncido, no apartaba sus ojos de la puerta tras la cual estaba teniendo lugar la misteriosa conversación. Al fin, Silva y Méndez salieron del despacho. Pérez fue directamente a su puesto de trabajo y empezó a recoger su ordenador portátil y sus objetos personales. Méndez tomó la palabra.

–De ahora en adelante, vamos a reconducir el modo en que estamos llevando a cabo a investigación. Ya hemos puesto en común todos los datos y hemos tenido la suerte de conocer la identidad del socio de Mark Cortés. Se trata de Julio Ortigosa Melero. Esta buena noticia significa que la vertiente analítica del caso ha quedado prácticamente cerrada por lo que el trabajo del compañero Sebastián Pérez ya no es tan necesario. Por tanto, va a volver a la capital porque han requerido sus servicios para un importante caso de tráfico de estupefacientes que, en estos momentos, es absolutamente prioritario. Echaremos de menos su buen hacer. Ya viene de camino la persona que lo sustituye: Martín Zuloaga, otro gran profesional. Espero que el cambio no produzca mayores disfunciones.

Méndez fue a por una botella de agua mineral que tenía en su mesa y dio un buen trago de ella.

–Esta mañana, según lo previsto, vamos a ir a la cárcel a visitar a José Carrasco. Le vamos a proponer un pacto. Bien por esta vía, bien por la orden de búsqueda dictada contra Julio Ortigosa Melero y Mark Cortés, bien por nuestras propias pesquisas, no tengo la menor duda de que vamos a dar con esos dos individuos y podremos utilizar la información que tienen para montar una importante operación anticorrupción. Y tampoco me cabe la menor duda de que ello implicará identificar a ese tal Alexander que es uno de los principales responsables de la muerte de siete de nuestros compañeros. El fin de este caso está más cerca de lo que pensamos.

Dosis de optimismo para compensar el desconcierto. Tal vez, Méndez tenía razón. Todo podía acabar en breve. Una detención rápida y se iniciaría un proceso automático que les llevaría a obtener los resultados deseados. Sin embargo, parecía una previsión excesivamente optimista: suponía menospreciar todos los obstáculos que Silva había desgranado, diagnosticado y analizado durante un año de investigación. ¿Qué iba a suceder? ¿Que iban a desaparecer por arte de magia? ¿Sería verdad que Pilar Muro estaba empeñada en acabar con la corrupción y que iba a facilitar que las pesquisas llegaran hasta el fondo de todos los datos que iban a conseguir? Carla Robles desconfiaba de ese futuro pintado de color de rosa. Pero, en ese momento, no podía pensar más allá de los objetivos inminentes: localizar a Julio Ortigosa Melero y Mark Cortés y estudiar la información que habían robado del IIB. Después, ya se vería qué ocurriría. Ella no pensaba así antes de haber sido trasladada a esa comisaría. Los casos tenían un inicio y un final. Y había que procurar que ese final significara que se hiciera la luz sobre todas las circunstancias investigadas, que el delito cometido fuera castigado y que las víctimas fueran resarcidas. Ahora, todo estaba siendo distinto. Había muchos elementos externos que condicionaban hasta dónde se podía llegar y si se podía llegar a algún lado. Investigar a gente poderosa era bucear en un mar embravecido que generaba sus propias tinieblas. Y no era nada fácil, para una profesional tan exigente como ella, aceptar ese hecho.

* * *

La actitud de José Carrasco fue muy diferente a la que había tenido Francisco Poveda. Estaba claro que tenía menos secretos que ocultar o menos servidumbres a las que obedecer.

–Estoy dispuesto a colaborar con ustedes. Mi intención es pasar en este agujero el menor tiempo posible. Ustedes saben tan bien como yo que soy un simple chivo expiatorio. Los culpables reales de todo el caso Villar están muertos por lo que alguien debía cargar con el peso del castigo. Y ese alguien iba a ser yo. Así que si consigo reducir la pena a cambio de ayudarles, lo único que se estará haciendo es justicia. Díganme lo que tengo que hacer y lo haré.

La reacción de los tres inspectores fue diversa y acorde con la personalidad respectiva de cada una de ellas. Para Silva, el que aflorase con nítida evidencia cómo habían asimilado los tres policías las palabras del detenido fue un lamentable fallo de la visita. Bajo su punto de vista, él fue el único que supo mantener la suficiente frialdad como para no manifestar ningún tipo de entusiasmo. En realidad, no tenía ningún entusiasmo que ocultar porque lo que primaba en él era una absoluta desconfianza. Además, no compartía lo que José Carrasco había dicho: lo consideraba una mera pose o un simple autoengaño. Méndez vino a dar un suspiro de alivio. Silva no comprendía cómo podía haber derrochado optimismo en la reunión de la mañana y, en ese momento, dar la impresión de que se había agarrado a un clavo ardiendo y no se había quemado. Finalmente, Carretero mostró su habitual sonrisa excesivamente irónica. Miró a Méndez y Silva del mismo modo que lo hubiera hecho a sus compañeros de grada si su equipo de fútbol hubiera marcado un gol.

–De acuerdo, señor Carrasco –dijo Méndez–. Le vamos a explicar el plan que vamos a seguir. Un plan sencillo y efectivo. Creo que, en pocos días, podremos cosechar resultados positivos.

17

Pablo Bernal se vio, durante varios días, arrastrado por un torrente que apenas controlaba. Seguía trabajando para Claudio Montellano pero, al mismo tiempo, estuvo permanentemente en contacto con Carlos Peña de cara a organizar su propia candidatura. Seguía negociando también con los autores del robo de datos en el IIB, en un complejo tira y afloja, en un toma y daca cada vez más absurdo en el que él sabía que era inútil adquirir la información (porque, como Carlos Peña le había explicado, su utilización implicaba destruir al partido y, quizás, poner en peligro al propio sistema) y, además, carecían del dinero que los extorsionadores exigían y Claudio Montellano no aceptaba la idea de buscar aliados para poder hacer la compra. Al mismo tiempo, la mente de Pablo Bernal era como una máquina que funcionara a revienta calderas para intentar conciliar mil caras que parecían incompatibles entre sí. Intentaba que Claudio Montellano no percibiera la tensión que anidaba en él, la tensión de quien era plenamente consciente que iba a traicionar a quien siempre había sido su jefe y a quien, en más de una ocasión, había jurado lealtad incondicional. Todo ello le sumía en una especie de alucinación permanente donde realidad, farsa y mentira se conjugaban para crear una entidad deforme y espesa en la que se movía fatigosamente y cuyos perfiles no era capaz

de apreciar con una mínima lucidez. En esa situación, Esteban Miranda era su único apoyo para intentar escapar vivo del campo de minas que había decidido transitar.

–Carlos Peña me ha dicho que ya ha hablado con varios diputados importantes del grupo parlamentario y con algunos líderes regionales descontentos con la gestión de Pilar Muro. Quieren un cambio y contamos con la ventaja de que no se acaban de fiar de Claudio Montellano. Lo ven con un estilo demasiado personalista. Y no se equivocan. Ese siempre ha sido su gran defecto. Estarían dispuestos a apoyar a un candidato alternativo.

–Y ese candidato alternativo vas a ser tú.

–Creo que voy a dar el paso. Ya te he hablado muchas veces de lo que pienso sobre la situación actual y de por qué considero que Claudio Montellano no va a ser la solución aunque pueda parecerlo. He perdido la fe en él. Y nos jugamos mucho a corto plazo. No sólo en las elecciones. Sino, sobre todo, en la legislatura. Hay que hacer muchos cambios en este país. Y hay que tener una firme y clara voluntad para hacerlos. Claudio sólo aspira a tener el poder. Yo voy más allá.

Esteban Miranda detectó un extraño fuego en los ojos de Pablo Bernal. Un fuego que nunca había estado allí antes. Podía ser el afán reformista. O podía ser, simplemente, la ambición. La ambición disfrazada de espíritu regenerador. No sabía decir con exactitud qué era. Esteban había perdido su capacidad de identificar las certezas. Curiosamente, desde que una inesperada preocupación por el sentido de sus actos se había instalado en su cerebro. Creía mantener intacta su capacidad de raciocinio pero las emociones se habían inmiscuido de forma inmisericorde en sus procesos mentales hasta llevarlos a la parálisis. Se dejaba llevar por los acontecimientos y, de ahí, surgía, de la nada, la decisión de seguir a Pablo Bernal. Pero, en alguna corriente neuronal profunda, algo le decía que era indiferente a quién siguiera. Que todas las combinaciones posibles llevaban al mismo desenlace. Que no había forma de cambiar el curso del destino.

–Pablo, tendrás que formar un equipo. ¿Crees que será fácil?

–Nunca es fácil formar un equipo. Pero creo que ya tengo al primer integrante, ¿no? –dijo Pablo mirando a Esteban–.

¿Importaba que dijera sí o no? Ya se había puesto en marcha el mecanismo diabólico que iba a ensalzar prestigios y triturar autoridades. Se trataba de elegir el engranaje correcto, el conjunto de piezas que quedaría en la cúpula de todo el artefacto. Sería imposible controlar y predecir todos los movimientos y sopesar todas las probabilidades. Todo sería un juego que dependería del azar y de la aleatoriedad de elementos inaprehensibles.

–Por supuesto que sí, Pablo. Puedes contar conmigo.

–Me gustaría que María se incorporara al equipo.

Lo que estaba expresando Pablo Bernal no era un deseo. Era una orden. Esteban la comprendió a la primera: “Esteban, María y tú sois amigos. Tú eres la persona adecuada para convencerla de que se una a nosotros. Hazlo. Convéncela”.

—No te preocupes, Pablo. Yo le hablaré y seguro que se convierte en una de los nuestros. No lo dudes.

* * *

La amistad entre María Benavides y Esteban Miranda había sufrido un sutil deterioro desde que el asunto del robo de información en el IIB había entrado en erupción. Esteban no se esperaba la clara predisposición de ella de colaborar en una acción que él consideraba sumamente censurable: ocultar información en vez de asumir las oportunas responsabilidades. Desde ese momento, entre ellos se había ido extendiendo una frialdad que, por el mero hecho de que no hablaran de ella, fue adquiriendo un peso que hizo que la relación fuera siendo aplastada por silencios cobardes y remordimientos ignorados. Pero, ahora, ello tenía que ser olvidado. Tenía una misión que cumplir. Convencer a una persona para que formara parte de un proyecto. Daba igual si era su amiga o no. Eso era indiferente. Tenía que conseguir el objetivo y ya está.

Era de noche. Esteban había pedido a María verse fuera del hotel, lejos de las miradas indiscretas del resto de miembros del equipo. Estaban en el bar de la estación de ferrocarril. A esa hora, reinaba en todo el recinto una desamparada soledad. Una soledad que era como una hiedra que iba echando sus garras a las pocas personas que estaban pasando allí su tiempo. Esteban explicó a María lo que estaba sucediendo, lo que Pablo Bernal había ideado.

—Así que Pablo Bernal va a presentar su candidatura a ser Primer Ministro. Va a dejar en la estacada a Claudio Montellano y va a montar su propio proyecto. Quiere que tú participes.

—¿Tú ya te has decidido?

—Ya lo ves. He optado por apoyarle, por estar junto a él. Me parece que es el candidato adecuado para este momento. Es el más apropiado para ganar estas primarias y para ganar después las legislativas.

María no quiso responder inmediatamente. Dio un sorbo a la cerveza que había pedido y se quedó mirando al suelo con el semblante serio.

—No sé cómo te has atrevido a decirme esto. En los últimos días, has estado muy distante conmigo. Creo que no te gustó nada que tuviera una actitud tan decidida cuando Pablo nos pidió ayuda...

—No es que no me gustara. Es que no lo comprendí. Hemos hablado muchas veces. Creo que compartimos ideas similares. Cuando Pablo nos contó en qué estaba metido Claudio Montellano, sentí una inmediata repugnancia. No me podía creer que alguien con quien había tenido una amistad tan estrecha reaccionara con tanta frialdad a la revelación de que, quien considerábamos un hombre intachable, era, en realidad, un corrupto. Me sorprendió bastante.

—Entiendo que te sorprendiera. Hasta yo misma me sorprendí. Pero también me sorprende que no hayas encontrado una explicación para ello.

—¿Una explicación? ¿Qué explicación tenía que haber encontrado?

–Tú mismo has dicho que hemos hablado muchas veces. ¿Cuántas veces has dicho que mi talento estaba siendo desaprovechado?¿Que no tenía sentido que me tuviera que buscar la vida de mala manera mientras veías que un montón de inútiles medraban en puestos que le quedaban grandes por culpa de su escasa valía?

–Es cierto pero, precisamente por eso, no deberías entrar en el juego sucio de quienes...

–No. Precisamente por eso, he tenido que entrar en el juego sucio que me han propuesto. Esteban, está claro que, por mi talento o por mis aptitudes, no iba a prosperar. Por dos motivos. El primero, porque esta sociedad hace primar otras cosas aparte del talento o la inteligencia. El saber actuar con malas artes es una habilidad que suele estar mejor valorada. El segundo, porque soy mujer. Y una mujer tiene que superar muchos más obstáculos que un hombre para llegar a algo. ¿Sabes las veces que me han propuesto ya llevarme a la cama a cambio de algún puestecillo de mierda?¿Qué crees?¿Que eso es, quizás, más digno que intentar salvar a un político corrupto cuando todos los políticos son, al final, unos corruptos? Si ello es así, salvemos, al menos, al que parezca más eficaz.

–Yo no pienso como tú. Todavía es posible la integridad en política. En los últimos tiempos, he conversado mucho con Pablo Bernal. Y he descubierto en él una lucidez y unas virtudes que no había visto nunca antes...

–A ver, a ver, a ver... No me vengas ahora intentando vender tu mercancía... Te recuerdo algo: fue Pablo Bernal quien se esforzó por convencernos de que había que ayudar a Claudio Montellano. Te escandalizas porque yo aceptara tan rápidamente su oferta y hablas maravillas de quien nos la hizo... ¿No te parece contradictorio?

–Sí, efectivamente, parece que lo es. Pero creo firmemente en que Pablo Bernal se ha dado cuenta de que se equivocó. No sólo en ese momento. De que estaba equivocado por completo. Que estaba metido en una dinámica de la que debía salirse. Y ha decidido salirse. Mira, María. Puede ser que haya llegado a desconfiar de ti. Que haya pensado que estamos más distanciados de lo que imaginaba. Todo eso es posible. Pero, ¿sabes qué es lo más importante en este momento? Que se abre una oportunidad única para cambiar las cosas. Pablo Bernal es un hombre con las ideas claras. Con un programa claro. Se va a arriesgar. Va a dar un paso muy audaz que puede acabar con su carrera política para siempre. Pienso que quienes tenemos fe en que otro tipo de política es posible debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para que triunfe. Seguro que en su pasado se esconden turbiedades. Pero lo importante es sus planes de futuro. Y yo creo que esos planes son atractivos e ilusionantes para este país. Olvidemos cualquier cosa que haya ocurrido en el pasado entre nosotros. Unámonos para lo que está por venir, que seguro que será algo mucho más brillante y esperanzador.

María Benavides miró hacia el techo y soltó un suspiro que reflejaba la dificultad de la encrucijada a que Esteban la había conducido.

–No tengo claro qué hacer. Es un dilema complicado.

–Carlos Peña le está apoyando.

Esteban Miranda se dio cuenta de que ese dato la impactó.

—¿Carlos Peña?

—Exactamente. Se ve que tu idea le inspiró. Pero, aparte de eso, ese apoyo significa que una parte importante del partido va a seguirle. Piensa lo que ello implica. Claudio Montellano está solo. Siempre lo ha estado y siempre lo estará. Pablo Bernal no va a estarlo. En el momento en que Pablo abandone el barco, Claudio se hundirá. Y, a continuación, habrá toda una fila de militantes y altos cargos que auparán a Pablo para que intente arrebatarse la candidatura a Pilar Muro. Creo que hay que estar a su lado.

María Benavides seguía dudando sobre su respuesta. Después de unos minutos de silencio, comunicó a Esteban su decisión.

—De acuerdo. Contad conmigo.

* * *

María y Esteban volvieron al hotel. Apenas hablaron. Estaban siendo unos días duros para ellos y era tarde. Estaban cansados, física y mentalmente. Tenían ganas de irse a dormir. Esteban acompañó a María hasta su habitación. Se despidieron, sonrientes y alegres. Una vez dentro, María comprobó que su compañera de cuarto dormía. Por todos lados, había informes, periódicos, revistas y papeles diversos, desperdigados sin orden ni concierto. Entre ellos, había dos ordenadores portátiles, dos cargadores de teléfono móvil y diversos cables y componentes informáticos que alimentaban la sensación de caos. María fue al cuarto de baño. Se miró al espejo. Volvió a salir de la habitación y, ya en el pasillo, empezó a recorrerlo de un extremo a otro. Finalmente, marcó un número en su móvil. No hubo respuesta al otro lado de la línea. María permaneció en el pasillo, sin inmutarse, sin esbozar reacción alguna. Al cabo de un rato, entró una llamada. Era del mismo número al que había llamado con anterioridad.

—Buenas noches. Como puedes imaginar, te he llamado a esta hora porque ha sucedido algo importante. Ha habido un cambio de planes que no teníamos previsto. He tenido que improvisar. Ahora, tenemos que ver qué hacemos.

18

Pasaron varios días en los que la investigación empezó a entrar en una preocupante inercia burocrática. Se iban cumpliendo trámites, se iban cerrando peticiones de información, se siguieron varias pistas hasta que se comprobó que no llevaban a nada y el caso seguía empantanado en las mismas coordenadas paralizantes. Llegó Martín Zuloaga y resultó ser muy parecido, en cuanto a carácter y forma de comportarse, a Sebastián Pérez, sólo que era un poco más joven, un poco menos concienzudo y, sin discusión, algo más despreocupado. A pesar de ello, no se le podía negar que cumplía su trabajo con eficacia, quizás porque carecía de la vena obsesiva de su antecesor, la cual podía llegar a ser irritante y, en algunos

momentos, incluso hasta entorpecedora. En definitiva, las aguas parecían haberse calmado. Sin embargo, al mismo tiempo, parecía que se había desvanecido la ilusión por llegar a un desenlace satisfactorio.

Hasta que una mañana, germinó una de las múltiples semillas que se habían sembrado. Recibieron en comisaría una llamada de la cárcel. José Carrasco quería hablar con ellos. Méndez, Silva y Carretero acudieron rápidamente hasta el centro penitenciario, con la plena certeza de que el plan que habían diseñado había dado algún fruto. Esperaron a José Carrasco en una sala anexa al despacho del director. Cuando llegó allí, estaba ufano y sonriente.

—Buenas tardes, señores. Les puedo dar buenas noticias. Ya ha habido alguien que ha picado el anzuelo.

—¿Quién? —preguntó, con ansiedad, Méndez—.

—A una de las personas a quien llamé fue al promotor Francisco Montiel. Esta mañana, me ha devuelto la llamada y me ha comentado que un abogado muy conocido también ha contactado con él para la compra de la información del IIB. Ese abogado ha hablado ya unas cuantas veces con uno de los autores del robo de esa información. Tienen un acuerdo y está juntando dinero para poder hacer el intercambio.

—¿De qué abogado se trata?

Méndez volvió a preguntar desvelando el ansia que le devoraba. A Silva le hubiera gustado tomar el mando de la conversación pero Méndez tenía un acusado sentido de la jerarquía que le impedía, en circunstancias como esa, adoptar la decisión más útil y práctica.

—Antes de seguir, quiero tener claro que voy a obtener un beneficio de todo esto.

—Se lo hemos dicho. En relación al asesinato de Mario Villar, la fiscalía cambiará la calificación del delito. Pasará a ser mero encubridor y podrá aplicarse la prescripción del mismo. Asimismo, también rebajará la calificación de los delitos económicos relacionados con Puerto Sol. En seis meses, podrá estar fuera de aquí.

—Bien. ¿Me pueden dar todo eso por escrito?

Carretero abrió la carpeta de piel que llevaba consigo y extrajo de allí un documento.

—Aquí lo tiene —dijo en tono mordaz—. ¿Qué más desea para darnos el nombre que necesitamos?

Méndez y Silva estaban sorprendidos. No sabían que Carretero tenía ese as en la manga. Y no supieron muy bien cómo reaccionar ante ese hecho inesperado.

—Eso está bien —dijo José Carrasco—. Quiero que mi abogado esté presente para cerrar el trato.

Carretero tomó, inopinadamente, toda la iniciativa en la situación que había surgido. Fue hasta el despacho del director del centro y le pidió que llamara al abogado del detenido para que se presentara allí con máxima urgencia. Méndez estaba dominado por el estupor. Silva miró a Méndez con un recordatorio de revés ya anunciado clavado en sus ojos.

Una hora después, una vez que hubo llegado el abogado de José Carrasco, pudieron concluir los términos definitivos del acuerdo. Todos parecían estar satisfechos.

–Creo que ya les puedo decir quién es el abogado del que les he hablado –dijo José Carrasco–. Se trata de José Luis Ugarte.

* * *

En la comisaría, los tres inspectores y todos los agentes asociados a la investigación se reunieron con el comisario Torres en una reunión de urgencia. Habían encontrado un hilo directo con la información que estaban buscando y, a partir de ese momento, había que actuar con mucha prudencia para no echar a perder la oportunidad que se les presentaba.

–José Luis Ugarte es un personaje importante –dijo el comisario–. Cuando hablen con él, hay que hacerlo, a la vez, con tacto y contundencia. Con tacto, para que no tenga una excusa con la que demandarnos por cualquier tipo de resquicio legal. Con contundencia, para que no dude que vamos en serio.

–Pienso que el inspector Silva debe estar al frente del interrogatorio –dijo Méndez–. Tiene más experiencia que yo en ese aspecto...

Silva se sorprendió por el gesto tan inhabitual de Méndez. Pero logró no manifestar su reacción y se limitó a asentir con un leve movimiento de cabeza.

–Ahora, tenemos que ver cuál es el elemento con el que vamos a atacar –dijo el comisario–. Lo que tenemos, ¿es suficiente para que se avenga a pasarse a nuestro lado? ¿O podrá salirse por la tangente y no tendremos medios para hacer nada contra él?

–Lo que tenemos, parece que es poco –dijo Silva– pero, si sabemos utilizarlo, nos puede proporcionar una importante ventaja. Si niega los hechos, tiene que imaginar que se va a convertir en un objetivo a vigilar. Eso implica que su libertad de movimientos se va a ver bastante restringida. Y eso es algo que él no se puede permitir. En función de los fregados en que andará metido, necesita margen de maniobra.

–Está bien –dijo el comisario–. Confíemos en ello. Mañana por la mañana, vayan a verlo y hablen con él. El objetivo es que nos lleve hasta Julio Ortigosa y Mark Cortés. Es en lo único en que debemos centrarnos. Una vez que lo consigamos, todo lo que hayamos hecho habrá merecido la pena. Manténgame informado de lo que suceda.

Entre todo el equipo, se extendió un ambiente de evidente optimismo. De repente, el caso se había desbloqueado y podía adquirir una velocidad de vértigo. Hasta las once de la noche, estuvieron recopilando toda la información disponible sobre José Luis Ugarte y su bufete, organizaron la estrategia a seguir y acabaron la jornada con el convencimiento de que habían tenido en cuenta todos los detalles que podían ser relevantes al día siguiente. Estaban cansados pero satisfechos.

Osorio fue hasta el aparcamiento de la comisaría mientras su mente aún estaba siendo atravesada por pensamientos que circulaban a un ritmo endiablado. Repasaba una y otra vez todo lo que habían previsto para su encuentro con el abogado e intentaba encontrar algún

fallo, alguna brecha, algún minúsculo elemento que derrumbara todo el plan que habían trazado. Una voz que se acercaba a él interrumpió la tarea en la que se hallaba inmerso.

–Javier, Javier, espera...

Era Cristina Salvador. Corría hacia donde él estaba.

–He dicho que tú me llevabas al hotel.

–¿No sospecharán? Hasta ahora, habíamos sido muy discretos.

–No te preocupes. No creo que debamos preocuparnos. Vamos a acabar siendo unos paranoicos.

En el coche, hubo un prolongado intervalo de silencio. Fue Cristina quien lo interrumpió.

–¿Qué se traen entre manos Silva y Méndez?

–No sé. No creo que haya nada. Al principio, la investigación fue avanzando con lentitud. Hubo roces. Hubo disfuncionalidades. Ahora, todo está solucionado y empezamos a ver resultados tangibles. Creo que eso es todo.

–No lo veo tan claro.

Osorio mantenía toda la atención en la conducción. Tardó en responder a las últimas palabras de recelo.

–¿Por qué no lo ves claro?

–Una noche, nos dijimos que entre tú y yo iba a haber absoluta sinceridad. ¿Te acuerdas?

–Sí. ¿Cómo no me voy a acordar?

–Fue la noche en la que me dijiste que habíais encontrado una pista sobre Julio Ortigosa pero que no nos la ibais a revelar hasta que no estuviera montado todo el dispositivo de búsqueda.

–Sí, ya te he dicho que me acuerdo.

–Te tengo que confesar algo: yo no fui completamente sincera.

–¿Qué quieres decir?

–Sobre todos vosotros, había organizado un dispositivo de vigilancia.

Osorio no dijo nada. Siguió conduciendo hasta que encontró una plaza de aparcamiento libre, en una avenida que, a esa hora, tenía escasa circulación, y estacionó allí el vehículo.

–Me dijiste lo contrario, Cristina. Me juraste que no sabías nada de que estuviéramos siendo vigilados.

–Temí decirte la verdad.

Osorio no podía ocultar su enfado.

–Cristina, lo que hice fue muy arriesgado. Me jugué perder la confianza de mi jefe y de mis compañeros. Lo hice porque pensé que entre nosotros no podía haber secretos. ¿Cómo pudiste ocultarme algo así?

–Tú también me has ocultado cosas.

Osorio calló. No sabía si contestar o no. Temía entrar en un juego donde ambos acabarían siendo derrotados.

–¿Por qué piensas eso?

–Os han retirado la vigilancia. Han apartado a Sebastián de la investigación. Y ya ves lo que ha pasado en el despacho del comisario. Méndez ha cedido la iniciativa a Silva en la reunión con Ugarte. Han llegado a un pacto.

–Han podido llegar a un pacto entre ellos y ocultárnoslo a todos los demás. Si tú no lo sabes, ¿por qué he de saberlo yo?

–Silva es distinto a Méndez. Se ve a la legua. No os ocultaría algo así.

–No sé nada, Cristina. Pero, ¿a qué viene todo esto?

–Tengo miedo de que lo nuestro se vaya a pique.

–No tiene por qué.

–Nos hemos empezado a esconder cosas. Hemos perdido la franqueza mutua. Esto puede ser el final de esta relación.

–No dramáticas. Esta investigación es complicada. Tiene muchas emboscadas. Hay celadas por todas partes. Cuando acabe, todo será distinto.

–Cuando acabe, quizás es el final de todo.

–No, Cristina. Yo voy a poner todos los medios para que ello no sea así.

Cristina se aproximó a Osorio y le besó en la mejilla. Después, en el cuello. Jugó con su mano en los espacios que había entre los botones de la camisa de Javier. Este, empezó a respirar agitadamente. Ella, después, le desabotonó y le bajó la cremallera del pantalón. Antes de agachar su cabeza, expresó lo que Javier necesitaba oír.

–No quiero que lo nuestro acabe.

19

Eran pasadas las doce de la noche cuando José Ángel Esquivias recibió la llamada de David Berenger. Este lo citaba inmediatamente en su *suite* del Gran Hotel. No se necesitaba ser

demasiado inteligente para llegar a la conclusión de que algo grave había ocurrido. El abogado no acertaba a imaginar de qué se podía tratar. Cuando llegó a la habitación del venerable anciano, estaban los mismos cuatro hombres que se encontraban allí en la ocasión anterior (quienes parecían ser su guardia pretoriana) y su asistente personal (que manifestaba un nerviosismo que contrastaba con su aparente sempiterna impassibilidad). No pasaron ni diez segundos cuando David Berenger accedió al salón desde el dormitorio y, como un ritual que se repitiera según un engranaje perfectamente establecido, las cinco personas que lo escoltaban salieron de la *suite* sin decir una sola palabra. Esta vez, David Berenger dejó sus tradicionales florituras y fue directamente al grano.

—Han pasado cosas muy importantes, señor Esquivias. Cosas que amenazan muy seriamente nuestra posición. Alexander me ha informado personalmente de ellas hace no más de media hora.

—¿Qué ha sucedido?

—En primer lugar, está el insidioso inspector Silva. Hasta hace unos días, él y su equipo estaban perfectamente controlados porque la Brigada de Delincuencia Económica les había puesto un dispositivo de vigilancia. Ellos creían que era para evitar que posibles infiltrados o algún tipo de indiscreción echaran por tierra todo el esfuerzo realizado. En realidad, ello era perfectamente inútil para sus fines. Alexander nos tenía puntualmente informados de cómo iba todo. Ese dispositivo de vigilancia era para saber, con la suficiente antelación, cualquier acción llevada a cabo por iniciativa propia por Silva y sus agentes. No sabemos cómo pero parece ser que ese maldito inspector se percató de que estaban siendo controlados y logró convencer a Méndez para que desmontaran todo el sistema que habíamos logrado instalar.

—Yo no creo que sea tan grave, señor Berenger. Si tenemos un contacto importante allí dentro, nos mantendrá informado de los avances más importantes que se produzcan. Por lo que me ha contado, si en un año Silva no ha logrado llegar hasta el fondo de toda la trama, es poco probable que vaya a hacerlo en los escasos días en los que vamos a solventar esta historia...

—Algo parecido pensé yo, señor Esquivias. Pero ha sucedido algo más que no sé si calificar o no de pura casualidad...

David Berenger blandía su bastón en su mano derecha y con él se iba dando golpes suaves en la palma de su mano izquierda. José Ángel Esquivias llegó a temer que se estaba entrenando para golpearle. Había algo turbio en su mirada que empezó a infundirle miedo. Sin embargo, lo que hizo fue acercarse hasta colocarse frente al abogado y, a continuación, se apoyó en el bastón colocando ambas manos en la empuñadura. Incluyó su figura y acercó su rostro flameante al rostro inexpresivo de su callado interlocutor.

—Nos hemos enterado de algo insólito. Hay un grupo de empresarios y políticos de esta ciudad que han reunido dinero para adquirir la información del IIB. Eso, en sí mismo, no tiene nada de anormal. Es lógico que ello suceda. Estaba dentro de nuestras previsiones. Lo que no somos capaces de explicar es que, quien lidera ese grupo, es su socio José Luis Ugarte.

José Ángel Esquivias tuvo que ajustar la posición de sus gafas sólo para estar seguro de que aún era capaz de moverse. En pocos segundos, tuvo que reconstruir lo que había podido

ocurrir y, al mismo tiempo, articular una explicación convincente para David Berenger que disipara sus sospechas de que lo estaba engañando con un doble juego que, sin duda alguna, estaría dispuesto a castigar con dureza. Comprendió que a José Luis no le gustó nunca la estrategia decidida por el Banco General de Pagos, que, bajo ningún concepto, iba a dejar en la estacada a quienes, más que clientes, consideraba amigos, camaradas o colegas pertenecientes a su misma clase social y que aprovechó alguna oportunidad que le había surgido para buscar una solución a las personas con las que compartía restaurante de moda, club social, colegio de los niños, club de golf y palcos en el principal teatro de la ciudad. Y lo había hecho a sus espaldas. Como él había actuado a espaldas de su socio. Un encadenamiento de traiciones que, en ese instante, los estaba amenazando con el abismo insalvable. No: ya estaban en el abismo, ya estaban descendiendo por el desfiladero y había que ir pensando en cómo aliviar la caída. Todo estaba acabado. Nunca más volverían a tener confianza el uno en el otro. Sólo quedaba tomar caminos separados. Incluso, era lo mejor. José Luis seguiría con su vuelo de baja altura. Él se libraría de todos los remilgos de su socio que siempre le habían impedido prosperar y llegar hasta donde deseaba llegar. Pero antes había que salir de la difícil encrucijada en que se hallaba. Los ojos de David Berenger estaban fijos en él. José Ángel Esquivias hizo un esfuerzo colosal y respondió con absoluta tranquilidad.

—Yo soy el primer sorprendido por lo que me acaba de decir. Yo no tenía ni idea de lo que mi socio estaba haciendo.

—¿Me quiere hacer creer que usted no sabe lo que su socio hace?

—Efectivamente, señor Berenger. Así es. Y la mejor prueba es que José Luis desconoce por completo mis tratos con usted. Si yo no le he contado nada de que estoy haciendo negocios con ustedes, ¿por qué me va a contar él todos los negocios que hace a mis espaldas?

David Berenger volvió a colocarse en posición erguida. Se dio la vuelta y se acercó hasta el amplio ventanal de la *suite* para contemplar la panorámica nocturna de la ciudad. Cinco minutos de silencio convencieron a José Ángel Esquivias de que el argumento había sido eficaz. El anciano, engolando la voz, anunció los pasos que iban a seguir.

—Mañana, el inspector Silva junto al responsable de la Brigada, el inspector Méndez, van a visitar a su socio a su bufete. No pueden encontrarle allí. Tiene que ocultarse hasta que logremos cumplir nuestros objetivos. Con eso, ganaremos tiempo. Mientras tanto, idearemos algo para dejar a Silva fuera de combate. Una vez, nos ganó la mano. Dos veces, es inimaginable.

—¿Fuera de combate?

—No, no lo vamos a matar, no se preocupe —dijo Berenger, percibiendo el miedo que había aflorado en los ojos de José Ángel Esquivias—. Hay métodos más eficaces que el asesinato para desactivar a un policía. No queremos crear un héroe. Queremos crear un apestado.

Capítulo cuarto

1

A las tres de la madrugada, José Ángel Esquivias aparcó su coche frente a la casa de José Luis Ugarte. En otras circunstancias, hubiera tenido ciertos miramientos. Tras la conversación que había tenido con David Berenger, no podía tenerlos. Pulsó cinco o seis veces el timbre de la puerta. Fueron timbrazos largos, inevitablemente estridentes, deliberadamente impertinentes. Al cabo de un minuto, vio que se empezaron a encender las luces en el interior. Tan sólo pasaron unos segundos antes de que sonara la cerradura, la puerta se abriera y se dibujara ante él la figura de su socio en pijama, con los ojos entornados y una expresión de extrañeza en su rostro.

—¿Qué ocurre José Ángel? ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Tenemos que hablar.

Entró sin pedir permiso. Intentó iniciar el movimiento hacia el cuarto donde sabía que estaba el despacho pero la visión de la mujer de José Luis, que acababa de bajar del primer piso y estaba de pie en el último peldaño de la escalera, asombrada, asustada, inquiriendo una respuesta con su mirada, lo paralizó.

—No te preocupes, Elsa. Tenía que hablar con José Luis. Es algo importante. No podía esperar...

Elsa no habló. José Luis, tampoco. Fue hasta el despacho mientras José Ángel le seguía sin poder detener su agitación.

—Pero, ¿qué coño pasa? ¿Cómo vienes a mi casa a estas horas organizando un escándalo? ¿Has perdido la cabeza?

—No, eres tú quien la ha perdido. ¿Cómo se te ocurre hacer una colecta entre tus amiguetes para comprar la información robada en el IIB sin decirme nada?

José Luis se mordió los labios. Antes, hubiera pedido perdón a su socio. Hubiera dado excusas, explicaciones, se hubiera intentado justificar. Ahora, no pensaba hacerlo. Tenía su propio criterio. Había sabido ganar un espacio que no era el que los demás le habían dejado disfrutar. Y no pensaba renunciar al territorio conquistado.

—Sí, lo he hecho. ¿Qué pensabas? ¿Que iba a abandonar a propósito a un montón de gente que nos ha ayudado a ser lo que hoy somos? Por supuesto que no lo iba a hacer. Mi ética no lo permitía...

—A ver, José Luis, a ver si enteras de una puta vez. ¿Cómo puedes hablar de ética si lo que hacemos es ayudar a esa gente que tanto respetas a que no pague sus impuestos? Me recuerda al chiste del tío que está con una puta y, mientras están follando, le dice que deje de mascar chicle porque le está quitando el romanticismo a todo el asunto... Es exactamente lo

mismo. No me vengas con la ética. Si tú y yo hubiéramos pensado en la ética, ahora mismo seríamos abogados de oficio con un piso modesto en la zona oeste de la ciudad.

–Te equivocas, José Ángel. Hay un código deontológico que no podemos pisotear...

–De puta madre. No lo pisotees. Te voy a dar una buena noticia. Cuando mañana te visite la policía, háblale de eso. De la ética, de la deontología y de lo honrado que eres...

Fue como si un rayo lo fulminara. José Ángel lo hizo así a propósito. Soltar la frase como una bomba en medio de la plaza pública. La información tardó en recorrer las neuronas de su socio pero, cuando lo hizo, abrió una brecha brutal que cortocircuitó cualquier posibilidad de pensamiento.

–¿La policía? ¿Qué quieres decir?

–La policía sabe que has recaudado dinero para comprar la información robada. Y tienen pensado ir mañana por la mañana al bufete para interrogarte.

–Pero eso no puede ser... Eso es imposible...

–Me da igual que no lo creas. Te tienes que quitar de en medio...

–No te comprendo.

–Te tienes que esconder hasta que pasen unos días. La policía no puede contactar contigo. Tienes que permanecer oculto. Cuando haya pasado el peligro, ya te presentarás voluntariamente ante ellos y te pondrás a su disposición para dar todas las explicaciones que requieran...

–¿Cuando haya pasado el peligro? No lo comprendo, José Ángel. Si tienen cargos contra mí, seguirán teniéndolos cuando pasen los días que dices...

–Mira, José Luis, hay cosas que no te puedo contar en este momento... Pero tienes que hacerme caso: quítate de la circulación...

–Un momento, un momento... Muchas veces, me puedo hacer el despistado con tus embrollos pero de ningún modo soy un gilipollas... ¿Qué es lo que no me puedes contar? Has venido aquí recriminándome que he actuado a tus espaldas y me parece que tú no has hecho algo muy diferente... Te lo vuelvo a preguntar: ¿qué es lo que no me puedes contar?

José Ángel Esquivias percibió en su socio una vena de furor que nunca había visto antes. Era una faceta desconocida que no sabía cómo afrontar. Sin embargo, no tenía demasiado tiempo para pensar. Recordó el miedo que había sentido cuando los ojos de David Berenger se clavaron en él y decidió utilizar ese miedo como el luchador de judo utiliza la fuerza del rival para derrotarle.

–José Luis, no pienses en mí. No pienses en las diferencias que hemos tenido en los últimos tiempos. Piensa en tu familia. Piensa en tu vida. Si no haces lo que te digo, todos vamos a estar en peligro... Si te quitas de en medio, podré decir a determinada gente que has hecho caso a lo

que ellos desean... Que no vas por libre... Que eres una persona de fiar... Si haces lo que te da la gana, no sé cómo van a reaccionar...

La energía que había explotado desde el interior de José Luis Ugarte se apagó abruptamente del mismo modo que si se hubiera producido un apagón en el centro urbano de una ciudad populosa.

—¿En qué te has metido, José Ángel? ¿En qué coño te has metido?

—Lo mejor es que sepas lo menos posible. Simplemente, haz lo que te he dicho. ¿Tienes dónde ir? Si no es así, yo puedo buscarte un sitio.

José Luis reflexionó. Corría peligro. Las palabras de José Ángel, dentro de su opacidad, insinuaban una clara amenaza. Tenía que buscar un refugio que nadie de sus más allegados conociera. Un escondrijo recóndito e inaccesible. Inmediatamente, pensó en Cati. Nadie sabía de su relación con esa mujer. Ese aspecto de su vida era como una habitación cerrada en la que únicamente él había entrado y, por tanto, no había quien pudiera dar noticia de ella. No quiso pensar que había elegido la casa de su amante porque ella representaba un mundo distinto al suyo, un mundo donde la doblez y las falsas máscaras no existían, un mundo que le había empezado a atraer y fascinar. Decidió que había escogido aquella opción porque era la más segura.

—Sí. Tengo un sitio.

—De acuerdo. Ahora, te llevaré allí. Mañana, conseguiré dos móviles de prepago. Te haré llegar uno con el número del otro grabado. Será el único medio por el que nos comunicaremos.

José Luis subió hasta su habitación y empezó a preparar lo que iba a llevarse. Abrió la caja fuerte que estaba oculta dentro de un armario y sopesó si debía dejar o no el dinero que había recaudado para comprar la información del IIB. Dudaba. Su mujer lo miraba asustada. Había logrado tranquilizar a sus hijos, que se habían despertado sobresaltados, pero no había conseguido tranquilizarse a ella misma.

—Sé que pasa algo grave, José Luis. No hace falta que me lo confieses.

Sus palabras terminaron ahí. Pero el silencio era una exigencia de aclaraciones, una admonición para disipar la niebla que se había apoderado de la noche.

—No tienes de qué preocuparte, Elsa. Sólo me voy a tener que ir unos pocos días...

—Es lo mismo que ha dicho tu socio cuando ha llegado. Que no me preocupe. Y decir eso es una absoluta estupidez. ¿Cómo quieres que no me preocupe cuando tu socio ha llegado a las tres de la mañana tocando el timbre como un poseso?

—Ha hecho lo que tenía que hacer. Se ha enterado de un riesgo posible y ha venido a avisarme tan pronto como ha podido. Yo hubiera hecho lo mismo.

José Luis Ugarte también se colocó su máscara. Ese era su mundo y era lo que se esperaba de él. Finalmente, decidió llevarse el dinero. Por mucho que dijera José Ángel, ese podía ser su mejor seguro de vida. Y no iba a desaprovecharlo.

* * *

El coche de José Ángel Esquivias ya estaba en el antiguo barrio de pescadores. A José Ángel le resultó sorprendente el lugar que había elegido su socio: una pequeña casa individual poco ostentosa aunque, eso sí, bastante discreta, muy parecida a todas las casas de la larga calle que constituía la columna vertebral del barrio. José Luis parecía seguro de que era allí donde se quería ocultar.

—¿Dónde es?

—En el número 215.

—Vale. Mañana, vendrá alguien aquí a traerte el teléfono. Es muy importante que no te muevas en todo el día. Si no te lo hacemos llegar, tendrías que utilizar el móvil actual y podrían localizarte.

—De acuerdo. Espera aquí. Si te hago una señal desde la puerta de la casa, es que puedo quedarme ahí. En caso contrario, volvería al coche y buscaríamos otro sitio.

José Luis salió del automóvil aún aturdido. Confuso. Dominado por una cierta sensación de vértigo cansado. Eran las cuatro de la mañana. No sabía cómo podía reaccionar Cati. Tenía la intuición de que lo aceptaría. Pero no la conocía lo suficiente como para estar completamente seguro de ello. Llamó al timbre. Pasó dos minutos antes de que ella abriera la puerta. Él conocía la bata que llevaba puesta. Ya la había usado las noches que habían pasado juntos. No pudo evitar imaginar su cuerpo desnudo debajo de la suave seda de color rojo que brillaba ante sus ojos.

—Buenas noches, Cati.

—Buenas noches, José Luis. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Necesito que me hagas un favor. Tendría que quedarme en tu casa unos cuantos días. Sé que todo esto es muy atropellado por mi parte. Pero no te lo pediría si no fuera estrictamente necesario.

Cati no reflejó ninguna emoción en su rostro. Tampoco la hubo en las palabras que sirvieron de respuesta.

—Está bien. Tengo un cuarto en el que puedes pasar la noche. Pero tendrás que usar un saco de dormir. Allí, no hay cama.

—No me importa. Si eso es lo que hay, con eso me conformo. De todos modos, tampoco me importaría que durmiéramos juntos.

Cati agachó la cabeza. Pero, enseguida, la levantó y se irguió inconscientemente para desalentar las intenciones del recién llegado.

—Esta noche, no va a poder ser, José Luis. Estoy con otro hombre.

José Luis Ugarte no lo había previsto. Pero tampoco le sorprendió. Fue capaz de reaccionar con naturalidad. Entre ellos, existía una relación más líquida que sólida. Era perfectamente posible que ella se acostara con otros hombres. Del mismo modo, él seguía junto a su esposa y podía tener sexo con otras mujeres y ella no le pediría cuentas.

–Vale. Entonces, me quedo con ese saco de dormir.

No había doblez. No había falsas máscaras. Pero, muchas veces, la franqueza te podía dar un puñetazo seco y directo en la boca del estómago.

2

Esa mañana, *La Crónica* abría en portada con un titular a cinco columnas que destapaba un escándalo que prometía ser un campo de minas ampliamente destructivo. El concejal de la Costa Antonio Cifuentes se habría beneficiado de una turbia operación urbanística, una operación que olía mal desde el principio, sobre la que revoloteaban bandadas de rumores y habladurías y que, efectivamente, resultó ser todo un compendio de prácticas corruptas. En la primera entrega de la que prometía ser una larga serie, se hacía un relato pormenorizado de la estrecha relación (oculta a los ojos de la opinión pública) del concejal con el promotor inmobiliario que resultó ser el principal beneficiario de la recalificación de una parcela ubicada en un lugar asombrosamente privilegiado. Privilegiado porque, previamente, todo un conjunto de obras públicas diseñadas y realizadas con mimo le habían concedido una perfecta accesibilidad hacia y desde los principales puntos neurálgicos de la provincia.

Esa historia podía haber quedado como un simple ejemplo de corruptelas promovidas por castas locales pero había un detalle que le iba a conceder enorme trascendencia a nivel nacional. Antonio Cifuentes era el principal apoyo de Pilar Muro en la provincia. En las elecciones primarias que estaban a punto de celebrarse, ese concejal se había esmerado en atacar a Claudio Montellano y defender a la Primera Ministra, asumiendo todo el peso de una campaña que estaba siendo mucho más bronca y reñida de lo que, en un principio, se presumía. A su intenso compromiso político con la jefa de gobierno, se sumaba un ofrecimiento que había demostrado ser letal en función de las circunstancias imprevistas que iban a desarrollarse. El último día de campaña de las primarias iba a contar con la presencia de la propia Pilar Muro. Llegaría desde la capital la tarde anterior y Antonio Cifuentes le había cedido un chalet de su propiedad para alojarse con todo su equipo y sus escoltas. Serían las once y media de la noche cuando, estando todos a punto de retirarse a descansar, un miembro del gabinete se enteró de la noticia con que *La Crónica* iba a abrir el día siguiente. La situación era explosiva: si se llegaba a saber que ella se alojaba en una casa que pertenecía al protagonista del escándalo, la campaña iba a naufragar irremisiblemente. Así que Eduardo Díaz ideó una estratagema que intentaba, a la desesperada, rehuir el golpe. Buscó, con urgencia, habitaciones vacías en algún hotel de la ciudad y se trasladarían allí a toda prisa simulando que venían directamente de la capital. Era algo burdo pero que, realizando las gestiones oportunas ante los medios de comunicación amigos, podía dar resultado.

A las tres y media de la madrugada, todos estaban ya en el Hotel Empire. A esa hora, recibieron un ejemplar del número de *La Crónica* que iba a salir a la calle al amanecer. Pilar Muro lo leyó en silencio. Cuando terminó, apretó los labios. Arrebatada por la ira, estrujó las páginas y las arrojó al suelo con desprecio. Nadie se atrevía a hablar. Sólo Eduardo Díaz tuvo valor para decir algo.

—Pilar, esto supone un importante escollo. Pero el daño no es irreparable. Esta campaña es larga. Es una carrera de fondo. Un simple tropezón no supone la derrota final. Sabiendo administrar inteligentemente la crisis, podemos utilizarla, incluso, a favor de nuestros intereses...

Pilar Muro tenía cuarenta y un años. Era una mujer menuda pero que era capaz de desplegar una extraordinaria energía. Su pelo rubio siempre ondulado le daba un aire algo salvaje que consideraba esencial en un mundo de hombres siempre dispuestos a minusvalorarla, despreciarla y convertirla, poco menos, que en la chica que llevaba el café a las reuniones. El hecho de que tuviera un físico atractivo pero no excesivamente llamativo siempre la había ayudado a que no la consideraran una mujer objeto pero, al mismo tiempo, la obligaba a que tuviera que esforzarse en reforzar sistemáticamente sus virtudes y pulir trabajosamente sus defectos para poder progresar en su carrera política y que no la consideraran sólo una bonita presencia. Ahora, en esa habitación de hotel a la que habían llegado en plena noche como fugitivos perseguidos por la ley, recordando la dureza del camino que había tenido que recorrer, sentía rabia e impotencia. Se había limitado a arrojar el periódico al suelo pero se quedó con suficiente ira en su interior como para poder llegar a hacer algo mucho más violento y mucho menos inofensivo.

—Créeme, Eduardo. En este momento, no estoy pensando en si vamos a salir de esta o no. Ahora mismo, sería capaz de dar una paliza a Antonio Cifuentes con mis propias manos. Y no sólo a él.

—Te entiendo, Pilar. Pero mi obligación es estar a tu lado manteniendo la sangre fría y pensando en el largo plazo. Y me reitero en lo que te he dicho antes. Que habría que convertir esta crisis en una oportunidad...

—¿Sabes quién me presentó a Antonio Cifuentes? ¿Quién me aconsejó que me apoyara en él de cara a consolidar mi posición en esta provincia y en esta región?

—Lo sé. Lo sé perfectamente. Enrique Recio.

—Efectivamente. ¿Y qué crees que puedo hacer o qué puedo decir? ¿Le voy a recriminar a Enrique que me haya vinculado con un corrupto? ¿A Enrique?

—Pilar, Pilar... Un presunto corrupto. No lo olvides: presunto...

La Primera Ministra soltó una carcajada.

—Eduardo, eso es lo que diremos a partir de mañana de cara a la galería. Pero tú y yo sabemos lo que ambos pensamos sobre qué hay detrás de esta historia. De la primera parte de esta historia. De la que hoy ha salido. Porque esto, en los próximos días, va a seguir... Lo primero

que debemos saber es quién está detrás de esta encerrona. Porque yo no creo que sea una casualidad que, el mismo día en que estoy alojada en un chalet de Antonio Cifuentes, estalle la bomba que ha estallado en ese periódico. ¿Te imaginas qué hubiera podido suceder mañana? Todos los periodistas grabando cómo salgo del chalet de un concejal acusado de corrupción el día antes de una votación decisiva... No. Detrás de todo esto, hay alguien. ¿Crees que puede ser Claudio Montellano?

–No creo. No he detectado que Claudio tenga capacidad de ejercer alguna influencia en los medios...

–*Cui prodest*. El principal beneficiario de este embrollo es Claudio... Tú me dirás. ¿Ha podido conseguir la información robada en el IIB?

–Si te das cuenta, en el artículo no se menciona para nada ningún movimiento de efectivo hacia el Enclave. Los datos han salido de otra fuente.

Pilar Muro y Eduardo Díaz monopolizaban la conversación. Los restantes miembros del equipo escuchaban, esperando encontrar su oportunidad para lucirse ante la jefa. Pero Eduardo sabía manejar muy bien ese tipo de reuniones para copar todo el protagonismo y hacer sombra a posibles rivales.

–Entonces, tenemos que saber quién es el enemigo que se esconde para atacarnos. Es prioritario... Jesús, ¿el periodista de *La Crónica* te ha revelado algo?

Jesús Roa, el portavoz de la Primera Ministra, tosió para aclararse la garganta y explicó sucintamente el acontecimiento que les había permitido salvarse de una colosal catástrofe.

–Mi contacto en *La Crónica* me llamó para contarme cuál iba a ser la portada de mañana... bueno... ya de hoy. Parece ser que el tema lo ha llevado personalmente el director pero tampoco ha sabido darme más detalles.

–Bien, averiguaremos quién ha montado esta operación. Se va a enterar de que las bofetadas que nos dan no salen gratis. Eduardo, tú dices que nos podemos aprovechar de esto. Explícame cómo.

–Tengamos una respuesta ejemplarizante. Exijámosle a Antonio que dimita de todos sus cargos. Hagamos que la justicia llegue hasta el final de la investigación en este caso. Entonces, podremos decir a la opinión pública que, mandando Pilar Muro, quien la hace, la paga.

–Ya te he dicho que Antonio es uña y carne de Enrique Recio. Si vamos contra él, corremos el riesgo de crearnos un enemigo poderosísimo...

–Si no respondemos con energía, corremos otro riesgo peor: que Claudio Montellano nos coma con patatas... Si ocurre eso, nos podemos dejar de preocupar de Antonio Cifuentes, de Enrique Recio y de estas primarias.

Pilar Muro se sentó en la cama de la habitación y agachó la cabeza. Miró su reloj y se dio cuenta de que quedaban poco menos de cuatro horas para enfrentarse a los periodistas. Había que decidir una estrategia, un mensaje y una argumentación. A su alrededor, había cinco

hombres. Los ojos de todos ellos estaban clavados en su figura. Transmitía una impresión de tensión pero, en ningún caso, de duda, nervios o vulnerabilidad. Seguía pareciendo una mujer firme y decidida. Esperaban una respuesta de ella. Y ella iba a dársela.

—De momento, no tenemos otra opción. No retiraremos el apoyo a Antonio Cifuentes. Diremos que no hay pruebas de su participación en ningún acto ilícito o inmoral... Que si las hubiera, por supuesto que no nos temblaría la mano en actuar. Pero que, mientras tanto, lo lógico es respetar la presunción de inocencia. Con ello, intentaremos salvar la votación de... podemos decir ya de mañana porque son las cuatro de la madrugada. En función de los resultados, decidiremos si debemos cambiar de estrategia o no. Cuando consiga la candidatura, y antes de las elecciones legislativas, ya nos encargaremos de acabar con Antonio Cifuentes. Pero, hasta entonces, necesitamos que nos siga apoyando.

Todos asintieron. Unos estaban de acuerdo con la decisión adoptada por la Primera Ministra y otros no. Pero nadie se atrevió a manifestar ningún tipo de discrepancia con lo dicho por Pilar Muro.

—Podéis iros a descansar. Mañana será un día duro. Tú no, Eduardo. Tengo que hablar contigo.

La relación de Pilar Muro con Eduardo Díaz era tensamente compleja. Díaz era un perro viejo del Partido Moderado, un tipo que conocía los engranajes del poder y los más intrincados intersticios de esa formación política. En suma, la persona ideal para mantener el control de la situación para alguien que estaba en la cúspide del gobierno pero que carecía de la experiencia suficiente para detectar, frenar o manejar las maniobras subterráneas que podían amenazar tan privilegiada posición. Pero ello la ponía en una complicada encrucijada: necesitaba a Eduardo Díaz pero odiaba depender de él. Así que entre ellos había un trato estrecho pero, en ningún caso, presidido por la confianza o la franqueza abierta. Sus conversaciones eran juegos de máscaras en los que cada uno de ellos era consciente de que el otro estaba interpretando un papel en respuesta al papel que uno mismo interpretaba.

—¿Cómo va la investigación del caso IIB? —preguntó Pilar Muro—.

—Hoy mismo, me han llegado noticias de que por muy buen camino. Han dado con una pista que puede llevar a su resolución.

—¿Qué pista?

—Un abogado de esta ciudad ha contactado con los autores del robo de información para proceder a su compra. Van a interrogarlo para presionarle y proponerle un trato.

—¿Qué trato?

—Bueno, Pilar, es muy simple. Oye, tío, sabemos en qué andas metido. Si no quieres tener problemas, concierta una cita con esos sujetos y no te presentarás tú, nos presentaremos nosotros. Se les echa el guante y se acabó.

—Con esta mierda que mañana sale en *La Crónica*, es fundamental que consigamos esa información. Necesitamos tener atrapados por los huevos a todos nuestros adversarios.

–Lo sé, Pilar, lo sé. Pero te lo repito: la investigación va muy bien. Nosotros llevamos la delantera.

Pilar Muro no sabía si eso era verdad o no.

3

Carla Robles no tuvo que esperar más de cinco minutos antes de que Teresa Márquez llegara a la consulta con un vaso de café en su mano derecha y un cuaderno y el periódico del día en su mano izquierda.

–Buenos días, Carla. Pasa.

–Muchas gracias por cambiarme la cita a esta hora. Supongo que no es normal recibir a alguien a las ocho de la mañana...

–Bueno, tenéis unas jornadas complicadas. Muchas veces, tengo que atenderos en horas extrañas... No es problema.

La psicóloga se sentó en su butaca y, frente a ella, se sentó la agente de policía, más tímida y dubitativa de lo habitual.

–¿Qué te pasa? –preguntó Teresa Márquez–.

Carla Robles no se sorprendió de que la psicóloga percibiera la inquietud que la agitaba. Al contrario, aguardaba que, antes o después, a lo largo de la conversación, detectara que había problemas que no hacían más que despertar su nerviosismo.

–Muchas cosas... Estamos en un caso difícil. Un caso que no parece terminar nunca. Sé que llegará el momento en que tengamos que entrar en acción. Y estoy impaciente por que llegue ese momento... Quiero saber si puedo enfrentarme a una situación de tensión sin que me afecte lo que pasó hace un año... Cada vez que veo que se alarga la espera, los nervios me pueden.

–¿Sólo eso?

–No. Sólo eso, no... De la capital, han venido compañeros de la Brigada de Delincuencia Económica... Entre unos y otros, estamos jugando al ratón y al gato... Rivalidades, falta de transparencia, desconfianza mutua...

–¿Sólo te están afectando las cuestiones relacionadas con el trabajo?

–Creo que sabe que no.

–En todo este tiempo, no me has hablado de ese tipo de temas como fuente de conflicto. Por lo tanto, creo que debe haber algo más...

–Sí, hay algo más. Lo que le diga, ¿es absolutamente confidencial?

–Por supuesto.

–Estoy aquí porque mis jefes me lo han ordenado...

–Mi única obligación respecto a ellos es evaluar tu capacidad para seguir en el servicio. Tus confidencias, no voy a revelárselas a nadie. Es mi deber profesional.

–Es que hay algo que me resulta bastante embarazoso contar... Como no sé por dónde empezar, voy a ir al grano. He iniciado una relación con un compañero de trabajo...

Teresa Márquez se encogió de hombros.

–Que yo sepa, en principio, no hay nada malo en ello.

–Bueno, sí que lo hay... O puede haberlo...

–Se trata de un superior, ¿no?

–Efectivamente.

–¿Él se ha aprovechado de su posición en la jerarquía para seducirla? ¿Se siente acosada?

–No, no, no... Ha sido algo espontáneo... No me he sentido utilizada... Casi diría que fui yo quien tomó la iniciativa...

–¿Se siente bien con esa relación?

–Me sentía bien. Sin embargo, últimamente noto que se está distanciando de mí, que la relación ya no es como era al principio...

–Las relaciones no tienen por qué ser para siempre. El amor eterno es más bien la excepción que la regla...

–Yo creo que no se trata de que la relación se haya ido apagando... Él está casado... Creo que no se atreve a seguir conmigo porque, entonces, tendría que romper su matrimonio... Y no quiere dar ese paso.

–Carla, ¿eres consciente de que eso que me estás diciendo es la excusa habitual de los hombres casados para no tener relaciones serias?

–Sí, lo sé. Pero no es el caso. Es un hombre íntegro. Pero tiene miedo de la situación que puede crearse...

–Si me estás contando esto es porque te afecta de un modo en que ves que, quizás, yo podría ayudarte...

–No sé si podría ayudarme o no... Cada vez que pienso en lo que me pasa, recuerdo una conversación reciente que tuvimos... Hablamos de las cicatrices que te dejan aquellas situaciones que te sobrepasan... De cómo hay que cerrarlas y seguir adelante. Y, a veces, creo

que los acontecimientos no hacen más que causarnos nuevas heridas antes de que podamos curar las antiguas...

La mirada de la psicóloga intensificó su agudeza. Parecía intuir que había llegado un momento clave en su relación profesional con la agente Carla Robles. Ese momento en el que afloran algunas certezas que no tienen por qué ser agradables.

—Carla, a todos nos cuesta aceptar algunos hechos elementales. Uno de ellos es que la realidad no existe para cerrar nuestras cicatrices. La realidad existe por sí misma. Sólo cada uno de nosotros se puede curar a sí mismo. La realidad fluye. Y es cada persona quien tiene que admitir que hay circunstancias que están bajo su control y otras, en cambio, no. Tú no puedes controlar lo que la otra persona va a querer hacer o no. Y, sobre todo, no puedes pensar que su decisión tiene que basarse en cómo va a resolver o no tus problemas...

—No, yo no pienso eso...

—Pero puedes llegar a pensarlo. Cualquiera puede hacerlo. Tendemos a considerar las relaciones como algo instrumental, como algo que ayuda a nuestros propios fines... A costa, quizás, de los fines del otro... Y esa nunca es una buena base para construir una relación sólida. Una relación tiene que respetar los fines de ambas personas. Digamos que las relaciones deben construirse al revés de como suele hacerse...

—¿Cómo al revés?

—Las personas que construyen una relación deben saber encontrar el espacio que respete las libertades de ambos. Cuando lo encuentren, deben ver qué es esa relación y, solo entonces, ponerle nombre... Amistad, amor, pasión, matrimonio, compañerismo... Pero no empezar poniéndole un nombre y, después, hacer que las personas encajen en ella aunque sea a costa de la libertad de uno de ellos o de ambos...

Carla Robles comprendió lo que la psicóloga le quería decir. Y se dio cuenta de que estaba de acuerdo con ella.

—Pienso que tiene razón. Se me ocurre una pregunta obvia: ¿es el no actuar así lo que nos lleva a la insatisfacción?

—Es una de las posibles causas: no darnos la oportunidad de descubrir lo que realmente queremos. Renunciamos a ser libres y dejamos que las circunstancias o que las otras personas nos conviertan en sus títeres. En el fondo, tenemos miedo a la libertad y, por ello, siempre hay quien se acaba aprovechando de esa debilidad.

—¿Los amantes autoritarios y dominantes?

—No sólo. Hay más personas dispuestas a someternos y sojuzgarnos. Sólo hay que leer el periódico de hoy.

Teresa Márquez desdobló *La Crónica* y señaló la noticia de portada, con el escándalo protagonizado por el concejal Antonio Cifuentes. A continuación, pasó a las páginas interiores y señaló los artículos dedicados a las elecciones primarias que se iban a celebrar al día

siguiente: Pilar Muro y Claudio Montellano por el Partido Moderado y Ernesto Páramo y Carmen Seco por el Partido del Progreso se disputaban la posibilidad de ser candidatos a Primer Ministro por sus respectivos partidos.

–Todo esto es un espectáculo consistente en que la gente deje de pensar por sí misma y acabe votando por las apariencias y las falsas impresiones. La libertad es un bien demasiado precioso como para no estar vigilantes ante su pérdida. Por ello, Carla, no sacrifiques la tuya por culpa de expectativas que, quizás, no se puedan cumplir. Tu vida no depende de que tu amante quiera seguir contigo o no. Depende de que tú controles tu vida con independencia de lo que él pueda decidir.

Carla Robles reflexionó durante un par de minutos. Lo que la psicóloga le había dicho le había impactado profundamente.

–Quizás, hoy me tenga que enfrentar a una situación complicada. Está llegando el momento clave del caso y, probablemente, tengamos que entrar en acción.

–¿Te vas a tener que enfrentar a una situación de riesgo?

–A lo mejor. De las más peligrosas desde que se produjo mi secuestro. Creemos que los sujetos que buscamos pueden ser muy violentos. Tenemos constancia de que en una casa por la que pasaron hubo un derramamiento de sangre. Ignoramos con qué consecuencias...

–¿Qué te inquieta?

–¿Cree que voy a poder actuar según se espera de mí?¿Que no me voy a bloquear ni a paralizar cuando la tensión aparezca?

–Tú no lo sabes. Yo no lo sé. Pero, que te lo preguntes, es buena señal. Significa que no tienes miedo a enfrentarte a tus límites. Y cuando no tienes ese miedo, es más fácil superarlos y dejarlos atrás. Quien tiene miedo a sus límites, no es capaz de mirarlos de frente ni de reconocer que existen.

Carla Robles se sintió con una fuerza interior que nunca antes había tenido: la mañana se había convertido, de repente, en un horizonte ilusionante que parecía no tener fin.

4

Cuando Carla Robles llegó a la comisaría, Silva y Méndez habían leído varias veces la noticia de portada de *La Crónica*. Habían llamado a Osorio y a Zuloaga para pedirles que desmenuzaran todos los datos, que llegasen a una conclusión sobre si podía estar relacionada, de algún modo, con la información del IIB.

–En principio, no –dijo Osorio–. Nada de lo que se dice está relacionado con ningún tipo de transacción financiera. Es decir, no aparece ningún dato que pueda aparecer en la información robada al banco. Eso sí, cabe una posibilidad.

–¿Cuál? –preguntó Méndez–.

–Como tiene toda la pinta de que esto es una primera entrega, a lo mejor, en días posteriores, sí aparecen datos relacionados con esa información. Es decir, el periódico podía conocer todos los enjuagues del concejal. Sin embargo, no se ha atrevido a dar el paso de hablar sobre ellos hasta no haber dispuesto de pruebas que acreditaran el beneficio económico obtenido. A lo mejor, están reservando esa parte del artículo para más adelante. Incluso, es posible que no la publiquen. En caso de que Antonio Cifuentes presente una denuncia contra el periódico, podría ser la bala en la recámara para ganar el juicio. En resumen, lo de hoy no nos sirve para ofrecer una conclusión taxativa.

–Yo estoy completamente de acuerdo –dijo Martín Zuloaga–.

–Por tanto, esta noticia puede ser tanto una simple casualidad como el indicio de que la información ha empezado a circular antes de que nosotros le hayamos echado el guante –dijo Silva–. Méndez, creo que lo mejor es que sigamos adelante sin pensar demasiado en esta noticia. Aunque el periódico se haya hecho con los datos, Julio Ortigosa y Mark Cortés pueden estar vendiendo copias a más gente. Por tanto, no hay nada que invalide la pista de José Luis Ugarte.

–Está bien –dijo Méndez–. Pues no tenemos tiempo que perder. Vayamos a ese maldito bufete y hagamos explotar el caso de una vez por todas. Ya estoy harto de estar esperando sin hacer nada. Necesito acción.

–Todos necesitamos acción –dijo Silva–.

* * *

Méndez, Silva, Carretero, Valbuena y Gómez se presentaron en las oficinas del bufete Ugarte-Esquivias. Llegaron con grandes expectativas. Sin embargo, inmediatamente se sintieron profundamente contrariados. José Luis Ugarte no estaba. Tampoco se le esperaba. Iba a estar fuera varias semanas. No había forma de localizarle ni de contactar con él.

–¿Podemos hablar con el señor Esquivias? –preguntó Méndez–.

–Por supuesto –respondió la secretaria–.

No habían pasado ni treinta segundos cuando el socio de José Luis Ugarte ya estaba frente a ellos, con una amplia sonrisa de oreja a oreja y poniéndose a su disposición.

–Si quieren pasar a mi despacho, por favor.

“Esperaba nuestra visita...”, pensó Méndez, “... no está sorprendido: lo ha planificado todo. Algo ha funcionado mal. Rematadamente mal.”

–José Luis necesitaba un descanso. Aquí, soportamos mucha tensión. Yo fui quien le aconsejé que desconectara por completo. Con el móvil o el ordenador encendidos, acabaría por querer seguir estando al corriente de todo. Está aislado en un lugar que ni yo mismo sé cuál es...

–¿Y cuándo se marchó, señor Esquivias? –preguntó Silva–.

–Ayer por la noche.

–¿Se fue con su familia?

–No. Se fue solo.

–¿Y por cuánto tiempo?

–No lo sé. Le dije que estuviera fuera hasta que hubiera cargado bien las pilas.

Silva cruzó su mirada con la de Méndez. El mensaje sin palabras que le transmitió fue inequívoco: todo olía bastante mal.

–Bien, señor Esquivias. Le vamos a dejar nuestros teléfonos de contacto. En el momento en que su socio regrese, dígame que necesitamos hablar con él.

–Por supuesto, señor inspector. Aquí, siempre estamos dispuestos a colaborar con las fuerzas del orden.

* * *

–Ha habido una filtración –dijo Méndez–. Es la única explicación posible...

En el despacho de Silva, los tres inspectores deliberaban, apesadumbrados y con el gesto sombrío.

–¿Seguimos pensando que lo de *La Crónica* es una mera casualidad?

–No ha cambiado nada respecto a lo que hemos hablado esta mañana –dijo Silva–. No tenemos suficientes datos para llegar a una conclusión definitiva.

–Tenemos que intervenir los teléfonos del despacho y el teléfono móvil de José Ángel Esquivias. Necesitamos poner vigilancia en la casa de ambos abogados y a la puerta del bufete. Tenemos que controlar todos los movimientos que podamos...

Carretero guardaba un sospechoso silencio. Hacía varios días que su locuacidad se había ido apagando. Silva no podía decir si fue a raíz de que se fuera llevando a la práctica su acuerdo con Méndez o si fue antes de que el mismo dejara ver sus efectos. La sensación de paranoia volvía a apoderarse de él. No sólo de él. Méndez también estaba dominado por una sensación de acecho permanente que empezaba a incomodar a todos. La investigación corría el riesgo de quedar bloqueada y eso ponía nervioso a todos. El golpe había sido más duro porque las expectativas previas habían sido altamente optimistas. Demasiado optimistas, evidentemente. Silva era consciente de que era necesario levantar los ánimos del equipo de algún modo. Revisó en sus papeles los principales datos recopilados, los hilos sueltos que aún quedaban por aprovechar, los testimonios que habían recogido y las informaciones precarias sobre las que

era difícil formarse un juicio preciso. Al final, vio con nítida lucidez que tenían que hacer un movimiento arriesgado pero que era el único posible.

—¿Saben una cosa? Sólo tenemos una alternativa. Sé que es a la desesperada pero no veo que tengamos otra opción.

—¿Cuál? —dijo Méndez—.

—Julio Ortigosa Melero fue guardaespaldas del concejal de Urbanismo, Miguel Ángel Wic. Vayamos a preguntarle al concejal qué sabe de él.

Carretero se inquietó por la propuesta de Silva. Los movimientos corporales que empezó a realizar denotaban que estaba realmente incómodo.

—Tranquiliémonos un poco que creo que nos estamos empezando a poner nerviosos. Silva, no podemos hacer lo que dices. No podemos acudir a un concejal así como así para interrogarle acerca de una investigación en curso. Podemos crear un problema serio...

—Carretero, no vamos a interrogar al concejal —dijo Silva—. Sólo vamos a hablar con él de forma relajada. Pedirle su amable colaboración...

Méndez apretó los labios, cerró la carpeta de papeles que estaba ojeando y habló sin dudas ni titubeos en su voz.

—Enterémonos dónde está ahora mismo el concejal de Urbanismo y hagámosle una visita. Carretero, desde este mismo momento no quiero que se separe de mi lado.

—No entiendo, Méndez...

—Que quiero tenerlo a la vista desde ahora hasta que hablemos con Wic. Por cierto, deme su móvil.

Carretero comprendió qué era lo que Méndez estaba pensando.

—¿Desconfía de mí? ¿Cree que puedo avisar a Wic de que pretendemos ir a preguntarle por Julio Ortigosa?

—Sí, lo creo. Se lo vuelvo a repetir: deme su móvil.

Carretero estaba estupefacto. No acertaba a reaccionar. Silva vio que el móvil de Carretero estaba sobre la mesa. Así que se levantó de la silla, estiró su brazo hasta el celular y se lo dio a Méndez para que este se lo guardara en su chaqueta.

—Ahora, nos podemos poner manos a la obra. Que Robles llame al Ayuntamiento y le digan dónde está en estos momentos el concejal de Urbanismo. No tenemos tiempo que perder.

5

Una vez que se hubo marchado la policía, José Ángel Esquivias sabía que tenía que actuar con pies de plomo. Estaba convencido de que iban a estar vigilados y, por tanto, todos sus movimientos debían estar minuciosamente calculados para despistar a quienes pudieran seguirle, sus palabras deberían estar milimétricamente medidas para que nadie pudiera descifrarlas entre líneas y, a partir de ese momento, debían construir una enorme máscara para ocultar las maniobras de ocultamiento que habían preparado. Había dos acciones absolutamente necesarias pero que conllevaban una importante dosis de riesgo. Tenía que proporcionar un móvil de prepago a José Luis Ugarte y conseguir uno para él mismo. Era algo muy simple pero que podía dar al traste con todas las precauciones tomadas. Esa mañana, iba a tener varias visitas. Pensó que la policía no iba a seguir a todos los que entraban y salían del bufete por lo que, a través de uno de los becarios, envió una nota escrita a un amigo común (desde sus tiempos de estudio en la Facultad de Derecho) de José Luis y de él pidiéndole que acudiera al despacho. El encuentro podía pasar por ser una de sus reuniones rutinarias. Una vez allí, le explicó lo que debía hacer. Efectivamente, no puso ningún reparo. Por otro lado, tenía que verse con Alfonso Sanmiguel. La noche anterior, le había llamado para deshacer la cita fijada y avisarle de que ya vería el modo de concertar otra en un lugar y a una hora diferentes. Ahora, le quedaba por ver cómo podía hacerlo sin llamar la atención de sus, más que seguros, observadores. A Alfonso, no podía citarlo en el despacho. Esa era una relación que quería mantener a escondidas de sus empleados. Tendría que salir del bufete y, obviamente, le seguirían para ver dónde se dirigía. El único lugar que se le ocurrió fue una sauna que estaba cerca del Parque Occidental. No se atreverían a entrar allí y, con el trasiego de clientes, no les sería fácil averiguar con quién había hablado. Esta vez, sería una de las becarias la que llevaría otra nota escrita a Alfonso Sanmiguel. Antes de salir, José Ángel Esquivias decidió crear con ella un clima de falsa complicidad, aparentar una falsa camaradería y realizarle toda una serie de falsas promesas.

—La labor que le he encomendado es muy importante. Así que le ruego máxima discreción. Esto que le encargo, sólo lo debemos saber usted y yo. He confiado en usted porque, en sus pocas semanas de trabajo, le he visto muchas cualidades... Espero que no me defraude.

—No se preocupe, señor Esquivias. Puede tener plena fe en mí.

Todo parecía estar encarrilado. A las dos de la tarde, su secretaria le pasó a través del teléfono interior un recado de su amigo.

—Dígame, Manuela.

—Señor Esquivias, ha llamado don Marcos Sanz. Me ha pedido que le diga que esta tarde le pasa la sentencia del Supremo sobre el asunto del que han hablado esta mañana...

—Está bien. Muchas gracias.

Esa era la clave que habían acordado para comunicarse que José Luis Ugarte ya tenía su móvil y que, a la tarde, le llegaría por mensajería a José Ángel Esquivias el suyo. Todo iba sobre

ruedas. A las cinco de la tarde, llegó el paquete anunciado crípticamente por Marcos Sanz. A las cinco y media, abandonó el despacho y se dirigió en su coche hacia el Parque Occidental para aparcar cerca de la sauna donde se había citado con Alfonso Sanmiguel. Varias veces, a través del retrovisor, creyó identificar qué vehículo le seguía. Sí, había hecho bien en trazar un plan con tantas cautelas. Su prestigio ante David Berenger había sufrido un duro golpe. Pero aún tenía tiempo de recomponer la situación. Notaba que las sienes le palpitaban. Sentía una especie de opresión en el pecho. Tenía que tener la tensión por las nubes. La visita a la sauna le vendría bien para relajarse.

* * *

El vapor infundía a la escena un aire de etérea irrealidad. Los acontecimientos le habían agotado mentalmente. Apenas había dormido en las últimas veinticuatro horas. Pero aún tenía que estar lo suficientemente concentrado para una conversación que iba a tener muchas aristas invisibles.

–Nuestra idea ha sido buenísima, José Ángel –dijo Alfonso Sanmiguel–. Lo de sacar a la luz los trapos socios de Antonio Cifuentes nos va a ayudar para acabar teniendo pillada a Pilar Muro.

–Tenemos que manejar esto con cuidado, Alfonso. No esperaba que se levantara tanta polvareda... El asunto se nos puede ir de las manos...

–No tenemos más remedio que jugar en el filo de la navaja. Estirar la cuerda hasta el mismo límite. Pilar Muro tiene que sentir nuestro aliento en el cogote. Sólo así estaremos seguros de que no va a jugársela a nadie.

–¿Cuándo saldrá la próxima entrega?

–Mañana mismo.

–¿Mañana? ¿En plena jornada de elecciones primarias?

–Sí. De eso se trata. Mañana, Pilar Muro tiene que salir derrotada. Sólo entonces, enseñaremos nuestras cartas.

–Se trata de meterle el miedo en el cuerpo, ¿no?

–Sí. Una vez que mañana reciba un duro correctivo, tendrá que reaccionar. Será el momento de hacerle llegar nuestra propuesta. Si se utiliza la información robada en el IIB, ella sufrirá las consecuencias en las carnes de su aliado político. Todo el desgaste que sometamos a Antonio Cifuentes, acabará repercutiendo en ella.

José Ángel Esquivias apretó los puños inconscientemente. Aún tenía que llamar a su socio. Aún tenía que hablar con David Berenger. Aún tenía que huir de la sensación de estar atrapado en una tela de araña de la que no iba a poder escapar.

–Tienes que evitar como sea que mi nombre salte en todo este asunto. Estoy revelando información de los míos. Si se enteran, no me van a perdonar...

–No te preocupes, José Ángel. Hay algo de lo que todavía no te has dado cuenta: en este envite, ambos nos jugamos nuestro futuro. Quizás, nuestras vidas. Si cae uno de nosotros, arrastrará al otro. Esto ya no es un tema privado o personal. Está en peligro nuestra forma de vida. La tuya y la mía. Y, en ese punto, sólo cabe defendernos mutuamente. Todavía estás viendo esta situación desde la perspectiva del pasado. Y te equivocas. Hay que verla desde la perspectiva de que nuestro porvenir está amenazado y que tenemos que formar una muralla para contener la avalancha que se avecina sobre nosotros. ¿No lo has comprendido aún?

–Sí, lo he comprendido. No lo dudes. Sólo quería confirmar que los términos de mi colaboración estaban claros.

Tras terminar la conversación con Alfonso Sanmiguel, José Ángel Esquivias abandonó la sauna y volvió a su despacho. Desde allí, llamó a su socio. José Luis Ugarte estaba inquieto. Él trató de calmarlo, disuadirlo de que se precipitara e hiciera algo de lo que pudiese lamentarse después.

–José Luis, créeme: puedes estar tranquilo. La policía ha venido y, viendo que no estabas, no ha hecho nada. Porque no puede hacer nada. No tiene nada de lo que acusarte. Por eso quieren hablar contigo. Su intención es la de presionarte, hacer que te vengas abajo para que confieses en qué estabas metido. Una vez que lo hagas, estarás a su merced. Querrán que hagas todo lo que ellos digan. Por eso, de momento, tienes que quitarte de circulación. Esta historia se va a resolver en breve... Ya te contaré, José Luis, ya te contaré...

El objetivo parecía cumplido. Ahora, tocaba el momento más crítico de la noche. Tenía que visitar a David Berenger. Este ya le había dicho lo que iba a suceder: que la policía iba a hacerle un estrecho seguimiento a partir del momento en que descubrieran que José Luis Ugarte había desaparecido. Pero no le dio otra opción que visitarlo en el hotel. A fin de cuentas, el venerable anciano tenía inmunidad diplomática y no le preocupaba demasiado que vigilaran al abogado y supieran que tenía tratos con él: nada podían hacerle y no había forma de que el peso de la justicia cayera sobre él. José Ángel Esquivias tendría que tomar en solitario todas las precauciones posibles para no dar pistas a la policía sobre los pasos que estaba dando.

Sin embargo, cuando se disponía a llamar a David Berenger con el móvil de prepago, una llamada inesperada entró en su móvil habitual. Era Eva Soto. No se lo esperaba.

–Eva, ¿qué ocurre? ¿Sucede algo?

–Nada. Bueno, sí. Estoy aquí.

–¿Aquí? ¿Cómo aquí?

–En la ciudad. Estoy en el Hotel Empire... No sabes la que hay liada aquí. Se está hospedando la Primera Ministra... Hay vigilancia por todas partes.

–¿Cómo que has venido?

–Ya te dije que mi madre vive aquí. De vez en cuando, tengo que hacerle una visita. Pero no sólo he venido a eso... No quisiera marcharme sin pasar una noche contigo...

Normalmente, a José Ángel Esquivias le gustaba ese tipo de sorpresas. Pero, de repente, algo había cambiado en él. Empezaba a odiar lo imprevisto y lo nacido del azar y la aleatoriedad. Y ello era así por el miedo. Había empezado a sentir miedo. Un miedo real y pegajoso. Un miedo que había clavado sus garras en sus tripas y casi no le dejaba respirar.

—Voy para allá. Espérame en el bar que está justo al lado del hotel.

* * *

Eva Soto llevaba razón. El Hotel Empire se había convertido en una mezcla de fortín y autopista en hora punta. José Ángel Esquivias miró de reojo el contundente dispositivo que se dejaba ver con absoluto descaro para desalentar cualquier tipo de incidente o protesta espontánea. Pasó de largo y entró en el bar en el que se había citado con Eva. A esa hora, estaba prácticamente lleno. Al flujo normal de clientes, se añadían miembros del equipo de Pilar Muro, periodistas, cargos públicos del Partido Moderado y curiosos que revoloteaban alrededor del que se había convertido en centro de operaciones de la Primera Ministra para escudriñar el ambiente que existía ante las importantes elecciones primarias del día siguiente. Eva estaba en un extremo del bar, sentada en una mesa pequeña e indiferente a las miradas de quienes intentaban ligar con ella.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir sin avisarme? —le espetó directamente José Ángel Esquivias, sentándose frente a ella y clavándole una mirada claramente recriminatoria—.

Eva sonrió con picardía.

—A ti te solían gustar mis ataques inesperados. Se ve que tu pasión se ha rebajado considerablemente...

—No, no, no... No es eso. Es que las circunstancias por las que estoy pasando no son las mejores. Ahora mismo, no nos conviene que nos vean juntos...

—Ja, ja, ja... ¿Que no nos conviene que nos vean? ¿Por qué? ¿Y qué nos preocupa eso?

—No te lo puedo contar... No puedo...

—¿De qué tienes miedo? ¿De que alguien vaya con el cuento a tu mujer?

—No te pongas a especular a tontas y locas... Es algo más serio que todo lo que te puedas imaginar... Estoy metido en algo muy delicado.

En medio de las voces que resonaban en el bar, se hizo el silencio entre ellos. José Ángel Esquivias se puso a reflexionar sobre la vorágine en la que se hallaba inmerso. Algo se había roto en su interior. Antes, le gustaba no saber qué le esperaba durante los siguientes sesenta minutos de su vida. Ahora, creía morir ante la más mínima incertidumbre. Antes, le encantaba sumergirse en la realidad mientras esta fluía libre y sin ataduras. Ahora, soñaba con que esa realidad se solidificara, se volviera pétrea e inamovible, rígida y perpetua. En el desconsuelo, parecía estar la salvación.

José Ángel Esquivias se bebió de tres tragos la cerveza que había pedido. Miró a Eva y le habló como si hubiera calculado mentalmente el resultado de una compleja operación aritmética.

–Vamos a tu habitación. Necesito follarte.

6

Después de desayunar en su habitación, Pilar Muro había recobrado la calma. Le esperaba una jornada intensa. Por la mañana, iba a recorrer buena parte de la Costa. Por la tarde, tenía que visitar cuatro agrupaciones de la ciudad. En un trayecto tan largo, aumentaba la probabilidad de que un grupo de exaltados intentara reventar un acto y el hecho se convirtiera en noticia de apertura de los informativos: una imagen destrozaría decenas de horas de preparación de discursos y de organización de la campaña en la provincia. El primer obstáculo sería justo a la salida del hotel: un muro de periodistas y micrófonos le inquiriría sobre la información que implicaba a uno de sus más importantes aliados en una turbia trama. Ahí, tendría que realizar la primera interpretación de la mañana. Después, en la primera parada de la gira, Antonio Cifuentes la recibiría con una gran sonrisa en sus labios, llevando a cabo su propia simulación, lamentándose de la mala baba de unos periodistas desalmados y reivindicando su honor ultrajado por unas injurias inadmisibles. Ella, entonces, ejecutaría su segunda interpretación de la mañana: daría al concejal todo su apoyo y le ofrecería ayuda para luchar contra las sucias maniobras que pretendían hundir su prometidora carrera política.

Ante lo que le esperaba, decidió ponerse un traje de chaqueta negro y una camisa blanca. Debía transmitir una imagen de seriedad, sobriedad y profesionalidad. La elección iba más allá de intentar apagar los efectos del *scoop* que se había marcado *La Crónica*. Tenía que superar la percepción de buena parte de la ciudadanía de que era la chica que había puesto a dedo Enrique Recio con el fin de desalojar del poder a quien se había convertido en un enconado adversario político. A pesar de que llevaba dos años acometiendo reformas e intentando resolver los graves problemas económicos que aquejaban al país, su presunta falta de liderazgo era un tópico metódicamente repetido en artículos periodísticos, tertulias radiofónicas y chistes de barra de bar. Todos sus esfuerzos podían evaporarse por el más mínimo error o el más insignificante desliz. Y, por ello, había que cuidar cada detalle con minuciosidad casi paranoica.

Tras cruzar la recepción del hotel y atravesar la puerta giratoria, no tuvo ni que bajar las escaleras que la llevaban a la calle para encontrarse con el caótico conjunto de reporteros, cámaras y micrófonos que empezó a asediarla para intentar ponerla en serios aprietos. Ella consiguió mantener la compostura en todo momento.

–Buenos días. A sus preguntas sobre lo que hoy publica *La Crónica*, sólo debo decir que en nuestro ordenamiento jurídico la presunción de inocencia ocupa, afortunadamente, un lugar privilegiado. Tengo que manifestar mi completo desacuerdo ante lo que he escuchado en diversos programas de radio y televisión donde ya se pide la dimisión del señor Cifuentes de todos sus cargos y su retirada de la política. Tengo que recordar que si él tiene asumidas determinadas responsabilidades públicas es porque así lo han querido los votantes o los militantes del partido. Y quienes pretendan sacar conclusiones precipitadas de una serie de

datos que, en una primera lectura, parecen ser más un conjunto de maledicencias que los resultados de una investigación periodística rigurosamente realizada, antes tendrán que aportar las pruebas que justifiquen sus argumentos. Lo único que puedo decir como Primera Ministra y como presidenta del Partido Moderado es que nuestra formación está abierta a aclarar todos los extremos que ofrezcan cualquier duda y a resolver todas las inquietudes que surjan en el seno de la ciudadanía sobre esta cuestión. Muchas gracias.

Primer reto superado. Las palabras eran una mezcla de firmeza y cautela. Sí pero no. Confianza en el concejal pero dejando la puerta abierta a profundizar en determinados aspectos de la información. Críticas al periódico pero dejando un razonable margen a la duda. Si, al final, no se demostraba nada, ella habría llevado razón. Si se demostraba algo, ella habría sido quien, desde el principio, no había puesto impedimento alguno a investigar el asunto. Ahora, ya podía empezar a completar tranquilamente la apretada agenda del día.

Fue un viaje de unos cuarenta minutos en coche. Como indicaban las normas de seguridad, había un vehículo delante y otro detrás del automóvil en el que iba la Primera Ministra. Cuando salieron de la autovía, Pilar Muro sabía que faltaba poco para llegar a su primer destino. Efectivamente, cinco minutos después pudo ver cómo, a través de los cristales entintados, se insinuaba la sede de la agrupación local donde iba a pronunciar su primer discurso de la jornada. Estaba realizando un enorme esfuerzo para ocultar su ansiedad. Sentía cómo el corazón le latía con fuerza. Le invadió una especie de superstición que desconocía de dónde podía haber surgido: que si ese primer acto transcurría con normalidad, todo iría bien el resto del día. Esa idea obsesiva no hacía más que acrecentar la tensión que le palpitaba en las sienes. La puerta del coche se abrió. Respiró hondo y salió a la calle. De repente, una multitud que se agolpaba ante ella prorrumpió en aplausos y vítores. Una cara sonriente se acercó a ella con la mano tendida. Tardó unos segundos en reparar en que se trataba de Antonio Cifuentes.

–Bienvenida, Primera Ministra.

–Gracias.

Pilar Muro empezó a saludar y a estrechar las manos de los asistentes al acto. Tenía que hacer un esfuerzo titánico para ocultar sus nervios. Temía que los mismos acabaran aflorando. Sus saludos a quienes no estaban en primera fila no eran ningún tipo de deferencia sino un intento por ver si al otro lado del gentío se había reunido simultáneamente un público hostil reunido con la intención de arruinar su discurso. Parecía que no. Todo estaba impregnado de un entusiasmo un poco artificial que podía ser hábilmente utilizado por sus responsables de comunicación para divulgar la idea de que su popularidad estaba intacta y que la información de *La Crónica* no había hecho ninguna mella en su credibilidad.

Cuando ella, Eduardo Díaz, Antonio Cifuentes y algunos cargos locales se subieron al estrado que habían colocado ante la sede de la agrupación, se sintió más tranquila. Se sentó en una de las sillas que habían preparado e, inmediatamente, Antonio Cifuentes tomó la palabra. No hizo mención a la noticia que había caído como una bomba en medio de una campaña que ya era, por sí misma, bastante complicada.

–Los militantes del Partido Moderado no podemos tener dudas. Como no van a tenerlas los ciudadanos de este país. Pilar Muro asumió su responsabilidad en momentos bastante difíciles y ha demostrado que ha sabido estar a la altura de las circunstancias. Retirarle ahora nuestra confianza supondría truncar los avances que hemos conseguido en los últimos dos años.

Eduardo Díaz no dejaba de hablar por el móvil. Quería saber qué habían dicho y qué estaban diciendo los adversarios: Ernesto Páramo, Carmen Seco y, sobre todo, Claudio Montellano. Su rostro reflejaba preocupación. Se habían tenido que cebar con ella. Eso no preocupaba a Pilar Muro: a fin de cuentas, sabía que la política era un mar infestado de tiburones y todos ellos habían olido la sangre e iban a atacarla sin piedad. Lo que le inquietaba era no saber responder adecuadamente a los ataques, no mantener la calma y sufrir un tropiezo irreversible. Porque estaba convencida de que, si no se equivocaba, no habría nada que le impidiese alcanzar el éxito.

–No podemos desandar el camino recorrido. Tenemos que progresar en él. Habrá quienes, atendiendo a sus intereses personales y no a los intereses colectivos, querrán que se impongan otras opciones. No os dejéis llevar por el ruido ni la confusión sino por los datos y hechos que la realidad os brinda.

Eduardo Díaz habló a Pilar Muro al oído.

–Claudio Montellano está siendo especialmente duro. Incluso, más que Ernesto Páramo o Carmen Seco. Nos está pegando fuerte...

–Era de esperar, Eduardo. En estos momentos, Ernesto o Carmen no tienen la necesidad de vencerme a mí. Claudio, sí.

–Vamos a tener que pararle los pies. Él sí que tiene esqueletos en el armario. Tú, en cambio, no.

Los aplausos estallaron cuando Antonio Cifuentes terminó su discurso. Era el turno de ella. Sacó de uno de los bolsillos de su traje de chaqueta el papel con las palabras que su equipo había preparado. Se colocó ante el micrófono y empezó a hablar con seguridad, sin que en su voz se detectara ningún rastro del choque de sensaciones que estaba escenificándose en su interior.

–Desde que llegué al cargo de Primera Ministra, me propuse tres o cuatro objetivos muy concretos. Aparentemente sencillos pero, en realidad, difíciles de alcanzar. El primero, ante las dificultades que estábamos sufriendo, era el de sumar. Siempre sumar. Todos los apoyos para salir de la grave situación en que nos encontrábamos iban a ser pocos. Creo que, durante mi mandato, nadie ha podido sentirse excluido. He hablado con todas las corrientes de nuestro partido, con la oposición, con los sindicatos y las fuerzas sociales, con los expertos, con el ciudadano de la calle... El segundo, no tener miedo, tener la plena determinación de mirar de frente a los problemas. Nadie puede dudar de que hemos adoptado medidas audaces y que no hemos temido dar las explicaciones pertinentes a la opinión pública sobre su sentido y oportunidad. El tercero, no defraudar las expectativas que estaban puestas en nosotros. En este punto, no soy yo quien puede decir si lo hemos conseguido. Es lo que se dirimirá, primero, en estas elecciones primarias y, después, en las elecciones legislativas. Lo que puedo decir en

mi defensa es que, hace dos años, muchos apostaban por la bancarrota del país, por la quiebra de su sistema financiero y por el colapso de sus instituciones. Hoy, todos esos peligros están conjurados. Quedan muchos problemas pendientes pero estamos en mejores condiciones para resolverlos y mejorar el nivel de vida de los ciudadanos y restaurar la prosperidad que existía antes del estallido de la crisis.

Aplausos. Todo iba yendo bien. Se notaba que la gente iba entrando en calor: la artificialidad del entusiasmo se iba, poco a poco, evaporando.

—¿Creen que si llega al poder el Partido del Progreso, el Partido Renovador o Alternativa van a hacerlo mejor de lo que lo hemos hecho nosotros?

Todas las voces respondieron al unísono.

—¡¡¡Noooooooooooo...!!!

—¡Claro que no! —dijo Pilar Muro—. El Partido del Progreso carece de un proyecto claro y bien definido. No son capaces de ponerse de acuerdo entre ellos si quieren girar al centro, si quieren girar a la izquierda o si quieren girar sobre ellos mismos...

Risas.

—El Partido Renovador carece de la experiencia y de los cuadros directivos suficientes como para asumir el poder. ¿Y qué me dicen de Alternativa? Un partido que defiende un programa radical y trasnochado. No hay que engañarse: el Partido Moderado es la única opción de esperanza para nuestro país.

Aplausos más fuertes que los anteriores.

—En este punto, lo que toca es pedir la confianza de los militantes para encabezar la candidatura a las legislativas. La pregunta es por qué debo ser yo quien lo haga. Y sólo tengo una respuesta: no tengo respuesta. No sé qué palabras debo decir para convencerlos. Mi único argumento es mi trabajo. Durante estos dos años, he luchado duramente para sacar al país del atolladero en que estaba metido. Me habéis visto. Me habéis escuchado. Ahí reside mi única defensa. Mañana, votad en conciencia. Si creéis que hay otro candidato más idóneo que yo, votadle. Si no, estoy dispuesta a seguir peleando por este partido y por este país. Muchas gracias.

Aplausos atronadores. Eduardo Díaz sonreía. Sabía que el final del discurso iba a pegar fuerte en los informativos. Pilar había hablado con pasión y convicción. Había transmitido una imagen de cercanía como nunca lo había hecho antes. Saludos finales al gentío. Todos entraron en la sede del partido. Tocaba una breve reunión con una muestra de las fuerzas vivas de la localidad: empresarios, periodistas, comerciantes, abogados... Antes de llegar al salón donde iba a tener lugar la reunión, Pilar Muro pudo mantener una conversación con Antonio Cifuentes.

—Pilar, te agradezco el apoyo que me has dado esta mañana. Ya sabes que en *La Crónica* no nos tienen ninguna estima. Aprovechan cualquier ocasión para atacarnos con saña. Lo de hoy no es más que el refrito de falsos rumores y habladurías sin base alguna...

–Lo sé, Antonio. No hace falta que hablemos más del tema. Sería concederle una importancia que, de momento, no la tiene. Ahora mismo, debemos centrarnos en las elecciones de mañana. Ahí es donde podemos jugarlo todo...

–Lo sé, Pilar, lo sé. Eduardo me ha dicho que la directriz que vamos a seguir es no darle a lo de *La Crónica* más cancha de la que se merece. Pero creo que debemos responder con alguna contundencia a...

–No, Antonio, no. A eso se le llama remover la mierda. Y lo único que cabe hacer cuando te encuentras con la mierda es hacer una paradita, dar un saltito o dar un pequeño rodeo y seguir el camino que habías proyectado.

–Pero eso es peligroso porque...

–En estos momentos, todo es peligroso. Teníamos que haber parado los rumores antes. No lo hicimos. ¿Y qué ha sucedido? Pues que han explotado en la peor coyuntura. Mala suerte. Ahora, toca capear el temporal.

Antonio Cifuentes estaba dominado por una sensación de indefinible perplejidad. Pilar Muro se dio cuenta de que tenía que cortar inmediatamente la idea que se estaba abriendo camino en la mente del concejal.

–Antonio, confía en nuestros estrategas. Esa noticia me perjudica a mí tanto como a ti. En realidad, va contra mí, contra mi candidatura... Si no me estuvieras apoyando, nada de esto habría salido en ese periódico. ¿Tienes eso claro?

–Sí, sí, por supuesto...

–Entonces, sigamos con el plan trazado. Es lo mejor que podemos hacer. Cuando pase todo esto, ya nos ocuparemos de *La Crónica*.

Segunda interpretación realizada. Antonio Cifuentes parecía haberse tranquilizado. Con el primer escollo del la mañana superado, ya todo iría bien en los próximos actos a celebrar. Nada podía fallar.

7

Méndez y Silva actuaron con rapidez. Lograron una orden judicial para intervenir todos los teléfonos del bufete Ugarte-Esquivias, los móviles de ambos abogados y los teléfonos de sus casas. Osorio y Zuloaga estarían pendientes de las escuchas. Al mismo tiempo, establecieron un completo dispositivo de vigilancia. Valbuena y Gómez, estarían pendientes de la casa de José Luis Ugarte. Robles y Salvador, de las oficinas donde se ubicaba el bufete. Ceballos y Soriano (que se había incorporado temporalmente al equipo) se encargarían de seguir a José Ángel Esquivias. A las dos menos cuarto de la tarde, Méndez, Silva y Carretero se presentaron

en el despacho del concejal Miguel Ángel Wic para comprobar si podía dar datos sobre Julio Ortigosa Melero. A pesar de estar frente a tres policías, el político reaccionó con serenidad.

–Tengo poco tiempo, señores. Les he hecho un hueco porque siempre estoy dispuesto a ayudar a las fuerzas de seguridad. Pero, como saben, esta tarde está en la ciudad la Primera Ministra y debo estar en los actos a los que ella va a acudir. Así que les pediría brevedad.

–No se preocupe, señor Wic –dijo Silva–. El motivo de nuestra visita es preguntarle sobre si podía darnos algún dato de un guardaespaldas que tuvo hace un año y medio o dos años: Julio Ortigosa Melero.

–¿Julio Ortigosa Melero? No, no lo recuerdo...

–Hemos traído una foto de él...

Silva se la mostró al concejal, el cual la contempló con indiferencia.

–Sí, ya sé de quién me hablan. Pero no puedo decirle nada de él. Es un guardaespaldas más de los muchos que he tenido a lo largo de mi carrera política... De ninguno de ellos podría decirle nada en especial.

Silva no esbozó ningún tipo de reacción. Méndez se mordió los labios mientras tamborileaba con el dedo índice sobre su rodilla derecha. Carretero se mantuvo indiferente, con el mismo gesto de enfado dibujado en su rostro desde que, por la mañana, le habían mostrado claramente que desconfiaban de él.

–Está bien, señor Wic. Pues eso es todo. Muchas gracias por su colaboración.

–De nada, inspector. Es siempre un placer para mí colaborar con las fuerzas de seguridad.

Méndez tuvo que contenerse para disimular su sorpresa. ¿Eso era todo? ¿Ahí acababa el interrogatorio? No dijo nada. Se levantó como hicieron sus dos compañeros y se dispuso a marcharse. Cuando ya estaban saliendo, Silva se detuvo.

–Un momento. Si no os importa, id vosotros al coche. Yo, aún tengo que comentar algo al señor concejal.

Nadie sabía muy bien qué hacer. El concejal se detuvo abruptamente sospechando que había algo extraño en la repentina decisión de Silva. Los ojos de Méndez mostraban un breve hilo de expectativas inesperadas. Carretero quiso seguir permaneciendo indiferente pero un leve temor asomaba en su mirada.

–De acuerdo, Silva –dijo Méndez–. Abajo le esperamos.

Silva cerró la puerta del despacho y se dirigió a uno de los ventanales, desde donde podía contemplarse una magnífica vista de la avenida y el parque junto a los que se ubicaba el edificio del Ayuntamiento.

–Señor Wic, lo que estamos investigando es un asunto muy turbio y complejo...

–Me lo imagino. Pero ya le he dicho que yo no sé nada.

–Ha habido un robo de información en un banco del Enclave. Información altamente delicada. Está implicado su antiguo guardaespaldas...

–Señor Silva, es inútil que siga por ese camino. Le insisto que...

–Consideremos la siguiente hipótesis. Hoy, está aquí la Primera Ministra. Mañana, son las primarias en esta provincia. No sería muy buen día para que en un periódico apareciese que están investigando a su antiguo guardaespaldas, ¿no? Y que usted no ha colaborado con nosotros...

Miguel Ángel Wic sonrió.

–Lo que usted quiere insinuar está absolutamente cogido con alfileres. No creo que le echen mucha cuenta...

–Tiene razón. Tiene toda la razón.

Silva dirigió sus pasos hacia la puerta. Miguel Ángel Wic lo miraba con desprecio y arrogancia. Puso su mano sobre el pomo de la puerta pero no lo giró para salir. Clavó sus ojos entornados en el concejal y le empezó a hablar muy despacio para reforzar la intención de lo que quería decir.

–Pero, ¿qué pasaría si añadiéramos que su antiguo guardaespaldas es homosexual?

Miguel Ángel Wic no pudo disimular su pánico ante esas últimas palabras.

–¿Cómo...? ¿Cómo que homosexual...?

–Homosexual. Conoce usted el significado de esa palabra, ¿no?

–Sí, sí, claro... No me tome por imbécil... Pero, no sé, ¿qué importancia puede tener eso? No sé...

–Se lo voy a explicar. Durante varios meses, el concejal de Urbanismo, don Miguel Ángel Wic, tiene de guardaespaldas a un implicado en un asunto bastante oscuro. Ante las preguntas de la policía, le protege. Y resulta que ese antiguo guardaespaldas es homosexual. ¿Qué le parece?

–Pero nadie va a pensar que yo... Eso es imposible... Yo no...

–Sí. Eso lo sabemos usted y yo. Pero, ¿quiere que le diga una cosa? La gente tiene pensamientos muy retorcidos. ¡No sabe usted lo que podría llegar a pensar!

El nerviosismo del concejal no hacía sino acrecentarse.

–Pero usted no puede ir a un periódico así como así e intentar acusarme de que yo soy maricón... Eso le costaría el puesto...

–Yo no voy a ir a ningún periódico a contar eso. ¿Por quién me ha tomado?

Silva se acercó a Miguel Ángel Wic para que el efecto de sus palabras se intensificara.

–Yo no voy a ir a ningún periódico porque usted me va a ayudar.

El concejal volvió a su mesa, se sentó y, apoyando en su mano la barbilla, empezó a reflexionar, callado y envuelto en una preocupación evidente. Pasados unos minutos, rompió su silencio.

–Crucé pocas conversaciones con él. Apenas llego a saber nada de casi ninguno de mis guardaespaldas. Datos sueltos. Sí hubo una cosa que me llamó la atención y que aún recuerdo. Julio era amigo de un músico conocido que suele componer bandas sonoras para películas. Ha ganado varios premios. Roberto Sastre. En la profesión, le llaman Bob. No puedo decirle más. Es lo único que recuerdo.

–Muchas gracias, señor Wic. Siempre es de agradecer que los ciudadanos colaboren desinteresadamente con las fuerzas de seguridad. Le deseo mucha suerte para los actos electorales a los que tiene que acudir. Buenas tardes.

Silva bajó hasta el aparcamiento del edificio municipal. Méndez y Carretero lo esperaban fuera del coche.

–¿De qué va esto, Silva? –dijo Méndez–. No comprendo nada.

–He tenido que hacer algo que me desagrada bastante para poder sonsacarle información. Ahora, tenemos un hilo del que tirar...

8

José Ángel Esquivias empezó a vestirse contemplando aún la desnudez de Eva Soto. Eva estaba fumando, mirando hacia el techo, distante, como siempre sucedía después de que hicieran el amor. Él intuía que estaba exhausto. Pero no podía parar. Aún tenía mucho por hacer. De hecho, sólo el ritmo febril al que funcionaba su mente era capaz de mantenerlo en pie.

–¿Por qué no te quedas? –dijo Eva–.

–No puedo. Tengo cosas pendientes.

–¿A esta hora?

–Sí. En los próximos días, a cualquier hora tendré cosas que hacer...

–¡Qué enigmático, por Dios! Voy a quedarme en la ciudad tres o cuatro días... ¿Volveremos a vernos?

–Sí, por supuesto. Necesito volver a verte.

Eva Soto sonrió con picardía. Tomó la mano de José Ángel, quien siguió vistiéndose sin prestar atención a la mirada incitadora de la chica.

–Te llamo, Eva. Avísame de cualquier cosa que necesites.

El abogado tomó el ascensor y bajó hasta el vestíbulo del hotel. Allí, la actividad aún era frenética. Él había esperado que ya hubiera menos gente en el lugar y sus alrededores pero había sucedido todo lo contrario. Había varios equipos de televisión tomando imágenes. José Ángel Esquivias, en otras circunstancias, hubiera tomado precauciones para no ser grabado, Esta vez, sin embargo, no tomó ninguna. Le daba igual. Se podría pensar que era fácil explicar su presencia en el hotel donde se hospedaba la Primera Ministra y sus colaboradores y donde estaban presentes varios cargos locales importantes del Partido Moderado. Pero no llevó a cabo tal proceso de racionalización. Simplemente, la situación de riesgo en la que estaba inmerso le hacía sentirse indiferente ante peligros menores y, en el fondo, insignificantes. Ya en la calle, llamó a David Berenger. No respondió a su llamada. Era lógico. Estaba llamando con su nuevo móvil y, al no reconocer el número, decidió no prestarle atención. José Ángel Esquivias envió un mensaje avisándole de la circunstancia y volvió a llamar. Esta vez, sí pudo oír la voz del venerable anciano.

—¿Sí?

—Soy yo, señor Berenger. José Ángel Esquivias. ¿Puedo ir a su hotel? Tengo que hablar con usted.

—Por supuesto. Estaba esperando su llamada.

* * *

La conversación se desarrolló de modo distinto a como había tenido lugar en anteriores ocasiones: la asistente personal de David Berenger y sus escoltas estaban presentes. José Ángel Esquivias sabía lo que ello significaba: eran una presencia intimidadora, amenazadora, la advertencia de que era un momento crítico y de que él no podía salirse de un esquema estrecho y previamente prefijado.

—No esperaba poder verle tan tarde, señor Esquivias.

—No he podido venir antes. Lo siento. Ha sido complicado el evitar la vigilancia de la policía. Ya ve que hasta he tenido que cambiar de móvil...

—Sí, lo he visto. Era una cautela básica. Me alegro que haya tomado las medidas necesarias para que no pudieran interceptar sus comunicaciones...

—La amenaza que usted temía ha sido desactivada. Mi socio se ha ocultado en un lugar seguro. Estará allí varios días. Cuando todo esto haya terminado, volverá al bufete. La policía querrá hablar con él. Pero ya no habrá nada que puedan hacer. Ustedes tendrán la información y ellos sólo podrán perseguir huellas y sombras que no les llevarán a ninguna parte...

David Berenger no dejaba de caminar por la habitación, portando su bastón en su mano derecha y mirando sin cesar al suelo. De repente, hizo con naturalidad una pregunta que a José Ángel Esquivias le heló la sangre.

—¿Dónde se esconde su socio, señor Esquivias?

Silencio.

–¿Qué le pasa, señor Esquivias?

–No entiendo por qué es importante saber el lugar donde José Luis se ha ocultado.

–Obviamente, por seguridad.

–¿Por seguridad?

–Sí, por seguridad de todos. Suya, nuestra, de él... Sobre todo de él, de su socio... Podremos protegerle discretamente hasta que todo haya pasado...

–No creo que él necesite ninguna protección. Lo único que tiene que hacer es esconderse de la policía...

–Hay mucha gente detrás de la información del IIB. A alguien podría pasarle por la cabeza eliminar a un competidor...

José Ángel Esquivias intentaba ganar tiempo. Daba rodeos estúpidos para hallar una solución. Pero él sabía que sólo tenía dos salidas. O revelaba el lugar a David Berenger (con las consecuencias que ello tendría para José Luis Ugarte) o se negaba a hablar y los cuatro sujetos que lo miraban con el ceño fruncido se encargarían de explicarle por qué era absurdo que se resistiera. Quizás, su cansancio le hizo ser temerario.

–Señor Berenger, no creo que usted quiera proteger a José Luis. Usted tiene intenciones muy distintas respecto a él...

–¿Y si así fuera?

–Si así fuera, no podría plegarme a sus deseos. Lo siento. No es que sea valiente. Es que creo que no puede hacerme nada... No se lo había dicho antes pero hay un coche que me lleva siguiendo todo el día. Seguramente, es de la policía. Si ven que no salgo de aquí, sospecharán. Si me sacan de aquí, irán detrás de mí y ustedes no me podrán hacer nada. Si, de todas formas, me lo hicieran, perderían a un aliado importante...

David Berenger estaba de pie. Tras permanecer un buen rato mirando a José Ángel Esquivias, se sentó. Podía parecer el símbolo de una rendición. Pero, evidentemente, no lo era.

–Es usted un hipócrita, señor Esquivias. Y no sé si eso es bueno o malo. Quizás, haya que atenerse al dicho, ¿no? A aquello de que la hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud... Eso es lo que usted acaba de hacer. Evidentemente, no me va a hacer creer que ese gesto de valiente lealtad que usted acaba de interpretar es sincero. Porque no lo es...

–Yo no pienso decirle dónde...

–Usted sabe perfectamente que la principal amenaza que puedo hacerle no tiene nada que ver con usted... Usted puede arriesgar su vida por su socio. Pero, en ningún caso, va a arriesgar la de su mujer y la de sus hijos. Si me apura, tampoco la de su amante. Sabemos que Eva Soto está, ahora mismo, en la ciudad.

José Ángel Esquivias sonrió.

–Llegemos a un acuerdo.

–Está bien, señor Esquivias. Yo le propongo lo siguiente: dígame dónde se esconde José Luis Ugarte y usted no tendrá problemas.

El abogado entrelazó sus manos y se las apretó con fuerza. No se podía saber si era para resistirse a lo que le exigía David Berenger o para lamentar verse en esa encrucijada. Al final, ello era perfectamente irrelevante.

–José Luis Ugarte está en el número 215 de la Calle del Mar.

9

Estar metido en un saco de dormir con una bolsa de viaje llena de dinero a tu lado es una situación paradójica. Escuchar cómo la mujer que deseas está haciendo el amor con otro hombre mientras le tienes que agradecer que te haya dado un refugio dónde esconderte es más paradójico aún. José Luis Ugarte se había visto, de repente, transitando por una paradoja perpetua. Había optado por abandonar su habitual fachada gris y rutinaria y había acabado huyendo, en plena madrugada, de un peligro de perfiles desconocidos. Se había dejado llevar por el deseo hacia una mujer y había descubierto, abruptamente, que el deseo de esa mujer era libre e indomable. Y le dolía. Aunque no quisiera aceptar que le dolía. Aunque no le viera sentido a ese sentimiento que lo había asaltado con fiereza. Todos los esquemas de su vida yacían en el suelo hechos pedazos.

No pudo dormir. Oyó cómo, a las seis de la mañana, Cati se despedía de su acompañante, como volvía a la habitación, cómo el tráfico empezaba a intensificarse a la vez que el amanecer iba entrando por la ventana de la habitación. Todo era extraño. A esa hora, normalmente se estaba vistiendo para ir a su despacho. Hoy, estaba desconectado del mundo, con su móvil apagado, su agenda olvidada y dejando pasar las horas con desgana e indiferencia. Cuando había suficiente luz en el cuarto, encendió el móvil durante unos minutos y apuntó en una pequeña libreta los números de teléfono que consideró más importantes. Volvió a apagarlo y se dio cuenta de que no tenía otra cosa que hacer que mirar hacia el techo. Su mente estaba vacía y paralizada. Tenía que asimilar qué había ocurrido exactamente. Tenía que valorar la actitud de su socio. No sabía si calificarlo de leal o de traidor. A las ocho de la mañana, Cati abrió la puerta y se asomó. Él vio como una liberación no tener que hacer más esfuerzos por conciliar el sueño.

–Hola.

–Hola, José Luis. No creas que encuentro divertido que dos de mis rolletes coincidan en casa... No podía saber que ibas a venir. Y no quería dejarte en la calle a esa hora. Te veía realmente preocupado...

–No te preocupes. Lo comprendo. Era consciente de que me estaba extralimitando. Pero no tenía otro sitio seguro al que ir...

–¿Ha pasado algo serio?

–Nada que no tenga remedio. No te preocupes. No te estoy poniendo en peligro.

–Eso espero. Confío en ti. Dúchate si quieres mientras yo salgo a comprar el desayuno...

La ducha le vino bien. No por la ducha en sí misma sino porque el hacer algo, cualquier cosa, le permitió desprenderse de la sensación de pesadez que había invadido sus neuronas. Se secó con unas toallas que le prestó Cati y se puso una de las mudas de ropa que había metido en la bolsa de viaje. Cati volvió de la calle con unos churros.

–Ven a la cocina mientras preparo el café.

Fue como si Cati y José Luis se volvieran a conocer. Nunca habían estado juntos a esa hora y en esas circunstancias. Nunca habían hablado de temas banales y rutinarios, haciendo que pasara el tiempo sobre palabras sin trascendencia. No habían hecho más que sentarse junto a la mesa que había en la cocina cuando ella se levantó de repente y se dirigió al salón de la casa. Volvió con un periódico, *La Crónica*.

–En lo que andas metido, no tendrá algo que ver con esto, ¿no?

En la portada, aparecía un gran titular dando noticia de los oscuros tejemanejes del concejal de la Costa Antonio Cifuentes. José Luis Ugarte leyó con atención todo lo que habían escrito sobre el asunto. Le parecía sospechoso que esa información apareciera a la vez que el asunto del IIB se hubiera torcido de manera inesperada. Pero llegó a la conclusión de que tenía que ser una casualidad.

–No, no tiene nada que ver. Creo que no.

–¿Qué ha pasado?

–Tengo que evitar que me localicen en los próximos días. Así, evitaré responder a ciertas preguntas. Cuando deje de esconderme, dará igual que las responda o que no.

–¿Y quién te puede obligar a responder a unas preguntas?

José Luis Ugarte no contestó. Cati, entonces, cayó en la cuenta de qué era lo que, hasta unos segundos antes, ignoraba.

–La policía, ¿no?

–Te juro que no tienen nada contra mí. Pero si ahora hablo con ellos, puedo complicar la vida a gente que no le gustaría que se la complicara.

–No entiendo nada, José Luis. No entiendo nada de lo que está pasando...

–¿A qué te refieres?

–¿En qué habéis estado metidos todos los que sois algo?¿Cómo es que lo habéis permitido? Habéis arruinado la vida a mucha gente...

–Eso no es así, Cati.

–Ya has visto lo que trae el periódico hoy. Un escándalo de corrupción. Otro más. Y no será el último. Unos se enriquecen mientras otros tenemos que trabajar duro y hacer muchos sacrificios para llegar malamente a fin de mes...

–Sí, eso es lo que se dice siempre. Es el argumento habitual. Pero, ¿acaso tenemos la solución para poner fin a todos los problemas?¿Quién podría asegurar que, bajo otras circunstancias, bajo otro gobierno, bajo, quizás, otro régimen político, tú si pudieses llegar holgadamente a fin de mes? A lo mejor, no tendrías ni trabajo. ¿Estarías, entonces, mejor?

–No lo sé. Pero sí pienso que así no podemos seguir... Muchos defendéis lo que existe. Habláis de que más vale lo malo conocido... Pues yo quiero huir de lo malo. Yo quiero buscar algo bueno. Algo que sea distinto a lo que hay.

–Esas ideas siempre acaban mal. Terminan generando más pobreza de la que, en un principio, se quiere resolver. Es posible que exista corrupción...

–Posible no: seguro.

–Vale, sí, existe corrupción... Pero, a la vez, se genera riqueza. Y esa riqueza permite que muchas familias vivan dignamente y disfrutando de un bienestar que sus padres o sus abuelos nunca hubieran podido soñar... Esa es la otra cara de la moneda.

–No me hables de riqueza o bienestar con la crisis que tenemos encima...

–Esta crisis es pasajera, Cati. ¿Qué piensas?¿Que vamos a estar así toda la vida? Esto es un simple parón. En dos o tres años, las cosas volverán a su cauce. Y mucho más saneadas que antes.

–Lo siento, José Luis, no me convences...

–¿Puedes votar en las elecciones de mañana?

–Sí. Estoy inscrita para votar en las primarias del Partido del Progreso.

–¿Y a quién vas a darle tu voto?

–A Carmen Seco.

José Luis Ugarte movió la cabeza en gesto de desaprobación.

–Carmen Seco es una radical que no sabe ni de lo que habla. Si gobernara, acabaría destrozando a este país. Andrés Estepa ya hizo mucho daño. Y, ahora, queréis votar a alguien que es mucho peor...

–Sí, Andrés Estepa fue un puto desastre. Pero Carlos Peña no lo hizo mejor. Y Pilar Muro no ha hecho nada del otro mundo.

–Carlos Peña y Pilar Muro han podido paliar la situación...

–Pero si a Carlos Peña lo acabaron echando los de su propio partido... Los tuyos, ¿no?

–A Carlos Peña le costó el puesto su enfrentamiento con Enrique Recio... Pero si hubiera seguido siendo Primer Ministro, no lo habría hecho muy distinto a como lo ha hecho Pilar...

–¡Oh! ¡Pilar! ¡Cuanta familiaridad! ¿La conoces?

–Sí, la conozco. Desde antes de que fuera Primera Ministra... Y no tengo por qué avergonzarme de ello...

–De lo que tenéis que avergonzaros es de haber permitido que esto llegue a donde ha llegado...

–No creas que los del Partido del Progreso son mejores.

–Por eso voy a votar a Carmen Seco. Porque representa algo diferente. Aire fresco en un ambiente tan viciado...

José Luis Ugarte sabía que había una pieza de su argumento que estaba completamente defectuosa y que no iba a servirle para sostener las ideas que él pretendía defender. Y es que Cati tenía razón cuando criticaba su complicidad con el estado de putrefacción que parecía haber invadido hasta la más mínima partícula de aire. Su complicidad y la de muchos como él. Él había ayudado a extender la suciedad, la mugre y la inmundicia como una mancha de petróleo en el mar. Y eso le deslegitimaba para dar cualquier tipo de lección moral.

–Creo que hay que arreglar lo que está mal. No estropear, además, lo que puede ir bien...

–No sé, José Luis, no sé. ¿Pilar Muro va a arreglar lo que está mal?

–Yo creo que sí.

Faltaba convicción en su voz. Él había hablado con muchos altos cargos del Partido Moderado. El tema de conversación nunca había sido cómo solucionar los males del país. Siempre fue cómo sobrevivir en medio de la gigantesca tempestad que estaba atravesando el océano. Y, cada vez que hablaba con su socio, se repetía la misma salmodia.

–Bueno, es inútil que hablemos más sobre esto... No nos vamos a poner de acuerdo. Lo que me preocupa es el lío en que puedes andar metido.

–No es ningún lío. Ya te lo he dicho. Quitándome de en medio unos días, todo pasará.

Cati no estaba convencida. Sin embargo, parecía más preocupada por él que por ella misma. La pureza carnal de sus sentimientos había sufrido una repentina metamorfosis y se había visto contaminada de dudas, reproches y temores. José Luis Ugarte sabía que, a partir de ese momento, la relación entre ellos se vería enturbiada por culpa de las circunstancias. Él había querido que ningún elemento de su vida (de su otra vida) afectara a esa relación pero, al final, todo su esfuerzo había sido inútil.

* * *

La mañana transcurrió gris y aburrida. En la televisión, las noticias se centraban casi exclusivamente en la campaña de las elecciones primarias. La agenda de Pilar Muro estaba cargada de actos. Las imágenes mostraban a una Primera Ministra con mucho más aplomo y seguridad que como José Luis Ugarte la recordaba. Claudio Montellano actuaba con su empuje y simpatía habituales, irradiando carisma y personalidad. La noticia de *La Crónica* iba a dar un impulso importante a su candidatura. José Luis pensaba que él iba a ganar las primarias en la provincia. No tenía claro qué ocurriría después. En el Partido del Progreso, la situación estaba igual de pareja. La pelea entre Ernesto Páramo y Carmen Seco estaba muy reñida y la igualdad sólo se iba a deshacer por unos cuantos votos. La incertidumbre parecía haberse convertido en una epidemia que extendiera su contagio hasta el rincón más recóndito de cualquier vida. Todo podía volar por los aires en unas horas. O en unos días. O en unos meses. O, quizás, nunca.

A la una de la tarde, llamaron a la puerta. Era Marcos Sanz, un amigo de tiempos de la universidad. Le traía un móvil de prepago tal como José Ángel le había indicado que iba a suceder. Apenas intercambiaron unas palabras. Se notaba que Marcos les estaba ayudando más por obligación que por convicción. No le hizo ninguna pregunta. Estaba claro que quería saber lo menos posible. A los diez minutos, se marchó sin querer tomar nada. José Luis Ugarte se empezó a sentir solo y desamparado. Después de que su amigo se marchara, Cati fue hasta el salón y se sentó frente a él mirándolo fijamente. Era evidente que ella estaba acosada por la curiosidad más acuciante. Sin embargo, se contuvo y prefirió tratar la cuestión de forma indirecta.

—¿Estás bien?

—Estoy todo lo bien que puedo estar. Todos mis días son frenéticos. Sin embargo, aquí me ves. Llevo varias horas aquí sentado sin hacer nada. No quiero ni pensar el tiempo que voy a tener que estar así... Por cierto, si soy una molestia puedo buscar una alternativa...

—No, no, no... No me importa que estés aquí. Como si te tienes que quedar un mes... No va a pasar nada...

—No te preocupes por los gastos. Te voy a ayudar económicamente. No vas a salir perdiendo con mi estancia aquí. Todo lo contrario...

—Ni por un momento he pensado en eso. Sólo estoy intranquila por ti...

La conversación no daba más de sí. A ella no le calmaban los intentos de José Luis de suavizar los afilados perfiles de la situación ni él iba a dar más detalles de la compleja encrucijada que a duras penas comprendía y que, más que manejar, lo manejaba a él implacablemente. Sólo quedaban sus miradas. Sólo quedaba la pasión que los unía, furtiva y escurridiza pero, simultáneamente, hipnótica y contundente. El deseo era lo único real y tangible a lo que se podían aferrar. Fuera de él, sólo existía el vacío más angustioso y desolador. José Luis se acercó a Cati. Se arrodilló en el suelo y colocó su cabeza en el regazo de ella. La mitad de su cara sentía la suavidad de la falda de Cati y la otra mitad el calor de sus piernas. Ella cerró los ojos. Tenía miedo a dar el primer paso, a crear una cercanía de la que pudiera arrepentirse por la tarde o a la mañana siguiente. Pero él empezó a besar sus muslos. Y sintió que las sensaciones

que empezaron a surcar su cuerpo eran la única posibilidad de creer en el mundo. La televisión seguía encadenando las mismas imágenes sin sustancia y las mismas palabras que sólo eran ecos de mentiras del pasado. Sin embargo, las manos y la boca de José Luis le mostraban una verdad que se concretaba en el palpitar de su sangre y en el ritmo agitado de su respiración.

* * *

Cati y José Luis sólo salieron del dormitorio para almorzar. Después, regresaron a la cama para apagar sus últimas ansias. A las cinco y media, Cati se duchó antes de empezar a vestirse: a las siete era la hora de inicio de su turno de teleoperadora en la empresa donde trabajaba. Fueron parques en palabras. Habían dejado de creer en ellas. Se besaron antes de que ella se fuera al trabajo. Él se quedó en la cama. Estaba medio adormilado cuando sonó el timbre de su nuevo móvil. Era su socio. Ya podían mantener un contacto fluido. La policía no podría controlar los nuevos celulares. José Ángel intentó tranquilizarle. Insistió todo el tiempo en persuadirle de que lo que estaba haciendo era lo mejor. Pero José Luis cada vez tenía más dudas sobre cuáles eran los intereses reales a los que él estaba sirviendo con su huida.

–José Luis, créeme: puedes estar tranquilo.

“... me está diciendo: ni se te ocurra moverte ni hacer nada. Estate quieto. No sé si, realmente, puedes estar tranquilo o no. Pero lo que estás haciendo es lo que me conviene a mí...”

–La policía ha venido y, viendo que no estabas, no ha hecho nada. Porque no puede hacer nada. No tiene nada de lo que acusarte. Por eso quieren hablar contigo. Su intención es la de presionarte, hacer que te vengas abajo para que confieses en qué estabas metido. Una vez que lo hagas, estarás a su merced.

“... una vez que lo haga, tú, José Ángel, serás el que estarás a merced de ellos. O a merced de alguien mucho peor. Lo único que haces es utilizarme para evitar enfrentarte a tu propia responsabilidad...”

–Querrán que hagas todo lo que ellos digan. Por eso, de momento, tienes que quitarte de circulación. Esta historia se va a resolver en breve... Ya te contaré, José Luis, ya te contaré...

“... generando falsas esperanzas, expectativas espurias que no tienen ninguna base ni fundamento. Congelándome para que yo no tome ninguna iniciativa...”

Cuando terminó la llamada, José Luis Ugarte se sentía más desconcertado y desolado que antes de recibirla. Se había confirmado a sí mismo que ya no podía confiar en su socio. Que ya no podía confiar en nadie. Sólo le quedaba hacer cálculos puramente egoístas. ¿Cuál era la mejor opción para conseguir sus objetivos? Y antes que eso: ¿cuáles eran sus objetivos? Hasta ese momento, lo que se había planteado era no dar la espalda a su círculo social, buscar una opción para salvar de la quema a aquellos que habían puesto su confianza en él. Ahora, sin embargo, la situación había cambiado. La policía había descubierto, de algún modo, lo que estaba haciendo. Por tanto, había que emprender una nueva estrategia. Tenía que salvarse, primero, él mismo. Pero eso no tenía que ser incompatible con salvar a sus amigos, a sus compañeros de clase social. Sólo había que reflexionar para hallar una solución al complicado crucigrama.

Volvió a encender la televisión. La campaña para las primarias estaba en sus momentos álgidos. Una y otra vez, repetían la tensa escena que se había producido entre Pilar Muro y Claudio Montellano. Ningún periodista sabía cuál había sido el origen de la discusión. Todo había empezado cuando Montellano estaba saliendo de una de las sedes del partido en la ciudad y la Primera Ministra acababa de llegar. Cuando la prensa estaba entrando, ya se había iniciado la ácida disputa. Pilar Muro acusaba a Claudio Montellano de traidor al partido. Montellano respondió diciendo que ella era una traidora al país y a los ciudadanos. Eduardo Díaz intentaba interponerse entre ellos y llevarse de allí a la Primera Ministra. Claudio Montellano sonreía de forma irónica. A Pilar Muro se le notaba el gesto crispado.

José Luis Ugarte reflexionó sobre lo que estaba contemplando. La Primera Ministra era una persona tranquila que nunca perdía los nervios. Algo tenía que estar pasando para que entrara en esa trifulca verbal que no le beneficiaba en absoluto. Comprendió la actitud de Pablo Bernal, el segundo de Claudio Montellano. Mientras Eduardo Díaz medió para poner fin a la escena, Pablo Bernal se mantuvo en un discreto segundo plano, con gesto serio e impasible. La diferente actitud de ambos era lógica. Lo que los atónitos espectadores verían perjudicaba sobre todo a Pilar Muro a la vez que alimentaría los votos a favor de Claudio Montellano. De repente, José Luis Ugarte se dio cuenta de que esa era una situación que podía ser utilizada para salir del problema en que él estaba metido.

Tenía decidido que ya no se podía fiar de José Ángel Esquivias. Por tanto, no era conveniente permanecer en ese lugar. Tenía que borrar su rastro para que su socio perdiera toda ventaja en la partida. Por otro lado, tenía que encontrar su propia vía de escape. Y pensó que Claudio Montellano podía ser una buena opción. Pero una idea empezó a clavarse en el cerebro. Para Cati, no era seguro seguir en esa casa. José Ángel Esquivias sabía de su existencia y, por tanto, ella podía estar en peligro. ¿Con quiénes estaba confabulado exactamente su socio? No tenía respuesta a esa pregunta. Por tanto, no sabía a qué tipo de gente tendrían que enfrentarse. José Luis Ugarte recogió en poco más de media hora todas sus pertenencias en la bolsa de viaje. El dinero seguía allí. Lo tocó con sus dedos como si fuera un fetiche religioso con propiedades sobrenaturales, como si fuera un amuleto que lo fuera a salvar de las asechanzas del destino.

¿Qué podía hacer con Cati? No tenía otra opción: debía ir hasta la empresa donde ella trabajaba y decirle que podía correr peligro. No sabía si esperar a que acabara su turno, a las ocho de la mañana, o ir en ese mismo momento y pedirle que cortara con todo y que se fuera con él a un lugar seguro. La primera opción significaba que su propia vida podía seguir, en el futuro, tal como estaba y que sólo sufriría algunos ajustes y contratiempos que, con toda probabilidad, se podrían sobrellevar sin demasiado esfuerzo. La segunda opción lo llevaría (estaba seguro) a un cambio radical que no estaba seguro si quería aceptar o no. El futuro de Cati y el de él se vincularían en una huida que crearía entre ellos una complicidad que cambiaría para siempre su relación. Lo que había entre ellos no se iba a limitar ya a unos periódicos encuentros carnales. Iba a nacer una confianza inevitable que tendrían que asimilar y hacer encajar en los nuevos perfiles de sus vidas.

Durante cinco minutos, José Luis Ugarte permaneció inmóvil en la oscuridad, sin poder tomar una decisión. Finalmente, se inclinó por hacer lo que siempre había deseado hacer desde el

momento en que conoció a Cati en medio de una noche de angustia y zozobra. Pidió un taxi. Cuando llegó, le indicó que se dirigiera al Parque Empresarial Futurtec.

10

Julio estaba exultante. La tarde anterior, ya había conseguido concertar con José Luis Ugarte la transacción que tanto ansiaba. Mark estaba alegre por motivos bien distintos a los que, en un principio, había previsto: no se trataba de iniciar la nueva vida que había planeado sino de dejarla atrás. Había decidido no tener expectativas. Seguiría su propio camino y ya vería dónde le llevaban sus pasos. No sabía cómo iba a decírselo a Julio pero eso no le preocupaba: había empezado a sospechar que no le iba a importar demasiado que sus caminos se separaran. Él había cumplido su función: proporcionarle la información del IIB. Una vez que lo había hecho, iba a convertirse en una persona irrelevante en la vida de Julio. Por tanto, lo que le tuviera que decir iba a ser como anunciar en un velatorio la muerte del fallecido.

–Será mañana a las diez de la noche. Nos pagará el abogado del que te hablé. Al final, un millón de euros, es lo que he podido sacarle... El encuentro será en una fábrica abandonada a la salida de la ciudad...

–¿Mañana? ¿A las diez de la noche? ¿En una fábrica abandonada? ¿Por qué a esa hora? ¿Y por qué en un sitio como ese?

–Tranquilo, Mark. Todo tiene una explicación. Mañana a las diez de la noche, todo el mundo estará pendiente del resultado de las primarias en la provincia. La policía concentrará sus efectivos en los lugares donde se reúnan los seguidores de los candidatos. Esa fábrica será un sitio tranquilo, discreto y donde no tendremos que estar pendientes de miradas entrometidas... Además, nosotros seremos dos. Él será uno... Tendremos el control de la situación.

–¿Cómo sabemos que ese tío irá solo?

–Créeme: ese tío es un cagado. Se le ve el miedo a la legua. No va a atreverse a incumplir nuestras instrucciones. Entraría en pánico si cortamos el contacto con él... Por ahí, no temas nada.

–¿Y cuánto has dicho que vamos a conseguir al final? ¿Un millón de euros? Eso es mucho menos de lo que nos habíamos marcado como objetivo...

Julio soltó una carcajada. A Mark, esa carcajada le pareció la señal de que el infierno no iba a concluir en poco más de veinticuatro horas. Las palabras que vinieron a continuación no hicieron más que confirmar su presentimiento.

–¿Y quién te ha dicho que no vamos a cumplir con nuestros objetivos? Todavía no te has enterado de qué va esto, Mark. Lo de mañana, va a ser la primera venta que vamos a hacer. Pero no será la última. Tenemos varias copias de los datos que extrajiste del banco. Vamos a

vender todas ellas a sucesivos postores... Ya verás como reunimos el dinero que habíamos pensado conseguir...

–Pero no podemos hacer eso, Julio. Tú has prometido a toda esa gente venderle la información en exclusiva... No puedes mentirles. Corremos el riesgo de que no nos dejen en paz el resto de nuestras vidas. ¿Has sopesado que podría significar eso? Estás poniendo en peligro nuestra integridad física...

–He sopesado todo perfectamente. Y sé lo que estoy haciendo... Mark, creo que tenía que haber sido completamente sincero contigo. No lo he sido hasta ahora. Pero es el momento de que sepas parte de la verdad...

–¿Qué verdad?

La preocupación de Mark empezó a crecer hasta hacerle sentir una especie de vértigo que amenazaba con hacerle perder el equilibrio.

–No estamos solos en esto.

–¿Cómo que no estamos solos?

–Hay alguien más en la operación. Alguien de quien no te he hablado hasta ahora... El dinero obtenido lo tenemos que compartir con él.

–¿Por qué?

–Porque será quien nos proteja cuando hayamos vendido la información varias veces...

A Mark le desconcertó la respuesta. Pero acabó dándose cuenta de que, desde el principio, había estado participando en un juego mucho más complejo del que había imaginado: había más jugadores en él y había reglas que, hasta ese momento, no había conocido que existían.

–Me has estado engañando todo el tiempo, Julio.

–No, Mark. Eso no es así...

–Me has estado engañando todo el tiempo. He sido un mero títere que has manejado como a ti te ha dado la gana.

–Mark, escúchame. Cuando te haya terminado de explicar, lo comprenderás todo...

–¿Cómo piensas que voy a creerte?

–Porque mi única intención ha sido la de protegerte. Cuanto menos supieras, menos posibilidades había de que te pudieran hacer daño... Ahora, todo ha cambiado. Ya es inevitable que sepas de qué va todo esto... Es más: es conveniente que estés al tanto de qué está sucediendo. Lo que hemos hecho es muy peligroso. Hemos puesto en riesgo nuestras vidas. A partir del momento en que robamos la información del IIB, nos convertimos en objetivos de mucha gente. De gente que aparece en esa información, de sus aliados y de los sicarios de todos ellos. Hacer lo que queríamos hacer sin contar con alguien que nos protegiera era un suicidio. Por tanto, desde que empecé en esto había alguien que iba a ser nuestro protector. El

cincuenta por ciento de lo que obtengamos será para él. Por eso, tenemos que hacer varias ventas. Para conseguir que todos obtengamos una cantidad de dinero que nos aproveche. A cambio, estaremos a salvo. ¿Lo comprendes?

Mark no sabía qué pensar. Había tomado una determinación y lo que le acababa de confesar Julio suponía que el asunto tenía una dimensión inesperada que cambiaba todo el planteamiento que había realizado.

—¿Quién nos va a proteger?

—Eso, de momento, no te lo puedo decir.

—¿Así quieres que confíe en ti?

—Lo sabrás. Pero, ahora mismo, no. No es conveniente.

Mark Cortés estaba corroído por las dudas. Su plan de abandonar a Julio parecía haberse venido abajo. ¿Quién estaba en la cúspide de la conspiración? ¿Quién respaldaba a Julio? ¿Tendría poder suficiente como para considerar que su vida (la vida de un extranjero, de un simple habitante del Enclave) fuera una mera pieza a desechar? Mark empezó a sentir miedo. Pero también, simultáneamente, fue acrecentándose su hastío. No creyó que pudiera aguantar más tiempo el ambiente de asfixia en el que estaba sumido. Y su hartazgo superó a su miedo.

—Mira, Julio, creo que debo tomar una decisión. Por lo que me dices, me tocan doscientos cincuenta mil euros. La mitad del cincuenta por ciento que nos corresponde, ¿no? Con eso, me doy por satisfecho. Por mucho más que satisfecho. Es menos de lo que esperaba obtener pero es suficiente para empezar una nueva vida. No pido más...

Julio no mostró ningún tipo de sentimiento: ni sorpresa, ni dolor, ni enfado. Estaba impasible, reflexivo y expectante. Quería que Mark siguiera hablando, que le detallara sus planes y los motivos por los que quería marcharse. Mark no habló. Julio bajó la cabeza y volvió a subirla, casi al instante, con una mirada arrogante y amenazadora dibujada en su rostro.

—Explícame eso que me acabas de decir. No acabo de comprenderte.

—Creo que hay poco que entender. No pienso seguir así. Todo esto no tiene sentido para mí. Desde que me fui del Enclave, no hago más que estar encerrado sin hacer nada. Me siento un prisionero. Y no me marché de mi casa para vivir en una especie de cárcel sin barrotes.

—Tú no te puedes marchar, Mark.

Los temores de Mark Cortés se materializaron en esas seis palabras.

—¿Por qué no?

—Porque formas parte del equipo.

—¿Y Jacobo? ¿No era parte del equipo?

–Ese era un gilipollas. Tu caso es diferente. No puedes convertirte en un hilo suelto. Tenemos que llegar juntos hasta el final. Después, haz lo que quieras.

Julio no apeló a ningún sentimiento. Estaba claro que le daba igual lo que él hiciera después de haber terminado con su particular subasta. Mark se convenció de que las declaraciones de amor de Julio no habían sido más que una pura patraña. Estuvo a punto de romper a llorar. Pero se contuvo. Buscó toda la dureza que albergaba su alma y la sacó a flote para enmascarar sus verdaderos sentimientos.

–No creo que yo sea necesario. Entre tú y yo, ya no queda nada. Por ese lado, poco tenemos que hablar. Por el otro, ya tenéis la información que necesitabais para vuestros fines. Fines que desconozco cuáles son. ¿Qué falta hago en ese tema?

–Haces mucha falta. Eres un seguro de vida para los dos. Mientras sigas en esto, no hay nada que temer. Si no sigues, algunos, incluido yo, nos podríamos poner nerviosos.

–No hay motivo para...

–Sí que lo hay, Mark. Sí que lo hay. Si te vas, ¿qué garantía tenemos de que no volverás al redil y dirás que toda la información que hemos vendido es falsa? Pueden pasar muchas cosas si te vas... Si no lo haces, todo estará controlado. Y ocurrirá lo que tiene que ocurrir. Después, cada uno puede ir por su propio lado. Antes, no.

Mark negaba con la cabeza. Se resistía a aceptar lo que Julio le estaba exigiendo.

–Creo que me estás ocultando algo, Mark –un largo silencio remachó la frase–. Espera un momento. ¿No será que Bob ha estado tirándote los tejos? Es un buen tipo. Pero hay que tener cuidado con él. Te puede meter muchos pájaros en la cabeza. Te puede hablar de sus fantasías. Y ya ves a donde le han llevado sus fantasías. A esto –Julio hizo un movimiento circular con sus manos, intentando abarcar toda la edificación donde estaban–. Sí, es una casa molona. No lo niego. Pero conformarse con esto es de débiles mentales. No le prestes atención. Sí, le gustaría llevarte a la cama. Pero, no te engañes: él no es de tener una pareja estable. A los tres meses, como mucho, te echaría de aquí. Aprovecha lo que puedes conseguir con lo que te llevaste del Enclave y, cuando acabemos, te podrás acostar con quien quieras. Con gente de tu edad, además... No con un viejo.

–No te metas con Bob. Es un tío legal. Y un tío sabio. No le llegamos ni a los cordones de los zapatos. Pero lo que te he dicho no tiene nada que ver con él. Toda la culpa es tuya. Desde que nos conocimos, no has hecho más que engañarme. Me has manipulado sistemáticamente. ¿Cómo quieres que siga confiando en ti?

El gesto de Julio se crispó. Pero hizo un enorme esfuerzo para no expulsar toda la rabia que llevaba dentro de sí. Su sentido práctico se impuso al torrente de ira que estaba a punto de desbordarse.

–Vale, te engañé. No era verdad lo que sentía. Sí, lo pasé bien contigo. Pero ya está. Aproveché la situación para ganar más dinero del que había ganado en toda mi vida. Dicho esto, ¿qué es lo inteligente? ¿Que te dejes llevar por el despecho? ¿O que los dos nos beneficiemos de lo que

has hecho? Lo inteligente es esto último. Y es lo que vamos a hacer. Lo contrario sería tirar piedras contra nuestro propio tejado.

Julio se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta. Mark sabía que estaba acariciando su pistola. Sintió miedo por él. Sintió miedo por Bob. Sintió miedo, a secas.

–Está bien. No me iré. Pero procura que todo esto acabe pronto. Esta situación me empieza a desesperar.

–Sí, es cierto. Creo que no he sido consciente de ello hasta este mismo momento. Hoy mismo, nos vamos de aquí. He encontrado una casa que alquilan en la parte este de la ciudad. Vamos a tener dinero para pagarla. Es mejor que los sitios donde has tenido que estar hasta ahora. Se te hará más llevadera la espera.

En el cerebro de Mark, se dibujó la imagen de un círculo cerrándose en torno a él. Julio seguía acariciando su pistola. No tenía otra opción que ceder.

–De acuerdo, Julio. Me voy contigo.

11

La jornada se fue desarrollando según los planes previstos. Pilar Muro fue ganando en tranquilidad conforme los actos se iban celebrando con relativo éxito. Hubo algunas protestas aisladas pero, en general, los asistentes se volcaron con ella con afabilidad y hasta, en algunos casos, con entusiasmo. Ella lo veía lógico: no sólo no era la responsable de la crisis que azotaba el país sino que había aceptado asumir el cargo en unas circunstancias difíciles y había desplegado un esfuerzo titánico por resolver problemas acumulados durante años. Entendió que la gente la apoyara. Era el reconocimiento a su labor. Cada hora que pasaba, se iba afianzando una sonrisa franca y abierta en el rostro de la Primera Ministra.

–Todo va sobre ruedas –le dijo Eduardo Díaz–. Creo que vamos a frenar el golpe... Lo de *La Crónica* no va a ser más que un grano de arena en medio del desierto...

Pilar Muro asentía cerrando los labios con fuerza. Pensó que podía dar la vuelta a unas encuestas que le eran desfavorables. A fin de cuentas, Claudio Montellano era un representante del pasado, de todo aquello que la opinión pública quería dejar atrás. Ella era el futuro y eso debía acabar reflejándose en las urnas.

En medio del ritmo frenético en el que estaba inmersa, una llamada en su móvil la apartó momentáneamente de sus pensamientos y sentimientos de éxito. No se esperaba que esa persona la llamara a esa hora y, precisamente, en ese día. La llamada cesó. Así era como solía suceder siempre. Ahora, era ella quien debía responder. O mandarle un mensaje sobre la hora en que podrían contactar. No se inclinó por ninguna de las dos opciones. Y volvió a entrar otra llamada de la misma persona. No había duda: era algo urgente. Pilar respondió directamente.

–¿Qué sucede? ¿Tiene que ser ahora? ¿Y no vas a tener otro momento para que nos encontremos? Es muy arriesgado... Vale, está bien. ¿Dónde? Espero que no nos arrepintamos de lo que vamos a hacer...

Iban en automóvil. Pilar Muro y Eduardo Díaz iban en el asiento trasero. Ella se acercó a él y le habló al oído.

–Vamos con tiempo, ¿no?

–La verdad es que sí. ¿Por qué?

–En la sede a la que vamos todavía está Claudio Montellano. No me gustaría encontrarme con él.

–Yo no veo ningún problema, Pilar. Le das la mano, sonríes y quedará una bonita foto.

–Cerca de la sede, hay un pequeño centro comercial. Voy a pasar por allí y hablar con quienes estén dando una vuelta. Seguro que las fotos son más productivas. Se verá que no tengo miedo a hablar con la gente.

–¿Estás segura de lo que quieres hacer?

–Sí. Estoy segura. Además, tengo que ir al servicio. Tengo que mear, ¡coño!

Eduardo Díaz no se explicaba muy bien lo que Pilar quería hacer. Sin embargo, aceptó. Diez minutos después, el coche se había parado frente a la entrada al centro comercial. Este estaba encajonado, cerca del centro urbano, entre varios edificios de oficinas. Tenía dos plantas y un sótano comercial, aparte de dos plantas de aparcamientos y, a esa hora, no estaba excesivamente concurrido. La escolta abrió la puerta a la Primera Ministra y a su jefe de gabinete, en medio de la expectación que se había generado en torno a la escena. Pilar Muro saludó en cuanto bajó a la calle. Hubo una mezcla de aplausos y silbidos que acabó siendo relativamente neutral. Entró al centro comercial y, ante la sorpresa de los clientes, ella les fue dando la mano mientras repartía folletos de su propaganda electoral. Estaba tranquila. A Eduardo Díaz, se le notaba tenso. Con una sonrisa forzada, quería disimularlo pero, al final, sin demasiado éxito.

–El servicio está en el primer sótano –dijo, de repente, Pilar Muro–. Que una escolta me acompañe, por favor.

–Iremos todos abajo, Pilar. Nos mantendremos a distancia pero no podemos dejarte con tan poca protección en un lugar como este...

A través de una escalera mecánica, todo el grupo llegó al primer sótano. Según lo indicado por Eduardo Díaz, dos escoltas acompañaron a Pilar Muro a los servicios. Uno se quedó en la puerta, vigilando. Una de las escoltas, entró con ella para inspeccionar el lugar. Dentro, sólo había una chica joven.

–Salga afuera, por favor –dijo Pilar Muro a la guardaespaldas–. No se preocupe, la conozco.

La escolta se sorprendió pero, de todos modos, accedió a los deseos de la Primera Ministra. Esta, se dirigió a la chica joven visiblemente enfadada.

—¿A qué viene esto?

María Benavides intentó explicarse.

—Si se me ha ocurrido hacer esto, es porque tengo mis motivos.

—Espero que así sea. Dime.

—Hoy, Pablo Bernal ha hablado con el redactor-jefe de *La Crónica*. Le ha metido los dedos y le ha contado con qué va a abrir mañana el periódico.

—¿De qué se trata?

Pilar Muro ya no estaba enfadada. Un gesto de temor surcó la expresión de su rostro.

—Te van a vincular a las actividades de Antonio Cifuentes.

—¡Hijos de puta! ¡Es una acusación sin pruebas!

—No les importan las pruebas. Van a por ti. Han encontrado un motivo para atacarte y lo van a hacer sin piedad.

—María, te hemos infiltrado en la campaña de Claudio Montellano para que te enteraras de cosas como esta...

—Claudio no sabía nada. Es el primer sorprendido. Esta mañana, estaba estupefacto. No hacía más que dar vueltas por la sala de reuniones diciendo: “¡Quién iba a decir que nos íbamos a encontrar con este golpe de suerte!”

—¿Y Pablo Bernal?

—Lo mismo. No se lo esperaba.

—¿Y si estuvieran interpretando un papel?

—No creo. Pablo siempre dice lo que piensa. Puede no decir toda la verdad. Pero nunca diría una mentira.

—No acabo de estar segura. No... Pero también hay otra opción. Esto puede ser obra de Carlos Peña. Cuando Pablo Bernal abandone la campaña de Claudio Montellano, este quedará seriamente tocado. Al mismo tiempo, pretende acabar con mi candidatura. Así, Pablo sería el gran beneficiario de la maniobra. Y Carlos Peña consumaría su venganza...

—Pero creo que Pablo no sabe nada...

—No tiene por qué saberlo. Carlos Peña puede estar haciendo el trabajo sucio mientras Pablo Bernal se mantiene en un segundo plano... Carlos no tiene ya nada que perder. Pero Pablo todavía no puede exponerse demasiado.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Seguimos con el plan trazado? ¿Dejo la campaña de Claudio y me uno a la de Pablo?

—Sí. ¿Cuándo piensa dar el gran campanazo?

—Dentro de cuatro días.

—En domingo, ¿eh? Bien pensado. Para que el impacto sea mucho mayor. Sí, sigue a Pablo. Claudio dejará de ser un peligro en cuanto Pablo lo abandone y lance contra él un ataque feroz. En ese momento, nuestro gran rival será Pablo Bernal. ¿Está claro?

—Sí.

—Bien. Me voy. No quiero que Eduardo sospeche nada. Lo de tu infiltración, sólo lo sé yo.

—Bien. Sin problema.

—Adiós, María. Buen trabajo.

—Adiós, Pilar. Muchas gracias.

* * *

Pilar Muro había perdido la serenidad que había mantenido a lo largo de toda la jornada. Eduardo Díaz se dio cuenta. Él estaba seguro de que algo había sucedido durante la visita al centro comercial. Pero no acertaba a adivinar qué había podido ser. Y eso también le hacía sentirse intranquilo. Cuando ambos llegaron a la sede del partido donde iba a tener lugar el penúltimo acto de la jornada, les envolvía una extraña y etérea tensión que fue percibida, inconscientemente, por el público y los periodistas que aguardaban a la entrada del edificio. Les recibió Miguel Ángel Wic, el concejal de Urbanismo de la ciudad, quien los saludó efusivamente y les dio una noticia que no esperaban.

—Claudio Montellano todavía no se ha marchado de la sede. Sigue en el salón de actos. Hay muchos militantes que quieren hablar con él, hacerse fotografías juntos y todo eso... Si queréis, os llevo hasta el despacho del secretario local y, desde allí, bajáis al salón de actos cuando hayan entrado los asistentes a vuestro acto... ¿Qué os parece?

—Sí, prefiero que sea así —dijo Pilar Muro—.

—Pilar, eso puede ser malinterpretado —dijo Eduardo Díaz—. Vamos al salón de actos y saludemos a Claudio. No le tenemos ningún miedo.

—Ya hemos hablado de eso, Eduardo. Prefiero hacer lo que dice Miguel Ángel.

Los tres subieron a continuación hasta el despacho señalado por Miguel Ángel Wic. Para sorpresa de los tres, allí estaban Claudio Montellano, Pablo Bernal y Esteban Miranda conversando con el secretario local. Un aire gélido pareció cruzar de un extremo a otro de la estancia. Todos callaron. Pilar Muro lanzó una mirada asesina a Miguel Ángel Wic. Este se encogió de hombros para manifestar que no se esperaba que el rival de la Primera Ministra pudiera estar allí.

–Hola, Pilar –dijo Claudio Montellano–. Encantado de verte.

–Hola, Claudio –dijo Pilar Muro, rehaciéndose de la primera impresión–. Yo también me alegro de haber coincidido contigo.

–He visto muy buen ambiente para las elecciones de mañana. Creo que la participación va a ser muy alta.

–Eso siempre es positivo. Quien gane, tendrá una legitimidad mayor que si la participación es reducida...

Los segundos de a bordo se mantuvieron en un discreto segundo plano mientras sus jefes conversaban.

–Bueno, pues espero que tengas mucha suerte en el acto que vas a celebrar a continuación.

–Muchas gracias, Claudio.

Claudio Montellano, Pablo Bernal y Esteban Miranda se disponían a abandonar el despacho cuando, de repente, el primero se giró y volvió a acercarse a Pilar Muro. Si antes había estado afable pero inexpresivo, ahora había dibujado una sonrisa burlona en sus labios y sus ojos se entornaron dejando entrever una sibilina malicia.

–De todas formas, Pilar, ten cuidado con tus enemigos. Seguro que están más cerca de ti de lo que piensas. Cuando veas mañana la portada de *La Crónica*, ya verás como llevo razón.

Claudio Montellano salió del despacho seguido por sus acompañantes, que no habían podido disimular su estupor por la escena que acababan de contemplar. En un principio, Pilar Muro se quedó clavada en el lugar donde estaba, sin moverse, congelada en su posición del mismo modo que Eduardo Díaz, Miguel Ángel Wic o el secretario local del partido no se atrevieron a mover un músculo. Sin embargo, de repente, la Primera Ministra apretó los puños y salió también del despacho con la intención de responder a su adversario. Eduardo Díaz fue detrás de ella, temiendo un enfrentamiento en público y delante de los medios de comunicación.

–Claudio, Claudio... Espera un momento... ¿Qué has querido decir con eso último que me has dicho?

–No he querido decir más de lo que he dicho... Me han llegado noticias de que, mañana, te vas a encontrar con una sorpresa desagradable en la prensa... Y te aseguro que no he tenido nada que ver con lo que se publicará... De eso, estoy seguro. Así que la información ha tenido que salir de alguien cercano a ti... No tengo la menor duda.

–Claudio, no intentes crear confusión porque no vas a conseguirlo. Yo te he respetado. No he jugado sucio contigo. Y podría haberlo hecho. Y no juegues con fuego porque puedo cambiar de opinión...

–¿A qué viene eso, Pilar? Yo sólo he intentado avisarte de lo que se te avecinaba... Y yo no he jugado sucio... Te lo repito: no he tenido nada que ver con lo que mañana publicará el periódico... Así que tendrás que mirar a tu alrededor para saber quién te ha traicionado...

¿Sabes qué? Que alguno de tus colaboradores ya se huele que no vas a ganar la candidatura por el Partido Moderado... Y se quiere ir posicionando para lo que está por venir...

Claudio Montellano reanudó su marcha hacia la salida de la sede del partido. Pero Pilar Muro no se arredró. Le siguió hasta la zona donde ya había militantes y periodistas esperando que ella iniciara su intervención. Eduardo Díaz lo intentó pero no pudo evitar que todos ellos contemplaran la disputa verbal que se había iniciado entre los dos candidatos del partido.

—Claudio, creo que tú eres el menos indicado para hablar de traiciones. Eres tú el que lleva ya demasiado tiempo siendo un traidor al partido... Has hecho todo lo posible para poner zancadillas a nuestros esfuerzos... Y sigues en la misma línea...

—Mira, Pilar. Hablemos claro. Sois los que estáis dirigiendo en estos momentos el partido los que tenéis que reflexionar sobre si no sois vosotros los que estáis traicionando al país y a la ciudadanía...

—¿De qué hablas? Estamos dejándonos la piel para resolver los problemas... Otros, como tú, han abandonado el barco... Como las ratas...

Eduardo Díaz se interpuso entre Pilar Muro y Claudio Montellano con el fin de poner fin a la discusión. Al mismo tiempo, lanzó una mirada recriminatoria a Pablo Bernal, como censurándole que no hubiese intervenido para interrumpir lo que estaba sucediendo. Pablo Bernal arqueó sus cejas manifestando sorpresa. Alrededor de todos ellos, los fotógrafos y reporteros tomaban imágenes de la escena con avidez. Los militantes fueron formando un círculo de expectación y sorpresa alrededor de sus líderes. Eduardo Díaz logró llevarse de allí a Pilar Muro mientras Claudio Montellano saludaba a los militantes y simpatizantes allí congregados.

—¿Cómo has podido caer en la provocación de Claudio, Pilar? No lo entiendo... Esta noche, esta discusión va a salir en todos los noticiarios... No es que vaya a salir... Es que va a abrirlos...

—Créeme, Eduardo. Sé lo que me hago. A veces, hay que demostrar que se tiene cojones. Y yo se lo he demostrado a ese hijo de puta... La próxima vez que quiera hacerse el gracioso, ya sabe que me va a encontrar...

—No sé, Pilar. No creo que esto nos beneficie... Mientras tú estés pronunciando tu discurso, yo intentaré enterarme de qué es lo que va a publicar mañana *La Crónica*...

Pilar Muro entró en el salón de actos de la sede del partido. Sonaron aplausos. Ella sonreía. Exterior e interiormente. Las primarias provinciales del día siguiente podían estar perdidas. Pero ante Claudio Montellano, Pablo Bernal y Eduardo Díaz había interpretado la farsa que podría servir para hacerle ganar la guerra. Y estaba claro que todos habían picado el anzuelo.

12

Méndez, Silva y Carretero abandonaron la autovía y bajaron con el coche hasta una avenida que bordeaba la playa. Después de recorrer unos cinco kilómetros, vieron, al otro lado de la calzada, el inicio de la subida hacia la casa que buscaban.

–Ahí es –dijo Silva a Méndez, que conducía el vehículo–.

Méndez cambió de sentido en la siguiente rotonda y, cuando llegó al lugar que le había señalado Silva, empezó a ascender la empinada calle hasta dar con el número donde, presumiblemente, vivía Roberto Sastre.

–Preparemos las armas –dijo Silva–. No sabemos si ahí pudiera estar Julio Ortigosa. Yo llamaré al timbre y ustedes dos permanecerán vigilantes a ambos lados de la puerta. Si la cosa se pusiera fea, deberemos estar preparados.

–Me parece una buena idea –dijo Méndez–.

–A mí también –dijo Carretero, conservando aún el mal humor que había tenido durante todo el día–.

Estaba anocheciendo y había una gran oscuridad en la calle. Atravesaron la verja de entrada y Méndez y Carretero se colocaron según lo hablado mientras Silva intentaba que le abriera algún inquilino de la casa. La respuesta llegó pronto.

–¿Sí?

–¿Podría abrirnos, señor Sastre?

La puerta no tardó más de cinco segundos en abrirse.

–¿Qué desea?

Silva mostró su placa.

–¿En qué le puedo ayudar?

–¿Hay alguien con usted en su domicilio?

–En estos momentos, no.

Méndez y Carretero salieron de su precario escondite y sembraron la preocupación en el ánimo de Roberto Sastre, Bob, que empezó a sospechar el motivo de la llegada de tres policías a su casa.

–Pasen. Dentro, hablaremos con más tranquilidad.

Una vez en el salón, Silva tomó la iniciativa directamente, sin rodeos ni subterfugios.

–Señor Sastre, estamos aquí porque nos han llegado noticias de que conoce a esta persona –le extendió la misma foto que había mostrado al concejal Wic–. Se llama Julio Ortigosa Melero.

–Sí, lo conozco.

–¿Lo ha visto recientemente?

–Se ha marchado de aquí hará unas tres horas. Ha estado viviendo conmigo durante los últimos días...

Méndez se mordió los labios. Carretero no pudo ocultar una sonrisa: estaba claro que la única satisfacción que le podría provocar el caso sería ver fracasar a quienes consideraba que lo habían humillado. Silva, como era habitual en él, se mantuvo imperturbable.

–¿Estaba solo?

–No. Estaba acompañado por un amigo. Se llamaba Mark.

–¿Le dijo su apellido?

–No. No me lo dijo.

–¿Le han dicho a dónde iban?

–No. Tampoco me dijo eso.

–¿Han dejado aquí alguna de sus pertenencias?

–Se han llevado todo. Sólo estaban aquí provisionalmente. Julio me ha dicho que ya tenían un sitio donde alojarse y que no querían molestar más...

–¿Nos puede llevar al dormitorio donde hayan estado?

–Sí, por supuesto.

Fueron a la parte trasera de la casa y les llevó a la pequeña edificación donde Julio y Mark se habían alojado. Sólo había un montón de revistas y papeles pintarrajeados tirados por el suelo.

–Señor Sastre, ¿le comentaron Mark o Julio en qué lío estaban metidos? –dijo Méndez–.

–Algo me insinuó Mark. Pero no demasiado...

–¿Mark? Pero su amigo era Julio, ¿no? –dijo Silva–.

–Sí, veo que está bien informado. Efectivamente, mi amigo era Julio. Pero Julio estaba muy cambiado. Se había vuelto muy reservado... Y, también, muy autoritario... Veía a Mark muy tenso y cohibido. Se le notaba que tenía ganas de hablar con alguien. De desahogarse... No me dio muchos detalles de lo que estaban haciendo... Pero sí me confesó que se había dejado llevar por lo que Julio le había propuesto y que se había dado cuenta demasiado tarde de que se había equivocado...

–Es decir, por lo que me dice –dijo Silva–, Julio es el que lleva la voz cantante...

–Sí, se puede decir que es así.

Silva cruzó su mirada con la de Méndez y la de Carretero. Sin decirse nada, acordaron que poco más podían sacar del compositor. Silva buscó entre los papeles tirados por el cuarto para ver si encontraba algo que les pudiera servir. Pero todo fue inútil.

–¿Sabe en qué coche iban Mark y Julio? –dijo Silva–.

–Julio tuvo la precaución de aparcar siempre lejos de esta casa. No le puedo dar ningún detalle...

–Muchas gracias, señor Sastre. Si Julio vuelve a contactar con usted y le dice algo sobre dónde están, le agradeceríamos que nos llamara y nos lo dijera.

Silva le extendió su tarjeta a Bob. Este mostró una evidente suspicacia. El inspector no tardó en reaccionar.

–Tememos por la vida de Mark. Una llamada suya podría salvarle.

El músico cambió de actitud inmediatamente.

–Si me entero de algo, les avisaré. No duden de ello.

* * *

Méndez y Silva volvieron a la comisaría cansados y desanimados. Carretero seguía navegando por su burlescamente silenciosa indiferencia. Silva se sentó junto a Osorio y Zuloaga. Méndez daba vueltas nerviosamente por la oficina.

–En las escuchas, nada –dijo Osorio–. Creo que sospechan algo... Todas las conversaciones son extrañamente asépticas... Nos hemos fijado en algo. Hay muchos clientes que intentan hablar con José Ángel Esquivias y la secretaria les contesta que está reunido y no puede atenderles... Les dice que le pasará nota para que les devuelva la llamada... Pero José Ángel Esquivias no ha devuelto ninguna de esas llamadas. Puede estar utilizando otro teléfono que no tengamos controlado... O, sencillamente, ha optado por no hacer ninguna llamada para evitar el riesgo de que tengamos las comunicaciones interceptadas...

–¿Cómo han ido los dispositivos de vigilancia? –dijo Silva–.

–Ni en el despacho del bufete ni en la casa de José Luis Ugarte ha habido ningún movimiento relevante –dijo Zuloaga–. José Ángel Esquivias sí que ha visitado una sauna y se ha citado en el bar del Hotel Empire con una chica.

–¿Sabemos de quién se trata?

–Soriano está intentando averiguarlo. Va a aprovechar que allí está la Primera Ministra... Va a alegar cuestiones de seguridad para que le den la información...

–A ver si por ahí conseguimos algo...

–Repito lo que he dicho esta mañana: ha habido una filtración –dijo Méndez–. Si no, es imposible que hubieran reaccionado tan rápidamente...

Méndez clavó su mirada en Carretero. Este ya no prestaba atención a las insinuaciones de su colega y se limitaba a seguir indolentemente los pasos de la investigación, más como un espectador aburrido que como un agente activo de la misma. Para confirmarlo sin dejar lugar a la duda, se levantó de la silla donde estaba sentado y se despidió, de forma seca y áspera, del resto del equipo.

–Bueno, creo que mi trabajo no es necesario por el momento. Es muy tarde y tengo ganas de irme a mi casa. Adiós.

Silva continuó la conversación con Méndez como si no se hubiera producido la interrupción de Carretero.

–Haya habido o no una filtración, tendremos que tomar decisiones –dijo Silva–. Probablemente, la pista Ugarte ha quedado desactivada de cara a obtener resultados inmediatos. La búsqueda de Julio Ortigosa y Mark Cortés no es sencilla. Mañana, además, son las primarias. Los efectivos disponibles van a ser escasos. La prioridad absoluta será garantizar la seguridad de las elecciones. Hasta dentro de cuarenta y ocho horas no podremos tener activados dispositivos reforzados...

–¿Qué propone? –dijo Méndez–.

–En primer lugar, no precipitarnos. Veamos cuáles son los resultados de las vigilancias establecidas. Es demasiado pronto para desanimarse. En segundo lugar, repasemos todos los datos y encontramos hilos de los que poder tirar. Probablemente, pasado mañana haya que hacer uso de ellos. Y, por último, lo más importante. Julio Ortigosa y Mark Cortés están intentando vender la información robada. Cuando pase el jaleo de mañana, será más probable que podamos pillarlos porque podremos incorporar más agentes a investigar y vigilar... Pero eso también lo sabrá Julio Ortigosa.

–¿Qué quiere decir?

–Que es muy probable que para mañana haya acordado alguna transacción.

–Sí, es posible. Tiene su lógica. Pero eso que dice es como buscar una aguja en un pajar... ¿Por dónde empezamos?

–El único comprador que conocemos es José Luis Ugarte. Ugarte no puede ser igual de escurridizo que Julio Ortigosa. Tiene que ser menos hábil... Le falta experiencia para escabullirse de nosotros. Por tanto, si lo localizamos mañana, lo que tendríamos que hacer es no contactar con él. Seguirle con discreción y comprobar si, en algún momento del día, contacta con Julio Ortigosa o Mark Cortés...

Méndez se sentó frente a Silva y empezó a cavilar.

–Tiene razón. Tenemos que pasar órdenes a todos los efectivos para el caso de que detectaran a José Luis Ugarte... Ahora mismo...

Méndez parecía haber salido del ensimismamiento que lo había absorbido para recuperar el buen ánimo que era habitual en él. Empezó a pasar instrucciones a todas las comisarías de la provincia y, a continuación, habló con la capital para informar de los avances de la investigación. De repente, Osorio se levantó de su puesto con un gesto de extrañeza dibujado en su rostro.

—¿Qué le pasa, Osorio? —preguntó Silva—.

—Me ha llamado Soriano, jefe. Ha descubierto la identidad de la chica que estaba hablando con José Ángel Esquivias. Es Eva Soto.

—¿Eva Soto? ¿De qué me suena ese nombre?

—Eva Soto era la amante de Mario Villar... bueno, de Manuel Vega...

—Sí, sí, sí... Ya me acuerdo. ¿Qué puede ser eso? ¿Una casualidad? No creo...

Méndez se había acercado a sus dos compañeros y escuchaba en silencio su conversación. Su entusiasmo parecía haberse apagado de repente.

—Eso es lo que pienso, jefe. Ahí hay algo... Debemos analizar qué podemos hacer. Porque se nos ha abierto una línea de investigación que no esperábamos...

—Tenemos dos alternativas. Que no son excluyentes. O vigilarla a distancia, para ir tanteando de qué va... O interrogarla. Tenemos motivos. Sabemos que ayudó a Mario Villar o Manuel Vega, como queramos llamarlo, en su huida y nunca hemos podido preguntarle sobre su participación en los hechos. Ahí tenemos la excusa perfecta para entrar en contacto con ella... He dicho que no son excluyentes porque, primero, podemos vigilarla y, cuando pasen unos días, cuando sepamos qué terreno pisamos, abordarla y freírla a preguntas...

—Mi opinión es que, de momento, no toquemos ese flanco... —dijo Méndez—.

Silva y Osorio miraron sorprendidos al inspector.

—Si hacemos lo que dicen, corremos el riesgo de espantarla. Y, de paso, de poner sobre aviso a José Ángel Esquivias... No podemos hacerlo...

—Bien, vigilémosla entonces —dijo Silva—. Con discreción... Con todas las cautelas posibles... Vemos si hay algo raro o no en su aparición en este caso... Así, no arriesgamos nada.

—Sigo sin verlo. Lo siento. De momento, no hagamos nada con esa chica. Que ni José Ángel Esquivias ni Eva Soto tengan motivos para pensar que les estamos haciendo un marcaje férreo. Aprovechemos lo que tenemos y dejaremos esa posibilidad para más tarde...

Silva y Osorio no comprendían nada. En la montaña rusa que había sido el día, el moderado optimismo de hacía sólo unos minutos se había visto invadido por una sombra enigmática e inexplicable. El caso volvía a oscurecerse. El laberinto volvía a estar presente delante de ellos.

13

A las seis de la mañana, *La Crónica* llegó a los quioscos. Su titular de primera página era contundente: “Pilar Muro en el disparadero”. El subtítulo no hacía más que meter el dedo en la llaga: “El concejal Antonio Cifuentes, principal apoyo de la Primera Ministra en la provincia, acosado por sospechas de corrupción”. Entre líneas, se adivinaba un mensaje simple pero inequívoco: no se podía votar a Pilar Muro en las primarias que se celebraban ese mismo día. Porque, además, la insinuación que los párrafos iban desgranando era que no era verosímil que Antonio Cifuentes actuara en solitario o sin el conocimiento o el consentimiento tácito de la Primera Ministra. A las seis y media, uno de los miembros del equipo de Pilar Muro llamó a la puerta de la habitación de Eduardo Díaz. Cuando le mostró el periódico, el jefe de gabinete de la Primera Ministra no se inmutó. Leyó con atención la noticia, volvió a leerla y empezó a llamar por teléfono a algunos de los directores de los programas radiofónicos matinales.

–Eduardo, esa es la principal noticia del día... No podemos esconderla o ignorarla...

–No te digo que la escondas, Luis Mario... Digo que des cancha a quienes opinen que esa información carece de base... No utilices tu truco habitual...

–¿Cuál es mi truco habitual?

–Silenciar a quienes tienen una posición que no coincide con la tuya...

–Me sobrevaloras, Eduardo. Y me atribuyes una mentalidad mucho más retorcida de la que tengo en realidad... Aquí, exponemos el estado de la información tal como se presenta cuando estamos haciendo el programa... Sabemos que hay quien no le gusta lo que hacemos... Pero los datos son los datos...

–Insisto: ¿vas a abrir el micrófono a quienes apoyen a Pilar Muro?

–Puedo hacer una cosa mejor: abrir el micrófono a la propia Pilar Muro... En exclusiva para mi programa...

–No me pidas eso. Es muy arriesgado... Si Pilar hace eso, sería dar pábulo a lo que *La Crónica* publica...

–El motivo de la entrevista puede ser la celebración de las primarias. Tratamos la cuestión en mitad de la entrevista y Pilar podrá exponer su punto de vista...

–En media hora te lo digo, tenemos que analizarlo...

* * *

A la una y media de la madrugada, aún no se sabía cómo iba a abrir el principal periódico de la ciudad. Era una noche tranquila y fresca que había apagado el calor que, desde hacía más o menos una semana, había empezado a sofocar las horas del día. El taxi había llegado a la empresa donde trabajaba Cati. José Luis Ugarte pidió al conductor que aguardara unos

minutos ante la puerta del edificio porque esperaba que su visita no se prolongara demasiado. La recepcionista no pudo ocultar su perplejidad ante una llegada tan inesperada a una hora tan inhabitual. A pesar de sus reticencias, llamó a Cati. Esta acudió a la recepción y también estaba asombrada de que José Luis estuviera allí.

–Pero, ¿por qué has venido? ¿Ha sucedido algo?

–Tranquila, Cati, tranquila. No ha sucedido nada. Pero temo que pueda suceder...

–¿De qué estás hablando?

–No me fío de mi socio. He hablado con él esta tarde y...

José Luis Ugarte interrumpió el final de la frase. Se dio cuenta de que era la primera vez que iba a decir en voz alta que había perdido la confianza en José Ángel Esquivias. Era el final de una larga etapa de su vida. Era el triste desenlace de duros años de trabajo. Años que habían desembocado de forma triste en esa madrugada solitaria y desoladora.

–Di lo que tengas que decir. No me ocultes nada.

–Creo que me va a traicionar. Fue él quien me dejó en tu casa. Yo estoy en peligro. Pero tú también.

–¿Y qué quieres que haga?

–Déjalo todo y ven conmigo. Conozco un pequeño hotel en las afueras de la ciudad. Soy cliente habitual... Muchas veces, he concertado reuniones discretas en ese lugar. Allí, estaremos seguros.

Cati se quedó pensativa. Miró a los ojos a José Luis. Al final, realizó un movimiento afirmativo con la cabeza.

–Está bien. Me voy contigo. Pero dame unos minutos. Se va a liar gorda ahí dentro.

Cati llevaba razón. José Luis Ugarte pudo oír claramente los gritos de quien debía de ser el encargado. Sin embargo, diez minutos después, Cati se reunía con él y se cogió de su brazo.

–He dicho que me ha surgido un problema familiar grave.

–¿Se lo han creído?

–Me da igual.

* * *

A las siete de la mañana, Silva ya estaba en la comisaría. Fue llamando a Soriano, Gómez y a Robles para averiguar cómo habían ido los dispositivos de vigilancia. La noche anterior, Esquivias, después de haber abandonado el Hotel Empire, fue al Gran Hotel. Allí dentro, le perdieron la pista y no pudieron averiguar a qué había ido a ese lugar. A las tres de la madrugada, volvió a su casa. Cuando Silva llamó a Soriano, Esquivias no había salido aún para el bufete. Gómez y Robles no pudieron contar nada relevante. Zuloaga había estado toda la

noche pendiente de las escuchas telefónicas. Nada. Silva daba vueltas por su despacho. No sabía qué más se podía hacer. En el momento en que Osorio llegó, se le ocurrió una idea.

—Osorio, tenemos que estar informados de todos los incidentes que se hayan producido en las últimas horas o se produzcan a lo largo del día...

—¿Por qué, jefe?

—Cualquier hecho extraño pudiera estar conectado con lo que nos interesa... Con Julio Ortigosa, con Mark Cortés, con José Luis Ugarte... No tenemos nada mejor que hacer... Cualquier pequeña pista pudiera ser decisiva...

—Me mantendré conectado al sistema central para estar pendiente de todas las incidencias que se vayan produciendo en las comisarías de la ciudad...

—Eso es.

—¿Desde qué hora empiezo a revisar las que ya se han producido?

—Desde las ocho de la tarde de ayer.

—Me pongo manos a la obra, jefe.

Poco después, llegaron Méndez y Carretero. Este, se sentó en su mesa y empezó a leer las noticias en internet. Méndez y Silva salieron fuera para hablar.

—¿Alguna novedad? —dijo Méndez—.

—Ninguna.

—Esto va a ser difícil. Esperemos que alguien cometa un error...

—¿Por qué no quiere que sigamos la pista de Eva Soto?

—De momento, no hablemos de ese tema.

* * *

A las siete y cuarto de la mañana, Pilar Muro estaba desayunando en su habitación del Hotel Empire. Parecía tranquila. Eduardo Díaz permanecía de pie cerca de ella. Estaba pendiente de la respuesta que iba a darle.

—¿Tú qué opinas, Eduardo?

—Tiene sus riesgos. Pero también nos puede dar una oportunidad. Si te entrevistan en ese programa, todos estarán pendientes de lo que digas y ello eclipsará lo que se pueda decir en los restantes programas...

—¿Y si las cosas salen mal? ¿Y si Luis Mario adopta una actitud agresiva? ¿Y si la entrevista sale bien pero, a continuación, él se lanza a atacarme en el programa? ¿Cómo voy a quedar?

–Pilar, después de lo que publica hoy *La Crónica*, la situación ya está bastante complicada. Si te ven dando la cara y lanzándote a la arena en un programa en el que el presentador es un hueso duro de roer, aún hay posibilidades de mejorar los resultados.

Pilar Muro tardó en responder. Cuando acabó de tomarse el café, ya había tomado una decisión.

–Creo que tienes razón. A veces, hay que arriesgarse... Llama a Luis Mario y dile que saldré en antena.

* * *

Claudio Montellano estaba exultante. Leía y releía *La Crónica* siendo consciente de que su victoria en las primarias de ese día estaba mucho más cerca. Pablo Bernal estaba indolentemente distante. A Esteban Miranda le preocupaba que Claudio percibiera la actitud de su jefe de campaña. Cualquier detalle podía echar abajo sus planes. Y no entendía que Pablo no interpretara el papel de colaborador entusiasta hasta que se consumara su ruptura con quien había sido su jefe desde hacía tantos años.

–Esto es el impulso definitivo –dijo Claudio Montellano–. Pilar no se va a recuperar de esta... Mi pronóstico es que nuestra victoria va a ser tan contundente que nos vamos a poner por delante en número de compromisarios... Y estoy seguro de que esa situación se va a mantener hasta que se celebren las primarias en la capital... Y toda la ventaja que podía tener allí Pilar, se evaporará... Y nos lo jugaremos todo a cara o cruz.

–Sí, pienso que será así –dijo Pablo Bernal–. Ha sido una suerte que saliera esta noticia en *La Crónica* justo en este momento... ¿Quién habrá sido quien ha empujado esta información? Porque está claro que hay alguien detrás con unos intereses muy concretos...

–Ya tendremos tiempo de averiguarlo. Ahora, lo importante es hacer sangre con este caso... Pablo, llama a los medios e intenta que destrocen a Pilar... Tenemos que presentarnos como el futuro del Partido Moderado... Hacer arraigar la idea de que apostar por Pilar Muro es apostar por un caballo perdedor...

En ese momento, María Benavides entró en el despacho.

–Van a entrevistar a la Primera Ministra en la radio dentro de media hora...

* * *

José Ángel Esquivias llegó a su despacho a las nueve de la mañana. A esa misma hora, abrían todas las sedes de los partidos para que los votantes a las primarias pudieran acudir a ellas. También a esa hora, Pilar Muro empezaba a ser entrevistada en la radio. El abogado estuvo muy atento a las palabras de la Primera Ministra. Quería detectar señales, indicios, rastros que le dijeran que estaba comprendiendo el mensaje. Pero era un deseo absurdo. Ni él ni Alfonso Sanmiguel se habían puesto en contacto con ella o con alguno de sus colaboradores. Por lo tanto, debía de sentirse confusa y desconcertada, tratando de adivinar de dónde venía el golpe.

–¿Cómo ve las primarias que hoy se celebran, Primera Ministra?

–Soy muy optimista. Podemos presentar como aval el trabajo realizado en los dos últimos años. Hemos abarcado, sin miedo, toda una serie de frentes y hemos realizado gran cantidad de reformas. No dudo de que ello acabará siendo recompensado.

–Sin embargo, muchos ciudadanos no perciben mejoras en su situación económica...

–Lo sé. Y es lo que más me preocupa actualmente. Quiero hacer un esfuerzo importante en comunicar que las medidas adoptadas tardan en dar sus frutos. Y que no podemos retroceder cuando esos frutos están a punto de llegar...

José Ángel Esquivias se estaba impacientando. ¿Por qué el periodista no le preguntaba lo que todos estaban esperando? ¿Por qué no hablaban ya del caso Antonio Cifuentes?

* * *

José Luis Ugarte y Cati llegaron al hotel a las dos y veinte de la madrugada. José Luis habló durante unos diez minutos con el recepcionista. Este mostró cierto recelo hacia las intenciones del abogado pero, finalmente, aceptó registrar únicamente a ella y no a él. Cuando llegaron a la habitación, cayeron dormidos al instante, más por agotamiento mental que por cansancio físico. Sin embargo, a las siete de la mañana, él ya estaba despierto y dando vueltas por el cuarto. Salió al vestíbulo del hotel y consiguió un ejemplar de *La Crónica*. Hizo un enorme esfuerzo por intentar interpretar qué estaba sucediendo. Iban a por la Primera Ministra. Y había que tener en cuenta que *La Crónica* era un periódico que tendía a contemporizar con el poder establecido. Si se atrevía a lanzar un ataque como el que ejecutaba ese mañana en su portada era porque, detrás del mismo, había, a su vez, gente con mucho poder intentando poner en aprietos a Pilar Muro. Esa conclusión le llevó a comprender de forma más clara la encrucijada en que se encontraba. Por un lado, la policía quería contactar con él. El gobierno y en consecuencia, la Primera Ministra, tenía que estar al corriente de la investigación. Por tanto, podían saber (o, incluso, haber consentido) que las fuerzas de seguridad fueran en su busca con el fin de obtener, por ese medio, la información robada del IIB. Por otro lado, estaba el grupo con el que se había aliado su socio. ¿Sería ese grupo el que estaría pasando la información a *La Crónica*? Consideraba que no. En primer lugar, el periódico tendría gran cuidado en no ser correa de transmisión de determinados intereses. Y eso descartaría, en principio, que una organización violenta fuera el origen de la noticia. En segundo lugar, si, a pesar de todo, sí lo fuera, eso demostraría que tendría suficiente influencia directa como para colocar una noticia en la portada de ese periódico y, por tanto, seguro que hubiera encontrado otros medios para que él pudiera esconderse y José Ángel Esquivias no tendría que haber recurrido a una precipitada huida en plena madrugada. Así que tenía que haber otro grupo que estaría maniobrando para derribar a Pilar Muro. Se hizo, entonces, la siguiente pregunta: ¿a quién beneficiaba esa portada en plena jornada de celebración de elecciones primarias? Era evidente que a Claudio Montellano. A la vista de su reflexión, tuvo claro qué tenía que hacer.

Volvió a la habitación. Cati ya se había despertado. Se ducharon y pidieron que les subieran el desayuno al cuarto. José Luis encendió el televisor y empezó a dar vueltas por los distintos

canales. También se podía escuchar la radio a través del aparato. Y comprobó de qué estaban hablando las distintas emisoras. En una de ellas, estaban entrevistando a la Primera Ministra.

–Y que no podemos retroceder cuando esos frutos están a punto de llegar...

–¿Cree que la opinión pública percibe que estamos entrando en un proceso de mejora de la situación? Las encuestas para estas primarias y para las legislativas indican que hay un gran descontento en la ciudadanía y que esta ha perdido la confianza en la clase política... De hecho, para la convocatoria electoral de hoy, usted no es la favorita en su propio partido.

–Luis Mario, déjeme que le diga que ayer estuve durante toda la jornada con los militantes del Partido Moderado en la provincia y estuvieron muy receptivos a mis palabras. Creo que comprendieron mis argumentos y que son los primeros interesados en apoyar una alternativa que no eche por la borda el trabajo de los últimos años... La verdadera encuesta es la de hoy y no las que se han publicado en días anteriores.

–¿No cree que le afectará muy negativamente las informaciones que, en los últimos días, ha publicado *La Crónica* sobre Antonio Cifuentes, su principal apoyo en la provincia?

–Pienso que los militantes son lo suficientemente inteligentes como para saber discernir lo que es una noticia consistente de lo que no es más que un conjunto de rumores insuficientemente contrastados.

–¿Confía usted ciegamente, entonces, en Antonio Cifuentes?

–Para poder poner en cuestión la reputación de alguien, es necesario que un tribunal declare que ha cometido un delito. Eso no lo digo yo. Es uno de los principios por los que se rige el Estado de Derecho.

–Pero, con independencia de lo que los tribunales puedan llegar a decir en el futuro, en esta fase del proceso, muchos entienden que hay que hablar de la credibilidad y responsabilidad políticas del concejal...

–Sin pruebas fehacientes, es difícil que podamos seguir hablando del tema. Ayer, hablé con Antonio y me dijo que, a partir de mañana, cuando haya pasado la vorágine electoral que hay en la provincia, dará todas las explicaciones oportunas sobre la cuestión.

–¿Reconoce entonces que Antonio Cifuentes debe dar explicaciones?¿Y que deben ser explicaciones convincentes?

–Un político está siempre obligado a dar explicaciones convincentes...

José Luis Ugarte, conforme avanzaba la entrevista, vio aún más claro qué debía hacer.

* * *

–Le están dando de firme –dijo Méndez–.

–No sé qué pasará al final –dijo Silva– pero hoy Pilar Muro va a sufrir una escabechina importante... Claudio Montellano le va a ganar con diferencia...

–Posiblemente lo que voy a decir no tenga nada que ver con la investigación en sí misma, pero esta historia del concejal Cifuentes supone una complicación importante...

–¿Por qué?

–Si lo que se ha publicado no tiene nada que ver con el caso IIB, ello significa que hay alguien más moviéndose entre bambalinas...

–¿Y?

–Que desconocemos sus motivos, que no sabemos cuáles son sus intenciones ni sus objetivos, que es muy pronto para prever qué tipo de presión van a realizar...

–¿Qué me está queriendo decir?¿Que van a exigir silenciar los resultados de nuestra investigación a cambio de dejar de atacar a la Primera Ministra?

–Hágase a la idea de que puede ser que sea así...

* * *

Eduardo Díaz no dejaba de mirar su reloj del mismo modo que el entrenador de un boxeador mide el tiempo para que acabe el asalto cuando a su pupilo le están dando una paliza. Faltaban cinco minutos de entrevista y las preguntas seguían insistiendo en el mismo tema como si un perro hubiera mordido un hueso y no lo quisiera soltar.

–Un político está siempre obligado a dar explicaciones convincentes...

–Con eso, está reconociendo que Antonio Cifuentes no las ha dado aún, ¿no?

–No ha tenido tiempo de darlas. Pero no dude que lo hará.

–¿Y no cree que hubiera sido más inteligente haber dado ya las explicaciones oportunas para que los militantes pudieran votar hoy con pleno conocimiento de causa?

–El tema del que me habla no está realmente relacionado con lo que se dilucida hoy... Es una cuestión local que tiene su propio cauce de resolución...

–Pero, Primera Ministra, el diario *La Crónica*, en el día de hoy, apunta a la cuestión de fondo. El concejal Antonio Cifuentes es su principal apoyo en la provincia y, por tanto, cuando él es cuestionado, es cuestionada usted misma.

–No sé si Antonio Cifuentes está siendo cuestionado o no por la información de *La Crónica* o si yo misma lo soy, es algo que son los electores quienes deben juzgar...

–Sí, eso es siempre así en una democracia. Pero la dirección de un partido político tiene la obligación de anticiparse a las situaciones...

–Luis Mario, le aseguro que, en la actual dirección del Partido Moderado, anticipamos todas las situaciones pensando en el interés de la nación y de la ciudadanía...

–Muy bien, Primera Ministra. Sabemos que hoy está muy ocupada y le volvemos a dar las gracias por el tiempo que nos ha dedicado y por sus intentos de explicar su posición en relación al peliagudo caso Cifuentes. Le deseo mucha suerte para hoy.

–Muchas gracias, Luis Mario.

Pilar Muro pulsó el botón para poner fin a la llamada y, a continuación, con suma frialdad, arrojó con fuerza el móvil contra el suelo. Uno de sus colaboradores, lo recogió solícitamente e intentó unir todas las piezas que habían quedado caóticamente desparramadas.

–Ha salido fatal.

–No veamos el vaso medio vacío, Pilar –dijo Eduardo Díaz–. Has dado la cara y has aguantado el chaparrón... Esas cosas se valoran. Si hubieras permanecido escondida en la madriguera, eso te hubiera costado muchos votos. Puedes ganar o no, pero con esta entrevista has conseguido que unos cuantos echen tu papeleta en las urnas...

–¿Y a este Luis Mario lo considerábamos amigo?

–Como mínimo, no es uno de nuestros enemigos...

–Pues bien que lo ha disimulado hoy...

–No le echemos la culpa a él. La responsabilidad es de *La Crónica*... Lo que ha hecho hoy es inadmisibile... En plena jornada electoral... Tenemos que indagar y ver de qué van en ese periódico.

–De momento, hay que reducirle la publicidad institucional a su mínima expresión... Y hacerles el vacío todo lo que podamos... A partir de este momento, la máxima prioridad es averiguar quién está detrás de esta maniobra...

* * *

–¿Qué piensas hacer? –preguntó Cati–.

–Necesito buscar un aliado. Y he decidido que ese aliado sea Claudio Montellano... Hoy, voy a ir a su cuartel general y le voy a proponer un acuerdo...

–¿Te fías de él?

–Ya no me fío de nadie. Sólo me fío de lo que puedo ofrecer y de lo que me pueden dar... Esos van a ser los términos en los que me voy a mover...

–No sé. No sé en qué líos andas... Si supiera cuales son, probablemente tampoco los comprendería... Dices que no te fías de nadie. Yo sí me fío de ti...

–No te sientas aludida. Cuando te he dicho que no me fiaba de nadie, quería decir que no me fiaba de nadie del que ha sido mi mundo...

–Creo que, ahora mismo, ya no sabes cuál es tu mundo

* * *

Claudio Montellano apagó la radio. Con la mirada, preguntó a Pablo Bernal, Esteban Miranda y María Benavides. Pero ninguno de ellos habló.

–Pero, bueno, ¿qué les ha pasado? ¿Se les ha comido la lengua el gato?

–Está claro que han acorralado a la Primera Ministra –dijo Esteban Miranda–. Y no ha sabido dar una respuesta satisfactoria... Esta entrevista nos va a dar muchos votos...

Pablo Bernal negó con la cabeza.

–La han acorralado y ha resistido. En pleno ataque, ha saltado al campo de batalla y ha dado la cara. Con lo que Pilar Muro ha hecho, ha frenado la sangría de votos que habrá sufrido con las dos portadas de *La Crónica*... Ha sido una maniobra de minimización de daños... Arriesgada pero inevitable si no quería sufrir hoy una derrota descomunal. De todas formas, no te preocupes, Claudio: estas primarias las has ganado ya.

A Claudio Montellano se le veía satisfecho pero nervioso.

–¿Tú crees, Pablo?

–Por supuesto. No hay manera de contrarrestar la información sobre Antonio Cifuentes...

–No te veo entusiasmado.

–Sabes que siempre soy prudente. Y que no me gusta cantar victoria hasta el final...

–A lo mejor, podemos cantar victoria mucho antes...

Pablo Bernal, Esteban Miranda y María Benavides se miraron sorprendidos y sin saber a qué se refería su jefe.

–¿Por qué dices eso, Claudio? –dijo Pablo Bernal–.

–Ya lo sabréis esta noche si ganamos las primarias –respondió, con aire enigmático, Claudio Montellano–.

Pablo Bernal tuvo la inmediata intuición de que sus todos sus planes se iban a venir abajo.

14

La jornada transcurría con absoluta calma. Méndez, Silva y Carretero contemplaron a través de la televisión cómo Pilar Muro, Claudio Montellano, Ernesto Páramo y Carmen Seco visitaban distintas localidades de la provincia e intentaban dar un último impulso a sus candidaturas. Fernando Ríos del Partido Renovador e Isabel Hierro de Alternativa también estaban de campaña pero en sus respectivos partidos no tenían oponentes de fuste por lo que no existían

dudas sobre su victoria en las primarias. En las dos principales fuerzas políticas del país, la incertidumbre era elevada. Según quien venciera, el gobierno del país podía adoptar rumbos radicalmente diferentes. El seguimiento en los medios de comunicación era intenso. Pero no sucedía nada relevante. Y los tres inspectores estaban como aletargados en una espera infinita que no conducía a ninguna parte. Silva estaba revisando todas las denuncias e incidentes que le estaba pasando Osorio y tampoco encontraba nada que le llamara la atención. Las escuchas seguían siendo infructuosas. Los dispositivos de vigilancia no estaban dando ningún resultado.

No fue hasta las tres y media de la tarde, después del almuerzo, cuando Silva leyó una denuncia que le pareció sospechosa que se había tramitado en la Comisaría Este.

—Osorio, ¿ha visto esto?

—Sí, jefe. Un hecho extraño...

—A ver, resúmame...

—A las seis y media de la mañana, un vecino que salía de su casa en la calle del Mar para ir a trabajar, vio que la puerta de la vivienda de al lado estaba abierta... Se acercó y comprobó que la cerradura estaba forzada... Se asomó al interior y vio que había un gran desorden... Su vecina, Catalina Romero Martín, de cuarenta y dos años, no estaba allí... Entonces, él llamó a la policía. La propietaria de la casa forzada trabaja en un *call-center* ubicado en el Parque Empresarial Futurtec... Dos compañeros de la Comisaría Este se acercaron hasta su lugar de trabajo para avisarla de lo que había sucedido... Pero la noche anterior, alguien había ido a buscarla y se fue alegando que un familiar estaba gravemente enfermo...

—¿Alguien? ¿Quién?

—Un hombre...

—¿Joven? ¿Mayor?

—Entre cuarenta y cincuenta años...

—¿Quién lleva el caso?

—El inspector Mendizábal...

Silva llamó inmediatamente al responsable de la investigación y le pidió ir con él a la empresa para indagar con más profundidad en los hechos. A las cinco y media de la tarde, los cuatro inspectores estaban allí y sembraron el lógico recelo en quien estaba de encargado en esos momentos, que empezó a entrever que, lo que parecía un rutinario problema laboral, encerraba una enjundia que no acabó de sospechar en un principio.

—Ya se lo dije a su compañero esta mañana. Vino ese hombre, preguntó por ella, hablaron e, inmediatamente, Cati me dijo que había surgido un problema familiar grave y que se tenía que marchar...

—¿Cati? ¿La llaman Cati? —dijo Silva—.

–Sí, Cati. Nosotros no sabemos nada más de todo esto...

–Ya, ya, lo entiendo... He visto que tienen cámaras en la puerta de entrada y en la recepción... ¿Podríamos ver las imágenes?

–Sí, por supuesto –dijo el encargado de muy mala gana–.

Veinte minutos después, estaban contemplando el suceso que les había llevado allí. Un taxi llegaba a altas horas de la madrugada. Un hombre con una bolsa de viaje se bajaba de él. Llegaba a recepción y tenían lugar los acontecimientos tal como habían sido narrados por el encargado. En un momento dado, Silva mandó parar las imágenes.

–Fíjense en este hombre –dijo a Méndez y Carretero–. Fíjense atentamente. Porque es José Luis Ugarte.

Efectivamente, se trataba de él. Silva ordenó que las imágenes siguieran pasando. Finalmente, el abogado y la mujer abandonaban el edificio donde se ubicaba la empresa y se subían al mismo taxi en el que el primero había llegado.

–Nos tenemos que llevar la grabación –dijo Silva–. Estamos realizando una investigación y es sumamente importante que las tengamos en nuestro poder...

Tomás Silva ya había anotado el número de taxi y, desde el mismo vehículo policial, dio instrucciones para localizar al conductor y que se presentara en la comisaría.

–Muchas gracias, Mendizábal. Te debo una...

–De nada, Silva. Ni me imaginé de qué podía ir todo esto... Si lo hubiera sabido, te hubiera avisado sobre la marcha...

–No te preocupes. Ni nosotros mismos sabemos de qué va exactamente este lío...

* * *

De vuelta a la comisaría, recibieron el aviso de que el taxista había sido encontrado y que iba de camino.

–Esto ha sido un auténtico golpe de suerte –dijo Méndez–. Tenía usted razón, Silva... Este era un buen día para que todos estos individuos se movieran... Y también en que José Luis Ugarte era más torpe que Julio Ortigosa...

–Eso lo veremos ahora. Si quería marcharse de la ciudad, ha tenido tiempo de poner tierra de por medio...

–Pero, ¿qué es lo que ha sucedido exactamente? Creo que me he perdido...

–Creo que José Luis Ugarte se refugió en casa de Catalina Romero Martín. Pero, no sabemos cómo, empezó a temer que alguien fuera a cazarlo allí... Indudablemente, pensó, o, quizás, conocía con total certeza, que se trataba de gente peligrosa... Y fue hasta el Parque Empresarial Futurtec para advertir a Cati y marcharse con ella a un lugar seguro... Ello significaría que tenemos a una facción violenta implicada en todo este asunto...

A las siete y cuarto de la tarde, el taxista ya estaba en el despacho del inspector Silva. Llegó visiblemente nervioso. Y cuando se vio rodeado por los tres inspectores, su nerviosismo no hizo sino aumentar.

–Tranquilícese, que no tiene que preocuparse de nada –dijo Silva–. Sólo le queríamos preguntar por un trayecto que hizo usted ayer por la madrugada. Fue hasta el Parque Empresarial Futurtec...

–Sí, me acuerdo muy bien...

–Estuvo allí unos veinticinco minutos y, después, la persona a la que usted había llevado hasta ese lugar volvió a subirse a su taxi con una acompañante... ¿Dónde los trasladó?

–Al Hotel El Pantano...

–Eso es lo que necesitábamos saber... Puede marcharse cuando quiera... Muchas gracias por su colaboración.

Mientras el taxista se iba, dando un suspiro de alivio, Silva empezó a prepararse para ir junto a Méndez y Carretero hasta el lugar donde podía estar escondido José Luis Ugarte. Pero Osorio interrumpió con sus palabras todos los preparativos que se habían iniciado.

–Jefe, hay novedades en las escuchas. José Ángel Esquivias ha mantenido una conversación que pienso que debemos analizar muy detenidamente...

15

José Luis Ugarte le explicó a Cati qué tenía planeado hacer. Lo tenía perfectamente pensado, de modo que a las seis y media pidió un taxi y le ordenó que lo llevara hasta el hotel donde estaba ubicada la sede de la candidatura de Claudio Montellano. Era su único aliado posible y no iba a desaprovechar la oportunidad que se le presentaba. A las siete de la tarde, ya estaba en un vestíbulo tenso, ruidoso y abarrotado, que empezaba a vislumbrar la posible derrota de la Primera Ministra y en el que el trasiego de rumores invadía hasta la más minúscula partícula de aire. Conocía a muchos de los que allí estaban. Intercambió saludos fríos y meramente protocolarios, atravesados por la extrañeza de sus interlocutores al verlo con ropa informal y llevando una bolsa de viaje. Buscaba encontrar a alguien que (sin tener que identificarse ante los policías que controlaban el acceso a las salas de reuniones y al salón de actos) lo condujera directamente al candidato o, como mínimo, a su segundo, Pablo Bernal. No acababan de convencerle ninguno de los que estaban allí: mucha arrogancia y escasa influencia real... De repente, vio que llegaba al hotel el concejal de Urbanismo, Miguel Ángel Wic. Dejó que conversara con algunos de los asistentes y, con discreción, se fue aproximando a él.

–Pero, José Luis, no te esperaba aquí... Me habían llegado noticias que me habían preocupado...

–No te creas todo lo que dicen, Miguel Ángel. Esta es una época en la que las habladurías están haciendo su agosto pero suelen ser mentira la mayoría de las veces...

Miguel Ángel Wic miraba desconfiado pero José Luis Ugarte era un personaje lo suficientemente importante para la estructura del partido como para tener sumo cuidado en que no tuviera ni la más leve sensación de menosprecio.

–Tienes razón. Se dicen y se escuchan muchas tonterías... Hay buen ambiente por aquí, ¿no? Yo he venido a dar una vuelta... Después, quiero ir al Empire a estar con la Primera Ministra... Vamos a ver... La cosa pinta mal para Pilar. Me parece que tenemos que empezar a transmitir a la opinión pública que Claudio no está solo en su proyecto... Que muchos estaríamos dispuestos a aceptar, en su caso, la decisión de la militancia y a apoyarle para que pueda poner en práctica su programa si opta, al final, al puesto de Primer Ministro... Por eso estoy aquí... Para que Claudio vea que todos somos unos demócratas que aceptamos las reglas del juego...

–¿Crees que vas a poder ver a Claudio?

–No lo sé. Voy a intentarlo. Al menos con Pablo creo que sí podré hablar...

–¿Me podrías hacer un favor, Miguel Ángel?

–Tú dirás, José Luis...

–Necesito que me lleves ante Pablo o ante Claudio...

–Bueno, pero para eso no me necesitas a mí... Si das tu nombre a los policías que controlan el acceso, seguro que les van a dar autorización y te dejan pasar sin problema...

–Es que no quiero que esos policías me identifiquen...

Miguel Ángel Wic empezó a tener dudas sobre qué debía hacer. Su dilema se movía entre los extremos de la precaución y la oportunidad. José Luis imaginó que, a gran velocidad, el concejal estaba haciendo cálculos mentales en relación a sus temores por colaborar con él en una maniobra poco clara pero sopesando, a la vez, el horizonte que se le abría de lograr apuntarse un tanto frente a quienes podían acabar siendo los líderes del partido. Al final, su ambición y su instinto de supervivencia pesaron más que cualquier tipo de cautela.

–Está bien. Conozco otro lugar por el que se puede llegar hasta Claudio y Pablo... Acompáñame...

Se alejaron del vestíbulo y subieron unas escaleras que parecían estar en la parte de atrás del hotel. Terminaron haciendo un largo recorrido por pasillos solitarios y desangelados.

–Por aquí, acabamos llegando a la sala de reuniones que ha reservado la dirección local del partido para seguir los resultados. El acceso está controlado por seguridad privada. Desde esa sala, podrás acceder sin problema a donde Claudio ha montado la oficina de campaña...

–Gracias, Miguel Ángel.

–¿Eres consciente de que estoy corriendo un riesgo importante llevándote hasta allí...?

Se trataba, obviamente, de cuantificar la magnitud de la deuda. Ya llegaría, en su momento, la ineludible exigencia de saldarla. Ahora mismo, sólo cabía ejecutar el plan ideado. No había otra opción.

–Sé que te debo una, Miguel Ángel. No dudes que te compensaré debidamente...

Llegaron a la puerta donde, efectivamente, había dos vigilantes con uniforme de una compañía privada de seguridad. Miguel Ángel Wic se limitó a emitir un breve saludo y traspasar sin titubeos la puerta que conducía a un caos precariamente organizado cuyo fin era ir recopilando los datos que iban siendo transmitidos desde las distintas sedes del partido en la provincia.

–Desde esa puerta, llegarás a un pasillo que comunica todas las salas de reuniones del hotel. En la del fondo a la derecha, es donde está todo el equipo de Claudio Montellano.

–Perfecto. Cuando acabe todo este lío, tengo que llamarte e invitarte a una buena cena...

–Cuando quieras, Miguel Ángel. Siempre a tu disposición...

José Luis Ugarte hizo lo que el concejal le había indicado. Giró su vista a la derecha y allí estaba el pasillo al que sólo se podía acceder superando la vigilancia policial. A continuación, miró a su izquierda y vio la que debía de ser la puerta de la que Miguel Ángel le había hablado. Le bastaron unos pocos pasos para estar frente a ella y abrirla con decisión, consciente de que ello podía significar el inicio del fin de sus problemas. Otro caos similar al anterior apareció ante sus ojos. No sabía a quién debía dirigirse para poder hablar con Claudio Montellano o Pablo Bernal. Así que se acercó a una de las pocas personas que no estaba manteniendo una conversación telefónica en ese momento: un chico joven que parecía bastante desorientado en medio de ese maremágnum.

–Buenas noches. Me llamo José Luis Ugarte. Me gustaría hablar con Claudio Montellano. Si le dice que estoy aquí, no tendrá problema en recibirme.

El joven no sabía muy bien qué hacer. Su respuesta pareció ser la consigna que le habían ordenado repetir mecánicamente ante una circunstancia de ese tipo.

–Lo siento mucho. El candidato no desea hablar con nadie hasta que no conozca los resultados y pronuncie su discurso ante el público y los medios de comunicación... Lo siento mucho. Son instrucciones tajantes.

–¿Y con Pablo Bernal? ¿Puedo hablar con él?

El joven volvió a dudar. Pero en esta ocasión cedió a los deseos del pertinaz visitante.

–Un momento. ¿Cómo ha dicho que se llama?

* * *

Pablo Bernal estaba inquieto. Y lo paradójico era que su inquietud no nacía de la incertidumbre de los resultados electorales. A él le daban igual esos resultados. En pocos días, iba a estallar la gran noticia: iba a abandonar la candidatura de Claudio Montellano y, con el apoyo del

anterior Primer Ministro Carlos Peña, iba a constituir su propia alternativa. Hasta unas horas antes, ese era el plan. Pero las palabras de Claudio habían sembrado una lacerante duda en su interior. Porque Claudio nunca hablaba de forma gratuita. Ni solía ir de farol ni se pavoneaba con éxitos fingidos. Tenía un as en la manga y él no sabía cuál podía ser. Sus pensamientos fueron interrumpidos por uno de los miembros más jóvenes de su equipo, que venía a su despacho a anunciarle una visita.

—¿José Luis Ugarte?

—Sí. Me ha dicho que tanto Claudio como tú le conocéis...

—Sé quién es. Pero no sé qué puede querer en este momento... Dile que pase.

Dos minutos después, José Luis Ugarte estaba frente a él. Le sorprendió su aspecto. Le pareció que su ropa informal no casaba demasiado bien con el carácter del abogado, que tendía a ser excesivamente rígido y atildado.

—Si le soy sincero, nunca esperamos ninguna visita mientras estamos en campaña. Supongo que es por la sensación de provisionalidad en la que estamos... Fíjese como está hecho este espacio: con mamparas de quita y pon... No me hago a la idea de que pueda ser un lugar para recibir a nadie...

—A veces, las circunstancias obligan.

—¿Qué circunstancias son esas? ¿Por qué quiere vernos?

—Usted sabe cuál es mi cometido en relación a los dirigentes y cargos de este partido...

—Sí. No hace falta que perdamos el tiempo hablando sobre ello...

—En virtud de mis funciones, me acabo enterando de cosas que pasan desapercibidas para el común de los mortales...

Pablo Bernal guardó silencio.

—Una de esas cosas que ha acabado llegando a mis oídos ha sido el robo de información en el IIB.

Pablo Bernal enarcó las cejas inconscientemente. Enseguida, se puso alerta.

—Perdone, el robo... ¿de qué ha dicho?

—Señor Bernal, comprendo que usted no se quiera fiar tan pronto de mis intenciones... Pero le aseguro que no me voy a creer que no sabe nada del caso IIB. De todos modos, no se preocupe. No vengo a sacarle lo que sabe. No vengo a tenderle una trampa. He venido para ofrecerles mi ayuda.

—¿Por qué íbamos a necesitar su ayuda?

—Claudio Montellano necesitará ayuda. Todo político que se convierte en un *outsider* la necesita. Yo también necesito que alguien me eche una mano. Estoy en problemas y no sé

cómo puedo acabar. Nos podemos ayudar mutuamente. Porque compartimos el mismo enemigo. Más bien, la misma enemiga.

—¿La misma enemiga?

—Sí. Pilar Muro.

—¿Por qué Pilar Muro es su enemiga?

—He llegado a un acuerdo para comprar la información extraída del IIB. Muchos de mis clientes aparecen en ella y, lógicamente, no quieren que sus datos estén dando vueltas por ahí... Pilar Muro también quiere conseguirla y ha lanzado a la policía contra mí. Como tiene a su disposición todos los medios legales, los utiliza para evitar el empleo de maniobras dudosas, maniobras que no serían las apropiadas de una Primera Ministra como Dios manda... Pero, aparte de Pilar Muro, de cuya presión podría zafarme sin excesiva dificultad, me ha surgido otro frente inesperado... Mi socio había formado otra alianza para obtener esa información tan codiciada. Y mi estrategia interfirió en sus planes. Y eso ha cabreado a gente que no es muy agradable cuando se cabrea... En definitiva, me veo en una situación muy comprometida...

—Aún no me ha dicho qué podríamos hacer por usted...

—Es usted duro, señor Bernal. Mire, lo que pretendo es muy fácil de explicar. La pugna por la candidatura del Partido Moderado está entre Pilar Muro y Claudio Montellano. Pilar Muro está frente a mí. Claudio Montellano no está aún en ningún lado. Les ofrezco un pacto. Esta noche, a las diez, a las afueras de la ciudad, tengo una cita con la persona que me va a proporcionar la información que todos deseamos... A cambio, he acordado con él entregarle la cantidad de dinero que he logrado reunir. Y que pongo a su disposición...

José Luis Ugarte colocó la bolsa de viaje sobre la mesa de Pablo Bernal. Hizo ese movimiento con fuerza, con contundencia, haciendo que todo el peso del contenido resonara de modo tajante e inequívoco.

—La policía está detrás de mí. Por lo que no tengo mucha capacidad de moverme con libertad. Si acudo a la cita, corro el riesgo de que me detengan y que todo el plan se venga abajo. Pero si ustedes envían a alguien, no habrá ningún peligro. Cuando tengan los datos, dispondrán de un arma valiosísima para superar los últimos escollos en su camino hacia el poder... Podrán destrozarse a sus adversarios internos y a sus adversarios externos... Porque miembros prominentes del Partido del Progreso, incluidos Francisco Arenas, Andrés Estepa y Ernesto Páramo, aparecen allí... Se quedarán sin oponentes peligrosos... A cambio, pido su protección... Tanto usted como Claudio Montellano han estado en el Ministerio del Interior... Por tanto, conocen perfectamente qué tienen que hacer para ponerme a buen recaudo... ¿Me he explicado con claridad?

Pablo Bernal consideró lo que acababa de suceder como un regalo del destino. Evidentemente, José Luis Ugarte no sabía que él iba a traicionar la confianza de su jefe. Por tanto, pensaba que estaba confiándose a un servidor abnegado y fiel. Pero las circunstancias eran otras muy diferentes. Lo que el abogado le había dicho le iba a servir para dar el tiro de gracia a Claudio Montellano. Allí, sobre su mesa, estaba el dinero que necesitaba para cerrar la transacción que

se les había resistido. Y esa transacción no iba a tener como resultado que Claudio Montellano recibiera el poder en bandeja de plata sino, más bien, para que, en bandeja de plata similar, su cabeza se le entregara a Pablo Bernal para que este ocupara un lugar que, en principio, no le estaba destinado. El as en la manga no le iba a servir de nada a Claudio Montellano. Le daba igual lo que dijera Carlos Peña. Se le había presentado, de repente, una oportunidad de oro y no la iba a desaprovechar.

–Sí, señor Ugarte, se ha explicado con perfecta claridad.

–¿Y qué me dice al respecto?

Pablo Bernal detectó la desesperación en el rostro de José Luis Ugarte. En cambio, supo ocultar razonablemente bien su propia desesperación, su propia ansia por acelerar plazos y quemar etapas.

–Que hay trato. A partir de este momento, está bajo nuestra protección. Nos va a decir dónde es la cita y enviaré a dos personas de confianza para que usted no se arriesgue innecesariamente. Le voy a buscar habitación en este hotel. No habrá problema en conseguirle alojamiento...

–Necesitaría que trajeran aquí a una mujer... Estaba con ella en el Hotel El Pantano...

–No se preocupe. Iremos a por ella.

–Señor Bernal, espero que sea consciente de lo que estoy haciendo: estoy poniendo mi vida en sus manos.

Lo que José Luis Ugarte no sospechaba era que Pablo Bernal también estaba poniendo su propia vida en las manos de él.

* * *

Estaban Miranda y María Benavides acudieron al despacho de Pablo Bernal. Esperaban mantener una conversación sobre los primeros datos del recuento. Y, de hecho, esa fue la cuestión que surgió como erupción de un volcán en los momentos iniciales de la reunión.

–Las encuestas dicen que Claudio va a obtener un sesenta por ciento de los votos –dijo María Benavides–. La victoria es en todos los distritos sin excepción. En algunos, llega a alcanzar un porcentaje del ochenta por ciento...

–Tuviste razón en lo que dijiste esta mañana –dijo Esteban Miranda–. Con la entrevista radiofónica, Pilar Muro ha logrado frenar la sangría de votos... Cuando leí *La Crónica* al levantarme, pensé que el porcentaje iba a ser de ochenta-veinte...

–Chicos, os tengo que decir que no os he hecho llamar para hablar de estas elecciones primarias –dijo Pablo Bernal–. De cualquier forma, en unos días poco le importará a nadie lo que hoy vaya a pasar... ¿Veis esa bolsa de viaje que tengo sobre mi mesa? Ahí está el dinero con el que vamos a comprar la información del IIB...

Esteban y María estaban estupefactos. Ambos callaron y esperaron que Pablo les aclarara qué había sucedido para que se hubiera podido producir un giro tan imprevisible de los acontecimientos.

–Entiendo que estáis dispuestos a acudir a la cita concertada y realizar el intercambio, ¿no?

–Sí, claro –dijo María Benavides–. Pero, ¿qué ha sucedido?¿Cómo nos hemos hecho con ese dinero?¿En nombre de quién vamos a hacer la compra?¿En el nuestro o en el de Claudio?

–Lo vamos a hacer en el nuestro. Pero eso no se lo podéis decir al tipo con el que vais a encontraros. Tenéis que decirle que acudís en representación de Claudio Montellano y de José Luis Ugarte...

–¿De quién has dicho...? –dijo Esteban Miranda–.

–De José Luis Ugarte. Es un abogado muy vinculado al partido que ha venido aquí esta noche a ofrecerme un trato... Bueno, en realidad a Claudio Montellano... Pero eso ya no importa. Esta noche, tendremos la pieza que nos hace falta para completar nuestra estrategia. De aquí a pasado mañana, abandonaremos la candidatura de Claudio, nos apoyará Carlos Peña y, lo más importante, tendremos las pruebas que acreditarán la corrupción de todos los dirigentes que vamos a mandar a la jubilación... La partida es nuestra.

16

–José Ángel Esquivias acaba de llamar a un móvil desconocido –dijo Osorio–. Escuchen lo que ha dicho...

Empezaron a oír la grabación: una conversación pausada, serena, ajena a la tensión con la que habían vivido toda la jornada.

» –No tengo mucho tiempo para hablar. A las diez de la noche, José Luis Ugarte se va a reunir con los autores del robo de información en el IIB. El encuentro tendrá lugar en los aparcamientos del Estadio Metropolitano. Les va a hacer entrega del dinero y ellos le darán los datos. Después de eso, todo cambia. Deberemos rectificar nuestros planes... Tendremos que hablar largo y tendido. Pero creo que lograremos encarrilar la situación... Adiós, buenas noches.

Los policías se miraron extrañados.

–¿Dos golpes de suerte en el mismo día? –dijo Méndez–. ¿Cómo es esto posible?

–Yo pienso que no es ningún golpe de suerte –dijo Osorio–. Esto es una trampa...

–¿Por qué una trampa?

–A lo largo de dos días, José Ángel Esquivias sólo se ha dedicado a mantener conversaciones banales sobre temas intrascendentes. Y, ahora, de repente, suelta esto... No tiene lógica... Esto puede ser una maniobra de distracción o pretenden llevarnos a una encerrona...

–Osorio, puede ser que lleve razón –dijo Silva–. Pero tenemos que estar a las diez en los aparcamientos del campo de fútbol de todas formas... Es una pista y no la podemos dejar escapar... Estando en guardia, no debería sucedernos nada grave...

–Pero, al mismo tiempo, tenemos que ir al Hotel El Pantano... –dijo Méndez–.

–A ver, –dijo Silva–, hagamos lo siguiente: las agentes Robles y Salvador podrían dejar la vigilancia en las oficinas del bufete... No se van a arriesgar a hacer algo allí. Usted, Carretero y Salvador, junto a los refuerzos que consigamos, van al estadio de fútbol... Robles y yo vamos al Hotel El Pantano... No creo que Ugarte y Catalina Romero supongan ningún peligro... Digo más: es mejor que sólo vayamos dos policías... No se sentirán coaccionados y será más fácil convencerles para que colaboren con nosotros...

–¿Sólo ustedes dos van a ir hasta el hotel? –dijo Méndez–. No me convence... Sí, tiene razón, no parece que haya mucho peligro... Pero nunca podemos estar seguros del todo...

–En principio, lo que van a hacer ustedes supone una operación más incierta... No sabemos cómo va a reaccionar Julio Ortigosa... No sabemos si va a ir solo o acompañado por gente peligrosa... Todos los refuerzos posibles tienen que ir con ustedes...

–Yo creo que Silva tiene razón –dijo Carretero–. Lo que propone es lo más acertado que podemos hacer en este momento... No tiene sentido, además, que vayamos con un montón de efectivos al Hotel El Pantano. No tenemos nada contra José Luis Ugarte. No hay cargos ni acusaciones contra él... Lo único que podemos hacer es realizarle unas cuantas preguntas y persuadirle para que nos ayude... Para eso, Silva y Robles pueden bastar...

–De acuerdo –dijo Méndez–. No estoy del todo convencido pero no tenemos muchas más opciones en este momento... Llamemos a Robles y Salvador y digámosles que dejen la vigilancia y vengán aquí...

Silva se dirigió a su mesa y abrió al azar el libro de poemas que guardaba en uno de sus cajones. Leyó en voz alta los versos que figuraban al principio de la página:

– “... dándonos el valor de llegar a la noche;/ a través de la nieve, la tormenta y la escarcha,/ es la vibrante luz de nuestro oscuro horizonte;/ es el famoso albergue del que nos habla el libro,/ donde podemos comer, descansar y dormir...”. Bueno, esto es esperanzador. Parece ser que nos espera un albergue al final de esta noche... Ojalá sea verdad.

A las nueve de la noche, todo estaba preparado. Robles y Salvador habían regresado para incorporarse a cada una de las dos misiones. Seis agentes se habían unido a Méndez y Carretero para dirigirse a los aparcamientos del Estadio Metropolitano.

–Les deseo suerte –dijo Silva a Méndez–.

–Yo también se la deseo. Quizás, ustedes la necesitan más. Convencer a ese abogado para que nos ayude no va a ser fácil. Bueno, nos vamos... Permanezcamos en contacto todo el tiempo que podamos... Tenemos que estar al tanto de lo que está ocurriendo...

Méndez y el resto del equipo se subieron a los vehículos y salieron en dirección al estadio. Tomás Silva se subió a su coche, en el que ya estaba Carla Robles.

–Tomás, ¿qué crees que nos vamos a encontrar en ese hotel?

–La respuesta es simple, Carla: nada de lo que podamos esperar...

17

A las nueve de la noche, Esteban Miranda y María Benavides abandonaron el hotel con destino a la cita que había preparado José Luis Ugarte. Este ya estaba descansando en una de las habitaciones, ajeno al inmenso ajeteo que había empezado a entrar en hirviente ebullición. Pablo Bernal, frente a su ordenador portátil, contemplaba los resultados previstos por las primeras encuestas y los obtenidos a partir del recuento de las primeras papeletas escrutadas. Claudio Montellano seguía siendo el favorito en el Partido Moderado frente a Pilar Muro: sesenta por ciento frente a cuarenta por ciento. En el Partido del Progreso, la pugna estaba más reñida: Ernesto Páramo podía haber logrado entre el cincuenta y uno y el cincuenta y tres por ciento frente al cuarenta y nueve o cuarenta y siete por ciento de Carmen Seco. Pablo Bernal apagó su portátil. Allí, no iba a ver el destino que le esperaba a él mismo y al país. Todo iba a cambiar en breve. Los acontecimientos venideros iban a significar un borrón y cuenta nueva para lo que, hasta ese momento, se había votado en las elecciones primarias. Uno de los voluntarios se acercó hasta su despacho.

–Pablo, me ha dicho Claudio que te pida que vayas a verle...

–De acuerdo, ahora mismo voy.

Pablo se sentía invadido por una creciente desgana. Lo que había a su alrededor era un espectáculo efímero que no era consciente de que estaba destinado a morir en breve. Pero Pablo Bernal tenía que asumir su papel hasta el final, hasta el momento en que Carlos Peña lo apoyara, que él mismo informara de que abandonaba a Claudio Montellano y presentaba su propia candidatura y que dirigentes y miembros destacados del partido se unieran a su proyecto. Cuando Esteban Miranda y María Benavides volvieran de su encuentro, tendría el arma definitiva para coronar con éxito su apuesta. En su interior, una incipiente satisfacción empezaba a bullir.

Claudio Montellano estaba exultante. No podía ocultar su inmensa satisfacción. Daba vueltas nerviosamente alrededor de su mesa mientras actualizaba a cada momento la página web en la que se publicaban en tiempo real los resultados reales de las elecciones.

–Esto está decidido, Pablo. No hay nada que pueda hacerlo cambiar. Victoria inapelable. Lo que ha pasado en el Partido del Progreso también me beneficia. Allí, están divididos en dos mitades casi iguales. No va a haber un liderazgo fuerte. Veremos si el partido no acaba partiéndose... No me extrañaría nada. Hoy, he dado un paso de gigante para conseguir lo que me propongo.

Pablo Bernal callaba. Estaba nervioso ante la inminencia del momento decisivo. Casi no oía lo que Claudio Montellano le estaba diciendo. Imaginaba su primer discurso. El discurso en el que iba a denunciar el clima de corrupción que reinaba en el país, la falta de ideas ante una crisis rampante y la ausencia de alternativas creíbles. Veía dibujado en su mente el clímax de su intervención pública: la revelación de que habían llegado a sus manos datos que involucraban a buena parte de la clase política en casos de corrupción y evasión fiscal. A partir de ahí, su camino al poder sería relativamente sencillo.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos cuando el mismo voluntario que antes le había avisado entró en el despacho de Claudio Montellano, se acercó a él y le habló al oído.

–Está bien, que venga –dijo Claudio–. Creo que ya es hora de que pongamos a esta noche el broche final que se merece.

–¿Quién tiene que venir? –dijo Pablo–.

–No te lo esperas. Va a suponer para ti una auténtica sorpresa. Y una lección muy útil para el futuro... Si te queda alguno en política...

Pablo Bernal no tuvo tiempo de responder. Escortado por varios guardaespaldas, Carlos Peña entró en el despacho de Claudio Montellano. Se dirigió hasta él y le dio un fuerte abrazo.

–Bienvenido, Carlos –dijo Claudio–. Es un placer y un honor tenerte aquí... En una noche de triunfo... Ahí fuera, los periodistas esperan simplemente mi discurso. Pero van a tener algo más: tu intervención manifestando que me apoyas y diciendo que soy el candidato que el partido y el país necesitan... Después de eso, Pilar Muro lo va a tener imposible...

–El placer y el honor son míos –dijo Carlos Peña–. Simplemente, hago lo que tengo la obligación de hacer. Ya es hora de que el país esté en manos serias y firmes. Sólo podía poner mi grano de arena para que ello fuera así...

–Es más que un grano de arena, Carlos. Mucho más que un grano de arena.

Pablo Bernal estaba estupefacto. Carlos Peña no se dignó a cruzar su mirada con la de él. De repente, se había convertido en una especie de intruso invisible al que nadie le iba a dirigir la palabra.

–Bueno, Carlos, si no te importa, me tienes que dejar a solas con Pablo. Tengo que mantener una conversación importante con él...

–No te preocupes. Voy a hacer una última revisión a mi discurso. Avisadme cuanto todo esté listo.

Pablo empezó a pensar sobre su situación. Nada estaba, en realidad, perdido. ¿Había perdido el apoyo de Carlos Peña? Sí. ¿Y qué? Todavía iba a tener en su poder la bomba que iba a destruir las posibilidades de Claudio. Él no sabía dónde habían ido Esteban y María. Sólo tenía que esperarles y apoderarse de la información que iba a ser su arma definitiva. El camino iba a ser un poco más largo. Pero su destino final seguiría siendo el mismo.

—Pablo, eres un tío inteligente. Hasta cierto punto, astuto. Pero te falta algo que es fundamental en el mundo en que nos movemos: talento político. No sabes de qué va todo esto. A pesar de todos los años que llevas conmigo, no te enteras de cuál es la clave.

—Dímela tú. ¿Cuál es la clave?

—¿Que cuál es la clave? Que el poder siempre se rige por las mismas reglas. Ahora, desde el punto de vista formal, existen otros procedimientos. La gente vota, sus votos se cuentan y vence quien más haya conseguido. Pero, ¿qué hay detrás de esa parafernalia? Básicamente, una lucha despiadada por destruir a los adversarios y erigirse en triunfador absoluto. Tú piensas en programas, estrategias, mensajes, sociología... Y eso tiene su importancia... Claro que la tiene. Pero es mucho más importante lo que sucede antes de llegar a eso. ¿Quién sobrevive para poder presentar ante los electores sus ideas? En el camino, se quedan muchos. Muchos que acaban siendo desplazados, olvidados, ignorados, arrojados a las sombras... Y todo ello en virtud de maniobras sucias, rastreras y repugnantes. Tú lo sabes. Tú lo has visto. Pero no has aprendido de ello...

—Te escucho y no te reconozco, Claudio. Tú siempre has hablado de ideales...

—Siempre hay que hablar de ideales. Se espera que hablemos de ideales. Incluso si hablas de los ideales adecuados, ello te puede llevar al triunfo... Hasta los gobernantes más ignominiosos han llenado sus discursos de grandilocuentes palabras... Pero para poder subirte a una tribuna y pronunciar esos discursos has tenido que dejar en la cuneta un montón de cadáveres... Y para hacer eso, te tienes que mover en terrenos extraños, terrenos que tú nunca antes has pisado... Creías que te ibas a acercar a Carlos Peña y que te iba a apoyar casi por arte de magia... Eso fue una ingenuidad absoluta. Carlos conoce los terrenos de los que te he hablado. Y ve, al instante, quién los desconoce por completo. Él no iba a apoyar a alguien que carece de lo que es esencial para sobrevivir en política. Él no va a apostar en balde. ¿Sabes lo que conseguiste? Darle la excusa para que se acercara a mí y se pusiera a mi disposición. Sólo eso.

—Estás muy confiado en tus posibilidades, Claudio. Te olvidas que hay información por ahí rodando que te compromete seriamente... Y que no la tienes controlada...

—Debo confesar que eso ha sido una jugada genial... Esto te lo tengo que explicar despacio. ¿Te acuerdas cuando te dije que alguien me había llamado y me había hablado de esa información? ¿No se te ocurrió cómo pudieron dar con mi número de teléfono? ¿Cómo pudieron contactar conmigo tan fácilmente?

Pablo Bernal no sabía a qué venían esas preguntas.

—No comprendo qué me quieres decir...

–Te quiero decir que nadie me llamó.

–¿Cómo que nadie te llamó?

–Nadie me llamó porque yo soy quien ideó y organizó el robo de la información en el IIB...

Pablo Bernal no pudo decir nada. Estaba completamente extraviado en el territorio al que Claudio Montellano lo había llevado.

–Esta crisis económica ha sido muy jodida en todos los aspectos. Algo de lo que no se habla, de lo que no hablamos, es que hay menos recursos para mantener las estructuras en las que funcionamos... Estamos obligados a que siga girando esta maquinaria colosal consistente en atraer voluntades y pagar obediencias... Pero las fuentes de ingresos han mermado considerablemente... El gobierno ha tenido que recortar las obras públicas... Han ido a la baja los precios de los contratos de la administración... Ello significa que se puede conseguir menos dinero para alimentar el artefacto de propaganda y para mantener contentos a los acólitos a su servicio... Y esto es como si en la jungla empezaran a escasear los alimentos... Unas especies se lanzarían contra otras para conseguir lo poco que hubiera... Vi venir lo que iba a suceder: una cacería para quitar de en medio a los más débiles y lograr que el reparto fuera entre menos personas... Y eso quería decir que yo estaba en peligro. Resulta que conocía a Julio Ortigosa, la persona con que Esteban y María se encontraron... Desde la época en que fui Ministro del Interior, me encargaron en el partido la asignación de escoltas privados a determinados cargos públicos... Allí, entablé contacto con Julio y no lo he perdido desde entonces. Empecé a hablar con él para ver cómo podíamos sacar información del IIB, que era una de las claves de todo el sistema oculto en el que tú y yo hemos vivido desde que empezamos en política... El IIB era el banco preferido de los miembros tanto del Partido Moderado como del Partido del Progreso... Por tanto, si sacaba información de allí, iba a tener datos de un grupo bastante amplio de rivales... Por ese lado, pintaba bien la cosa. Al mismo tiempo, necesitaba tener un aliado dentro del banco. Ello era asequible porque el IIB es una filial del Banco General de Pagos. Dentro de esa entidad, contacté con Francisco Sáenz, director de Organización. Alguien que ocupa un puesto significativo pero no lo suficientemente importante como para satisfacer a alguien ambicioso...

Claudio Montellano hizo una parada para beber de una botella de agua que había sobre la mesa. Pablo Bernal aprovechó para expresar su desconcierto ante lo que Claudio le estaba exponiendo.

–Pero, ¿cuál era la finalidad de todo ese embrollo? ¿A qué venía sacar la información del IIB? Esa información te comprometía a ti... Te ponías en peligro de forma suicida... ¿Y a qué venía eso de reunirnos con ese tipo si tenías acceso a lo que él pretendía vendernos? ¿Cuál era la finalidad de esa comedia?

–Respecto a esto último, se trataba de ocultar mi participación en ese robo de información. Yo sé que aquí Pilar Muro tiene gente infiltrada. Como yo tengo infiltrada gente en la campaña de Pilar. Y les tenía que mostrar que estaba sumamente preocupado por que esa información se filtrara a los medios de comunicación o a las instancias judiciales y yo me viera implicado en

hechos turbios... Se trataba de una simple maniobra de distracción. Me dices también que he actuado de forma suicida... Todo lo contrario. Porque yo ya no aparezco en esos datos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué crees que contacté con un directivo del Banco General de Pagos? Para saber cómo había que manipular los datos y hacer desaparecer mi rastro... A su vez, cuando estalló la crisis en la entidad, él planteó que, en vez de proteger a todos los clientes afectados, la protección sólo se aplicara a los clientes más importantes... Entre esos clientes importantes, por supuesto, estoy yo... Eso significa que, si atacan por el lado de la entidad bancaria, no van a conseguir nada... Pero yo sí tengo la información que me interesa. Por un lado, para cargarme a todos mis rivales. Por otro, para, cuando sea Primer Ministro, hacer un escarmiento con los defraudadores de cuyos datos dispongo y que me servirá para ganarme el favor de la ciudadanía. Al populacho le gusta la sangre... Y en mis primeros meses de mandato, te aseguro que habrá sangre y que el populacho quedará saciado... Por supuesto, que no se me olvide, Francisco Sáenz ha empezado a prosperar de modo relevante en el Banco General de Pagos. Le espera un lugar privilegiado en su cúpula. ¿Lo ves? Yo le he ayudado, él va a ascender y yo contaré con un aliado importante para el futuro. ¿Empiezas a entender cómo funcionan las cosas?

Pablo Bernal supo que no tenía nada que hacer. Estaba acabado. Su jefe había descubierto su traición. Carlos Peña le había abandonado. Y la que iba a ser su arma secreta, se había revelado inútil. Su orgullo estaba herido pero le preocupaba más que unos sueños y unos ideales iban a acabar en las escombreras del porvenir.

—Crees que has triunfado, Claudio. Pero, al final, te lamentarás de haber dejado pasar la oportunidad de tu vida. Podrías haber sido recordado como la persona que cambió este país. Pero la historia te recordará como la persona que lo traicionó. Aunque venzas, habrás perdido.

—Pablo, si venzo, habré vencido. En política, no hay más. Sal a la calle y pregunta por Lenin y por Kerensky. Todo el mundo sabrá quién es Lenin. De Kerensky, no se acuerda nadie.

Pablo Bernal abandonó el despacho de Claudio Montellano para dirigirse al suyo y empezar a recoger todas sus pertenencias. Mientras encaminaba allí sus pasos, cayó en la cuenta de un hecho en el que, hasta ese momento, no había reparado: cuando Esteban y María dijeran a Julio Ortigosa que actuaban en nombre de Claudio Montellano, su mentira iba a ser detectada al instante. Tenía que avisarles. Llamó, en primer lugar, a Esteban. Después, llamó a María. Ambos teléfonos estaban fuera de cobertura. No dudó. Dejó lo que estaba haciendo y bajó hasta el aparcamiento del hotel para subirse a su automóvil e ir hasta el lugar que había sido acordado como punto de encuentro.

18

El Hotel El Pantano estaba fuera de la ciudad. Se ubicaba cerca de un embalse que regulaba el caudal del río que atravesaba, aguas abajo, el centro urbano hasta desembocar en el mar. El hotel estaba ubicado, por tanto, en un paraje natural, ajeno a los ajetreos, ruidos y avatares de la gran urbe. El silencio que había alrededor del edificio era absoluto. A las nueve y media de la noche, con una espesa oscuridad cubriendo la zona, Tomás Silva y Carla Robles parecían avanzar en medio de la nada hacia, quizás, otra nada aún más frustrante.

–Apenas hay coches estacionados en el aparcamiento del hotel –dijo Carla Robles–. Yo creo que nos vamos a encontrar la situación que nos habíamos imaginado...

–Sí. Creo que, afortunadamente, no vamos a tener que usar balas sino palabras... Lo cual siempre es más complicado...

Dejaron el vehículo justo frente a la entrada del hotel y se dirigieron a la recepción. Allí, había un empleado joven que, sumido en el tedio, casi se alegró de ver a quienes parecían ser dos nuevos clientes.

–Buenas noches, ¿en qué podemos atenderles?

Silva y Robles mostraron sus placas.

–Buenas noches –dijo Silva–. Estamos aquí porque creemos que en este hotel se puede alojar una persona que estamos buscando...

El empleado se puso visiblemente nervioso y decidió no implicarse en una cuestión que, a lo mejor, podía resultar problemática.

–Si no les importa, llamaré al director para que él les atienda...

–Perfecto. Llámelo... –dijo Silva–.

Dos minutos después, se presentó ante ellos un hombre de unos cincuenta años, vestido con un elegante traje, entrado en carnes y con el ceño visiblemente fruncido.

–Buenas noches, ¿en qué podemos ayudarles?

–Buenas noches. Estamos buscando a una persona que creemos que se hospeda aquí... –dijo Silva–.

–¿Cuál es su nombre?

–José Luis Ugarte.

El director del establecimiento puso sobre el mostrador el libro de registro y lo abrió ante los dos policías.

–Aquí tienen a los clientes registrados. Miren si está el que buscan.

Silva fue leyendo con cuidado todos los nombres hasta que reparó que en la habitación 205 figuraba como cliente Catalina Romero Martín.

–En la habitación 205, está quien buscamos.

El director dio la vuelta al libro de registro y leyó el nombre de la persona que se alojaba en la habitación mencionada por el inspector.

–Pero ustedes han dicho que buscaban a un tal José Luis Ugarte...

–Sí, cierto. Pero esa señora es su acompañante como usted sabrá...

El director del hotel no quiso responder al comentario de Silva.

–Acompáñenme a la habitación.

Tomaron el ascensor y, nada más salir de él, se encontraron con la puerta que buscaban. El director llamó varias veces golpeando en ella con los nudillos.

–Señora Romero, ¿puede abrirnos, por favor? –dijo el director del hotel–.

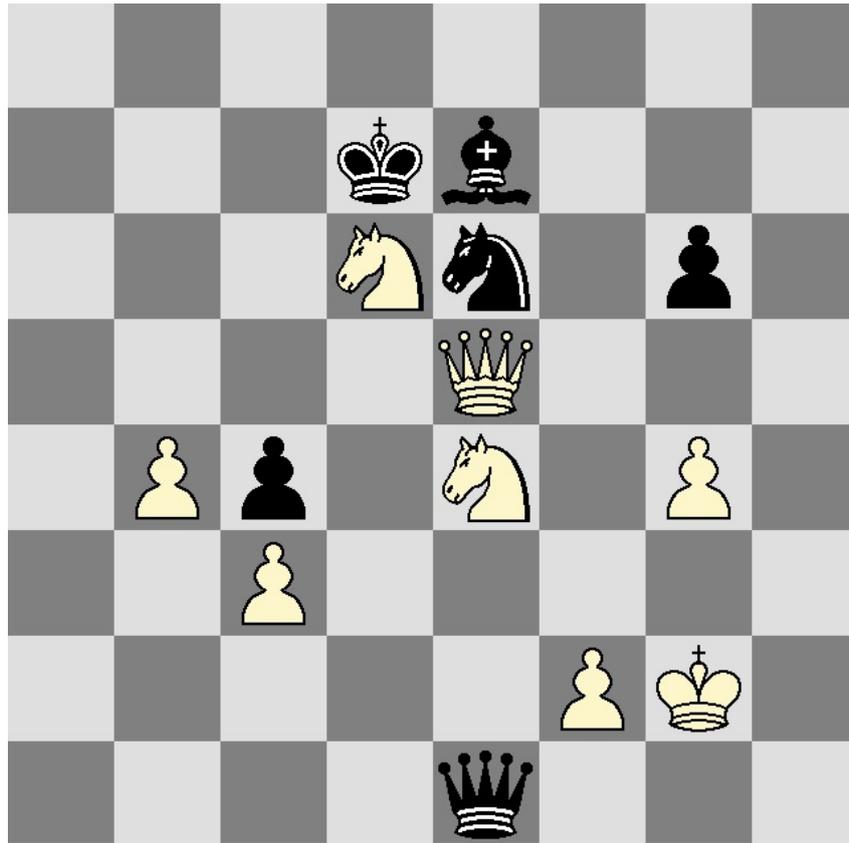
Nadie respondió desde el interior de la habitación.

–Señora Romero, ¿puede abrirnos? –repitió, volviendo a golpear en la puerta–.

Silva, Robles y el director del hotel se miraron intentando decidir qué había que hacer después de ese silencio.

–Abra la puerta de la habitación con la llave maestra –dijo el inspector–. No disponemos de mucho tiempo...

El director hizo lo que Silva le había ordenado antes de que Carla Robles lo apartara para que se quedara fuera esperando. Las luces del cuarto estaban encendidas. Dentro, no había nadie. No comprendieron qué significaba la ausencia de Catalina Romero de la habitación. Tardaron en darse cuenta de que sobre la mesa colocada frente a la cama había un tablero de ajedrez con las piezas dispuestas en una posición muy determinada. Carla Robles no le dio mayor importancia a ese detalle. Pero Silva apoyó sus manos sobre la mesa y observó con detenimiento el dibujo que mostraba el tablero.



–¿Cuándo han abandonado los clientes la habitación? –preguntó Carla Robles–.

–Él salió del hotel esta tarde. Ella, en principio, se había quedado aquí –respondió el director–.

–¿No la han visto salir?

–Espere que llame a recepción.

Tras la llamada, confirmó lo que inicialmente había dicho.

–Efectivamente. No tenemos constancia de que se haya marchado del hotel. Las llaves de la habitación no están en el casillero.

–Creo que ella no se ha ido de aquí voluntariamente –dijo Silva–.

Carla Robles miró primero al inspector y después al tablero de ajedrez. Sólo en ese momento pensó que la disposición de las piezas podían esconder un mensaje secreto.

–¿Por qué? ¿Qué pasa con ese tablero?

–Es imposible que ellos hayan jugado y hayan acabado en esa posición... –dijo Silva–.

–¿Por qué no?

–Así fue como finalizó la primera partida entre Bobby Fischer y Boris Spassky en su enfrentamiento en la antigua Yugoslavia en 1992...

–¿Cómo?¿Y qué sentido tiene que las piezas estén en esa posición?

–Dígame una cosa: –le dijo Silva al director del hotel– ¿este tablero es del establecimiento?

–No. Ese tablero no es nuestro.

–Es decir, alguien lo ha puesto aquí deliberadamente. En ese enfrentamiento de 1992, Fischer volvía a los tableros después de veinte años de ausencia... Y ganó esa primera partida.

–¿Y?

–Yo creo que alguien nos está diciendo que ha regresado. Y que piensa que nos va a vencer.

Carla Robles no entendió, en un principio, a lo que se refería Silva. Pero, pasados unos segundos, cayó en la cuenta.

–¡David Berenger!

–Exacto. Creo que él se ha llevado a Catalina Romero...

Sólo en ese momento, Silva observó que un trozo de papel parecía asomar de la esquina superior derecha del tablero. Sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y, cubriendo sus dedos con él, fue extrayendo dicho papel de debajo del pequeño cuadrilátero de madera.

–¿Qué hay escrito? –dijo Carla Robles–.

–En primer lugar, unas coordenadas. Después, dice lo siguiente: “Venga solo para que la chica siga viva. No voy a hacerle daño. Recuerde nuestro primer encuentro: no me gusta la violencia gratuita”.

–Tenemos que hablar con Méndez y el comisario. Hay que desplazar efectivos a ese punto. Creo que, ahora mismo, es prioritario...

–No es posible, Carla. No podemos poner en riesgo la vida de Catalina Romero...

–¿No pensarás ir solo hasta allí?

–No creo que me vaya a matar. Si hubiera querido hacerlo, lo habría podido hacer aquí... Nos hubiera esperado en esta habitación y nos hubiera liquidado sin que tuviéramos tiempo de reaccionar...

–¡Tomás! ¡No puedes ir solo!

–Tú, quedate aquí. Llama a la “científica” para que venga a analizar esta habitación... Tranquilízate, que no me va a pasar nada... Además, si es peligroso ir hasta el lugar que indican estas coordenadas, más motivos para que no vengas conmigo...

Silva clavó su mirada en la de Carla Robles: una mirada que expresó todo el sentimiento que el inspector experimentaba por la agente. Carla se dio cuenta de que nunca nadie la había mirado así antes. Y no quería perder esa mirada porque supo que en ella estaba todo lo que había buscado en una relación con un hombre.

–Antes que mujer, soy policía... Debo ir contigo hasta allí.

–No. Efectivamente, eres policía. Y yo soy tu superior. Permanece en este lugar hasta que venga la “científica”. Yo iré hasta el lugar de estas coordenadas y veré lo que el hijo de puta de David Berenger tenga que decirme.

Robles sabía que no iba a convencer a Silva para que cambiara de opinión.

–Ten cuidado...

–Lo tendré. Si no por mí, por Catalina Romero.

El inspector se dio la vuelta para dirigirse hasta el automóvil pero se paró en seco. Volvió a girarse, se acercó a Carla Robles y le dio un beso en la boca.

–Dentro de una hora, seguro que nos vemos en la comisaría...

Antes de subirse al coche, Silva llamó a Méndez.

–¿Qué tal? ¿Alguna novedad en el estadio?

–Ninguna –dijo Méndez–. Creo que Osorio tenía razón. Esto ha sido una mera estratagema... No sé con que motivo... ¿Qué tal en el hotel?

–Llame a la agente Robles, que le contará... Han tomado como rehén a Catalina Romero... Pero creo que no corre peligro...

Silva colgó el teléfono, abrió la puerta del vehículo, entró y lo arrancó con decisión. Anotó las coordenadas en el navegador y este empezó a guiarlo hasta otro punto diferente de la ciudad. Sintió que se iba a enfrentar a su propio destino.

Capítulo quinto

1

Esteban Miranda y María Benavides temían extraviarse. Las indicaciones que les había dado Pablo Bernal parecían claras pero, cuando abandonaron la avenida y empezaron a adentrarse en un abigarrado mosaico de diseminados, no sabían si las habían seguido correctamente o no.

–Creo que nos hemos perdido en esas tres calles que salían de esa pequeña plaza –dijo María–. Teníamos que ir por la segunda, pero es que la primera no contaba... Creo que era un simple callejón...

–¿Vamos para atrás entonces? –dijo Esteban–.

–Está claro que por aquí no es...

En la red de calles estrechas por las que se movían con el coche, resultó muy difícil para Esteban maniobrar para deshacer parte del camino realizado. Regresaron a la plaza donde temían haberse equivocado.

–Entonces, ¿vamos por ahí? –dijo Esteban–. ¿Por la calle más pegada a la derecha?

–Sí, intentemos por esa.

El camino elegido parecía adaptarse mejor a las instrucciones recibidas.

–¿Lo ves? Ahora, vamos a pasar por debajo del viaducto de la autovía –dijo María–. Ahí, a la derecha, está ese cortijo reconvertido en lugar de celebraciones... ¿Ves el rótulo?

–Sí, ese debe de ser el lugar que el mapa indica...

–Ahora, hay que dejarlo atrás y seguir por este camino vecinal... En cinco minutos, debemos dar con la fábrica abandonada...

Efectivamente, la previsión de María se cumplió. El automóvil recorrió el lienzo de una tapia medio derruida hasta llegar a lo que era la puerta de entrada del viejo establecimiento industrial. Tenía que haber habido una cancela pero ya no existía: probablemente, el tesón de unos chatarreros necesitados habían conseguido arrancarla de su emplazamiento original.

–Pues aquí debe ser –dijo Esteban–. No sé qué coño es este sitio... Por no haber, no hay ni cobertura en el móvil... Espero que no le hayan contado una trola a Pablo...

–Seguro que no.

Había sido un típico día de final de primavera, relativamente caluroso y dominado por una luz limpia y agradable. Pero, en ese lugar, la noche era fría y desangelada, con un viento desapacible que cortaba el rostro y hacía fatigoso estar caminando al aire libre. Esteban y María entraron en las instalaciones abandonadas. De repente, vieron que tres fognazos

intermitentes de luz surgieron de uno de los edificios medio derruidos. Con cautela, se aproximaron a él hasta que vieron borrosamente dibujadas dos figuras que se asomaban al umbral de la puerta. Uno de ellos, que llevaba una linterna, era el individuo con el que habían negociado previamente. Al otro, no lo conocían. El primero, en cuanto vio a Esteban y María, se mostró molesto y sorprendido.

—¿Qué hacen aquí? No era a ustedes a quienes esperaba...

—Lo sé —dijo Esteban—. Venimos en nombre de Claudio Montellano y José Luis Ugarte... Ahora, están juntos en esto.

Una mirada forense y gélida se clavó en ellos. Esteban la percibió como un estilete que ensartara a ambos en un instante sombrío.

—De acuerdo. Pasen dentro. Vamos a intentar despachar esto en un par de minutos...

Esteban y María llevaban la bolsa de viaje de José Luis Ugarte. Delante de ellos, caminaban los dos tipos. Vieron que uno de ellos llevaba un maletín. Imaginaron que allí tenía que estar el disco duro con la información codiciada. Estaban impacientes por acabar pronto: la fábrica abandonada transmitía una sensación de amargo desamparo y había un olor a rancio que les impedía respirar con facilidad. Quien parecía llevar la voz cantante dijo algo al oído a quien parecía más tímido e inseguro. Cuando ambos se giraron, les estaban apuntando con sendos revólveres.

—Francamente, no sé qué hacen aquí, qué pretensiones tienen ni cómo han llegado a saber que habíamos acordado aquí el punto de encuentro. Pero de lo que sí estoy seguro es que me están mintiendo. Y vamos a averiguar qué ocultan...

El tipo colocó el maletín en el suelo. Su compañero hacía serios esfuerzos para que no le temblara la mano.

—Creo que todo esto es un malentendido —dijo María—. José Luis Ugarte ha confiado en nosotros para hacer el intercambio... No ocultamos nada...

—Puede ser que José Luis Ugarte haya confiado en ustedes... Pero estoy completamente seguro de que me han mentado cuando me han dicho que vienen en nombre de Claudio Montellano... Si hubiera sido así, él me lo hubiera dicho...

Esteban y María no pudieron reaccionar. Se quedaron inmovilizados por la sorpresa. Y, en ese momento de estupefacción, perdieron toda posibilidad de llevar la iniciativa.

—Mark, tráeme a la chica.

El sujeto dubitativo se acercó a María, la agarró por el brazo y la llevó junto al otro individuo.

—A ver, tú, chaval... Vas a empezar a cantar... ¡Ya!

—Mira, créeme... No ocultamos nada... —dijo Esteban—. A nosotros nos han encomendado el trabajo de venir aquí y hacer la transacción que habías acordado... No sabemos nada más...

–¿Quién os lo ha encargado?

–Pablo Bernal.

El tipo movió la cabeza a la vez que resoplaba con rabia.

–Lo he intentado. Pero está claro que ha sido inútil... Mark, pon a la chica de rodillas...

–¿Qué vas a hacer, Julio?

–Mark, ponla de rodillas...

Julio abrió el maletín y sacó de él una taladradora y una broca. Colocó la broca en la taladradora y lo accionó: comprobó que la batería tenía carga. A continuación, acercó el aparato a la cabeza de María, que empezó a llorar con desesperación.

–Un momento, un momento, un momento... –dijo Esteban–. No estamos mintiendo. Te lo juro... Pablo Bernal nos ha enviado aquí...

–Pablo Bernal es la mano derecha de Claudio Montellano –dijo Julio–. Él nunca lo traicionaría... No lo voy a repetir: como no me contéis lo que aquí está pasando, atravieso el cráneo a esta guarra...

–Por favor, Julio, escúchame –dijo María–. Esteban te está diciendo la verdad... No sabemos nada... Sólo lo que te hemos contado...

–Tú sigue así... –dijo Julio–, que dentro de poco vamos a ver tus sesos desparramados por el suelo... Contadme algo que tenga sentido...

La frente de Mark estaba invadida por un sudor espeso y pegajoso. Su rostro estaba crispado y apretaba los dientes preso del pánico y la duda. Julio iba acercando poco a poco la taladradora al cráneo de María Benavides.

–Julio, Julio, vamos a hablar... –dijo Esteban–. En esta bolsa, está tu dinero. Te lo puedes quedar... ¿Qué beneficios te va a traer matarnos? Ninguno. Ya tienes tu dinero garantizado...

–Pero, ¿qué estás diciendo? –dijo Julio–. No tenéis ni puta idea de dónde os habéis metido. Sois unos gilipollas integrales. Despertad de una vez, chicos. Estáis metidos en el infierno. Estáis trabajando en el infierno. Sois empleados de un ejército de demonios y no os habéis enterado... Si me cargo a vosotros dos, no me pasará nada. Me aplaudirán por haber actuado de forma tan resolutiva ante una mera sospecha. Nuestros jefes no van a permitir que el tinglado se les desmonte... Acabaré con vosotros... ¿Y qué? Me darán la enhorabuena. ¿Qué queréis? ¿Que me arriesgue? ¿Que os deje escapar y después me digan que cómo he sido un imbécil? Si pasara eso, sería mi cabeza la que estaría en peligro. Os habéis metido en un juego que no controláis. Simplemente, vais a pagar las consecuencias de ello.

El llanto de María se volvió frenético y sin control.

–¡Esteban! ¡Por favor, haz algo! ¡Convéncele para que no me mate!

Esteban Miranda no sabía qué hacer. La tensión le impedía pensar.

–Julio, te lo repito: vamos a hablar... Nos vamos a sentar todos en un sitio tranquilo... Y vamos a conversar amigablemente... Y vamos a aclarar todo...

–¡Que no necesito que me aclaréis nada! ¡Decid la verdad! ¡Ya está! Si no lo hacéis, me cargo a tu amiguita... ¿Es que acaso no me explico bien?

Esteban dudaba. ¿Tenía que revelar la estrategia oculta de Pablo Bernal? ¿A ese individuo? ¿A ese criminal? ¿Y si el remedio era peor que la enfermedad? ¿Y si eso no hacía más que confirmarle que no eran más que unos traidores? El tal Julio seguía amenazando a María, que estaba al borde del derrumbamiento nervioso.

–De acuerdo, Julio. Escúchame, ¿vale? Escúchame... Deja que la chica se vaya y yo te lo cuento todo... ¿Qué te parece? Es justo, ¿no?

–No, Esteban... No le cuentes nada –gritó María–.

–Ja, ja, ja... Ya empezáis a ceder –dijo Julio–. Pero no hay trato, chaval. Esta hija de puta se queda aquí... Cuéntame lo que sepas y, entonces, decidiré qué hacemos.

–Bien. Mira, Julio, lo que te voy a decir es la verdad –dijo Esteban–. Pablo Bernal quiere dejar...

–No, Esteban, no... –volvió a gritar María–.

–Es inútil, tenemos que contárselo o, si no, te matará... Pablo Bernal quiere dejar a Claudio Montellano en la estacada... Quiere la información para ser él el candidato a Primer Ministro... Por eso, estamos aquí esta noche. José Luis Ugarte confió a Pablo el dinero y Pablo vio la oportunidad que estaba buscando...

Julio miró un momento a María. Por sus piernas, estaba resbalando un líquido amarillento que empezaba a formar un cerco alrededor de ella. Julio dejó escapar una carcajada siniestra.

–Sois dos pobres desgraciados. Pero, al mismo tiempo, Pablo y vosotros dos no sois más que unas sabandijas. No me va a importar mandaros a los dos al otro mundo...

–No. Tú no vas a acabar con nadie... –dijo Mark–.

La pistola de Mark Cortés apuntaba a Julio Ortigosa con una determinación que, unos segundos antes, se habría antojado imposible.

–¿De qué va esto? Pero, ¿qué te sucede? –dijo Julio–.

–Te he estado observando todo el rato. No parabas de sonreír. Una sonrisa torcida y repugnante. Estabas disfrutando con lo que estabas haciendo. Y más que pensabas disfrutar taladrando la cabeza de esta pobre chica. No eres más que un criminal...

Julio estaba atónito. No podía creerse lo que estaba sucediendo.

–Pero, ¿a qué viene esto, Mark? ¿Qué crees que vas a hacer?

–Suelta esa taladradora. Deja tu revólver en el suelo. Esto se ha terminado...

–No, no voy a soltar nada... Vas a ser tú quien va a tirar el revólver y va a levantar las manos...

Mark tuvo que intuir que sólo iba a tener una ocasión para dejar a Julio fuera de combate. Los dos disparos de su revólver impactaron en el pecho de Julio Ortigosa, que se encogió de dolor dejando caer el arma y la taladradora. Empezó a tambalearse pero consiguió mantenerse en pie. Un tercer disparo de Mark le hizo derrumbarse de espaldas definitivamente. Alargó el brazo intentando aprehender un último hálito de vida. Mark se le acercó, quien lo miró desde arriba como si fuera un gigante que hubiera aplastado a un ser inferior.

–¿Por qué? –balbuceó Julio–.

–No hace falta que lo preguntes. Soy tal como aparento. Y no podía aceptar que estabas haciendo. Sólo era eso.

Un último disparo clausuró la conversación. Mark Cortés empezó a llorar. Esteban no sabía qué hacer. La única reacción de la que fue capaz consistió en arrodillarse frente a María y darle un abrazo que le sirviera de consuelo. La escena se congeló durante un buen rato. Nada sucedió. Nada parecía que fuera a ocurrir. Todo había quedado en suspenso como un atardecer que pareciera que iba a prolongarse eternamente clavado al horizonte. Fue Mark quien tomó la iniciativa.

–Me tenéis que ayudar.

Esteban lo miró del mismo modo que si hubiera utilizado un idioma extranjero. Tuvo que hacer un colosal proceso de reajuste mental para volver a ser consciente de dónde estaba, qué había sucedido y qué era lo que desconocía de la frase que ese extraño, que acababa de salvarles la vida, había pronunciado.

–¿Ayudar?¿Cómo?

–Quiero llevar esta información a las autoridades.

Por mucho que hubiera pensado, reflexionado y meditado, Esteban Miranda nunca hubiera podido esperar que iba a escuchar esas palabras. Tuvo que confirmar lo que Mark había querido decir.

–¿A las autoridades?

–Sí. A las autoridades. Son ellas las que deben tener la información...

–Pero tienes que tener cuidado... Hay que saber a quién hay que entregársela... Tiene que ser a la persona adecuada... A la persona que le vaya a dar un buen uso...

–Por eso, necesito vuestra ayuda.

Esteban Miranda no se lo pensó dos veces.

–De acuerdo. Cuenta con ella.

–No –dijo María Benavides, que parecía haber regresado milagrosamente del reino de los muertos–.

–¿Cómo que no? –dijo Esteban–.

–Esa información debe tener otro destino... Debe ir directamente a Pilar Muro...

–¿Qué estás diciendo? –dijo Esteban–.

–Es largo de explicar. Pero no podéis hacer lo que estáis pensando. Confía en mí. Hay que llevársela a la Primera Ministra...

Esteban Miranda se levantó del suelo a cámara lenta. La noche se estaba convirtiendo en un carrusel endemoniado que no dejaba de desconcertarlo a cada momento. Sin embargo, en medio de la vorágine, logró recordar por qué, en un momento dado de su vida, decidió dedicarse a la política.

–No voy a entender nada, María. Aquí, ante nosotros, hay un hombre que quiere actuar correctamente. Que nos ha salvado de una muerte segura. Y voy a hacer lo que la ética y la decencia me exigen...

–Pero, Esteban, no hagas locuras...

–No te preocupes. Acabo de recuperar la cordura. Esta noche, has podido morir. Sin embargo, has salvado la vida. Has ganado bastante como para no esperar ganar nada más. Adiós.

Esteban se giró hacia Mark.

–Vamos al coche. Tenemos que buscar un lugar seguro.

Esteban y Mark se marcharon de ese sórdido rincón olvidado y desintegrado. Sólo pasados unos minutos, María pudo levantarse y empezar a andar despacio y con gran esfuerzo por el camino por el que había llegado hasta allí. Cuando ya hubo recorrido un gran trecho, María comprobó que su móvil había recuperado la cobertura. Llamó a Pilar Muro.

–Pilar, tenemos un problema. Nuestros planes han salido mal...

2

A las diez y media de la noche, los resultados de las elecciones primarias ya eran prácticamente definitivos. En el Partido del Progreso, Ernesto Páramo había obtenido el cincuenta y dos por ciento y Carmen Seco, el cuarenta y ocho por ciento. Entre ambos candidatos, las espadas seguían en alto: casi igualados en número de votos y en número de compromisarios, cualquiera de ellos podía ser el candidato vencedor. En el Partido Moderado, se había producido el gran vuelco. Claudio Montellano había ganado con un sesenta por ciento de los votos. Pilar Muro, el cuarenta por ciento. Tras las elecciones primarias celebradas en el norte del país, ese triunfo significaba que Claudio Montellano superaba a Pilar Muro en número de compromisarios y tomaba la delantera en la carrera por ser candidato a jefe de gobierno por el Partido Moderado.

Claudio Montellano estaba solo en su despacho. Había pedido que no le molestaran hasta que no diera orden en contrario. Quería disfrutar de su victoria. Estaba sentado en su sillón, con los ojos cerrados, sonriente, exultante, henchido de gozo porque sus planes habían empezado a dar sus frutos. Pensaba que antes de concluir en la capital, las sucesivas elecciones primarias le brindarían triunfo tras triunfo. La brecha en el número de compromisarios se iría decantando a su favor hasta que, en la contienda final, aunque Pilar Muro venciese gracias al control que ejercía en la última circunscripción donde se iban a celebrar los comicios, le resultaría insuficiente para recortar la distancia. Ya había un camino para ser el candidato a Primer Ministro por el Partido Moderado. Mientras tanto, las informaciones sobre Ernesto Paramo lo desacreditarían y Carmen Seco sería la candidata por el Partido del Progreso. Después, se materializaría el acuerdo con el Partido Renovador tal como había decidido filtrar a la prensa. La alianza entre el Partido Moderado y el Partido Renovador dejaría fuera de combate con facilidad a la candidata más radical del Partido del Progreso. De los trescientos escaños de la Asamblea Legislativa, ¿cuántos podría obtener? ¿Ciento ochenta? ¿Ciento noventa? Nunca antes se habría producido en el país una victoria tan inapelable. ¿Cuántos años gobernaría? ¿Cuatro? ¿Ocho? ¿Doce? ¿Veinte? ¿Por qué no? ¿Quién podría impedirlo? La información que había conseguido del IIB iba a liquidar a toda la clase política. Sólo él quedaría en pie.

Claudio Montellano salió de su despacho. Todos sus colaboradores empezaron a aplaudir. Él juntó sus manos y las elevó por encima de su cabeza en señal de triunfo. A continuación, se acercó, uno por uno, a todos los miembros del equipo y les estrechó la mano.

—Que alguien avise a Carlos Peña. Vamos a salir juntos para atender a la prensa.

La crisis había dejado el país exhausto y con todas sus estructuras desencajadas. Una sociedad hecha jirones estaría dispuesta a entregar el poder a un líder salvador. Él iba a ser ese líder. Él no iba a ser un Primer Ministro convencional. Era inevitable que se convirtiera en encarnación espiritual de la nación. Una ciudadanía desorientada necesitaba que un ser intelectual y moralmente privilegiado leyera el futuro y guiara al país a la prosperidad y al progreso. En una encrucijada tan complicada, cada ciudadano debía ignorar sus propios deseos y preferencias, su propia visión de la realidad, para que quedaran subsumidos en la visión que el líder ofrecería de manera abnegada y desinteresada. Sobre sus espaldas iba a recaer la responsabilidad de sacrificarse para guiar, quizás hasta el fin de su vida, a una colectividad que había perdido el rumbo. Nadie le haría sombra. Nadie se atrevería a desobedecerle.

—Enhorabuena, Claudio —dijo Carlos Peña—. Sabía que el partido estaba contigo... Ya verás como todo el país también lo estará...

Claro que lo estaría. Mientras caminaban por el pasillo enmoquetado hasta el salón donde la prensa y los simpatizantes los esperaban, Claudio imaginaba a una nación entregada a él. En el resto del mundo, se asombrarían de que un país postrado resucitara de sus propias cenizas y se convirtiera en faro, vanguardia y referencia para todos los demás países. En los libros de Historia, él figuraría como uno de los estadistas más importantes de todos los tiempos.

Una ola de aplausos recibió a Claudio Montellano y a Carlos Peña cuando aparecieron en el salón de actos. Sólo cuando los simpatizantes y los periodistas se percataron de que el antiguo

Primer Ministro aparecía junto al gran triunfador de la noche, se produjo una explosión de euforia absurda e irracional pero que, para Claudio Montellano, era perfectamente previsible a pesar del escaso sentido que tenía. Carlos Peña había tenido que abandonar su cargo dos años antes en medio del rechazo general. Había tenido que pasar a un segundo plano mientras la opinión pública no dejaba de vituperarlo y ridiculizarlo. Sin embargo, ahora, le bastaba aparecer junto a un político victorioso para que despertara un entusiasmo desbordado entre quienes habían aplaudido su dimisión veinticuatro meses antes. Para Claudio Montellano, esa era la mejor prueba de que la ciudadanía no era más que una veleta volátil y caprichosa, que carecía de criterio y de cualquier tipo de coherencia. Al final, necesitaba una mano firme que sostuviera la dirección de la nave con decisión. Él iba a ser esa mano firme. Eso es lo que pensaba cuando Carlos Peña tomó la palabra. Claudio apenas le prestó atención. Él estaba más ocupado en imaginar un futuro donde todo un país estaría a sus pies. Empezó a pensar qué medios de comunicación tendría que controlar, cuáles serían los que tendrían que desaparecer, quiénes deberían ser los nuevos líderes de las organizaciones sindicales y empresariales que le apoyarían en su proyecto, cómo tendría que organizar los servicios de inteligencia para tener un control absoluto de lo que estaba sucediendo en las facciones y partidos rivales, quién se debería ocupar de idear las estrategias para provocar la caída de los líderes que pudieran hacerle sombra, cómo iba a organizar a sus subordinados para que estuvieran todo el tiempo peleando entre ellos y no se unieran para derribarle a él...

—... he decidido apoyar a Claudio Montellano porque creo que es el líder que este país necesita. El Partido Moderado siempre ha sido un ejemplo de responsabilidad. Y en este momento decisivo, nuestra obligación es presentar al mejor candidato posible para que nuestro país se ilusione y recupere su orgullo...

Carlos Peña no tenía ni idea de qué iba la política. Pablo Bernal, tampoco. Pilar Muro no sabía mucho más que ellos. Sólo él había llegado a comprender su auténtica esencia y naturaleza. Y cómo esa naturaleza y esencia funcionaban en una sociedad donde, cada cuatro años, se celebraban elecciones y no se podía recurrir al apuñalamiento o al envenenamiento para alcanzar y mantener el poder. Se trataba de crear esa ilusión de la que, ahora mismo, era espectador. Ilusión no en el sentido de esperanza por el futuro (que sí que debía existir pero sólo como circunstancia derivada) sino en el sentido de quimera asumida como realidad: la quimera de que la ciudadanía podía abdicar de su responsabilidad y de su obligación de controlar y fiscalizar al gobernante para conceder a este plena inmunidad a cambio de un clima ficticio de estabilidad y prosperidad. Todo candidato que se preciara debía realizar una sistemática labor de persuasión para convencer a la ciudadanía de que debía ser él la persona en que toda una sociedad debía depositar su destino. Él había tenido la suerte de vivir en un momento histórico en que la sociedad iba a confiarle algo más que ese destino: la sociedad estaba dispuesta a entregar su propia libertad para huir de la pesadilla que estaba viviendo. Y él no iba a rechazar el ofrecimiento.

—Ahora, paso la palabra a Claudio Montellano del que pienso, sin ninguna duda, que será el próximo Primer Ministro de este país.

Un aplauso atronador invadió la sala. Claudio Montellano estuvo a punto de emocionarse. Se contuvo. Porque sabía que el futuro iba a ser una historia de pasión y afecto. Él amaba a su

país y el país lo iba a amar a él. Ambos se confundirían en un solo ente, sus voluntades quedarían unificadas bajo una única voluntad. Y esa voluntad iba a ser la suya.

–Buenas noches. Creo que ya lo sabéis. Pero lo voy a volver a repetir para quien no se haya enterado: ¡nuestra candidatura ha conseguido el sesenta por ciento de los votos en las elecciones primarias de la provincia!

Una fuerte ovación lo interrumpió.

–¡Claudio! ¡Claudio! ¡Claudio! –gritaban los simpatizantes en medio de una especie de extraño clímax colectivo–.

El candidato siguió pronunciando su discurso.

–Pero esta victoria no es el inicio del triunfo de esta candidatura. Esta candidatura es el inicio de la resurrección de este país.

Una ovación aún más fuerte que la anterior volvió a interrumpirle. Los periodistas estaban frenéticos. Los fotógrafos y los cámaras tomaban instantáneas e imágenes del momento a un ritmo endiablado. Los enviados especiales transmitían en directo a sus cadenas de radio y televisión lo que estaba sucediendo. Claudio Montellano lo sabía. Y decidió hacer un último esfuerzo para coronar de forma gloriosa ese instante mágico marcado por un delirio imparable.

–No quiero que penséis en la victoria del Partido Moderado en las próximas elecciones legislativas. Quiero que penséis en la victoria de los ciudadanos de este país. Mi máxima aspiración es llegar a gobernar para todos, con independencia de su ideología y de sus creencias. No es el momento para estar divididos. Es el momento de que todos nos unamos en un esfuerzo común. Nuestra nación se merece un futuro brillante y próspero. Y yo os prometo dedicar todas las horas de mi vida en alcanzar ese futuro lo más pronto posible. ¡Muchas gracias!

Claudio Montellano no pudo contenerse más. Sus ojos se humedecieron. Carlos Peña se le acercó y le dio un fuerte abrazo. Los aplausos y los gritos de júbilo eran ininterrumpidos. Claudio miró hacia arriba, hacia ninguna parte. Muchos pensaron que estaba agradeciendo al cielo la coronación de su lucha. En realidad, sólo pensaba en que, más allá de su más oculto anhelo (que era, en realidad, el anhelo de todos), no había nada.

3

Las coordenadas que el inspector Silva había puesto en el navegador lo estaban llevando al centro de la ciudad. Había imaginado otro lugar para el encuentro. Pero cuando vio que estaba ante la entrada principal del Gran Hotel, tuvo que admitir que se había tranquilizado. Ese no era un lugar donde nadie fuera a cometer ninguna locura. Pero, al mismo tiempo, estaba

desconcertado. ¿Qué debía hacer? Llegó a la conclusión de que debía elegir la opción más simple. Aparcó el coche, entró en el hotel y se dirigió a la recepción.

–Buenas noches –dijo, mostrando su placa–. El señor David Berenger me espera...

–Sí, el señor Berenger nos había avisado de su visita –dijo el empleado del hotel–. Está en la habitación 821. Nos ha encargado que le dijéramos que lo espera allí...

–Muchas gracias.

Cuando Silva subió al ascensor y pulsó el botón del octavo piso, empezó a pensar qué era lo que David Berenger podía pretender. Dibujó en su mente varios escenarios posibles. Pero ninguno de ellos lo consideró especialmente probable. Cuando llegó a la habitación que buscaba, se dio cuenta de que debía de ser una de las más importantes y lujosas de todo el hotel. Golpeó la puerta con los nudillos. Le abrió una chica joven que le hizo pasar con un simple gesto con su mano.

–Buenas noches, señor Silva –dijo David Berenger, sentado en un elegante sillón–. Siéntese, por favor. Usted y yo tenemos que hablar...

–Señor Berenger, creo que, antes de hablar, debería dejar en libertad a Catalina Romero... Ella no tiene nada que ver con todo este asunto...

–Tranquilo, señor Silva, tranquilo... Ya llegaremos a eso... Le anticipo que no se preocupe por esa señorita. Esta noche, quedará libre sana y salva...

–¿Puedo creer en su palabra?

–Por supuesto. Yo nunca miento. Ese es uno de los pocos lujos que me puedo permitir.

–Entonces, si ello es así, ¿me podría decir cuál es el motivo de esta inesperada cita?

–Muy simple. Le voy a dar una segunda oportunidad. Ello significa que usted va a gozar de un enorme e indescriptible privilegio. Ya se lo dije en nuestro anterior encuentro. Le respeto. Le considero una persona inteligente. Y, por ello, no me gusta tenerlo en nuestra contra. Fíjese que no le estoy pidiendo que se ponga de nuestro lado. No quiero llegar a tanto. Sólo le pido que no se oponga a lo que queremos hacer.

–Soy un policía. Mi respuesta va a ser la misma que la última vez que nos vimos... Lo único que puedo hacer es cumplir con mi deber.

–Bien. Como aún queda un rato para que liberemos a Catalina Romero, ¿qué le parece si tomamos algo? Creo que ha sido una falta de cortesía por mi parte no ofrecerle nada... ¿Qué quiere tomar?

–Lo que usted tome...

–Trae dos ginebras con hielo, por favor –dijo David Berenger a la chica–. Creo que usted se precipita en no querer escuchar lo que tengo que decirle... Pero, como no tiene nada que

perder, y yo no tengo nada mejor que hacer, me temo que nuestra conversación es inevitable... Lo comprende, ¿no?

—Sí. No me queda más remedio que comprenderlo...

Silva se sentó frente a su interlocutor. La asistente personal de David Berenger sirvió las dos ginebras y se retiró a una esquina oscura de la habitación. Sólo había encendida una luz que, creando un halo alrededor del inspector y del venerable anciano, imprimía un aire fantasmal a la escena.

—Señor Silva, su intervención en el caso Villar nos hizo mucho daño. Pero yo no soy una persona rencorosa. Si lo hubiera sido, nunca hubiera podido llegar a la posición que actualmente ocupo. Ahora, nuestras prioridades son otras... Y debemos centrarnos en ellas. Y si para alcanzar nuestros fines, tenemos que unir al esfuerzo a antiguos enemigos, ello no nos debe preocupar. ¿Me entiende?

—Sí. Siga porque estoy impaciente por comprobar dónde quiere usted ir a parar...

—¿En qué estamos ahora? En conseguir la información robada en el IIB... Información que ustedes también están intentando localizar. En este punto, conviene que usted se pare a pensar qué está haciendo. Señor Silva, ¿sabe qué es lo que esa información refleja? ¡Claro que lo sabe! Refleja que toda la clase política de este país comparte la misma conducta que usted tanto detesta... ¿Sabe cuál es esa conducta? Nuestra conducta... La conducta de los grupos a los que represento... Entre ellos y nosotros, no hay apenas diferencia. Porque lo que nos une es lo mismo: la necesidad de poder. Ahora, toca hacerle la pregunta decisiva: ¿qué siente habiendo prestado servicio a todo un hatajo de corruptos?

—Yo no sirvo a ese hatajo de corruptos, señor Berenger. Yo sólo sirvo a la ley y a la justicia...

—No insulte mi inteligencia, señor Silva. No puede ser usted tan ingenuo como para creer en lo que acaba de decir...

—Mire, ¿sabe qué vamos a hacer? Vamos a utilizar la información del IIB para poner a buen recaudo a todos los que hayan delinquido... Existe la voluntad de castigar la corrupción... Y yo voy a ayudar a que esa aspiración se cumpla...

—Señor Silva, cuando ustedes localicen esa información, no servirá para lo que usted cree... Sólo servirá para que Pilar Muro acabe con sus adversarios y refuerce su poder... Posiblemente, casi nadie irá a juicio... Todo se arreglará mediante diversas maniobras bajo cuerda en que los potenciales acusados acabarán abandonando la vida política para no estorbar el camino de la actual jefa de gobierno... Eso va a ser así. Y usted lo sabe.

—Puede ser. Pero yo pienso que debo cumplir con mi deber... La última vez, también me advirtió de que iba a fracasar... En cambio, ya lo ve... Les dimos un gran golpe. ¿No es verdad?

David Berenger bebió de su copa de ginebra. Fue la primera vez que Silva percibió que el gesto de su interlocutor se había crispado. Parecía que estaba saboreando la bebida pero, en realidad, había apretado los dientes para conseguir que su rabia se disipara.

–¿Sabe una cosa, Silva? Temo, más que a nada, a las personas como usted. Los matones sin escrúpulos, los mafiosos dominados por la avaricia y los políticos corruptos son perfectamente predecibles. La gente íntegra, en cambio, nunca se sabe cómo va a reaccionar...

–No es la primera vez que me dicen algo parecido en los últimos días...

–Le puede entrar el miedo cuando necesitamos que sea atrevida. Puede ser inesperadamente audaz cuando nos resulta imprescindible que se vuelva apocada... Con tipos como el brillante inspector Silva, nada suele salirnos bien... ¿No es verdad lo que digo, Samanta?

La asistente personal de David Berenger se acercó hasta donde estaban conversando y volvió a llenarles los vasos. Esta vez, se quedó cerca de ellos, a la espalda de Silva.

–No sabemos lo que Samanta piensa –dijo el inspector–. No ha dicho nada...

–Porque es una chica inteligente. Atiende y obedece... No aspira a convertirse en una heroína que acabe sirviendo a gente tan depravada como aquella a la que ha derrotado... ¿Me comprende?

–Señor Berenger, ¿dónde está Catalina Romero?

–Se lo repito, señor Silva. Yo nunca miento. Y ya se lo he dicho hasta dos veces: a Catalina Romero, no le va a pasar nada...

A Silva no le dio tiempo de oír ni de sentir nada más. Sintió que una descarga eléctrica le mordía en la espalda. Después, oscuridad...

* * *

Cuando despertó, una especie de neblina espesa le cubría la mirada. No podía discernir dónde estaba, qué había sucedido y qué hora era. La cabeza le daba vueltas. Tardó unos minutos en descubrir que estaba acostado, vestido del mismo modo a como había llegado hasta el Gran Hotel, sobre una cama sin deshacer. Miró su reloj y vio que eran las tres y media de la madrugada. Había un televisor encendido. Seguían hablando de las elecciones primarias.

–Hoy, la situación de Pilar Muro se ha complicado en extremo –decía un periodista–. La victoria de Claudio Montellano y el apoyo por sorpresa de Carlos Peña la colocan en una situación muy apurada... En estos momentos, la tendencia es claramente favorable a Claudio Montellano.

A Tomás Silva, le palpitaban las sienes. Estaba confuso y desorientado. Se dio cuenta de que el volumen del televisor estaba demasiado alto. Pero no tenía fuerzas para levantarse. Poco a poco, se fue incorporando. Estaba en una habitación de hotel. En la mesilla, había una libreta de notas. En ella, aparecía el membrete del Gran Hotel. Es decir, seguía en el mismo lugar al que había llegado unas horas antes.

De repente, oyó ruidos de voces y pasos cercanos. La puerta de la habitación se abrió. Cuatro o cinco policías de uniforme entraron apuntando con sus pistolas. Detrás de ellos, apareció el inspector Valle, con las manos en los bolsillos de los pantalones. Silva se alegró de ver que sus compañeros habían dado con él.

–Valle, es la primera vez que me alegro de verte...

–Como siempre, metiéndonos en problemas... No sé cómo te las apañas...

–Quien es diligente en el servicio, siempre se mete en problemas. Pero eso tú no lo sabes.

–¡Inspector, venga un momento!

Uno de los agentes había llamado a Valle para que fuera con él hasta el cuarto de baño. Silva seguía con su cabeza a punto de explotar. No entendía qué estaba ocurriendo.

–Silva, ven aquí un momento –dijo Valle–.

Silva intentó levantarse y lo consiguió a duras penas. En el cuarto de baño, estaban dos agentes y Valle. Este, apartó con un bolígrafo la cortina de la bañera para mostrarle a Silva un cadáver con un balazo en la cabeza.

–¿No te suena la cara, Silva?

No pudo hablar. La visión le añadió una nueva dimensión de irrealidad a la situación que estaba viviendo.

–Sí. Me resulta conocida...

–Se trata de Pablo Bernal. El segundo de Claudio Montellano...

Era cierto. No podía comprender cómo no lo había reconocido antes. Se tambaleó y se tuvo que apoyar en el quicio de la puerta para no caerse.

–¿Te encuentras bien?

–Sí, Valle. No te preocupes. Tenemos que buscar a David Berenger...

–¿David Berenger? ¿Quién es ese?

–Es el tipo al que he venido a ver aquí... Tiene que estar implicado en esto. También está implicado en la desaparición de Catalina Romero Martín... ¿Sabes si ha aparecido?

–No, no lo sé...

–Tenemos que intentar enterarnos...

–Creo que no.

–¿Cómo que no?

–Silva, me parece que no comprendes de qué va esto...

–No, no lo comprendo. Dímelo tú.

–Estamos aquí por una llamada que hemos recibido en comisaría. Una llamada que nos ha dado una información muy concreta... Y que hemos visto confirmada cuando hemos llegado...

–Tenemos que volver a la comisaría, Valle. Tenemos que averiguar qué ha descubierto la “científica” en el Hotel El Pantano. Tenemos que enterarnos qué ha pasado con el operativo organizado por Méndez en el Estadio Metropolitano... Necesitamos saber si hemos dado con José Luis Ugarte...

–Silva, no vas a hacer nada de eso.

–¿Por qué?

Valle estaba con la cabeza agachada y el gesto adusto. Seguía con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. A Silva le pareció una impertinencia. Pero, muy pronto, ello pasó a un muy irrelevante segundo plano.

–Silva, aquí hay un hombre asesinado. Cerca de la bañera, hay una pistola reglamentaria. Probablemente, la tuya. Tú estabas en esta habitación cuando llegamos. No me vas a creer cuando te diga que siento mucho lo que voy a hacer. Pero, créeme, lo siento de verdad. Ahora bien, no tengo otra opción. Silva, quedas detenido como principal sospechoso de la autoría de la muerte de Pablo Bernal.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



(Autora de la fotografía: Pilar Martín Bravo)

José Manuel Cruz nació en Sevilla en 1970 y vive en Málaga desde el año 2002. Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad Hispalense, es autor del ensayo *La economía estresada* (2017), en el cual profundiza en las causas que llevaron a la crisis económica iniciada en 2007 y analiza sus implicaciones y sus posibles salidas. No obstante, ha sido su pasión por la literatura y el cine la que ha acabado decidiendo su trayectoria profesional. Como escritor, José Manuel Cruz ha publicado cinco novelas. Las cuatro primeras conforman el “Cuarteto de la desolación” y son obras inscritas en el género negro cuyas tramas se desarrollan en el contexto de la crisis económica que estalló en 2007 y en las que la especulación inmobiliaria, la excesiva influencia del poder financiero, la corrupción política, los paraísos fiscales y el empeoramiento de las condiciones sociales ocupan un lugar central: *Sin tregua se consumían nuestros ojos* (2013), *El día en que paró la música* (2014), *El Enclave I. El temor del mensajero* (2016) y *El Enclave II. Casandra encadenada* (2017). En 2018, publica la novela *Fuera de juego*, coescrita junto a Rafael Nadales. En 2020, sale a la luz su primer libro de poemas, *Tierras sin nombre* (Editorial Carena). Como crítico de cine, José Manuel Cruz creó en 2011 el blog *El espectador impertinente*. Con posterioridad, ha colaborado en las revistas digitales *Moon Magazine*, *Acalanda Magazine* y *Cine Contexto*. En 2017, escribió el estudio introductorio al volumen *Obra póstuma* del guionista y escritor Carlos Pérez Merinero. Desde 2018 es director de la revista digital *Cine Arte Magazine* (www.cineartemagazine.com).